

TODO ACABA DONDE EMPIEZA

JUEGOS DEL DESTINO 1

CARLOTA MANZANO

TODO ACABA DONDE EMPIEZA

JUEGOS DEL DESTINO 1

CARLOTA MANZANO

Primera edición.

Todo acaba donde empieza. *Bilogía Juegos del destino n°1*

Carlota Manzano

©enero, 2026

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

«Se necesita un solo segundo para enamorarse, así como también, en ese segundo puedes perderlo todo.

Recuerda que lo complicado es lo que perdura, porque todas las cosas que tienen realmente valor en la vida son las que requieren de esfuerzo, constancia, paciencia y compromiso.

En la sencillez y autenticidad está la clave».

Prólogo

Ciara

Apoyé la cabeza en la ventana del autocar y entrecerré los ojos, me costaba mantenerlos abiertos mientras me recolocaba bien la bufanda por debajo de la nariz. Me sentía agotada, no solo de cuerpo.

Aún no me creía que hubiese podido subirme a este autocar, como tampoco que me encontrase a tantos kilómetros de distancia. Estaba oscuro fuera, comenzaba a amanecer y no me había permitido dormir más de unos minutos seguidos. La noche había sido muy larga y todavía quedaban varias horas para llegar a mi destino.

Los ojos se me cerraron del todo, no pude evitarlo. No tenía la intención de dormirme profundamente, pero el cansancio me venció. Hasta que me sobresalté despertándome de golpe.

—Lo siento. —Se disculpó un hombre por tocarme a propósito, estaba parado en el pasillo central.

—¿Qué…? —hablé con la voz ronca por el sueño.

—Es que hemos hecho la primera parada para estirar las piernas e ir al baño. —Señaló hacia la ventana y dirigí la vista hacia esa dirección.

Me di cuenta entonces de que el hombre y yo éramos los únicos que quedábamos en el autocar, todos los demás habían bajado. Vi a lo lejos que estaban ocupando una parte importante de las sillas y las mesas de la terraza de un restaurante. Nos encontrábamos en un área de servicio de carretera.

—Gracias por avisarme —le dije.

—No hay de qué, muchacha. Yo también estaba dormido, pero me ha despertado mi mujer porque al final han decidido desayunar aquí para no parar unos kilómetros más adelante. Le he dicho que me diera unos minutos. —Asentí.

Comenzó a caminar por el pasillo, pero se paró de golpe, para girarse hacia mí.

—¿No te apetece bajar? —me preguntó al ver que no me movía— No sé si el chófer sabe que estás aquí, una vez que yo baje le ha comentado a mi mujer que cerrará el autocar.

—No se preocupe, prefiero quedarme —le contesté hablando más flojito, antes de observar de nuevo hacia la ventana.

—¿Tienes dinero?

Volví a sobresaltarme, a pesar de la amabilidad y de la suavidad con la que me lo preguntó. ¿Tan obvio era? Tragué saliva, sintiendo mucha vergüenza.

—Perdón por el atrevimiento, pero…

—No pasa nada. Sí, claro que tengo dinero —le sonreí.

Mi sonrisa fue forzada, no supe darle una mejor en este instante. Y ya no digamos de cómo sonó el tono de mi voz… este hombre no se merecía que le mintiera, aunque no supe si se dio cuenta porque no varió su expresión.

Tenía cara de buena persona, se veía muy atento, cariñoso y simpático. Al menos conmigo lo estaba siendo ya que se había preocupado por mí, cuando éramos dos desconocidos que compartían autocar en un viaje que parecía que no terminaría nunca.

Ni siquiera sabíamos nuestros nombres, como tampoco nos habíamos dirigido la palabra con anterioridad. Yo con él, ni con nadie, porque desde que subí al autocar y elegí mi asiento, el más alejado del final, me acurruqué hacia la ventana y poco me había movido durante el trayecto.

Por suerte el asiento de mi lado no lo ocupó otra persona, lo que me permitió estirar las piernas de vez en cuando, para cambiar un poco de postura. Aparte de este algunos más también se quedaron vacíos.

—Gracias por preocuparse —le dije al hombre.

—¿Estás bien?

—Sí.

—De acuerdo. —Me sonrió—. ¿Sabes? No sé cuántos años tienes, no te lo estoy preguntando, pero me da la sensación de que debes tener aproximadamente los de mi nieta. La experiencia es un grado y sé cuándo ella me responde una cosa, cuando en realidad, la contestación correcta es otra.

»Debes tener hambre o necesidad de ir al baño, llevamos muchas horas aquí metidos. Si no quieres sentarte con todos en la terraza del restaurante tus motivos tendrás, los que por supuesto, respeto, pero baja conmigo y ve al baño mientras le digo al conductor que volverás a subir.

—Yo…

—Por favor —insistió.

Solté un suspiro y terminé levantándome despacio. Me puse el abrigo, me ajusté la bufanda al cuello y a la cara, y me colgué en los hombros la mochila. Salí al pasillo y caminé despacio hacia el hombre, el que tenía una gran sonrisa en los labios.

—Gracias. Mi nombre es Arturo. —Se presentó sin ofrecerme la mano, así como tampoco intentó acercarse para darme un beso.

No sabía si de verdad me veía tan mal, asustada, como si fuese a salir corriendo en cualquier momento.

—Yo me llamo Ciara.

—Qué nombre más bonito.

—Gracias. —Tragué saliva—. Tienes razón, Arturo, tengo que ir al baño, es solo que…

—No te apetecía moverte. Lo entiendo. —Me hizo un guiño.

Le sonreí agradecida, en esta ocasión con una sonrisa totalmente natural, sincera. Lo seguí por el pasillo y bajamos los pocos escalones del autocar, el que cerró el chófer en cuanto nos alejamos unos pasos.

Nos paramos a unos metros del restaurante.

—Ve tranquila, ahora le digo al chófer que esté atento para que te abra el autocar cuando estés cerca.

—Gracias por todo, Arturo.

—No hay de qué, Ciara. —Asintió con expresión de cariño.

Al verlo me entraron ganas de llorar, pero me contuve antes de separarnos. Él se dirigió a la terraza, yo fui directamente al baño, frotándome los ojos.

Al entrar lo primero que hice fue mirarme en el espejo y hacer una mueca al ver mi imagen. Era un completo desastre, pero poco podía hacer, así que me olvidé de todo para entrar en uno de los compartimentos, donde me apoyé en la pared, cerrando los ojos.

Al cabo de bastantes minutos, con todo hecho, fui a lavarme las manos. En cuanto me las sequé salí para regresar a mi asiento del autocar, pero las ganas de llorar regresaron al andar varios metros, cuando me encontré de nuevo de frente con la bondad de las personas.

En concreto con la de una persona, la misma que sabía que me sucedía algo malo porque estaba triste y no quería tener contacto con nadie, pero que al mismo tiempo respetaba mi espacio y mi silencio, y no me forzaba a hablar.

—Arturo…

—He pensado que puedes comer en el autocar. Seguro que ahí estás mejor que nosotros, ¿a quién se le ocurre ponerse en la terraza con el frío que hace?

—Puso los ojos en blanco—. Espero que te guste, te he comprado un bocadillo grande de jamón, un cruasán, un zumo de naranja natural y un café con leche.

—Yo… —susurré— No sé qué decir.

—No tienes que decirme nada, solo aceptarlo e irte a llenar el estómago donde más te apetezca. —Me sonrió con la amabilidad característica en él—. ¿He acertado con el desayuno?

—Claro que sí —dije muy emocionada.

—Estupendo.

Se acercó a mí y me ofreció el bocadillo, el cruasán y el portavasos con el zumo y el café con leche.

—Disfrútalo, Ciara. Que aproveche.

—Muchas gracias, Arturo. Yo…

Lo sorprendí cuando lo abracé, no se lo esperaba para nada, pero enseguida se recompuso para devolverme el abrazo.

—Eres una persona increíble —le dije entre susurros.

—Te agradezco el cumplido, pero no es para tanto.

Me hizo gracia verlo ruborizado. No llevaba bien los halagos, por lo que no le hice ninguno más para no incomodarlo.

—Ojalá pudiera decirte que algún día…

—Ciara, está todo bien. —Me sonrió—. Me has hecho feliz.

Emocionada, le devolví el gesto. Antes de separarnos volvimos a abrazarnos, en esta ocasión nos salió de forma natural a ambos. Estaba llegando a la puerta del autocar cuando se abrió para mí, tal y como me dijo Arturo que sucedería.

El chófer no tardó en cerrar, mientras yo iba hacia mi asiento en la parte trasera. El estómago me rugió en cuanto me senté y coloqué en el asiento de al lado todo lo que llevaba en las manos. Me dejé el abrigo puesto porque el calor de la calefacción ya se había ido y cogí el vaso del zumo, para quitarle la tapa y darle el primer sorbo.

Me supo a lo más delicioso que había probado en mi vida, como todo lo demás. Disfruté del desayuno con calma, el bocadillo era enorme, pero poco a poco me lo terminé junto al zumo de naranja. Cuando terminé continué con el cruasán y el café con leche. Sonreí con los labios temblorosos, al destaparlo.

Tapado por un papel se encontraba el cruasán, pero también un extra, una chocolatina grande. Me retiré de la mejilla una lágrima que se me escapó y tragué con dificultad. Tuve que darle un sorbo al café, aunque no aligeré mucho la sensación.

Me comí el cruasán con el café, dejando para lo último la chocolatina, la que saboreé con la cabeza apoyada en la ventana. El nuevo día había comenzado, el sol iluminaba la mañana, y, a pesar de que todo iba bien, no podía quitarme de encima la sensación que sentía.

No dejé ni una miga del desayuno, me lo comí todo, y debido a lo saciada que me quedé, y a que el sol daba directamente en mi parte de la ventana, los ojos se me cerraron sin que me diera cuenta. Ni siquiera fui consciente de cuándo todos subieron al autocar, como tampoco de que nos pusimos en movimiento y continuar con el recorrido que nos llevaría a nuestro destino.

Me desperté asombrada casi tres horas después, cuando vi la cara sonriente de Arturo.

«Es mi ángel de la guarda», pensé adormecida.

—Por fin hemos llegado, Ciara —me dijo, después de despertarme con suavidad.

Todavía estaba muy cansada y me estaba costando despertarme del todo, por lo que parpadeé rápido varias veces y miré por la ventana.

—Hemos llegado —repetí susurrando.

—Sí —me confirmó.

—Gracias —le sonreí.

—No hay de qué. —Me hizo un guiño—. Esta vez no somos los últimos, estamos todos aquí. Te he avisado para que te prepares.

Mi sonrisa se amplió y se reflejó en sus labios.

A los pocos minutos el chófer abrió las puertas y todos empezaron a moverse para bajar. Yo esperé sentada hasta que se vació un poco y entonces los seguí.

Me abrigué bien, con la mochila colgada a la espalda, y nada más bajar del autocar busqué a Arturo.

—Me voy —le dije—. Hola, me llamo Ciara. —Me dirigí a su mujer—. Tiene un marido increíble.

Ella reaccionó dándome un abrazo espontaneo, como si nos conociéramos de toda la vida. Le devolví la muestra de afecto de la misma manera, emocionada.

—Sé quién eres, Arturo me ha hablado de ti —me comentó sonriente—. Encantada de conocerte, Ciara. Mi nombre es Carmen.

—Igualmente. Es un placer, Carmen.

—¿Y tu maleta? —me preguntó Arturo.

—Todo lo que llevo está aquí. —Toqué el asa de la mochila.

—Así da gusto viajar. —Me hizo un guiño, sin hacerme más preguntas.

—Sí. Que os vaya muy bien —les deseé—. Ha sido un honor conoceros. —Miré a Arturo.

—Lo mismo te digo, Ciara. —Me correspondió él.

Nos dimos un último abrazo y yo aproveché para darles un beso en la mejilla. Me alejé de ellos con un nudo en la garganta, obligándome a mirar hacia delante mientras caminaba.

Pero me paré de golpe cuando metí las manos en los bolsillos. Tragué saliva, bajando la cabeza.

—¿Qué…? —susurré, con ojos nublados por las lágrimas.

Había cogido de uno de los bolsillos un billete de doscientos euros y casi me dio algo al verlo. Me giré rápido hacia el autocar, para localizar en la acera a Arturo. Había sido él, debió meterlo en mi bolsillo antes de despertarme, cuando me avisó de que habíamos llegado.

Con las lágrimas mojándome la cara, empecé a desandar los pasos que había dado, pero no vi por ningún lado a Arturo y a Carmen. Quedaban algunas de las personas con las que había hecho el viaje, pero no ellos.

—¿Arturo? —hice una pausa— ¿Carmen?

Los llamé alzando la voz, pero no hubo manera. Agarré con fuerza el billete, arrugándolo dentro del bolsillo, sin poder parar de llorar.

—Gracias —susurré—. Que la vida os dé todo lo que os merecéis.

No me moví durante unos minutos, no lo hice hasta que encontré las fuerzas. Entonces solté el aire despacio y me giré, para continuar mi camino. Mientras andaba, me giré en varias ocasiones para mirar si Arturo o Carmen aparecían por algún lado, pero no tuve suerte.

Al girar al final de la calle moví hacia delante la mochila, para abrirla. De ella saqué un mapa, era lo único que tenía para encontrar la dirección a la que necesitaba llegar.

Capítulo 1

Seis años después…

Ciara

—Tienes que ayudarme urgentemente —me dijo sofocada mi amiga Bea, a través del teléfono.

—Que yo sepa la que está en problemas soy yo, no tú. Te recuerdo que mi vida se tambalea y que estoy planteándome seriamente el irme de aquí para buscarme un futuro.

—¿Ha pasado algo nuevo en tu empresa? No me digas que hoy han vuelto a despedir a alguien. —Jadeó—. Mierda, Ciara, no sé a qué narices estás esperando para largarte de ahí. —Bufó—. ¡No aguantes más!

—Llevo cinco años y medio trabajando en la misma empresa, siempre he dado todo de mí, y más. Entré en el puesto más bajo y con esfuerzo y entrega fui ascendiendo. Nadie me ha regalado nada, Bea, por eso no me da la gana irme. Si quieren echarme que lo hagan con todo lo que me pertenece, porque yo no daré el primer paso.

—Eso lo entiendo, cariño, pero que tengas que ir a trabajar cada día, pensando en lo qué vas a encontrarte… te he dicho muchas veces que si le hablo a mi jefe de ti y de tu situación sé que querrá verte. Eso ya es un gran paso, ¿no?

—Y tanto que sí, uno enorme, y también es tener mucha suerte por esa oportunidad, pero hasta que no sepa algo de mi trabajo no quiero marear a tu

jefe, ni a mí misma. A ver, dime qué te pasa para que tenga que ayudarte —sonreí.

—Cristofer me ha invitado a cenar el viernes —dijo con un pequeño grito.

—¿En serio? —Me emocioné por ella.

—Aún no me lo creo. —Rio nerviosa.

—Ni yo. No sabes cuánto me alegro.

—Ay, tenemos que hacer un gabinete de crisis con Elisa.

—¿Para qué? No es que no quiera quedar, pero ¿gabinete de crisis? Tampoco entiendo que necesites nuestra ayuda porque Cristofer te ha invitado a cenar.

—¿Te parece poco que tengáis que calmarme porque estoy atacada de los nervios, y que me ayudéis a elegir la ropa perfecta para dejarlo con la boca abierta? Joder, que me juego mucho el viernes. —Lloriqueó.

—Pues como no empieces a calmarte no llegas a ese día, estamos a miércoles.

—No me lo recuerdes —suspiró.

—Bueno, como ya sé que no se acaba el mundo, te dejo por ahora.

—¿Por qué? —Jadeó.

—Porque tengo muchas cosas que hacer. —Me reí—. Te llamo cuando esté en casa, ¿vale?

—Jo, de acuerdo —suspiró.

Colgué sonriendo y con ganas de haber alargado la conversación, pero no quería retrasar la salida del trabajo y era lo que sucedería si me entretenía. Me concentré en todo lo que tenía pendiente y lo clasifiqué por orden de prioridad. Cuando lo tuve claro agrupé las carpetas que no tocaría esta tarde, para guardarlas dentro de uno de los cajones de mi escritorio.

El tiempo transcurrió muy rápido y cuando me di cuenta, me había pasado unos veinte minutos del final de la jornada. Solté un suspiro al ver la hora en la esquina de la pantalla del ordenador, faltaban diez minutos para las seis. Dirigí la vista hacia la pared de cristal de la fachada del edificio, viendo que fuera ya estaba oscuro.

Tenía tantas ganas de que los días comenzaran a alargarse… no me gustaba que se hiciera de noche tan pronto, a no ser que estuviera en mi piso o haciendo algo con mis amigas. Al menos hoy era el último día de la semana que trabajaba por la tarde, de lunes a miércoles mi horario era desde las nueve hasta las dos, y por las tardes de tres a cinco y media. Después llegaban los días que más me gustaban, los jueves y los viernes en los que hacía de ocho de la mañana a una y media de la tarde, y se acabó.

Apagué el ordenador, dejé la mesa recogida y me levanté para coger el abrigo y la bufanda del perchero que tenía a mi espalda. Me lo puse todo, abrigándome bien, antes de colgarme cruzado el bolso.

Me dirigí a la puerta, despidiéndome de los compañeros que quedaban a la vista, y me monté en el ascensor. Cuando llegué a la planta baja lógicamente Inés ya no se encontraba en su puesto, era la recepcionista. Salí rodeándome la cintura con los brazos, por el cambio de temperatura, y caminé rápido, para llegar cuanto antes a la parada de autobús.

La poca iluminación que había eran pequeñas luces salteadas por el suelo, a los lados del camino asfaltado. Este tenía aproximadamente un metro de ancho y llevaba desde la acera hasta la entrada de la empresa. Era recto, bastante largo y cortaba la extensión de césped.

De repente escuché un ruido y me puse en tensión. No distinguí de donde vino, pero las pulsaciones se me aceleraron y me agarré con fuerza, con las manos, a la correa del bolso. Moví los pies más rápido para llegar cuanto antes a la acera, donde había farolas y personas moviéndose en ambas direcciones.

Iba por la mitad cuando otro ruido me hizo ponerme más rígida. Sonó a mi espalda, por lo que me paré y me giré de golpe, para enfrentar lo que fuese. No me di cuenta de que contuve la respiración hasta que tuve que coger una bocanada de aire. Intenté tranquilizarme al no ver nada ni a nadie.

—¿Hola? —dije igualmente en alto.

Miré hacia todos los lados, pero lo único que estaba bien iluminado era el edificio, a excepción de las pequeñas partes que no se veían bien de las esquinas de la fachada. Estas estaban oscuras, al igual que el césped de mi alrededor.

El camino se encontraría solitario si no fuese porque yo estaba en él. En la entrada de la empresa tampoco había nadie, por el momento estaba vacía. Todavía quedaba gente dentro, pero por el momento estaba completamente sola en el exterior.

—¿Hola?

Hice otro intento, pero obtuve el mismo resultado: silencio.

Durante unos segundos me mantuve sin moverme, atenta a cualquier sonido, hasta que la puerta corredera de la empresa se abrió y de ella salieron dos mujeres y un hombre que conocía muy bien. Los reconocí al instante, antes de que se alejaran de la luz del interior del edificio.

Los tres éramos compañeros en la misma planta de trabajo. Con Asun y Mari me llevaba genial, las consideraba mis amigas, y sobre él, bueno, con Abel tenía una unión muy especial que destacaba por encima de mis relaciones con los demás.

Cuando comenzaron a andar por el camino, yo me giré para hacer lo mismo. En este instante necesitaba alejarme para tomar distancia con ellos, porque sabía que en cuanto mi amigo me viera sabría que algo me pasaba.

—¿Qué…? Oooh… —dije sin llegar a dar un paso más.

Cerca de mis pies me encontré con una sorpresita preciosa. Estaba en el césped, justo al lado de una de las luces que limitaba el camino.

—¿Has sido tú el del ruido? —le pregunté sonriendo, mientras me agachaba despacio para no asustarlo.

Delante de mí había un perrito sentado, era un bebé y se notaba que estaba muy mal alimentado. Tenía el pelaje muy sucio, los ojos tristes, pero lo peor era que una de sus patas delanteras la había metido en una lata y no podía sacarla al tenerla pillada con el filo de la tapa.

—Eh, Ciara, ¿estás bien? —me preguntó Abel a mi espalda, al verme agachada en el centro del camino.

—Sí. —Giré la cabeza hacia atrás, sonriendo.

Me aparté un poco para que él, Asun y Mari vieran al perro.

—Ay, qué monada —comentó Mari, poniéndose de cuclillas a mi lado.

—Pobrecito —añadió Asun, con un suspiro.

—Quiero cogerlo, pero… —dije mirando hacia el final del camino.

—Está claro que no tenía dueño, Ciara —me dijo Abel—. Sí, lo he dicho en pasado porque por cómo te está mirando acaba de elegir dueña. —Me hizo un guiño—. Está abandonado, o tal vez se escapó. No lo sé, pero lo que es seguro es que lleva tiempo viviendo en la calle. —Colocó una mano sobre mi hombro y levanté la cabeza hacia él.

—¿Me ha elegido?

—Compruébalo —me pidió sonriendo.

Me moví lentamente para que no saliera corriendo, pero me sorprendió que se quedara quieto cuando me puse cara a cara con él. Eso sí, su pequeño cuerpo temblaba mucho.

—¿Es frío o miedo? —le pregunté hablando muy bajito— Abel, tiene bastante sangre en la pata —dije con un pequeño jadeo.

—A ver.

Mi amigo dio varios pasos, pero tuvo que pararse porque el cachorro retrocedió.

—Tienes que hacerlo tú, ya te ha dicho que te ha elegido —me comentó Abel.

—¿Y si lo llevo a un veterinario? Creo que es lo mejor porque tiene clavada la lata y no debe estar vacunado —suspiré—. A lo mejor le hago más daño si intento quitársela yo. Me tiemblan las manos solo de pensarlo.

—Yo también pienso que lo del veterinario es la mejor opción, así lo atenderán bien y te quedarás tranquila. ¿Te lo vas a quedar? —Quiso saber ilusionada Mari.

—Primero tengo que saber si tiene chip. —Me encogí de hombros.

—¿Quieres que te acompañemos? Yo puedo ir contigo. —Se ofreció Asun.

—Yo me encargo. Me quedo con ellos —dijo Abel—. Vamos en mi coche al veterinario que hay a cuatro calles de aquí y cuando terminemos os llevo al piso, o donde haga falta.

—Entonces ya está, te quedas en las manos perfectas. —habló Asun, dándole una palmada en el hombro a Abel. Este la miró con diversión—. Pero si quieres que vaya, voy, ¿eh?

—Tranquila —le sonreí—. Entonces no perdamos más tiempo para ir al veterinario —le pedí a Abel—. Pero después puedo ir al piso en autobús. No sé cuánto tiempo tardaremos y…

—Olvídate de eso. —Arqueó una ceja y después negó con la cabeza—. Estoy deseando saber si este pequeño tiene chip, aunque yo apostaría a que no. Si decides quedártelo tendrás que comprarle cosas y no vas a ir cargada con él y con lo que compres. Aparte de que la posibilidad de que te deje sola no existe.

Me desafió con la mirada, esperando a que le dijera algo para contraatacar de nuevo, pero opté por fruncir los labios mirándolo divertida.

—Está bien. Gracias, Abel —le sonreí porque no le gustaba que…

—¿En serio? Ni se te ocurra dármelas. —Elevó las cejas.

—Venga, cógelo. A ver cómo reacciona —me pidió Mari, emocionada.

Me contagió la emoción mientras miraba de nuevo al cachorro. Se había acercado otra vez a mí de forma silenciosa porque continuaba en el césped.

—Voy a cogerte en brazos, ¿sí? —le hablé con voz suave, para no asustarlo— Tengo que llevarte a un sitio en el que van a ayudarte y en el que sabremos si tú y yo podemos estar juntos. Madre mía, ¿te gustaría? Yo no lo he pensado, pero es que… Abel dice que me has elegido y creo que yo también a ti.

—Nena para de hablar que al final me haces llorar. —Bufó Asun.

Mis compañeros rieron sin alzar mucho el volumen de sus risas, yo solo sonreí para no alterar al cachorro. Mis movimientos fueron muy lentos, alargué los brazos para primero acariciarle la cabeza, y muy poco a poco, le pasé una mano por la barriga. Se dejó hacer todo, sin parar de temblar, pero terminé cogiéndolo en brazos, teniendo cuidado con la pata en la que tenía la lata.

Recorrimos el resto del camino y al llegar a la acera, Abel y yo nos despedimos de Asun y Mari. Acompañé a mi compañero y amigo hasta su coche, en el que nos montamos para ir al veterinario. Podríamos haber dado un paseo hasta allí, por la poca distancia que había, pero como por toda la zona en la que estábamos se solía aparcar muy bien, no nos lo pensamos.

El cachorro no se movió de mi regazo, mientras lo calentaba con las manos, sobre la cabeza y el lomo. Era tan pequeñito, tanto de edad como de cuerpo, que me entraron ganas de llorar por el estado en el que se encontraba. Verlo tan indefenso era…

Capítulo 2

La chica de la recepción me llamó para que entrara en la consulta donde había dejado al cachorro. Abel me acompañó.

Nada más llegar nos tomaron nota y tuvimos que esperar unos diez minutos para que lo atendieran. Después de explicarle a la veterinaria cómo lo había encontrado y de que ella me asegurara que no tenía chip, nos pidió que saliéramos un momento para que le hiciera una revisión y le curara la patita.

Me dio mucha pena dejarlo porque cuando me separé de él temblaba aún más que cuando lo encontré.

—Este jovenzuelo ya está —me informó la veterinaria, en cuanto entramos en la consulta.

—Oh, ¡qué cambio! —exclamé al ver su pelaje limpio y brillante.

—Va a ser un rompecorazones —comentó en broma la veterinaria y Abel y yo nos reímos.

Aunque no iba tan desencaminada, en absoluto. Era precioso, tenía el pelaje de color caramelo claro y los ojos de un tono ámbar increíblemente bonito.

—¿Cómo se encuentra? —le pregunté al llegar al lado de la camilla.

El cachorro estaba tumbado en ella, con la mitad del cuerpo tapado con una manta fina y los ojos mirando hacia arriba, hacia mí. Le sonreí mientras

apoyaba una mano sobre su cabecita, momento en el que cerró los ojos con una respiración profunda, como si con mi contacto se relajara por fin.

—Aparte de un poco desnutrido y falta de hidratación, de todo lo demás está perfecto. Con una buena alimentación y cuidados se recuperará muy pronto —me explicó sonriente—. Este pequeñito ha tenido mucha suerte de encontraros. —Nos miró a Abel y a mí.

—Ella es la heroína —le aclaró mi amigo.

—Un poco exagerado, ¿no? —Fruncí los labios, divertida.

—Es la verdad. —Se encogió de hombros, haciéndome un guiño.

—Entonces… ¿Te lo vas a quedar, Ciara? —me preguntó directamente la veterinaria.

Cogí una bocanada de aire, antes de agacharme para hablar cerca la cara del cachorro.

—Tim, Rocky, Rex, Rocco, Teddy, Brutus, Rayo… —comencé a mencionar algunos de los nombres que recordaba, haciendo pequeñas pausas. Me había entretenido en buscar opciones cuando esperábamos en la sala. Continué con la lista mientras el cachorro seguía con los ojos cerrados— Chispa, Milo…

Me callé porque con el último entreabrió los ojos.

—¿Milo? —repetí y los abrió del todo— Te gusta Milo —sonreí.

—Parece que ya tiene nombre —dijo la veterinaria y Abel y yo estuvimos de acuerdo.

—Ahora sí que puede hacerle la cartilla —le dije, acariciándole la cabeza a Milo.

—Encantada.

Nos hizo un guiño y se fue hacia su mesa de trabajo, desde donde me preguntó varios datos.

—¿Se lo has dicho a Elisa? —Quiso saber Abel, poniéndose a mi lado.

—No —suspiré.

—Llegarás de sorpresa —afirmó.

—Es lo mejor, ¿no? —Me incorporé poniéndome recta de pie, para mirarlo de frente.

—Ni te preocupes por Elisa.

—No puedo dejarlo. —Hice una mueca.

—Es que no tienes que hacerlo. —Me acarició la mejilla con cariño—. Estoy seguro de que, pasada la impresión, a Elisa le encantará la idea de que tengáis compañía en el piso. Es más, seguramente se ponga a saltar en cuanto te vea cargando con Milo, y ya cuando le cuentes cómo lo has encontrado…

—Sí, ¿verdad? Es una monada. —Miré a mi cachorro—. Me ha encontrado él a mí.

—Correcto, ha sabido elegir estupendamente. —Me hizo un guiño y sonreí.

—Ya está —habló la veterinaria y nos giramos hacia ella—. Solo falta que le ponga el chip y ya podréis iros.

—¿Qué comida es la mejor para que se recupere pronto? —Quise saber—. Hasta que no me ponga al día estoy muy perdida.

—Tranquila, ahora te escribo varias de las mejores marcas de pienso para los primeros meses, después tú sabrás cuál elegir. También te pondré la fórmula de la leche que tienes que comprarle, así como las tomas durante el día, tanto del pienso que deberás humedecerle un poco, como de la leche. No sabemos durante cuánto tiempo pudo darle la madre, o si pudo hacerlo, así que durante un tiempo es mejor que la beba.

—De acuerdo. Gracias.

—No hay de qué, Ciara. Con esas dos cosas y bebiendo agua con regularidad, se pondrá fuerte muy rápido. Con el agua que vaya a su ritmo, no lo fuerces —me pidió y asentí.

Cuando la vi acercarse a nosotros e inyectarle el chip a Milo, me dolió más a mí que a él. Mi cachorro apenas lo notó.

—Se acabó —habló satisfecha la mujer.

—¿Y la pata?

—Por suerte la lata no le ha hecho mucho daño al quedarse atascada, podría haber sido bastante peor. Tiene algunos cortes un poco profundos, pero no son preocupantes. Como ya está limpio y curado, mantenle esta venda hoy y mañana. Al siguiente día podrás curarlo e ir quitándosela a ratos.

—De acuerdo. —Asentí.

—Para limpiarle bien los cortes solo tienes que lavarle la pata con agua y jabón, después secársela bien y dejársela un tiempo al aire para que se sequen más rápido. Pero tenlo controlado para que no se lama los cortes, después véndasela otra vez para que continúe sin tocarse. No queremos que se les infecte. Tú misma irás viendo cuando ya no necesite cuidados. Ahora te darás cuenta de que puede moverse perfectamente.

—Vale, ¿y para salir a la calle?

—Calculo que tiene un mes, ha tenido mucha suerte de no coger ninguna enfermedad. Le he puesto las primeras vacunas, pero durante los siguientes meses tengo que seguir reforzándolo para que esté protegido del todo. Lo recomendable es que, hasta el cuarto o quinto mes no toque más el suelo de la calle. Esto será cuando termine con la vacunación, por el momento. En su caso comenzará a partir de ahora, lo que no quiere decir que no puedas sacarlo para que siga familiarizado con el exterior. Si lo haces de vez en cuando tendrá que ir en brazos o en algún transporte que dirijas tú. Esos paseos sí.

—Entendido. —Asentí.

—Pues voy a apuntarte en una hoja todo lo que te he dicho para que lo tengas claro y os dejo libres, así podéis ir a comprar tranquilamente.

—Sí —le contestó Abel—. Para empezar la comida, la leche, los cuencos, y una cama. ¿No?

—Como poco —sonreí—. A la lista de urgentes también tengo que añadir vendas para las curas.

—Ya decía yo que solo era el comienzo. —Rio mi amigo.

Miriam, que así se llamaba la veterinaria, se acercó a nosotros sonriendo.

—Aquí tienes, Ciara. —Me ofreció un papel doblado y un cuaderno. La cartilla de Milo—. He incluido mi número de teléfono, por si te surge alguna duda. Puedes llamarme o escribirme sin problemas, ¿vale?

—Gracias. —Asentí.

—A ti, porque hoy le has salvado la vida a este angelito. —Acarició a Milo —. Pídele a Marina, la recepcionista, que te dé cita para el mes que viene. Tocará la siguiente vacuna y estará más cerca de poder ser libre en la calle. —Me hizo un guiño.

Nos despedimos hasta la próxima vez y cuando nos paramos en la recepción, aparte de pagar, hice lo que me pidió Miriam. Salí con una nueva cita y con menos dinero en la cuenta, pero feliz al abrazar a un Milo radiante.

Lo llevaba en brazos y Abel y yo nos reímos al ver cómo miraba todo con curiosidad, desde las alturas para él.

—¿Cómo lo harás? Porque esta clínica te pilla bastante lejos de donde vives. Lo mismo tendrías que buscarte otra por tu zona, para tenerla más al alcance.

—Es que me ha gustado mucho Miriam, su trato y cómo ha atendido a Milo. Ha sido muy cariñosa, atenta y simpática. —Hice una mueca—. No quiero cambiar, cogeré todas las citas para los jueves o los viernes por la tarde, cuando no trabajamos. Así podré traerlo sin prisas.

—Por el transporte no te preocupes, si Elisa no puede traeros solo tienes que decírmelo y voy a buscaros.

—Lo sé —le sonreí—. Cerca de aquí hay una farmacia, vamos y nos quitamos de encima lo de las vendas. En el piso tenemos, pero pocas, únicamente para alguna urgencia.

—Venga. —Me rodeó los hombros con el brazo—. ¿Te parece bien que para todo lo demás te lleve a la tienda del centro comercial? No he entrado nunca, pero desde fuera se ve muy grande y creo que tendrán de todo, incluso piensos y leches en polvo.

—Claro. —Asentí—. Yo tampoco he ido, pero habrá muchas cosas.

—Demasiadas tentaciones —comentó divertido.

Milo se portó muy bien, por la calle se mantuvo acurrucado todo el tiempo entre mis brazos, y en mi regazo cuando estuvimos en el coche. Compré las vendas para sus curas y con la ayuda de Abel, que llevó el carro en la tienda de animales, también le compré una cama muy bonita, acolchada y cómoda; dos cuencos grandes, para la comida y el agua; varios juguetes para que se entretuviera, y un saco de uno de los piensos que me recomendó la veterinaria, junto con un bote grande de leche en polvo. Por suerte tenían una gran variedad de ambas especialidades y encontré lo que necesitaba.

No se me ocurrió nada más, así que como lo más urgente lo teníamos, volvimos al coche cargados con todo. Abel nos llevó al piso, por suerte encontró un sitio para aparcar porque cargando con Milo yo no podía con todas las bolsas.

Me acompañó con las compras hasta el interior del edificio, las que colocó dentro del ascensor.

—Gracias. —Le di un beso en la mejilla.

—Vamos a terminar bien el día —dijo en broma, por mi agradecimiento—. Que vaya muy bien hasta mañana, ya me contarás la aventura de cómo os ha ido con Milo, mientras nos tomamos el café de antes de entrar a trabajar.

—Cuenta con ello y espero que bien. —Me reí nerviosa.

Nos abrazamos y nos dimos dos besos como despedida. Abel se fue y yo entré en el ascensor, retirando la bolsa que había dejado bloqueando las puertas. Estas se cerraron y pulsé el número cuatro, el de la planta donde vivía.

—Vamos a ver que tal. Pórtate bien, ¿eh? —le hablé a Milo, el que me miraba fijamente.

Me agaché en el rellano para soltarlo en el suelo y sonreí porque empezó a dar vueltas sobre sí mismo. Me tranquilizó ver lo que Miriam me había adelantado, que podía moverse perfectamente con la pata.

Mientras Milo lo olisqueaba todo, saqué rápido del ascensor todas las bolsas y con ellas frente a la puerta del piso, volví a coger en brazos a mi cachorro, para enfrentarme a la prueba final. Solté el aire de golpe, mientras giraba la llave en la cerradura.

No me dio tiempo a empujar la puerta cuando esta se abrió de golpe. Mi amiga Elisa dio un tirón, apareciendo al otro lado.

—Por Dios, Ciara, ¿por qué no miras el móvil? —Jadeó— ¿Qué…? —Bajó la mirada a Milo.

—Perdona. —Negué con la cabeza—. No me he acordado de sacarlo del bolso. —Hice una mueca.

—¿Qué haces con un perrito? Mmm… ¿Y con tantas cosas para él? —añadió al fijarse en las bolsas y en lo que se veía dentro de ellas.

—¡¡Sorpresa!! Saluda a Milo —Levanté al cachorro, acercándoselo—. Hola, Elisa, yo soy Milo. —Moví su pata delantera buena, mientras imitaba una voz infantil lo mejor que supe.

Mi querido recién estrenado perro movió el rabo y se mantuvo quieto. Parecía contento y no puede evitar soltar una carcajada.

Capítulo 3

—Joder, es precioso. —Se lamentó Elisa.

—Oh, ya te digo. —Soltó un pequeño grito Bea.

Me sorprendió verla aquí. Tenía puesto el abrigo, por lo que en un principio no supe si acababa de llegar o se iba.

—¿A qué sí? —les dije, pasando por al lado de Elisa.

Me agaché para dejar libre a Milo, el que enseguida empezó a ir de un lado para el otro, descubriéndolo todo. Cogí las últimas bolsas, las demás las entraron mis amigas.

—¿Es tuyo? ¿Vais a tener un perro? —preguntó ilusionada y sorprendida Bea.

—Estoy deseando escuchar las respuestas.

Elisa habló con una ceja arqueada y cruzándose de brazos, mirándome fijamente.

—Sí y sí —contesté, carraspeando.

Mi aclaración provocó que, de tener una ceja elevada, pasara a tener las dos.

—¡Como mola! —dijo Bea, riéndose— Hola cosita. —Fue detrás de Milo.

—¿Acabas de llegar? —le pregunté.

—No hija, llevo aquí una hora y media, más o menos. Como no pudiste hablar en el trabajo y quedamos en llamarnos cuando estuviéramos libres, pues he decidido que era mejor idea venir. Me has pillado marchándome porque necesito comprar unas cosas en la tienda de debajo de mi piso. Si me retraso más me la encontraré cerrada. —Se encogió de hombros Bea.

—Siento no haber estado —me disculpé.

—Tranquila, ya he puesto al día de todo a Elisa. Tú has estado muy entretenida. —Me hizo un guiño.

—Sí. —Sacudí la cabeza, mirando de reojo a Elisa—. ¿Estás más relajada por lo de Cristofer? —le pregunté a Bea.

—Ni un poco —me contestó Elisa por ella, ahora que lo sabía. Se rio.

—¡No tienes corazón! —Jadeó Bea, llevándose una mano al pecho— Claro, como tú estás entre algodones con tu Ángel. —Bufó.

—Envidiosa —dijo canturreando Elisa.

—Pues sí, y mucho. —Le sacó la lengua Bea—. Pero el viernes se me habrá pasado porque seré la protagonista de mi propia historia —suspiró—. Bueno me voy que al final no puedo comprar y no me queda ni una cápsula de café.

—Llévate unas cuantas. —Le ofreció Elisa.

—Ahora no quieras hacerme la pelota. —Puso los ojos en blanco Bea.

—¿Qué dices? —Soltó una carcajada Elisa.

Yo estaba muy entretenida observándolas, mientras sonreía y esperaba el siguiente comentario. También estaba pendiente de Milo, el que ahora mismo jugaba con la alfombra de enfrente del sofá.

—¿Quieres café o no? —insistió Elisa.

—Te lo agradezco, pero también necesito comprar leche y algo para cenar. Nos vemos amores, mañana hablamos sí o sí, y el viernes nos veremos por la tarde que tenéis que ayudarme a arreglarme para mi gran cita. —Rio.

Nos despedimos de ella con un abrazo y besos. Cuando el piso se quedó en silencio me giré hacia Elisa, ella miraba con mucha atención a Milo. Fui hasta la mesa del salón, donde me quité el abrigo y la bufanda, para dejarlos en una silla junto al bolso.

Me acerqué a Milo para apartarlo de la alfombra y para ello, lo cogí en brazos y me senté con él en el sofá. Lo coloqué en mi regazo y después de varias caricias se tranquilizó acurrucándose en mis piernas. Cogí una bocanada de aire, antes de hablar.

—¿Puedo quedármelo? —le pregunté a Elisa, susurrando.

—Por Dios, Ciara, ¿qué mierda de pregunta es esa?

Caminó hasta nosotros y se dejó caer de golpe a mi lado, en el asiento del sofá.

—Es tu piso y…

—Como vuelvas a decir eso te enteras. —Me señaló amenazante—. Entonces sí que me enfadaré. Cariño, aquí vivimos las dos, es nuestro hogar, tan tuyo como mío.

—No es verdad —sonreí—. Es tu piso, que me acogieras y siga aquí es diferente.

—¿Y qué más da? Llevamos años viviendo juntas. —Se encogió de hombros—. Así que Milo, ¿eh? ¿Me puedes explicar cómo es que esta mañana cuando nos despedimos no había cachorro a la vista, y ahora regresas con uno en brazos, diciendo que eres su dueña? —Arqueó una ceja, pero sonriente.

—Lo de si me lo puedo quedar era una pregunta por cortesía, no voy a separarme de él.

—Ya… conociéndote. —Sacudió la cabeza.

—No podía dejarlo, Elisa. —Fruncí los labios.

—Eh, está bien. ¿Vale? —Me acarició la espalda, de arriba abajo.

—Gracias —suspiré—. Te pido perdón otra vez, con lo que ha pasado me he olvidado por completo del móvil.

De lunes a miércoles, siempre que salía del trabajo por las tardes, le escribía un mensaje avisándola de que me montaba en el autobús, o de que Abel me traía. Sobre todo, en la época en la que estábamos ya que se hacía de noche muy pronto. Pero como había estado muy entretenida nada más salir de la empresa…

—Olvidado. —Movió una mano al aire—. Entiendo que lo que ha pasado con este señorito te ha hecho perder la cabeza y no me extraña, es tan bonito, Ciara. —Hizo un puchero y me reí.

—He estado todo el tiempo con Abel. Nos ha traído él —le informé.

—Ah, perfecto. —Asintió—. ¿Puedo? —Señaló a Milo.

—No tienes que preguntármelo —me reí.

Cogí a mi cachorro y lo llevé a sus piernas. Él, que estaba muy pendiente de todo, observó detenidamente a Elisa.

—Hola, chico —le habló mi amiga—. Yo seré tu segunda dueña, tu tía. —Soltó una carcajada y me contagió—. Nos llevaremos bien siempre que no hagas tus necesidades en…

—Hasta dentro de cuatro o cinco meses no puedo acostumbrarlo a salir a la calle para hacerlas —la avisé.

—Joder. —Hizo una mueca—. Bueno, vale, te prometo que te querré igual. No me hagas caso si te grito un poquito, al ver algunos de tus regalitos. —Puso los ojos en blanco.

—Le has gustado —le dije.

—¿Sí? —me preguntó con ilusión y asentí.

—Eres la primera, aparte de mí y la veterinaria, que lo toca sin que tenga miedo. En la clínica temblaba, pero yo diría que era por el lugar. Abel lo ha intentado tocar varias veces, cogerlo y acariciarlo, pero Milo se encogía.

—Oh, pobrecito. —Frunció los labios—. Cuéntame cómo lo has encontrado.

—Yo no he hecho nada. —Me encogí de hombros—. He salido casi media hora tarde del trabajo porque no me he dado cuenta, y cuando iba caminando por el camino del césped de la empresa he escuchado unos ruidos. Al principio me he asustado, estaba completamente oscuro alrededor. No veía nada, pero me he tranquilizado pronto al darme cuenta de que era una tontería. También porque Abel, Asun y Mari han salido del edificio. No he sido la única en retrasarme.

—¿Qué tipo de ruidos? —me preguntó con el ceño fruncido.

—Ha sido él. —Señalé a Milo—. Llevaba una lata en la pata vendada y cada vez que pasaba por el camino asfaltado hacía ruido. Le estaba haciendo daño. —Le acaricié la cabeza y sonreí. Tenía los ojos cerrados, pero buscó mi calor—. Justo cuando he visto a Abel, a Mari y a Asun, he decidido irme y en ese momento he encontrado a Milo. Estaba sentado muy cerca de mí, sobre el césped.

—¿Cómo tiene la pata? ¿Qué te ha dicho la veterinaria? Anda bien —me confirmó.

—Sí. He ido con Abel a la clínica que está a unas calles del trabajo y lo han atendido muy bien. Miriam, la doctora, lo ha lavado y curado. Tenía el pelaje sucísimo.

—Qué lástima. —Hizo una mueca.

—Tiene algunos cortes profundos en la pata, pero la cura es fácil. Ya mismo estará recuperado, por lo demás está sano. La doctora también le ha puesto el chip, lo ha vacunado y le ha hecho una cartilla. Nos hemos ido de la clínica con una lista de piensos y leches para elegir cuales comprarle, por lo que Abel me ha llevado a la tienda de animales del centro comercial. He

comprado todo eso. —Señalé con la cabeza las bolsas que continuaban cerca de la puerta principal—. Me ha parecido suficiente por ahora.

—Lo iremos viendo poco a poco —dijo y asentí—. Dime cuánto te has gastado con las compras y la visita al veterinario, no vas a hacerte cargo de los pagos sola.

—Es mi cachorro.

—¿Y? —Arqueó las cejas— Si empezamos así todo lo que hay en mi piso es mío —sonrió de medio lado—. Así que tú y este pequeñín también. Como al final de la noche no sepa cuánto te has gastado…

—Vale. —Bufé, dando por perdida la batalla.

—Estupendo. —Dio una palmada—. ¿Y por qué Milo? —me preguntó con diversión.

—Lo ha elegido él. Cuando he empezado a decir nombres es con el único que ha reaccionado.

—Me gusta. Vamos a ver qué significado tiene su nombre.

Se inclinó hacia delante, para coger su móvil de la mesa baja de enfrente del sofá.

—Le va perfecto —se rio.

—¿Qué pone? —Me acerqué a ella.

—Tiene varios significados, pero me quedo con estos: amado, querido, amable, lleno de gracia, agradable… Me encanta —me sonrió.

—Y a mí. —Imité su gesto.

—¿Qué le has comprado?

—En la farmacia gasas y en la tienda de animales, una cama, los cuencos para la comida y el agua, un saco de pienso, un bote de leche en polvo y unos juguetes para que se entretenga. La leche tenemos que dársela durante unas

semanas porque no sabemos si pudo beber leche materna, o por cuánto tiempo pudo hacerlo. El pienso debe comerlo humedecido con agua o con leche, las dos opciones son buenas. La veterinaria me lo ha apuntado todo.

—Perfecto.

—Gracias, Elisa —susurré.

—Lo has hecho a propósito al traerlo sin decirme nada —suspiró—. Una vez que ves a esta preciosidad es imposible resistirse a ella. —Puso los ojos en blanco y sonreí—. Además, solo con verte así de feliz, con el brillo que tienes en los ojos y por la luz tan bonita que desprendes, bien merece la pena todo. Aceptaría a todos los cachorros que quisieras. Ojo, no te lo tomes de forma literal. —Carraspeó.

—Gracias —repetí, esta vez más emocionada.

—Cariño, solo quiero verte feliz. ¿Qué tal en el trabajo?

Cogí a Milo cuando se cansó de estar quieto y lo bajé al suelo. Elisa y yo nos reímos al verlo revolcarse en la alfombra. Era de pelo largo, muy gustosa y calentita.

—Este va a hacer con nosotras lo que quiera. —Bufó Elisa.

Yo solo sonreí porque tenía razón. Milo se fue hacia las bolsas y empezó a jugar con una, metiendo la pata.

—El trabajo bien, mucho y tranquilo —le contesté.

—¿Ha habido algún despido más?

—Que yo sepa no. —Me encogí de hombros—. Me enteraré mañana.

—A ver si se calma por un tiempo, porque vaya tela… —Hizo una mueca.

—Estoy preparada para lo que sea, Elisa.

—Y no sabes lo feliz que me hace eso, la paz que me da, pero joder, también me daría muchísima rabia que te despidieran injustamente, por todo lo

que te has esforzado en esa empresa.

Se echó para atrás, para apoyar la cabeza en el respaldo y mirar al techo.

—No sabemos si yo estoy en la lista de posibles despidos.

—Yo creo que lo estáis todos. No sé a qué mierda está jugando tu jefecito —lo mencionó con asco.

—Ni yo, pero no voy a malgastar ni un segundo de mi vida en pensar en él.

Me levanté del sofá y fui hacia las bolsas. Lo primero que saqué fue la cama acolchada.

—El mejor sitio es ese, ¿no? —Señalé el espacio que quedaba entre el sofá y un sillón.

—Sí. Me parece bien —confirmó mi amiga.

Coloqué la cama ahí y empecé a llevar las bolsas a la cocina. Elisa me ayudó y entre las dos colocamos los cuencos de Milo, los que él enseguida comenzó a olisquear. Cuando lo tuvimos todo organizado, con la ayuda de las anotaciones de la veterinaria, prepararé la primera dosis de leche.

Elisa eligió uno de los cuencos para que fuera el del agua y lo llenó. Vimos como si fuese un gran espectáculo cómo Milo se acercaba y metía la lengua por primera vez. El otro cuenco lo cogí para echar un poco de pienso y leche. Una vez esperé a que se ablandara, lo volví a colocar junto al del agua.

—Milo, ven —lo llamé porque estaba dando vueltas.

Me hizo caso, seguramente por el olor a la comida. Daba igual porque el resultado fue bueno, agachó la cabeza y probó de mi mano un poco de pienso blando. El hambre que tenía me hizo un nudo en la garganta.

Lo dejamos solo. Elisa volvió al sofá, mientras que yo fui a mi habitación, después de coger de la mesa del salón toda la ropa de abrigo y el bolso. Por fin iba a cambiarme para estar cómoda, el día había sido demasiado largo.

Me di una ducha rápida porque no tenía que lavarme el pelo y me puse el pijama. Con él, bien calentita, fui hacia el salón con el móvil.

—No me lo puedo creer —dije sorprendida, parándome al llegar a la alfombra.

Milo volvía a jugar en ella o con ella, le daba unos días para tener una alfombra con agujeros. Elisa, que estaba tumbada en el sofá, se quedó sentada. Yo estuve mirando la pantalla del móvil como si no la hubiera visto nunca.

—¿Qué pasa? —Quiso saber mi amiga.

—Es Abel. —Negué con la cabeza—. Me ha enviado un bizum. —Solté un suspiro largo.

—¿Para qué? —me preguntó aguantando la risa, al adelantarse a mi respuesta.

—Me ha pagado todo, el veterinario y las compras. —Hice una mueca.

—Amo a ese hombre —dijo con una fuerte carcajada.

Ahora sí que ya no podía hacer nada, a Abel era imposible convencerlo cuando se le metía algo en la cabeza, y mucho menos cuando lo hacía. Ni siquiera aceptaría que le ofreciera pagar a medias.

Capítulo 4

—Corre el rumor de que ya no van a echar a más personas de la empresa —comentó Asun.

—¿De dónde ha salido esa información? —Quiso saber Abel.

—No lo sabemos, pero a las dos nos la han dicho por separado y en momentos diferentes de esta mañana —contestó Mari—. A Asun se lo ha contado Ricardo y a mí Núria. —Se encogió de hombros.

—Ojalá sea verdad, porque llevamos una racha los últimos meses… —dije negando.

—Ya veremos —habló Abel, no muy convencido.

Me llevé la taza a los labios, cogiéndola con las dos manos para calentármelas. El día estaba muy frío y nublado, y la sensación la empeoraba la fina lluvia que no dejaba de caer. Ya llovía cuando me desperté, lo que parecía que iba para largo.

Disfrutaba con mis amigos y compañeros de nuestro rato del desayuno, en la cafetería de la acera de enfrente del edificio de la empresa. Eran las diez y media del viernes, acababan de traernos la comida y los cafés con leche.

—¿Qué tal con Milo? —me preguntó Asun, sonriendo.

El día anterior, jueves, les expliqué como pasó su primera noche en el piso. Debo decir que fue genial, Milo durmió en mi habitación, en su cama a los pies de la mía. Al principio lo subí conmigo, pero estaba juguetón y no dejaba de

moverse, queriendo bajar, así que lo llevé a su cama. Pero no fue la única vez porque su inquietud lo llevaba a adormilarse en el suelo, en cualquier postura.

Después de la última vez que lo dejé en el centro de su cama, ya no se movió más en su primera noche con Elisa y conmigo. Al menos yo no me enteré y esta noche pasada también se había portado igual de bien.

—Estupendamente —les conté—. Ha vuelto a dormir toda la noche. Milo no se ha movido, así que no me he enterado de nada. Duerme toda la noche y se espabila enseguida, en cuanto me escucha levantarme. Entonces tengo que ir detrás de él, para recoger el pipi o lo que sea. Es lo que toca hasta que no esté protegido con todas las vacunas, pero es muy bueno.

—Y juguetón —añadió Asun—. Ya nos dirás cuando le dé por vuestras zapatillas. —Se rio Asun.

—Qué monada —dijo Mari.

—¿Qué tal lleva Elisa lo de ir recogiendo pipis y otras sorpresas? —Quiso saber Abel.

—Bastante bien. —Fruncí los labios, divertida—. Cuando se altera Milo y yo nos desaparecemos de su vista unos minutos, hasta que se tranquiliza. Después se queda como si nada —nos reímos.

—Porque el día se haga muy corto y nos larguemos de aquí pronto —dijo Asun, levantando su taza de café.

Los demás la imitamos añadiendo alguna motivación más cada uno y nos pusimos a desayunar. Yo me comí mi tostada con paté y me bebí con calma el café. Unos veinte minutos después, aproximadamente, salimos de la cafetería y cruzamos la calle, dirigiéndonos a la empresa.

Asun y Mari se despidieron de nosotros en la entrada porque tenían que hacer unas cosas en la planta baja, por lo que tardarían en subir. Abel y yo fuimos hacia los ascensores y esperamos frente a la puerta junto a otro hombre al que saludamos.

—No te gires, ni te muevas. Fabián viene hacia aquí —me advirtió Abel, observándolo de reojo.

—Estupendo —murmuré.

—Ignóralo —me pidió.

—Él no me lo pone fácil. —Bufé.

—Pero tú eres más lista que él. —Me hizo un guiño y sonreí—. Yo me encargo.

—Vaya, vaya, la parejita feliz —habló a nuestras espaldas—. ¿Ya has dejado de perder el tiempo, Ciara?

—Cierra la bocaza porque no te gustará que te la cierre yo —le advirtió Abel, sin girarse a mirarlo.

—Díaz, tú tan simpático como siempre —dijo con ironía Fabián, refiriéndose a él por el apellido.

—A cada cual lo que le pertenece.

Después de decir esas palabras mi amigo colocó una mano en mi espalda, para empujarme ligeramente cuando las puertas del ascensor se abrieron. Entramos todos, Abel y yo nos fuimos al fondo, donde apoyamos las espaldas en la pared para controlar el interior.

El ascensor había llegado vacío, lo que hubiera agradecido que fuese al contrario porque de esta forma la presencia de Fabián se notaba más. Saqué el móvil del bolsillo del abrigo para intentar olvidarme de que lo tenía cerca, y me entretuve mirando tonterías.

Al llegar a nuestra planta nos despedimos del hombre que se montó con nosotros, ya que continuaba subiendo.

—Ya está —me dijo Abel, siguiendo con la vista a Fabián.

Este salió el primero y se apresuró a alejarse. Caminaba hacia su mesa de trabajo, sorteando las de los compañeros.

—Cada vez lo soporto menos —suspiré.

—No dejes que vea que te intimida o hasta qué punto te molesta. Juega a tu favor porque si se da cuenta, lo hará peor —me aconsejó.

—No puedo evitar reaccionar como si quisiera salir corriendo de su lado. —Hice una mueca.

—Por eso lo digo.

—Si no nos vemos a la salida, a la una y media, que te vaya genial el fin de semana —le deseé.

—Igualmente, preciosa. Lo mismo te llamo para tomar algo el sábado por la tarde o para desayunar el domingo.

—Claro, cuando quieras. Me encantaría.

Nos separamos para ir cada uno hacia nuestro puesto de trabajo. No había mucha distancia entre nosotros, nos veíamos desde nuestras mesas, pero con cuatro de otros compañeros entre los dos.

Después de quitarme la ropa de abrigo me senté y continué trabajando por donde lo dejé para ir a desayunar. Llevaba unos minutos concentrada, cuando en la pantalla del ordenador se activó la ventanita de los mensajes instantáneos. Siempre que sucedía venía de parte del jefe o de mis compañeros, independientemente del departamento que fueran. Era la manera interna más rápida que teníamos para comunicarnos entre nosotros.

Para mi desgracia me escribió quién menos quería. Cogí una bocanada de aire al notar de repente las manos sudorosas.

Fabián: *¿No vas a hablarme hoy? No me has dicho ni un hola, ni siquiera me has mirado. Vas a conseguir que piense que huyes de mí y no quieres que mi cabeza vaya por ahí, ¿verdad? Todavía quedan muchos minutos para terminar la jornada…*

Mi primera reacción fue dejarlo en visto y cerrar la pantalla, ignorarlo completamente, pero el consejo de Abel era muy cierto y me obligué a

contestarle. Si alimentaba el pensamiento de que me asustaba Fabián él lo haría peor.

Ciara: *Te hablaré cuando sea necesario, hasta ahora no lo ha sido. Si te comportaras bien conmigo te trataría como a cualquiera de nuestros compañeros. Hola y adiós, tengo mucho trabajo y los minutos pasan más rápido de lo que te crees. No sé por qué narices tendría que huir, y menos de ti. Que te quede muy claro que yo nunca huyo de nada ni de nadie, chico. Buen fin de semana.*

En cuanto le di a enviar cerré la ventanilla y empecé a dar golpecitos con el bolígrafo en la mesa. No pude evitar mirar disimuladamente hacia Fabián. Entre él y yo había el doble de distancia que con mi amigo Abel, pero igualmente vi perfectamente su expresión seria mientras miraba la pantalla. Estaba leyendo mi mensaje y aparté rápido la vista, antes de que se diera cuenta de que lo estaba observando.

Inconscientemente, como si buscara sentirme segura, miré a Abel. Dio la casualidad de que me encontré con los ojos de mi amigo fijos en mí, quien arqueó una ceja y no tardó en escribirme.

Abel: *¿Qué ha sido eso?*

Ciara: *¿El qué? No me he movido.*

Abel: *Ciara… estás nerviosa, no puedes dejar de mover las piernas y la mano. Y por si eso no fuera suficiente, te he pillado mirando a Fabián. ¿Sigo?*

Ciara: *Joder, ¿no tienes trabajo?*

Abel: *Ja, ja, ja… mucho, pero para una vez que levanto la cabeza para destensar el cuello, me encuentro contigo como te he dicho.*

Ciara: *Me ha escrito y le he contestado. Ya está.*

Abel: *¿Qué mierda te ha dicho?*

Ciara: *Tonterías. Que, si no lo he saludado, que, si le tengo miedo y huyo de él. Bla, bla, bla…*

Abel: *Mierda, si es que lo sabía.*

Ciara: *No pasa nada, he sido muy clara. No me ha escrito más, así que lo ha entendido.*

Abel: *Si quieres creer eso hoy por ser viernes, vale, haré lo mismo, pero los dos sabemos que no es cierto. Ese tío siempre te está buscando.*

Ciara: *Que le den, no quiero hablar más de él. Vamos a concentrarnos, no voy a salir ni un minuto más tarde.*

Abel: *Pues empieza por relajarte.*

Solté un suspiro y durante las siguientes horas no aparté la mirada de los informes y de la pantalla del ordenador. De esa forma el tiempo pasó bastante rápido y me di cuenta de que había llegado la hora de irme cuando la ventanilla de mensajes volvió a activarse. Sonreí al ver que era Abel diciéndome que recogiera ya, que me esperaba.

Fue lo que hice, guardé todo lo que tenía encima de la mesa y lo metí en los cajones, los que cerré con llave. Por último, apagué el ordenador y me levanté de la silla, para ponerme el abrigo y la bufanda, colgándome el bolso. Comprobando que llevaba el móvil, caminé por el pasillo central para encontrarme con mi amigo.

—Libres otra semana más —me dijo con un guiño, cuando llegué a su lado.

—Sí, ¡qué ganas! —sonreí.

Asun y Mari se nos unieron un poco más adelante. Recorrimos la planta despidiéndonos de nuestros compañeros.

—¿Tenéis plan para esta noche? —nos preguntó Asun, en el ascensor.

—Yo voy con Elías al cine y después a cenar —contó Mari.

Elías era su pareja, su novio desde hacía siete años. Vivían juntos.

—Suena bien —dije sonriéndole.

—Ya te digo. —Se agarró de mi brazo cuando las puertas del ascensor se abrieron en la planta baja—. Llevamos esperando el estreno de la película meses, va a ser una pasada —habló emocionada, mientras le decíamos adiós con las manos a nuestra compañera Inés, la recepcionista.

—Yo tengo noche de chicas, mis amigas vienen a cenar y a dormir a mi piso —comentó animada Asun.

—Otro planazo. —Le hice un guiño—. ¿Y tú? —Giré la cabeza hacia Abel.

—Por ahora no he pensado en nada, pero seguramente en cuanto hable con alguno de mis amigos ya habrán organizado algo para esta noche. —Se encogió de hombros.

—Ya verás como sí —le sonreí.

—Tampoco me preocupa. Estaría bien terminar la semana cómodo en el sofá, comiendo comida a domicilio y viendo alguna película en la tele.

—Esa seré yo —le confirmé.

—Bueno, guapísimos. Cuidaros y pasarlo estupendamente, nos vemos el lunes en la cafetería —nos dijo Asun.

En la zona techada de la entrada nos despedimos de ella y de Mari porque tomaron otra dirección.

—Te llevo. —Se ofreció Abel.

—Solo si te va bien —le dije sonriendo.

—Uf, me viene fatal. Voy a hacer un esfuerzo tan grande…

—Tonto —me reí dándole un golpecito en el brazo.

—Es que tienes unas cosas. —Sacudió la cabeza.

Siempre que coincidíamos en horarios a la hora de salir del trabajo, Abel me llevaba en coche al piso. No es que lo tuviéramos diferente, me refiero al

horario, pero él en ocasiones se retrasaba más por reuniones o por asuntos que debía dejar cerrados, mientras que yo tenía libertad para irme en cuanto terminaba mi jornada.

Nos abrazamos para salir de la protección del techado porque todavía llovía y, aunque no caía con fuerza, sí que calaba poco a poco. Nos protegimos como pudimos, mientras íbamos al estacionamiento de la empresa, donde Abel tenía su plaza de aparcamiento.

—¿Elisa te espera para comer? —Quiso saber mientras arrancaba y se pasaba una mano por el pelo.

—Sí, ¿quieres unirte a nosotras?

—Te lo agradezco, pero prefiero irme directo a casa. Te iba a invitar a comer como excepción porque pensaba que comerías sola.

—Debe hacer un rato que Elisa llegó al piso.

—Mejor, así cuando llegues se le habrá pasado la irritación por lo que se haya encontrado de Milo. —Me miró de reojo y nos reímos.

Capítulo 5

El trayecto hasta el piso se nos pasó volando, y no fue porque no encontráramos tráfico. Había bastante por el día lluvioso, pero fuimos saltando de una conversación a otra y cuando nos dimos cuenta ya habíamos llegado frente al edificio donde vivía con Elisa.

—Hagas lo que hagas hoy y mañana, disfrútalo mucho —le pedí a Abel, abrazándolo.

—Igualmente, preciosa. ¿Prefieres que quedamos el domingo para desayunar, en vez de mañana por la tarde?

—Como quieras.

—Vale, eso es un sí.

Nos reímos con un último abrazo y me bajé del coche, mientras Abel me decía que el domingo vendría a por mí a las diez de la mañana. No contó con Elisa porque dio por hecho, al igual que yo, que estaría con su novio.

Corrí hasta el edificio y subí en el ascensor hasta el piso, sacudiéndome el agua del abrigo. Una vez entré en la vivienda me la encontré en silencio.

—¿Elisa? ¿Milo? —los llamé en alto.

Mi cachorro salió de una de las habitaciones, pero mi amiga no habló ni apareció.

—Hola, pequeñín. —Me agaché para cogerlo en brazos—. ¿Cómo te has portado hoy? ¿Ha ido bien o me encontraré a Elisa desmayada por algún lado? —le pregunté con la cara muy cerca de la suya.

Le di besos en la cabeza cuando me levantó la pata, varias veces, mientras le hablaba. Lo dejé libre en el suelo y volví a llamar a mi amiga, yendo hacia el pasillo. La cocina se encontraba vacía, la puerta estaba abierta y se veía una buena parte del interior.

Recorrí el pasillo, directa a su habitación. Tampoco estaba, por lo que me dirigí al último sitio en el que… pues sí, sonreí al encontrarla con los ojos cerrados y cubierta de agua en la bañera de su baño privado. Con el calefactor encendido la temperatura dentro era ideal.

—¿Tanto te ha alterado Milo, que has necesitado relajarte? —le pregunté, sobresaltándola un poco.

—Ciara —dijo mi nombre con una gran sonrisa—. ¿Tan tarde es? No te esperaba hasta dentro de media hora, lo había calculado para estar lista cuando llegaras.

—No te preocupes, no hay prisa. Es que no he venido en autobús, me ha traído Abel.

—Ah, con razón.

—Termina tranquila —le pedí—. Voy haciendo la comida.

—No pasa nada —habló levantándose—. Llevo un rato a remojo, pero como no estabas… —Quitó el tapón para que se fuera el agua, mientras me enseñaba las arrugas de la otra mano—. Milo se ha portado muy bien mientras estaba solo, cuando he llegado lo único que me he encontrado es una toalla de manos tirada en el suelo y un par de pipis, en el salón y en la cocina. Poquita cosa. —Me hizo un guiño.

—Perfecto. —Asentí animada.

Hablando de él… apareció y empezó a dar vueltas en mis pies. Me lo llevé conmigo para dejar que Elisa terminara tranquila. Primero entramos en mi

habitación, donde dejé el bolso sobre la cómoda y colgué el abrigo en el perchero, para que se secara. La bufanda la coloqué al lado, antes de ir a la cocina.

—Cuando acabes de comer toca quitar la venda, lavar la herida, secar y dejar al aire un ratito —le dije a Milo, sacando el saco de pienso.

Había aprendido rápido, ya estaba sentado a mi lado, esperando a que le pusiera de comer sin apartar la atención de lo que tenía en las manos. Cogí su cuenco, eché el pienso y un poco de la leche que le preparé rápido, y lo dejé entretenido. Yo de mientras me puse con la comida de nosotras.

—Ya estoy —dijo mi amiga, al cabo de unos minutos.

—Me he puesto a hacer pasta.

—Perfecto. —Me dio un beso en la mejilla al pasar por mi espalda, camino a la nevera—. ¿Cómo ha ido el día de trabajo? —me preguntó.

Me dejó una lata de refresco al lado y se apoyó en la encimera con la suya, de la que bebió en cuanto la abrió.

—Bien, tranquilo. Se me ha pasado bastante rápido —le contesté.

—Guay. Te has mojado —dijo al verme bien el pelo.

—No es nada —le sonreí—. ¿Qué tal tu día? —Me interesé.

—También se me ha ido la mañana volando. No he estado mucho en la empresa, me han tenido secuestrada en el banco.

—¿Todo bien?

—Sí, trámites y papeleos. —Bufó.

—Bueno, si es así te has librado de estar en tu despacho —le sonreí.

—No voy a quejarme. —Me lanzó un beso al aire.

Dejó la lata para unirse a mí y entre las dos terminamos de preparar la comida, una ensalada y la salsa para la pasta, mientras esta hervía.

—Sobre las cinco vamos al piso de Bea, ¿no? —me preguntó.

—Sí. Debe estar que se sube por las paredes —nos reímos.

—Normal, esta noche será su gran noche. —Silbó.

—Esperemos que le vaya tan bien como las tres esperamos. —Negué con la cabeza.

—Ya verás que sí. No es la única que tiene planes para salir esta noche.

—Ya imagino que has quedado con Ángel, lo que no sé es si te quedarás desde hoy hasta el domingo en su casa, o te irás mañana.

—Me voy con él esta noche, no podemos desaprovechar el tiempo. —Elevó las dos cejas varias veces, de forma graciosa—. Dentro de un rato prepararé la mochila, descansarás de mí hasta el domingo.

—Es que no tenéis que desaprovecharlo —la rectifiqué—. Bien que hacéis. No creo que necesites llevarte muchas cosas, cada fin de semana vas dejando algo tuyo en su casa. —Fruncí los labios.

—¿Tú crees que se habrá dado cuenta? —me preguntó pensativa.

—Ni idea. —Me encogí de hombros—. Aunque si somos realistas es un poco evidente.

—Sí. —Soltó una carcajada a la que me uní—. Pero antes de eso vendrás a cenar con nosotros.

—Elisa, estaré perfectamente aquí con Milo.

—He esperado para proponértelo porque sé que no te gusta. No quieres salir una vez que se va la luz del día y la verdad es que a partir de ahora me quedaré muchísimo más tranquila dejándote en compañía de Milo, cuando me vaya el fin de semana. Me da mucha paz, ya sabes que a mí lo que no me gusta es que estés tanto tiempo sola.

—No pasa nada. Tienes tu vida, tu pareja. ¿Qué quieres? ¿Meterme en el centro de la cama con vosotros para dormir? —le pregunté con diversión.

—Sí, mujer, y una mierda. —Jadeó—. Como mucho estarías en una esquinita —nos reímos.

—Conociéndote, con lo que te mueves, terminaría en el suelo. —Sacudí la cabeza, haciéndola reír otra vez.

—A lo que iba. He esperado, pero ya ha llegado el momento. Esta noche te vienes a cenar con Ángel y conmigo. Shhh… —Levantó las manos para que no hablara— No quiero oír nada. Mira te explico, es una ocasión especial porque Ángel ha quedado con sus amigos y tú irás de mi parte.

—¿Cena en grupo?

—Sí. De amigos íntimos, para que os conozcáis. No puedes decir que no, me hace muchísima ilusión que estés conmigo y sabes que a Ángel también, le caes genial y de tanto que le hablo de ti es como si tuviera dos novias. —Me sacó la lengua y sacudí la cabeza, con expresión divertida—. El tema es que seremos cinco para cenar, seríamos seis con Bea, pero esta noche no podemos contar con ella por su cita con Cristofer.

—Si es así…

—¿En serio? —Jadeó y asentí, por lo que me gané un fuerte abrazo—. Nos lo vamos a pasar genial en la cenita, en el restaurante. Podemos alargarlo todo lo que queramos, sino quieres ir después a otro sitio. Y sobra decir que cuando te apetezca irte te traeremos aquí.

—Suena muy bien —le sonreí.

—Ay, ¡no me lo creo! —se rio y lloriqueó, ambas cosas al mismo tiempo, haciéndome reír.

Volvió a rodearme con los brazos, sin tocarme con las manos manchadas.

—La ocasión bien merece que haga una excepción. Por una vez voy a alejarme de mis rutinas diarias, las de ir trabajo, las de hacer recados y las de

estar con mis amigos a la luz del día, aunque al final anochezca un poco. —Le hice un guiño.

—Ir al trabajo no cuenta, eso es una obligación. —Puso los ojos en blanco.

—Todo lo que sea salir a la calle cuenta —le sonreí.

—Buenooo…

—Entonces para las cinco vamos al piso de Bea a ayudarla para su cita y cuando volvamos nos duchamos y nos arreglamos.

—Exacto —dijo feliz.

—¿A qué hora vendrá Ángel?

—Sobre las ocho y media, pero si nos retrasamos un poco no pasa nada.

—Lo sé, tú siempre lo haces esperar.

—Oye —se quejó—. Lo hago para darle más emoción a nuestro encuentro.

—Clarooo… —me reí— como si no fuese normal que tardes siempre.

—Pero qué ataque más gratuito. —Jadeó.

—De gratuito nada, que lo mío me cuesta —dije en broma.

Terminamos riéndonos, mientras acabábamos con la comida.

—¿Sabes si Abel tiene planes para esta noche? Lo tengo muy presente, me encantaría invitarlo para estar todos juntos. A Ángel le cae genial desde que los presenté y con las veces que yo le hablo de Abel… —Asentí—. El problema es que llamar a Abel ahora para invitarlo es un poco precipitado, lo pondría en un compromiso. Ángel y yo hemos decido lo de la cena esta mañana, cuando me ha llamado a la hora del desayuno, y sé que Abel ya tendrá planes con sus amigos. No quiero que tenga que anularlos por mí —me comentó.

—Hemos salido del trabajo hablando con Asun y con Mari de los planes que teníamos y Abel ha comentado que no sabía cómo se le presentaría la

noche. Lo que sí nos ha dicho es que seguramente cuando hablara con sus amigos ya habrían hecho planes.

—Ah, como imaginaba. Pues entonces para la próxima lo organizaremos con tiempo para que no falte —dijo sonriente.

—Sí, vendrá encantado. —Asentí, devolviéndole la sonrisa—. ¿Cuelas la pasta y la mezclas? Así aprovecho para lavarle la herida a Milo y se la dejo destapada mientras comemos, hasta que nos echemos un rato en el sofá.

—Venga, ve —me pidió.

—Gracias.

Esta vez el beso en la mejilla se lo di yo, antes de salir de la cocina y llamar a Milo para que me siguiera. Hacía rato que él acabó de comer, lo encontré tumbado en la alfombra del salón. Antes de que dijera su nombre se levantó al verme, para venir hasta mí.

Entramos en el baño del pasillo, la única habitación que tenía uno privado era la de Elisa. Cogí en brazos a Milo, para quitarle la venda y ponerle la pata bajo el grifo del lavamanos. Le limpié con jabón muy bien los cortes y mejor se los enjuagué, para que no le quedara ningún resto.

Le di un beso en la cabeza, encantada con él. Me tenía enamorada, para lo pequeño que era daba la sensación de ser más adulto porque se quedaba completamente quieto hasta que terminaba.

Le sequé bien la pata con una toalla limpia y pequeña, y terminé secándosela del todo con el secador. Al finalizar lo dejé en el suelo y entonces salió corriendo. Lo seguí al salón y sonreí al ver cómo se lanzaba a uno de sus juguetes.

—Como te vea chuparte la pata te quito todas las distracciones.

Le advertí, aunque no supe para qué porque lógicamente me ignoró.

La mesa alta del salón ya estaba puesta y Elisa no tardó en salir de la cocina con la jarra de agua. Ocupamos nuestras sillas, una frente a la otra, y

comenzamos a comer.

Las comidas y las cenas siempre nos las tomábamos aquí, a excepción de las veces que queríamos estar cómodas en el sofá. En la cocina teníamos otra mesa, pero ahí solo desayunábamos. Según Elisa no tenía sentido desaprovechar todas las comodidades del salón, como del resto del piso, y estaba totalmente de acuerdo con ella.

¿Para qué reservar las cosas o los sitios para alguna ocasión especial, cuando todos los días eran especiales y encima los compartíamos juntas? Tal y como me dijo cuando me vine a vivir con ella, siempre lo había hecho así porque no tenía sentido mantener el salón perfecto e intacto, sin aprovecharlo como le diera la gana, solo para reservarlo por si venían visitas. Cosa que podía ocurrir muy de tanto en tanto, o quizás nunca. En esas visitas no entraban nuestros amigos.

Comimos con Milo jugando a nuestro alrededor. En un par de ocasiones tuve que llamarle la atención antes de que se tocara la pata, pero por lo demás se portó muy bien. En unos días más ya no haría falta que se la vendara, los cortes estarían cicatrizados perfectamente, pero como todavía no había llegado ese momento, cuando terminamos de comer lo llevé de nuevo al baño.

Después el piso se quedó en silencio. Elisa y yo nos tumbamos en el sofá y nos tapamos con la manta, mientras que Milo no quiso quedarse en su cama, la que le traía al salón antes de salir por la mañana a trabajar. Lo subí conmigo y se acurrucó contra mi cuerpo.

De esa forma nos dormimos los tres, hasta que la alarma que puso Elisa sonara y nos activara. Bea nos necesitaba para quitarle un poco los nervios, iríamos a su piso en el coche de Elisa.

Yo no conducía. No tenía vehículo, pero sí carné, aunque hacía tantos años que no me ponía frente a un volante que tenía la sensación de que ya no sabía cómo hacerlo.

Me dormí muy a gusto abrazando a Milo, con los pies de mi amiga enredados en los míos.

Capítulo 6

—¿Qué os parece esta falda? —nos preguntó Bea, colocándosela como si la llevara puesta.

—No sé. No termina de convencerme —le contestó Elisa, acercándose a ella—. Déjame ver —le pidió, poniéndose frente al armario.

—¿Por qué os complicáis tanto? Cristofer te ha visto muchas veces, sabe cómo eres, cómo vistes, ¿qué más da lo que te pongas? Si te ha invitado a cenar es porque le interesas de cualquier manera. —Me encogí de hombros.

Ellas eran las encargadas de sacar modelitos, mientras que yo lo observaba todo y decía si me gusta o no, al igual que también hacía Elisa. Mientras que mis amigas no dejaban de moverse, yo llevaba un buen rato sentada sobre la cama de Bea, con las piernas cruzadas.

—Ven aquí, pequeñín —llamé a Milo cuando se asomó a la habitación de mi amiga.

Vino corriendo, moviendo la cola. Me incliné para cogerlo y lo tumbé en el hueco que quedaba entre mis piernas cruzadas. Ahí se acurrucó después de llevar desde que llegamos yendo de un lado al otro del piso de Bea. Se lo había recorrido entero, no sabía cuántas veces.

Decidí traerlo conmigo para que no estuviera tanto tiempo solo, porque por la noche ya lo estaría hasta que yo regresara de la cena. A Bea le encantó volver a verlo e incluso se rio cuando encontró el único pipi que había hecho en su piso. Le acaricié la cabeza y entre los ojos, relajándolo. Los cerró enseguida.

Para llevarlo en el coche, antes de venir a ver a Bea, Elisa me llevó a una tienda de animales, una diferente a la que fui con Abel. En ella le compré una correa porque, aunque aún no podía sacarlo a la calle a pasear, sí que necesitaba la correa para sujetarlo en el coche, por su seguridad. Había comprado todo lo necesario para que pudiera ir en cualquier vehículo sin problema.

—Cariño, te hace falta tener una cita, ¿eh? —me habló Bea, riendo.

—¿Qué? —me quejé, mirándolas a las dos.

—Déjala, Ciara está perfectamente como está —dijo Elisa, moviendo la ropa del armario.

—Anda, ¿y eso por qué? Tú tienes novio desde hace poco, yo puede que, a partir de esta noche, también. Así que Ciara tiene el mismo derecho que nosotras a vivir y a descubrir la ilusión y el amor. Se lo merece, ¿no crees?

No lo dijo como un reproche. Bea en todo momento utilizó un tono de voz suave, e incluso con una pizca de humor al hablar de una posible relación mía. Pero no porque no le hiciera ilusión, sino porque le hacía gracia la idea.

—Lo sé. Claro que sí —respondió Elisa entre susurros, pero no habló tan flojo como para que no la escuchara. La oí estupendamente—. Ella más que tú y que yo se merece esa felicidad. —Dejó caer las manos a sus costados.

Fue el momento de intervenir.

—No sé si me lo merezco o no, o si algún día conoceré a un hombre que sea para mí. No me preocupa encontrar a alguien, ni pienso en ello, no quiero porque estoy estupendamente como estoy. Tranquila, serena, en calma… —Bajé la mirada a Milo. Se había dormido— Me gusta mi vida normal, sin complicaciones, tal y como la estoy viviendo.

—Y está muy bien, pero digo yo que una alegría para el cuerpo no viene mal, cariño —insistió Bea.

—Lo tengo —dijo Elisa.

Cortó la conversación y lo agradecí porque no me apetecía nada continuar hablando de lo mismo. Elisa lo sabía, su mirada de reojo para ver cómo estaba me lo confirmó. Le hice un guiño y me sonrió.

—¿Qué tienes? Oh, ¡sí! ¡No me acordaba de ese vestido! Joder, mira que he removido todas las perchas, pues no lo he visto. —Puso los ojos en blanco Bea.

—Anda, pruébatelo y terminamos de dar el visto bueno.

—Ahora mismo. —Se lo quitó de las manos riendo.

Mientras Bea se deshacía del pijama y se vestía, Elisa caminó hasta la cama y se sentó a mi lado.

—Qué tranquilo parece dormido —me habló flojito, por Milo.

—Solo es juguetón, pero es que es un bebé —le dije.

—Lo sé. —Buscó mi mirada—. ¿Te encuentras bien?

Al final tuvo la necesidad de preguntármelo susurrando, seria.

—Claro —le contesté de la misma forma, pero yo le sonreí para que se relajara.

—De acuerdo —suspiró.

—¿Qué os parece? —Quiso saber Bea y la miramos.

—Ya no tienes que buscar más, definitivamente es el vestido perfecto para esta noche —le aseguré.

—Ay, qué voy a tener babeando toda la noche a Cristofer —dijo emocionada.

—Más bien vas a tenerlo cachondo —la rectificó Elisa y nos reímos las tres. Milo continuó en su sueño profundo.

El vestido era atrevido, sugerente y sexi, pero al mismo tiempo elegante. Las dos tenían razón, Cristofer babearía, mientras tendría problemas para controlar su excitación.

—Nosotras nos vamos ya —decidió Elisa, poniéndose de pie—. Tenemos que ducharnos y arreglarnos también —le sonrió a Bea.

—Jo, que pena que no pueda ir a la cena. Y más porque Ciara se ha animado a salir por la noche —suspiró.

—Habrá otras veces. Ya lo verás —le aseguró Elisa, mirándome de reojo.

—Espero que sí. Me encantaría que las tres pudiéramos compartir una noche de fiesta, aunque no la alargáramos. Que no me quejo de nuestras cenas en los pisos, pero ya me entendéis. También me gustaría conocer a los amigos de Ángel.

—Bueno, piensa que en algún momento lo último sucederá. En la boda seguro —me reí, mientras dejaba a Milo hecho una bolita encima de la cama.

—No te adelantes tanto —me pidió Elisa, aunque su sonrisilla la delató, a pesar de sus palabras—. Estoy genial con Ángel, me tiene enamoradita, ya lo sabéis, pero de ahí a hablar de casarnos…

—Tiempo al tiempo —la interrumpió Bea, observándola con picardía.

—Nos lo pasaremos muy bien —me dijo Elisa, refiriéndose a la cena—. Los amigos de Ángel son muy simpáticos y agradables.

—Deja de preocuparte por mí —le pedí, negando con la cabeza—. Bea, cariño, disfruta a lo grande de esta noche con Cristofer.

—Con vosotras se me habían quitado un poco los nervios, pero ahora empiezan otra vez. —Hizo un puchero.

—Contrólalos hasta que puedas con ellos. —La abrazó Elisa—. Va a irte genial, ya lo verás. —Le dio un beso en la mejilla.

—Claro que sí. —Fue mi turno para darle mimos.

Cuando nos separamos nos acompañó a la puerta. Después de abrigarme cogí en brazos a Milo, quien abrió un poco los ojos, para volver a cerrarlos rápido. Nos despedimos de Bea pidiéndole que en cuanto pudiera, al día siguiente o en algún momento del fin de semana, al menos nos enviara un mensaje para contarnos como le estaba yendo. Cabía una gran posibilidad de que pasara el resto del fin de semana con Cristofer y si era así, no podría hablar con calma en una llamada.

Volvimos al piso de Elisa y en cuanto dejé a un activo Milo bebiendo leche en su cuenco, yo fui a darme una ducha y a prepararme. Elisa hizo lo mismo.

Me duché rápido, al igual que me sequé el pelo. Entré en mi habitación para ir al armario y frente a él, con las puertas abiertas, sonreí recordando a Bea en la misma situación hasta hacía muy poco. La diferencia entre nosotras era que yo elegí muy rápido lo que iba a ponerme. Me decidí por un pantalón muy bonito de vestir, también abrigaba mucho.

Todavía estaba nublado, por el momento no llovía, pero podía volver a comenzar en cualquier instante.

Acompañé al pantalón con unos botines que tenían un poquito de tacón, con ellos se me veía arreglada y lo mejor de todo, eran super cómodos. En la parte de arriba me puse un jersey de lana que caía por uno de mis hombros, dejándomelo un poco al aire. Con el frío que hacía fuera era lo máximo a lo que me arriesgaba. Más que suficiente.

Volví al baño para peinarme y hacerme unas ondas con la plancha, las que me quedaron geniales a la primera.

—Vaya. —Silbó Elisa, desde la puerta abierta.

—¿Te gusta? —le pregunté por todo el conjunto.

—Estás espectacular, cariño —me sonrió.

—Gracias. —Le devolví el gesto—. Tú también, Ángel va a querer secuestrarte en cuanto te vea.

—No se le ocurriría estando tú con nosotros —se rio—. Solo por eso es una ocasión especial. —Me hizo un guiño.

—Por mí no os cortéis, ¿eh? —Arqueé una ceja.

—Hay tiempo para todo. —Me lanzó un beso al aire.

Elisa había optado por ponerse un vestido de lana que le llegaba por las rodillas. Moldeaba toda su figura, adaptándose a sus impresionantes curvas. Mi amiga había sido más atrevida con el calzado, llevaba unos zapatos con bastante tacón.

—Venía a avisarte de que Ángel me ha escrito para decirme que salía de su casa. En unos diez minutos estará aquí.

—Vale, solo me falta echarme perfume.

—¿No te maquillas?

—¿Tengo mala cara? —Me miré en el espejo.

—No, para nada. —Rio, poniéndose a mi lado—. Estás preciosa, Ciara, pero una pizca de color siempre sienta bien.

—Vale, pues me maquillo suave.

—Perfecto, yo voy a terminar con mi pelo y también estaré.

Me dio un beso en la mejilla antes de dejarme sola.

Desenchufé la plancha del pelo y la dejé apartada para que terminara de enfriarse, mientras me maquillaba. Hacía tanto tiempo que no lo hacía… destaqué el colorete, las pestañas y los labios. Elisa tenía razón, cuando terminé parecía otra, y eso que no me esmeré mucho.

En cuanto guardé la plancha me eché perfume, moldeé un poco las ondas con las manos, y salí del baño para ir a mi habitación. Cogí el bolso y el abrigo, y saqué de la cómoda otra bufanda de un color que combinaba con los tonos de la ropa que me había puesto. Una vez en el pasillo, al pasar por el

baño cerré la puerta para no llevarme ninguna sorpresa con Milo cuando regresara de la cena, y fui a verlo.

Sonreí al encontrarlo dormido sobre la alfombra, a los pies del sofá. Era su sitio preferido cuando estaba en el salón. La cama únicamente la utilizaba para dormir por las noches en mi habitación, a pesar de que siempre se la ponía durante el día entre el sofá y el sillón.

Dejé todo lo que llevaba en una silla y lo cogí en brazos con cuidado, para colocarlo en su cama acolchada. Lo único que hizo fue estirarse y cambiar de postura, sin abrir los ojos. No quise despertarlo, pero tampoco quería irme sin decírselo, aunque no sabía si me entendía.

—Milo, vamos a salir a cenar —le susurré—. Intentaré no tardar, ¿vale? Cuando vuelva te llevo con la cama a mi habitación.

Le acaricié detrás de las orejas y entreabrió un poco los ojos.

—Me voy, pequeñín. Pórtate bien, sigue durmiendo.

Me incliné para darle un beso y me levanté mientras él cerraba de nuevo los ojos. Aparte de juguetón, que era lo normal a su corta edad, también me había salido dormilón.

—¿Vamos? —me preguntó Elisa, al llegar al salón.

—Hoy has sido puntual —le sonreí.

—Ni yo me lo creo. Será tu influencia —nos reímos.

Me puse el abrigo y la bufanda, y agarré el bolso. Dejamos a Milo cómodo en su cama y bajamos para salir a la calle, donde Ángel nos esperaba mal aparcado en su coche. Nos montamos después de que Elisa dejara su mochila en el maletero.

—Hola, cariño —lo saludó Elisa, lanzándose a darle un beso en los labios desde el asiento del copiloto.

—Hola, preciosa —le correspondió él—. Ciara —dijo girándose hacia atrás, para mirarme a la cara—. Hola, me alegro de que nos acompañes —dijo

sonriente.

—Hola, Ángel. Muchas gracias, me apetece mucho.

—Perfecto porque nos lo pasaremos genial. —Me hizo un guiño—. Mis amigos irán directamente al restaurante —nos informó.

—¿A cuál? —Quiso saber Elisa.

Me abroché el cinturón antes de que el novio de mi amiga arrancara y se incorporara a la carretera.

—Al Fuoco.

—Oh, me encanta —reaccionó Elisa.

—Lo sé.

Sonreí al ser testigo de la mirada cómplice de la pareja, y de cómo Ángel agarraba la mano a mi amiga, para colocar ambas manos sobre el cambio de marchas. No era la primera vez que los veía juntos, pero no me cansaba de observarlos y de sentir lo que transmitían como pareja. Me encantaban.

Ángel cenaba algunas noches con nosotras, entre semana. A sumar a esos buenos momentos, yo también pasaba un rato hablando con él, cuando Ángel encontraba aparcamiento los viernes y subía al piso a esperar a que Elisa terminara de arreglarse, para salir por la noche o para llevarse a mi amiga a su casa el fin de semana.

—¿Te gusta el restaurante, Ciara? —me preguntó él por cortesía y con mucha amabilidad.

Ángel era muy correcto y educado, también muy simpático y divertido, aparte de ser uno de esos hombres que llamaba la atención, sí o sí.

—No sé qué restaurante es. Nunca he estado —le contesté.

—¿No habéis ido? —Miró a Elisa.

—Yo solo he estado una vez contigo, en nuestra segunda cita. No lo conocía de antes —Se encogió de hombros ella—. A nosotras nos pilla lejos y somos más de pedir comida a domicilio, ya lo sabes. Tenemos cerca varios restaurantes parecidos.

Ángel asintió y buscó mi mirada por el espejo retrovisor interior.

—Pero no son iguales, ya lo verás. Te gustará tanto como a Elisa. Es un restaurante especializado en comida italiana, pero también tienen una gran variedad de platos de todo tipo.

—Se me está abriendo el apetito —le dije sonriendo.

—Esa es la actitud. —Rio Ángel.

Elisa también rio, mientras que yo ampliaba mi sonrisa. Mi amiga estaba radiante, se le notaba un brillo especial y sabía que mi presencia, y más por la noche, tenía mucho que ver con ello. Ángel también lo diferenció, por eso su mirada de agradecimiento se cruzó con la mía a través del espejo retrovisor. Le asentí muy sutilmente, pero supo verlo y sonrió de medio lado.

Dirigí la vista a la ventanilla, para ver las luces pasar rápido. Ignoré todas las sensaciones que sentía y me tragué la inquietud, para concentrarme en la buena noche que tenía por delante. Porque lo sería, y con la mejor de las compañías.

Capítulo 7

—¿Qué te parece? —me preguntó mi amiga y la miré sonriendo.

—No nos hemos movido de la puerta, acabamos de entrar —le dije divertida.

—Jo, ya lo sé, pero tú eres de primeras impresiones.

—La que he tenido es muy buena —le confirmé.

—Guay. —Se agarró de mi brazo—. Ya verás que bien vamos a pasarlo.

—Elisa, relájate. —Sacudí la cabeza—. Es viernes por la noche, hemos venido a cenar a un restaurante que se ve genial. Pues claro que lo pasaremos bien y, aunque solo os conozca a Ángel y a ti, estoy segura de que sus amigos serán igual de agradables que él. Deja de preocuparte por todo por mí.

—Es que es la primera vez que salimos juntas por la noche y quiero que te diviertas, que sea especial —suspiró—. Aún me cuesta creer que no me pusieras pegas cuando te dije que nos íbamos de cena.

—Ya está siendo especial. —Le di un beso en la mejilla y me reí cuando me abrazó con fuerza.

—Señoritas, llegó el momento.

Ángel se puso a nuestro lado, después de haber estado hablando con el hombre que se acercó a atendernos nada más entrar al restaurante. Le sonreímos. No, error, rectifico, yo le sonreí a Ángel, mientras que a Elisa se le

caía la baba mirando a su novio. Debo decir que él no se quedaba atrás, se comía con los ojos a mi amiga y siempre buscaba su contacto.

Elisa y Ángel todavía no habían cumplido un mes del comienzo de su relación, hacia pocas semanas que empezaron a salir, pero si no los conocías daba la sensación de que su relación era de años. El grado de compenetración, sintonía, comprensión y conexión, los llevaba a ser una misma persona en muchos momentos.

Parecía que llevaban juntos toda la vida y tenía gracia porque la primera vez que ella me habló de Ángel, de cuando lo conoció por casualidad, lo primero que me dijo fue que se había encontrado con un hombre espectacular, pero que lo era tanto que era imposible que se fijara en ella. Sus palabras exactas fueron inaccesible, intocable, un sueño convertido en hombre.

Y tanto que él se fijó, hasta el punto de que Ángel volvió al día siguiente a la misma cafetería en la que coincidió con Elisa, sin saber si volvería a verla. Se presentó allí a la misma hora en la que la vio y consiguió lo que buscaba, porque Elisa iba cada mañana a desayunar a esa cafetería, ya que estaba cerca de su trabajo. Cuando Ángel su puso delante de una sorprendida Elisa, la que no se creía que estuviera viéndolo otra vez, la invitó a cenar.

Ahí comenzó de verdad todo y a partir de la primera noche todo cambió para ellos, por supuesto a mejor. Lo normal porque Elisa era una mujer preciosa e increíble.

De regreso al presente, al restaurante, Ángel, Elisa y yo fuimos detrás de un hombre que nos llevó hasta la entrada de un salón, en el que nos señaló nuestra mesa. Ángel y Elisa lo tuvieron claro enseguida porque sentados a ella había dos hombres. Cuando la parejita caminó hasta ellos, yo me puse a sus espaldas, siguiéndolos.

Pasé la mirada por todo el salón, de forma rápida y disimulada. El ambiente era tranquilo, se escuchaba el murmullo de las voces de las personas, mezclado con la suave melodía que salía por los altavoces.

A pesar de que todo se veía perfecto para pasar una gran noche y de que era lo que quería conseguir para crear nuevos recuerdos, me sentía rara, como fuera de lugar.

—Hola.

Al escuchar el saludo animado de mi amiga me centré en las personas que tenía delante. Sonriendo, vi cómo se saludaban entre ellos. Sabía que Elisa ya conocía a los amigos de Ángel, había quedado en algunas ocasiones con ellos, por lo que no me extrañó el comentario divertido de uno de los chicos hacia ella.

De repente me sentí más observada de lo normal. Ese fue el motivo por el que dirigí la vista al culpable, que no era otro que uno de los amigos de Ángel.

Me observaba serio, con una mano en un bolsillo de su pantalón, mientras que con la otra mano sujetaba su copa. Amplié la sonrisa para causarle una buena impresión, pero no obtuve el efecto que deseaba. Su expresión no varió, el único pequeñísimo cambio que distinguí en él fue una ligera inclinación lateral de su cabeza.

—Chicos, ella es Ciara, la mejor amiga de Elisa —me presentó Ángel. Me colocó una mano en la espalda, para reconfortarme—. Él es Raúl. —Lo señaló y aparté la vista del otro.

—Encantada —le dije.

—Encantado me he quedado yo. Es un placer conocerte, Ciara —me habló con amabilidad, sonriéndome.

—Gracias. Igualmente.

Después de que nos diéramos dos besos me giré hacia el otro, el que todavía continuaba atento a mí. No tenía ni idea de qué estaba viendo que le llamara tanto la atención, lo mismo le recordaba a alguien o pensaba que nos habíamos visto con anterioridad. Lo último no era posible, pero él me miraba como si estuviera buscando una respuesta a la pregunta de, ¿de qué me suena esta chica? En fin…

—Él es mi amigo Adam —me lo presentó Ángel, apretándole el hombro.

—Encantada —repetí, como le había dicho a Raúl.

—Hola, Ciara —fue lo que me dijo, sin dejar de mirarme fijamente.

Me pareció que alargaba mi nombre al pronunciarlo, pero fue imaginación mía porque Elisa no notó nada.

—Hola —le sonreí.

Se llevó la copa de vino a los labios, sin dejar de observarme por encima del borde, mientras bebía.

Tuve la necesidad de hacer algo con las manos y las metí en los bolsillos del abrigo, para quitarlas de en medio. Duró bien poco porque enseguida nos sentamos alrededor de la mesa, por lo que tuve que quitarme el abrigo y la bufanda, para colocarlos en una silla que Raúl y Adam habían reservado para las pertenencias. El bolso me lo puse sobre las piernas. No era muy grande y no me estorbaba, prefería tenerlo controlado.

Definitivamente hacía una eternidad desde la última vez que salí de noche. Ni me acordaba.

—Aquí tienes, preciosa —me dijo Raúl, ofreciéndome la copa de vino que llenó para mí.

—Gracias, pero tomaré agua —le sonreí.

—Eso no lo puedo consentir. —Me hizo un guiño.

—Deja de coquetear con Ciara —le advirtió divertido Ángel—. Te recuerdo que es la mejor amiga de Elisa y no impediré que mi chica saque las uñas a su favor.

—¿Qué he hecho? —se rio Raúl— Elisa, tú sabes que yo soy un tío legal. —Elevó las cejas varias veces, de forma graciosa.

—Para estar segura de eso necesito conocerte mucho más con el tiempo, pero te daré un gran voto de confianza por ser uno de los mejores amigos de Ángel —le dijo mi amiga y fruncí los labios, mientras ella me llenaba de agua otra copa vacía, ante la mirada sorprendida de Raúl—. Y sí, Ciara tomará agua —añadió como si no lo hubiera dejado claro ya al servirme.

—Uy, uy… —Agrandó los ojos él— Voy a tener que cambiar de estrategia —se rio.

—Mejor estate quieto y frena con ella.

La voz de Adam, tan rotunda, seca y cortante me erizó la piel. Todos lo miramos, pero él continuó tan tranquilo.

—¿A quién te refieres? ¿Con quién tengo que frenar? ¿Con Elisa o con Ciara? —le preguntó Raúl— No lo tengo claro.

Este parecía que se lo estaba pasando genial, a pesar de que todos iban en su contra con pequeños ataques. Lógicamente estaban de broma, aunque no fue algo que distinguiera en la cara de Adam.

—No cuentes conmigo para seguirte el juego —le dijo Adam, metiéndose una aceituna en la boca.

—Tengo que buscarme amigos más divertidos —rio Raúl.

—A ver si te soportan tanto como nosotros —contraatacó Adam.

Por la forma en la que se miraron me quedó claro que lo que estaba pasando era algo repetitivo entre ellos, seguramente muchas veces terminaban con una conversación parecida, con la que Ángel no paraba de reír. Elisa los miraba sonriendo, así que yo no me preocupé.

El ambiente se tranquilizó de golpe, con la aparición de la camarera. Le pedimos la comida y cuando se fue, mi amiga se inclinó hacia mí, para hablarme al oído.

—A la camarera le ha faltado poco para lanzarse sobre Adam —me dijo divertida—. Estoy segura de que, si no estuviera trabajando, ya estaría sentada en sus piernas.

—Eso sería si él lo permitiera, ¿no?

No había notado ningún intercambio por parte de Adam, pero claro, Elisa lo conocía un poquito más que yo.

—Cariño, mi novio no se queda atrás, pero ¿has visto cómo está Adam? Estoy enamoradísima de mi chico, no lo cambiaría en la vida por nadie, pero tengo ojos en la cara y por mucho que vea a Adam como a un amigo, porque lo es de Ángel, reconozco que también está tremendo. Aparte de soltero, así que es libre de sentársela sobre las piernas, besarla o lo que le apetezca. —Me hizo un guiño.

—Es raro que lo esté, teniendo en cuenta tu descripción tan real y breve.

—¿Qué quieres decir?

—Que no entiendo como está soltero.

—Ah, por lo que me ha contado Ángel no le gusta comprometerse. La única novia que tuvo y que le duró medio año fue una compañera de cuando todos cursaban el bachillerato. Por lo que se ve Adam estuvo muy enamorado y lo pasó muy mal. Fíjate cuánto tiempo hace, con la edad que tienen ya.

—Es un ligón.

—Normal, ¿no? Puede permitírselo y disfruta de ello.

—Supongo. —Me encogí de hombros.

—Te ha gustado.

La miré de reojo unos segundos, para continuar después observando la carta. A pesar de que ya habíamos pedido, me entretuve en mirar las imágenes de todos los platos. Tenían una pinta espectacular, aunque sinceramente me importaba bien poco. Lo único que necesitaba era calmar los nervios que me habían entrado mientras Elisa me hablaba de Adam.

—No vuelvas a decir algo así —le pedí susurrando.

—Otra cosa que sé de él es que nunca engaña —continuó con el temita, ignorando mi petición.

—¿Cómo?

Cerré la carta y levanté la cabeza, para girarla hacia ella. Me miraba demasiado sonriente, conocía perfectamente esa sonrisilla y expresión.

—Que nunca miente a las chicas con las que se lía. Es sincero desde el principio, para que no se hagan ilusiones, ni esperen algo más, como que se repetida porque eso nunca sucederá.

—Eso es bueno —le sonreí.

—Sí. —Ladeó la cabeza.

—¿Qué?

—Nada. —Frunció los labios.

—Pues deja de mirarme como si estuvieras diseccionando cada parte de mí. —Puse los ojos en blanco.

—Difícil, porque es lo que estoy haciendo.

Se rio tan fuerte y con tantas ganas que me contagió. Terminamos las dos caídas una encima de la otra, sin darnos cuenta de que los chicos dejaron de hablar para mirarnos a nosotras.

—Un chiste —dijo como excusa Elisa cuando nos recompusimos, para que no nos preguntaran qué nos había parecido tan gracioso.

—Si sabes contar chistes definitivamente eres la mujer de mis sueños —soltó Raúl dirigiéndose a mí, con emoción.

—A este te lo ganas con un par de chistes buenos o malos, lo mismo le da —comentó Ángel, mirándome sonriente.

—Joder. —Se tapó la boca Elisa.

—Siento decirte que la graciosa de las dos es ella. —le conté a Raúl, señalando a Elisa—. Mi amiga es la de los chistes y las gracias —sonreí de medio lado, al escuchar otra vez las risas de Elisa.

—Pues lo tienes jodido, tío —le aseguró Ángel a Raúl—. Yo llegué primero y para quedarme.

Se refirió a mi amiga y a la relación que tenían. Para que no hubiera ninguna duda agarró de la nuca a Elisa y tiró de ella, para darle un señor beso en el que ninguno de los dos se cortó. No pude evitar sonreír al ver a mi amiga tan alegre y feliz.

Faltaba poco para que se cumpliera un año y medio de que una parte de Elisa se rompiera, cuando la relación que tenía de varios años se terminó de golpe. Lo pasó fatal, durante mucho tiempo dijo que ya no creía en el amor. Se negó a pensar que existiera de verdad y estuvo demasiados meses deprimida por todo. Por suerte el paso de los días fue calmando la situación.

Conocer a Ángel había sido completamente inesperado para ella, pero como suele suceder con las cosas que realmente valen la pena, las de verdad, las intensas que marcan de una forma inevitable dejando una huella imborrable, Ángel entró en la vida de Elisa sin permiso y arrasando. Él le había devuelto la ilusión que creyó perder y me alegraba infinitamente por ella. Era un hombre con las ideas muy claras y sabía lo que quería desde el principio: a Elisa.

Volví a notar un cosquilleo, era una forma de decir que sentí que estaba siendo observada de nuevo. Y nada menos que otra vez por la misma persona. Mientras Ángel y Elisa se daban picos cortos y rápidos, alargando el momento de los besos para picar a Raúl, porque este estaba quejándose en broma para que no nos dieran envidia, mis ojos se encontraron con los de Adam.

Capítulo 8

La cena estaba yendo genial. Toda la comida que probaba me sabía espectacular, tanto la que había pedido yo, como la que habíamos compartido entre los cinco. Incluida la que probé al inicio del plato de Elisa.

Lo único de lo que podía quejarme, lo que en realidad no era una queja y no tenía nada que ver con el restaurante, era la sensación que no conseguía quitarme por la presencia de Adam.

Durante el tiempo que había pasado nuestras miradas se habían cruzado en bastantes ocasiones, en otras nos habíamos mirado directamente. Por otro lado. las palabras intercambiadas habían sido muy pocas y, aun así, conforme la noche había avanzado, su presencia se había hecho cada vez más fuerte para mí.

No entendía porque me imponía tanto, ni cómo se diferenciaba y destacaba muy por encima de Raúl, cuando los había conocido a ambos al mismo tiempo. Tendría más sentido que me sintiera de esta forma hacia Raúl porque este no dejaba de hablarme y de meterme en las conversaciones con alguna broma, para que no me quedara apartada.

Pues no. Raúl me caía genial, me reía mucho con él, era muy divertido y un especialista en hacerte sentir cómoda. Todo lo contrario a Adam, al que sinceramente no le pillaba el punto. Me tenía desconcertada. Yo no es que fuese una especialista en relaciones sociales, me sentía completamente fuera de lugar si me alejaba de Elisa, Abel, Bea, Asun, Mari y la cordialidad que tenía con el resto de mis compañeros de trabajo, exceptuando a uno que quedaba

descartado de todo lo bueno: Fabián. Pero por lo que había podido comprobar Adam me igualaba en ese terreno, le costaba abrirse a los demás.

Lo había visto sonreír en muy contadas ocasiones. Era como un lujo o un premio que ofrecía, el ver sus labios tirantes con una expresión risueña. Premio que desaparecía tan rápido que a veces te preguntas si te lo habías imaginado. Se veía demasiado formal, serio, del tipo que observaba mucho y muy bien su entorno y a las personas que lo rodeaban, analizándolas. Después si le apetecía cruzaba alguna palabra contigo.

No entendía cómo ligaba tanto, como me había contado Elisa. ¡Menuda tontería! Con la apariencia que tenía, tanto de cara como de cuerpo, Adam no necesitaba abrir la boca para estar con una mujer, ni para que se le acercaran. A la vista estaba lo de la camarera, él solo la había mirado para pedirle su plato y ella ya quería sentarse sobre sus piernas.

Estábamos esperando los postres, con todas las copas llenas de vino, excepto la mía que continuaba con agua. Me salía la sonrisa fácil al ver a más de uno contentillo. Si eran divertidos sin estar bebidos, con alguna copa de más… Raúl era el encargado de controlar que no faltara el vino y el agua, esta último por mí. Cada vez que vaciaba un poco mi copa él me la llenaba. Desde la intervención de Elisa no volvió a hacerme ningún comentario sobre el vino, lo que agradecí.

Mi amiga era la más afectada por el alcohol, no podía dejar de reírse, mientras que Raúl le seguía el ritmo por muy poco. Él parecía controlarse algo más, pero igualmente se le notaba bastante achispado. Ambos tenían unos colores en la cara muy graciosos y bonitos, en cambio, Adam y Ángel se encontraban bajo control. No habían parado de beber, pero no aparentaban estar afectados por el alcohol. Se les veía frescos como al inicio, aunque la más fresca era yo, únicamente a base de agua.

—Cuando salgamos de aquí continuamos con la noche, ¿no? —nos preguntó Raúl, animado.

—Yo no —hablé la primera—. Me lo estoy pasando muy bien, me siento muy a gusto, pero por mí ya está bien por esta noche —comenté sonriente.

—Vamos, Ciara, no puedes abandonarnos —me pidió Raúl—. Te prometo toda el agua que quieras, barriles enteros, garrafas, solo tienes que decírmelo.

Elisa y yo soltamos una carcajada por sus ocurrencias.

—En otra salida me quedaré hasta el final —le dije.

Fue una especie de promesa y estaba dispuesta a cumplirla porque de verdad que me sentía genial con ellos, quitando las pequeñitas cosas que me giraban el estómago. Pero esto último era cosa mía, mi culpa.

—¿Un ratito más? —insistió.

—No la agobies. Ya te ha respondido.

La intervención de Adam en mi defensa me sorprendió. No porque no lo esperara de un hombre respetuoso como él, porque, a pesar de lo que me transmitía, debo decir que me había demostrado que era correcto y educado. El tema era que no esperaba… pues no sabía el qué porque continuaba desconcertada con él.

—Lo has dicho como si no quisieras que Ciara venga con nosotros —continuó Raúl, antes de beber un buen sorbo de vino.

—Yo no… —Buscó mi mirada Adam— No que he querido decir eso —me habló en tensión, apretando ligeramente la servilleta con la mano.

—Tranquilo. Lo sé —le sonreí—. He entendido porque lo has dicho. —Asentí.

Mis palabras consiguieron que se relajara. Soltó la servilleta y sin apartar la mirada de la mía, apoyó la espada en la silla.

—Es que Ciara quiere llegar pronto al piso —se metió Elisa, ayudándome.

Consiguió ponerse un poco seria para parecerlo, controlando los efectos del vino.

—¿Te espera alguien? —se interesó Raúl, pero tuve la atención de Adam también.

Ángel, como ya lo sabía, sonreía siguiendo la conversación.

—Sí —le contesté—. Un peludito de cuatro patas de un mes, aproximadamente —les conté sonriendo, al pensar en Milo—. Lo tengo desde el miércoles de esta semana, hace poquísimo, y es la primera noche que está solo. No ha pasado mucho tiempo desde que nos fuimos, pero hasta hoy los únicos momentos en los que no estábamos con él en el piso era por las mañanas, cuando había luz del día —les expliqué.

—Así que un cachorro —comentó Raúl, sonriendo de medio lado.

—Sí y no sé si estará asustado —dije—. Lo mismo sigue durmiendo feliz y no se ha despertado, pero no me quedo tranquila llegando mucho más tarde. Alargar la noche aquí, sí, para el postre y si queréis una copita rápida, pero después me iré al piso para estar con Milo. También estoy cansada porque, aunque no lo parezca, no estoy acostumbrada a salir por la noche. En realidad, nunca salgo. —Me encogí de hombros.

—¿Cuánto hace que no sales?

Busqué la mirada de Adam, sorprendida porque estuviese interesado en mi respuesta. Estaba dispuesta a contestarle, pero Elisa se me adelantó.

—Meses.

—Gracias, pero… —Agarré la mano de mi amiga por encima de la mesa —. En realidad, son años.

—Joder, ¿en serio? —se sorprendió Raúl.

—Sí —susurré.

Agradecí que apareciera la camarera, gracias a ella finalizó la conversación que estaba centrándose demasiado en mí. No me gustaba hablar de mi vida, en absoluto, de hecho, nunca era clara porque siempre rehuía y no daba contestaciones claras. Los únicos que eran mis excepciones eran Abel y Elisa, ni siquiera Bea lo sabía todo de mí.

No era que no confiara en ella, era una gran amiga, la adoraba y daría lo que fuese por Bea, de la misma forma en la que sabía que para ella yo era igual. Lo único que sucedía era que había cosas que las enterré en lo más oscuro y profundo de mi mente, hacía mucho tiempo, y ahí continuaban bien. No quería traerlo de vuelta, me negaba a hacerlo y haría lo que fuera por mantenerlo en el olvido.

Esta vez diferencié perfectamente la actitud de la camarera con Adam, en comparación con la que tuvo con los demás. Después de servirnos los postres, con una sonrisa coqueta dirigida a él, mientras la vista se le iba, no perdió la oportunidad de hablarle. La camarera le preguntó si necesitábamos algo más y no me hizo falta la patada que me dio Elisa por debajo de la mesa, para identificar el coqueteo y la indirecta de que ella estaba dispuesta a darle lo que le apeteciera, fuese lo que fuese, y en el instante en el que quisiera.

Bebí varios sorbos de agua, observando la escena. Adam no parecía interesado ni afectado, daba la sensación de que pasaba del todo de la mujer. No podía asegurarlo porque en sí no lo conocía, pero… su mirada se encontró con la mía, mientras la camarera seguía a su lado. Ella le dijo algo más, pero ya no la escuché, perdida en los ojos de Adam.

Tenía un magnetismo tan especial y atrayente, pero a mí no podía hacerme el mismo efecto que a las demás. Me negaba, por eso aparté rápido la vista y cogí la cuchara, para partir un trozo de mi tarta y llevármela a la boca. Estaba deliciosa, poco me faltó para gemir de placer.

Lo que sí hice fue lamer la cuchara y mis labios, hasta que los dejé limpios de chocolate y nata. Continué haciéndolo con cada cucharada, mientras tenía muy presente la sensación de sentirme observada. Me obligué a no apartar la atención de mi postre y continué hasta terminarlo. Elisa lo probó y yo hice lo mismo con el suyo, también espectacular en sabor y textura.

Capítulo 9

El restaurante había sido todo un descubrimiento, no sería mi última vez aquí. Tenía que hablarle de él a Abel, aunque lo mismo ya lo conocía. Igualmente, el domingo cuando fuéramos a desayunar se lo mencionaría por si acaso.

Después de los postres pidieron unos chupitos variados. La camarera nos dejó cuatro botellas de licores distintos, para que nos sirviéramos a nuestro gusto y tantas veces como quisiéramos. Yo me mojé los labios del vasito de Elisa, fue a lo máximo a lo que llegué, con los aplausos de fondo de Raúl. Se emocionó más que yo porque probé el sabor de uno de los chupitos, aunque fuese saboreándolo en mis labios.

Mi consumo de alcohol era inexistente. No era aconsejable para mí, aunque podía hacer alguna excepción muy de tanto en tanto, para alguna ocasión especial y muy puntual. Aparte, no era plan de llegar al piso dando saltos de alegría, más que nada porque Milo se activaría y después me costaría mucho tranquilizarlo para que dejara de jugar.

Después de abrigarnos salimos del restaurante aproximadamente media hora más tarde, después de una pequeña batalla entre Adam y Ángel. El primero se empeñó en correr con todos los gastos de la cena, pero Ángel no se lo permitió. Al final pagaron a medias y nos invitaron.

—Voy a pedir un taxi —dije hacia todos, pero centrándome en Ángel y en Elisa—. No quiero romperos la noche, que es lo que sucederá si tenéis que llevarme y volver. —Negué con la cabeza.

—No digas tonterías. —Hizo un puchero Elisa—. A que no te cuesta nada llevarla, amor. —Se giró hacia Ángel.

—Claro que no. —Le contestó a mi amiga, acercándola a él al rodearle la cintura—. Voy a llevarte, Ciara. Es un momento, y, aunque no lo fuese, tampoco habría problema —me sonrió.

—Os lo agradezco, de verdad, pero es absurdo. Me haréis sentir muy mal si me lleváis. Quiero que continuéis disfrutando de la noche sin interrupciones. Por favor, si pido un taxi en esta zona no tardará en llegar y podéis esperarlo conmigo, para que me veáis montarme. Como se suba al coche se queda dormida al instante —le dije a Ángel, señalando a Elisa.

—Lo sé. —Le dio un beso en la cabeza a mi amiga—. Cariño, no va a pasarle nada por ir en taxi, la dejará frente a la puerta del edificio.

—Pero…

—Elisa —la interrumpí—. Estaré bien —le sonreí—. Va, cede, que ya he convencido a Ángel.

La hice reír, después puso un puchero y terminó con una mueca, pero, a pesar de su reticencia a aceptar, me dijo que vale, que pidiera un taxi. Ella ya estaba más convencida que yo porque, por mucho que me mostrara decidida y segura, no lo estaba, en absoluto.

—Si no te importa podemos compartirlo.

La propuesta de Adam nos pilló por sorpresa a todos.

—¿Cómo? —le pregunté.

—No me fastidies. ¿También te vas? —Quiso saber Raúl.

—Hermano —dijo Ángel.

—Mañana por la mañana tengo que trabajar unas horas, por lo que me viene genial irme ya para descansar. Iba a quedarme, alargar la noche para no romper el grupo, pero dado que Ciara quiere irse y encima en taxi, creo que lo

mejor es que me vaya con ella y la primera parada sea vuestro piso. —Nos miró a Elisa y a mí.

—Me encanta la idea. —Dio una palmada mi amiga, satisfecha con el giro —. Perdona, Adam. —Se tapó la boca con las manos, al darse cuenta de cómo había sonado—. Me refería a que Ciara irá acompañada, no a que…

—Lo sé, tranquila —la cortó él, hablándole suave.

—Vale —le sonrió Elisa.

—Bueno, pues entonces ya está solucionado —comentó Ángel—. Vosotros dos os vais en taxi, lo que a mí también me deja más tranquilo por Ciara. Nosotros tres vamos a algún *pub* a tomarnos la última copa. ¿Te apetece, Raúl? Porque si no lo dejamos para otra noche.

—Os voy a hacer un favor, tortolitos, me voy también con ellos —aseguró Raúl, mirando a su amigo Ángel—. Prefiero compartir el taxi con Adam y Ciara, que después irme yo solo en otro. Es como hemos venido hasta aquí, para que conducir no nos cortara el rollo con la bebida. —Miró a Adam, quien asintió dándole la razón—. Así que os dejo libre pareja, ya podéis iros a tu casa para que trates como una reina a esta mujer —le dijo a Ángel, con un guiño.

Al final Adam, Raúl y yo nos despedimos de Elisa y Ángel. Mi amiga se fue con su novio hasta el coche de él, Ángel iba genial para lo que había bebido. Lo que no quería decir que si lo paraban para un control… no estaba bien coger el coche, pero a favor de Ángel diré que su casa se encontraba bastante cerca de donde estábamos.

Si no me equivocaba, haciendo memoria de lo que me contó Elisa al principio, debíamos estar a solo unas calles de donde él vivía. Esa distancia era mínima comparada con la que había hasta el piso de mi amiga.

Adam fue el encargado de pedir el taxi y como ya sabía, no tuvimos que esperar casi porque llegó a los pocos minutos. Era una zona por la que pasaban muchos, tanto ocupados como vacíos. Nos montamos los tres en los asientos traseros y después de que le dijera al taxista la dirección de mi piso, a petición de Adam para que fuese la primera en llegar, el interior del vehículo se quedó en silencio.

Al cabo de un buen rato de estar mirando por la ventanilla, giré la cabeza hacia el otro lado al escuchar un ronquido. Fruncí los labios al ver a Raúl durmiendo, con la cabeza apoyada en el hombro de Adam y con un brazo abrazándolo. La expresión de Adam era de fastidio, pero también con una pizca de humor, por como Raúl se agarraba a él.

Nuestras miradas se encontraron en la oscuridad del coche. Me pareció impresionante cómo le brillaron los ojos, podía distinguirlos perfectamente.

—Ya hemos llegado —dijo el taxista.

Me sobresalté al oírlo porque pensaba que todavía quedaba para llegar. El camino se me había hecho muy corto.

—Olvídalo —me pidió Adam, cuando fui a abrir el bolso—. Ni lo pienses, no voy a coger tu dinero. Puedes irte tranquila.

—Yo… gracias —le sonreí un poco avergonzada.

—Que descanses, Ciara.

—Igualmente, Adam —susurré.

Me despedí del taxista, de Raúl no hacía falta porque no se despertó. Después de una última mirada a Adam, quien ya esperaba encontrarse con la mía, me coloqué bien la bufanda, le di una última sonrisa, y abrí la puerta del coche.

Caminé rápido por la acera, buscando las llaves dentro del bolso. Hacía mucho frío, por lo que entré a la protección del interior del edificio. Antes de que se cerrara la puerta, vi a lo lejos como Adam miraba en mi dirección. Me pareció distinguir que asentía, pero no pude asegurarlo.

Subí rápido en el ascensor y entré con cuidado al piso, encendiendo la luz para…

—¡Qué susto! —Solté una carcajada.

Me aseguré de cerrar bien la puerta con llave y me agaché para coger en brazos a Milo. Al escucharme se había parado frente a la puerta, sentado.

—Te he despertado. —Tenía carita de sueño, pero me dio un beso con la lengua y sonreí. Se lo devolví en la cabeza—. Se acabó por hoy.

Sin soltarlo, fui a por su cama y me dirigí a mi habitación, donde la coloqué en su lugar, cerca de la mía. Por suerte continuaba adormilado y cuando lo tumbé no le costó volver a cerrar los ojos.

Yo me quité la ropa de abrigo, saqué el móvil del bolso para apagarlo y cogí el pijama gordito que más me gustaba, junto con las zapatillas. Con todo fui al baño, donde encendí el calefactor para desvestirme sin pasar frío. Con la temperatura como me gustaba me quité la ropa que dejé doblada sobre el mueble y me puse el pijama. Lo siguiente fue desmaquillarme y al terminar desenchufar el calefactor.

Preparada para descansar, fui a tumbarme en mi cama. Milo entreabrió un poco los ojos, pero los tenía más cerrados que abiertos, por lo que apagué la luz de la lamparita para que se durmiera. Completamente a oscuras, me apreté el nórdico al cuello.

Los recuerdos me asaltaron de golpe, los de cómo había ido la noche. Me lo había pasado estupendamente, para ser la primera vez que me animé a salir, después de tantísimo tiempo, me sentía muy contenta. La ocasión bien lo había merecido, la de acompañar a Elisa y a su novio a conocer a los amigos de él.

Había sido una manera de hacer la relación un poco más formal, de estrechar lazos con las personas que querían cada uno. Estaba encantada de haber compartido tiempo con personas que me habían sacado muchas sonrisas y risas, y también con otra que todavía me tenía desconcertada por todo lo que me había hecho sentir. Las sensaciones que todavía notaba eran tan raras…

¿Por qué Adam acaparó mis pensamientos? Me di cuenta de que fui saltando por todos los recuerdos que tenía de él, desde que lo vi por primera vez al llegar al restaurante, hasta nuestra despedida en el taxi. Todo lo demás se emborronó y él fue en lo último que pensé, antes de quedarme dormida.

Capítulo 10

Salí de la ducha, me sequé y me puse frente al espejo. Me llevé la mano al pecho y me lo froté con caricias.

Durante unos largos segundos estuve haciendo lo mismo, alternando la mirada entre mi pecho y mi cara. Hasta que solté un suspiro y me quité la toalla de la cabeza. Me cepillé el pelo y comencé a secármelo con el secador.

Ya era domingo, así que dentro de poco vería a mi amigo Abel. En menos de media hora me avisaría de que estaba abajo, así que no me entretuve más.

El sábado lo pasé tranquila y relajada en el piso. No me moví de aquí y ni ganas tuve. Dormí hasta las nueve y media, cuando me levanté desayuné y me puse en el sofá a leer. Eso fue todo, variando las comidas según las horas del día y sustituyendo el sofá por la cama cuando tocaba.

No me apeteció ni encender la tele, estaba tan enganchada a la historia que estaba leyendo que se me pasaron las horas avanzando en el libro.

Elisa me escribió varias veces, por la mañana y por la tarde, como siempre hacía cuando pasaba el fin de semana con Ángel.

Volví a cepillarme el pelo cuando terminé con el secador y me vestí con un vaquero y un jersey gordito de cuello alto. En la habitación me calcé las deportivas de piel que arreglaban y ya estaba preparada. Me pinté los labios con un brillo rosado para darle un poco de luz a mi cara y fui al salón con el abrigo, la bufanda y el bolso. Dejé las tres cosas en el respaldo del sofá y entré en la cocina.

Le puse de comer a Milo, quien me seguía desde que salí del baño, y como me quedaba tiempo, me bebí tranquilamente un vaso pequeño de zumo de naranja. Era lo primero que me echaba al estómago, necesitaba el café de cada despertar, pero preferí esperar a tomármelo con Abel. No me gustaba bebérmelo sin disfrutarlo.

Sonreí cuando el timbre sonó. Mi amigo acababa de llegar, debía haber encontrado aparcamiento fácil. Una suerte al ser domingo. A unas calles de aquí había una cafetería a la que nos gustaba ir, a Elisa también. Lógicamente, como ya habéis interpretado por comentarios de uno y de otro, las dos personas más importantes de mi vida se conocían y se llevaban genial.

Abel aparecía por el piso a menudo, sobre todo los sábados o los domingos, cuando ni Elisa ni yo lo esperábamos. Nos invitaba a desayunar, aunque últimamente solo estaba yo. Mi amiga también conocía a algunos compañeros más de mi trabajo, con Asun y Mari a la cabeza que eran las más cercanas a mí, después de Abel.

—Vendré en una hora o así, ¿vale? —le dije a Milo— Ya me gustaría llevarte. —Hice una mueca.

Estaba deseando poder sacarlo a la calle, pero por su bien tenía que quedarse aquí. Una cosa era bajarlo a que el diera el aire en mis brazos, en un paseo breve y en movimiento, y otra diferente sería sentarme una terraza y mantenerlo sobre mis piernas. No se quedaría quieto y querría irse al suelo, como es lógico. Llegaría el día, cada vez estaba más cerca, pero por el momento ya había estado demasiado tiempo en la calle, quizás desde que nació.

Me agaché para acariciarle detrás de las orejas, mientras él movía la cola de un lado al otro. Le di varios besos antes de levantarme, para ponerme el abrigo y la bufanda.

—Hasta pronto, pequeñín —me despedí de él en la puerta, porque me siguió—. Te prometo que no tardaré y si Abel quiere quedarse más tiempo, vendremos aquí.

Cerré la puerta y fruncí los labios al escuchar su pequeño ladrido. Esperé a ver si continuaba, pero no fue así. Bajé en el ascensor y en cuanto salí a la calle

me encontré con mi amigo apoyado en la baranda del edificio.

—Buenos días, preciosa —me saludó, viniendo hacia mí.

—Buenos días —le correspondí abrazándolo.

Nos dimos un beso en la mejilla y me agarré de su brazo, para caminar por la acera.

—¿Qué tal Milo?

—Muy bien. Mañana le quitaré por fin la venda de la pata y ya se va notando todo lo que come. Está precioso.

—Me alegro —sonrió—. ¿Y el fin de semana? ¿Has hecho algo más, aparte de descansar?

—El descanso fue ayer, el viernes salí por la noche a cenar con Elisa, Ángel, y los amigos de él.

—No me lo puedo creer —se sorprendió porque hubiera salido—. Creo que lo he entendido mal.

—No. —Solté una carcajada—. Has escuchado perfectamente. —Fruncí los labios—. Salí el viernes por la noche. —Me encogí de hombros—. Pero no es algo que tenga la intención de repetir, al menos hasta que se organice algo importante. Cuando llegué al piso el viernes al mediodía Elisa me lo propuso. Le hacía mucha ilusión porque iba a ser un encuentro de mejores amigos por parte de Ángel y de ella. Quise acercarme un poco más al entorno de Ángel y, por supuesto, acompañar a Elisa.

—Es increíble. —Sacudió la cabeza.

—Ya ves —le sonreí.

—¿Y cómo fue? ¿Cómo te sentiste?

—Estuvo muchísimo mejor de lo que esperaba. Me lo pasé genial y me reí mucho.

—Joder, no sabes cómo me alegro. Me hubiese encantado estar presente. Seguro que te sirve para abrirle la veda a las salidas por la noche —me dijo con diversión.

—Ya te he dicho que por ahora no tengo la intención de repetir. No nos emocionemos —le pedí y nos reímos—. Hice una excepción por Elida, como la haría por ti.

—Está bien, poco a poco. Estoy orgulloso de ti, diste un gran paso —Me dio un beso en la cabeza.

—¿Tú al final saliste?

—Sí. —Me miró de reojo.

—¿Y…? —lo presioné un poquito.

—Llevo doblete, el viernes y anoche.

—A la mierda el plan tranquilo —dije riendo.

—Pues sí. —Negó y se unió a mis risas—. Tranquilidad he tenido poca. —Carraspeó.

—Suéltalo —le pedí divertida.

—El viernes, en el *pub* que estuve, conocí a una chica y me desperté con ella el sábado, en mi cama.

—¡No me digas que no te acuerdas de cómo llegasteis a tu casa, ni de qué hacías allí con ella! —Jadeé.

Mi reacción provoco que soltara una fuerte carcajada.

—¿Qué?

—Nada, me has hecho gracia. —Me guiñó un ojo y me rodeó los hombros con el brazo, cuando pasábamos por el último paso de peatones—. Para tu tranquilidad me acuerdo perfectamente de todo y si terminamos en mi casa fue porque yo nos llevé a ella —sonrió de medio lado.

—Vayaaa… ¿Y cómo se llama?

—Emma —me respondió al girar en la calle de la cafetería.

—Me gusta. ¡No te quedes callado! Cuéntame más —le pedí emocionada, dándole un golpecito en la barriga—. Tuviste que ver algo muy especial en esa chica para llevarla a tu casa y quedarte con ella tanto tiempo. Tú no haces eso. Y si encima le añadimos que dormisteis juntos…

—La verdad es que fue un poco de locura —dijo pensativo—. La conocí por Miguel —se refirió a uno de sus amigos—. Estábamos tomando algo en el *pub*, después de cenar en el mejicano, y Emma se acercó a nuestra mesa al reconocer a Miguel. Por lo visto ellos se conocen desde pequeños, de unos campamentos de verano a los que iban cada año.

—Me gusta como pinta.

—Como has dicho, no nos emocionemos —me pidió utilizando mis palabras y nos reímos—. Así comenzó todo, Miguel nos presentó a Emma a Darío y a mí —mencionó a su otro amigo—, y después del tiempo que hacía que no se veían, la invitó a unirse a nosotros. No iba sola, la acompañaban unas amigas, por lo que al final nuestro grupo de tres se hizo más grande.

—Guay.

—Sí. Nos lo pasamos muy bien, fue divertido.

—¿Y cómo terminó Emma en tu cama?

—¿Quieres todos los detalles? No sé si tu sensibilidad te permite escuchar ciertas cosas.

—Idiota —me quejé riendo, separándome de él.

Me escapé de su agarre a pocos metros de la terraza de la cafetería.

—¿Nos quedamos fuera? Hace un sol muy bueno. —Levanté la cara y cerré los ojos unos segundos, sintiendo el calor.

Hoy parecía que el frío estaba dando una tregua, se notaba, pero no con tanta intensidad como las últimas semanas.

—Por mí sí —me confirmó.

Ocupamos una mesa de la terraza y enseguida vino un camarero a atendernos. Le pedimos dos desayunos completos con zumos de naranja natural, unos minibocadillos variados que nos encantaban, cafés con leche y dos cruasanes.

Al escuchar a Abel decírselo todo al camarero automáticamente me vino a la mente un recuerdo que guardaba como un tesoro en mi corazón. Puede que no fueran las mejores circunstancias para mí, que en aquel momento no le encontrara sentido a nada en mi vida, pero la luz que me ofreció la persona que me ayudó, esa jamás se apagaría en mi interior.

Estoy hablando de Arturo, el hombre que se acercó a mí en el autocar que me trajo hasta esta ciudad, cuando yo solo quería huir de todo. Muchas veces me venía a la cabeza su recuerdo de años atrás, lo que hizo por mí y lo que significó. Jamás podré olvidarlo, tampoco a su mujer, Carmen.

Llegamos juntos a la misma ciudad, pero con lo grande que era, coincidir sería como encontrar una aguja en un pajar. Lamentaba no haberle pedido a Arturo algún dato sobre él, como su número de teléfono o su nombre completo, con apellidos, para buscarlo algún día.

Me encantaría poder saludarlo, tenerlo delante para abrazarlo con fuerza una vez más, que viera mi yo del presente para decirle hasta qué punto ayudó a mi yo del pasado. El problema fue que no hice nada. Yo por aquel entonces no tenía móvil, no caí en eso, aunque tampoco estaba para pensar en otra cosa que no fuese en llegar a esta ciudad.

Siempre me preguntaba qué habría sido de ellos. Esperaba que tuvieran buena salud y que fueran tan felices como se merecían. Arturo fue mi faro en un momento de una oscuridad absoluta, por lo que muchos días deseaba volver a cruzarme con él. Ojalá, porque le diría que me dio las fuerzas que no tenía y que me impulsó a seguir.

—Eh, ¿dónde te has ido?

Al oír a Abel levanté la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Estaba recordando algo —susurré.

—Debe ser importante.

—Mucho —sonreí.

—¿Quieres contármelo?

—Ya sabes la historia. Me ha venido a la cabeza Arturo, el hombre del autocar —lo dije de esa forma porque con mencionar la palabra autocar ya sabía a qué Arturo me estaba refiriendo.

—Entiendo —sonrió con ternura—. Te gustaría encontrarte con él de nuevo, ¿no?

—Sí, mucho —suspiré—. Pero es tan complicado… —Me encogí de hombros.

—Nunca se sabe, Ciara.

—¿Entonces con Emma como has quedado? ¿Seguiréis viéndoos? —cambié de tema.

—Todavía no sé con qué intención, ninguno de los dos buscábamos terminar como lo hicimos, pero hemos quedado para el fin de semana que viene.

—Es un buen comienzo —dije ilusionada.

—Es una continuación de lo que hemos tenido, no sé si será un comienzo tal y como estás pensando —me rectificó.

—¿Qué diferencia hay? —me reí.

—Mucha. —Sacudió la cabeza.

Nos quedamos en silencio cuando el camarero nos dejó en la mesa todo lo que habíamos pedido. Después de agradecérselo, empezamos por los zumos de

naranja.

—Este fin de semana ha sido de novedades para los dos —comenté pensativa.

—¿Y esa cara a qué viene?

—¿La mía de siempre? —Elevé las cejas.

—Sabes muy bien a lo que me refiero. —Se echó hacia delante, apoyando los brazos en la mesa.

—Es que uno de los dos amigos de Ángel que conocí en la cena del viernes me hizo sentir cosas.

—¿Cosas? ¿Quieres decir que te atrajo? —Frunció los labios—. ¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora?

—Porque ahora es cuando ha salido el tema. —Me encogí de hombros—. Yo qué sé —suspiré.

—¿No sabes porque te sentiste atraía por él? —Arqueó una ceja.

—Me estás liando —me reí nerviosa—. Que no sé porque no te lo he dicho cuando te he contado que salí a cenar el viernes. —Negué con la cabeza—. Claro que sé porque me atrae. —Bufé—. Y no soy la única en sentirse así, a la camarera que nos atendió poco le faltó para lanzarse sobre él.

Bajé la mirada al vaso de zumo y lo cogí, para dar varios sorbos. Se me había quedado la garganta seca.

Capítulo 11

—O sea, para una noche que sales y haces un pleno —sonrió de medio lado—. ¿Cómo se llama ese tío?

—Adam.

—¿Elisa te ha hablado de él? ¿Lo conoce bien?

—No tanto como para haberse hecho una idea real de cómo son los amigos de Ángel. Él le presentó a Adam y a Raúl, ellos son sus amigos cercanos, y después de ese día han quedado en varias ocasiones más, todos juntos, en grupo. Raúl es el otro amigo que estaba en la cena, es muy divertido y simpático. Hasta ahí los conoce Elisa, de pasar algunos momentos buenos con ellos, pero no es suficiente.

—Pronto le pondremos solución, seguro que desde esa noche Elisa se ha propuesto averiguar cosas sobre Adam para ti.

—Joder, espero que no. —Agrandé los ojos.

—¿Se dio cuenta de tu interés?

—Me dijo que me gustaba Adam, pero yo le pedí que no volviera a decir esas cosas. —Fruncí el ceño.

—Pues está claro —bebió zumo.

—¿El qué?

—Que tu interés fue evidente para ella y que irá averiguando cosas de Adam para decírtelas. —Le dio un mordisco a un minibocadillo y continuó hablando cuando tragó—. Y estoy seguro de que dentro de poco te dirá de quedar otra vez con los amigos de Ángel. Y no, no elegirá la noche para salir porque sabe que a partir de ahora ya has cumplido y te costará volver a aceptar. Apuesto a que Ángel organizará una comida en su casa. —Me hizo un guiño.

—Lo dices muy convencido. —Sacudí la cabeza—. No creo que pase, y menos tan pronto. Seguramente transcurran meses hasta que vuelva a ver a Adam, o tal vez hasta la boda de nuestra amiga.

—¿La boda? —se rio— Ya lo veremos. —Me hizo un guiño, poniéndome un bocadillo en una servilleta.

Se lo agradecí con una sonrisa, antes de dar el primer bocado. Delicioso, como siempre. Una vez empezamos a comer no paramos, fuimos de una cosa a la otra, hasta que los platos y los vasos fueron quedándose vacíos. Todos menos las tazas con los cafés con leche que reservamos para el final. Todavía estaban a buena temperatura porque Abel le pidió al camarero que nos los sirviera ardiendo, para que aguantaran.

Abrí el bolso para sacar el móvil, cuando escuché que me llegó un mensaje.

—No me lo puedo creer —dije y busqué la mirada de mi amigo.

—¿El qué? ¿Qué ha pasado?

—No te preocupes, es solo que…

Giré el teléfono para enseñarle la pantalla. En ella estaba abierto el mensaje que acababa de enviarme Elisa.

Elisa: *Hola, cariño. ¿Cómo va la mañana? ¿Has descansado bien? ¿Ha llegado Abel? En unas horas estoy contigo y con Milo. Ahora mismo estaba hablando con Ángel de que estaría guay invitar otra vez a nuestros amigos, pero a todos, sin excepción. Queremos hacer una comida en su casa, el fin de semana que viene. ¿Qué te parece? ¿A que es genial la idea? Aquí puedes traerte a Milo, tiene mucho espacio para correr, tanto por la casa como en el*

jardín. Le encantará. También se lo diré a Abel y a Bea, quiero que vengáis todos. Besos enormes, cariño.

Abel soltó una carcajada cuando terminó de leerlo, por haber acertado de pleno en lo que estaba tramando Elisa. Me refiero a juntarnos de nuevo a Adam y a mí, porque no me cabía duda de que ese era el principal motivo por el que quería organizar esa comida, con pocos días de diferencia de por medio desde la última vez que estuvimos todos juntos.

Solo esperaba que Ángel no hubiera notado nada cuando su novia se lo había propuesto, ni que ella le hubiese dicho algo relacionado conmigo y con Adam. Me daría una vergüenza enorme y solo pensar que Ángel podía dejarle caer algo a Adam…

—Te lo he dicho —comentó Abel, sacudiendo la cabeza.

—Podéis ir tú y Bea —le propuse—. Elisa se quedó con las ganas de que estuvierais el viernes —le conté la conversación que tuve con ella sobre él.

—Me hubiese encantado ir —me sonrió—. Y vete olvidando de excluirte. —Arqueó una ceja—. No vas a quedarte atrás.

—Será al mediodía, pero a ver cómo va la semana en el trabajo y las ganas que tengo —dije pensativa.

—No te agobies pensando en el trabajo, si lo que le dijeron a Asun y a Mari es verdad, podemos estar tranquilos durante un tiempo.

—Por lo de los despidos sí, pero yo tengo al tonto de Fabián encima. —Bufé—. Sabes que hay semanas que termino tan quemada por su culpa que lo único que quiero el fin de semana es encerrarme en el piso y aislarme de todo. —Me encogí de hombros.

—Hasta que llego yo y te saco a desayunar o a comer.

—Sí —le sonreí.

—Vamos poco a poco. Cuando Elisa vuelve a tocar el tema de la comida en la casa de Ángel tú no te cierres. Veremos a ver cómo va todo. ¿De

acuerdo? La negativa siempre estás a tiempo de darla.

—Vale. —Asentí.

—Yo me encargo de mantener a raya a Fabián —me dijo serio—. Últimamente he tenido que salir mucho de la empresa, para las reuniones con los clientes, pero mi agenda se ha quedado muy ligera por ahora. Lo que quiere decir que estaré a tu lado todo el tiempo, incluso a distancia te tendré controlada desde nuestras mesas.

—No quiero que tengas problemas con ese. —Hice una mueca.

—No te preocupes por mí, sé que lo que hago y cuándo —sonrió de medio lado y suspiré.

Nos tomamos los cafés con calma y veinte minutos más tarde nos fuimos de la cafetería dirección al piso.

—Te he traído una sorpresa.

—¿Cuál? ¿Y hasta ahora no me lo dices?

—La tengo en el maletero —me contó riendo—. Ya verás, te vas a quedar encantada y enamorada. Vas a estrenarlo enseguida.

—¿Es ropa? —le pregunté extrañada porque no solía regalármela.

Abel era más de llevarme de tiendas y pagarme lo que quisiera para fechas especiales, aunque en muchas ocasiones me daba caprichos.

—Frío, frío —contestó con humor.

—Vamos rápido —le pedí.

Lo agarré de la mano y tiré de él, caminando más ligera. Abel soltó una carcajada, dejándose llevar por mí.

—¿Dónde has aparcado? —Quise saber cuándo estábamos en la calle del edificio en el que vivía.

—Ah, como te veía tan lanzada pensaba que habías visto mi coche al ir a la cafetería.

—No —me reí.

Me frenó con un pequeño tirón y cambió la dirección, para cruzar la calle. En la acera contraria, a unos metros de distancia, apareció su coche bien estacionado. Abel me llevó hasta el maletero y cuando lo abrió esperó mi reacción, pero me quedé igual.

—¿Qué es eso? —Lo miré con curiosidad.

—La salvación para Milo y para ti.

—¿Eh? —Fruncí el ceño.

Me puso una mano en el hombro y me empujó ligeramente, para que me echara para atrás. Lo hice y lo vi sacar lo que llevaba en el maletero. Continué sin saber lo que era, hasta que lo abrió delante de mí y me quedé sin palabras por unos segundos.

—¿Te gusta?

—No me lo puedo creer. ¿Es un carro para Milo? —Jadeé, buscando sus ojos.

—Sí —me confirmó con un guiño—. Viene preparado con las sujeciones, agarrado no podrá saltar ni pisar la calle. Con esto puedes salir a pasear con él. Milo es pequeño, pero pesa y para llevarlo en brazos acaba agotándotelos. Las ruedas giran bien, ya verás que te encanta empujarlo por lo ligero que es.

—Abel… es una pasada —hablé emocionada.

—Me alegro de que te guste.

Rodeé el carro y me lancé sobre mi amigo, para abrazarlo. Lo apreté con fuerza, escondiendo la cara en su pecho, en el abrigo.

—Gracias —susurré.

—Eh… —Me acarició el pelo.

—Estoy muy contenta y emocionada. —Me separé un poco, sin soltarlo, para mirarlo a la cara.

—De verdad que me alegra haber acertado. —Se inclinó para darme un beso en la frente.

—Es increíble, de verdad.

—¿Lo probamos? ¿Montamos a Milo y damos un paseo? Apuesto a que en cuanto se acostumbre le encantará la experiencia.

—Ay, sí —me reí al imaginarlo subido al carro y a mí tirando de él.

—Pues venga.

—¿Comes solo?

—¿Vas a invitarme a comer? —Me miró de reojo.

—Claro. Podemos pedir comida a domicilio o hacer algo sencillo y rápido, para no liarnos mucho en domingo.

—Me apunto si pedimos la comida, ninguno de los dos vamos a meternos en la cocina.

—Perfecto.

—Me quedaré contigo hasta que llegue Elisa por la tarde. ¿Qué te parece?

—Genial.

Me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla, antes de cruzar la calle e ir hacia el edificio. Me reí al ver a Abel empujando el carro, mientras yo le hacía bromas de que se veía todo un padrazo. Me mandó a callar varias veces, entre risas, pero lo ignoré. Dentro del edificio lo llevé yo y comprobé lo suave que iba, como me había comentado.

—Milo, ¡mira lo que te ha regalado Abel! —le dije nada más entrar al piso.

Vino corriendo hacia nosotros, para saludarnos, y empezó a dar vueltas a nuestro alrededor.

—Ya no le asustas —dije ilusionada—. Eso significa que ha cogido confianza y no tiene tantos miedos.

—Menos mal —me sonrió.

—¿Quieres ir al baño? —le pregunté.

—No, estoy bien.

—Vale. Yo voy a aprovechar para ir y de paso miro a ver si tengo que limpiar algún pipi o caca.

—Todo tuyo —me dijo con humor—. Yo me quedo aquí haciéndome más amigo de Milo.

En el baño no tardé casi nada, lo que me llevó más tiempo fue limpiar un par de pipis que me encontré haciendo una inspección por todo el piso, y una caca solitaria.

Cuando terminé me reuní en el salón con Abel y Milo.

—Ay, que me lo como —dije entre risas.

Mi amigo había subido a Milo en el carro, estaba sentado y muy bien agarrado con las sujeciones. Me miraba como diciendo, ¿esto qué es? ¿Qué significa? Tenía una carita…

Me gustaba mucho porque iba muy sujeto y protegido, pero al mismo tiempo no estaba agobiado porque tenía margen para poder moverse sobre la superficie del carro, con cierta libertad.

—Es un campeón, no se ha quejado —me contó Abel y le sonreí.

—Me encanta, ya te lo has ganado del todo. Mira cómo te busca con la vista —Le hice un guiño—. A ver cómo reacciona cuando descubra para lo que sirve el carro. —Negué divertida.

—En cuestión de minutos lo sabremos. —Elevó las dos cejas, varias veces.

Abel nos abrió la puerta y yo empujé el carro, el que se movió con ligereza. Milo ladró varias veces, pero se calló en cuanto entramos en el ascensor. Lo miraba todo con mucha atención, como expectante.

En cuanto salimos a la calle mi amigo y yo nos reímos al escucharlo ladrar emocionado. Movió el rabo de un lado al otro a una velocidad increíble, y se le notó lo que deseaba bajar al suelo. Por el momento tenía que conformarse con salir de esta manera, aunque yo también esperaba con ansias a que llegara el primer día en el que le pusiera su correa para sacarlo a pasear con libertad.

El día fue genial, lo disfrutamos al máximo. Dimos un buen paseo con Milo, en el que terminó tumbado en el carro observando la calle. Pedimos comida japonesa para comer y cuando terminamos, nos echamos en el sofá a descansar. Bueno, yo me eché encima de Abel, él estuvo cómodo recostado sobre los cojines, viendo una película. Me quedé dormida enseguida.

Como me comentó, se quedó conmigo hasta que Elisa llegó cerca de las siete y media de la tarde. Estuvimos hablando los tres y en presencia de Abel, aproveché para enseñarle a Elisa el carro. Al verlo soltó varios gritos de emoción e ilusión, mientras le decía que lo habíamos estrenado. Casi saltó del sofá al escucharme y no perdió el tiempo en comentarme que ella también quería pasear a Milo.

Nos despedimos de Abel pasado un rato, mi amiga con un hasta pronto, yo con un hasta pasadas unas horas porque el lunes estaba muy cerca y nos encontraríamos en la cafetería para tomarnos un buen café, antes de comenzar la semana de trabajo.

Capítulo 12

Parecía que caminaba sin rumbo. En realidad, era así, aunque llevaba un mapa entre las manos e iba mirándolo, mientras intentaba ubicarme y encontrar el camino que me llevaría hasta la dirección que me había traído hasta aquí.

Hacía muchísimo frío, era exagerado. Notaba todo el cuerpo rígido, a pesar de que la bufanda me tapaba casi toda la cara y el abrigo me cubría bien. Ninguna de las dos prendas de abrigo hacía nada contra el frío que me calaba los huesos, y ya si hablaba de como tenía las manos y los pies… había perdido por completo la sensibilidad en ellos, lo único que sentía era un ligero hormigueo.

Cuando llegué a esta ciudad y me bajé del autocar, pasado el mediodía, no noté con tanta intensidad esta sensación, ni por asomo. El problema era que ya había oscurecido y la temperatura había caído en picado.

Quise gritar por la impotencia y el malestar. Me urgía preguntarle a alguien, otra vez, dónde narices se encontraba la dirección a la que necesitaba llegar, pero hacía tiempo que las palabras no salían de mi garganta. La tenía cerrada completamente porque ya eran demasiados sentimientos acumulados y demasiado agotamiento físico, pero, sobre todo, mental.

Tragué saliva con mucha dificultad y continué avanzando de la misma forma, a pesar de que lo único que el cuerpo me pedía a gritos era que me parara para ponerme un poco a resguardo del frío, para descansar. Pero no, debía evitar quedarme quieta porque en cuanto lo hiciera sería mi final.

Con lo mal que me encontraba y sin saber hacia dónde me dirigía, perdida, me sentía desbordada por tantas emociones. Las tenía al límite, al igual que me encontraba yo.

Al cabo de un tiempo necesité un pequeño descanso porque las piernas comenzaron a fallarme. Me dije que solo serían unos segundos parada al lado de una farola, la que me serviría de apoyo, y para no terminar de venirme abajo, aproveché la luz que me iluminaba para echarle otro vistazo al mapa.

Bajé la vista hasta él y de nuevo hice otro intento para ubicarme, pero tenía los ojos tan nublados por las lágrimas que me dificultaba ver bien. Una gota resbaló por mi cara, para caer en un punto de la hoja, dejando una marca mojada. ¿Cómo podía ser que teniendo la dirección no consiguiera encontrarla? A la que necesitaba llegar no aparecía en el puñetero mapa.

En él había mirado calle por calle, leído palabra por palabra, fijándome en todos los detalles infinidad de veces, pero ni por esas había encontrado la dirección que andaba buscando. Había llegado a la conclusión de que el problema no era yo, sino que quizás el mapa era demasiado antiguo. Lo encontré de casualidad, antes de emprender el viaje, y lo cogí sin averiguar de qué año era.

No le encontraba otra explicación a que no localizara la calle a la que necesitaba llegar con urgencia, y que algunas de las personas a las que les había preguntado dudaran al escucharme mencionar la calle. Y lo peor de todo era que no tenía nada más que me ayudara. No disponía de móvil y a lo largo de mi recorrido, que había sido mucho, me había encontrado todos los comercios cerrados. Era un día festivo en el que ni siquiera estaban abiertos los bares por los que había pasado. Restaurantes no había visto.

A estas alturas ya estaba desesperada y sin fuerzas. Al poco de bajarme del autocar y de comenzar a caminar, cuando me pareció que no me había orientado bien y el camino que seguía me estaba alejando cada vez más de mi destino, le pregunté a varias personas, en diferentes momentos, para que me ayudaran.

Algunos me dijeron que me encontraba muy alejada de la zona a la que quería ir y que indicarme como llegar era complicado; otros simplemente me dijeron que no podían ayudarme porque no lo sabían; también me encontré

con los que me dieron indicaciones, pero ninguna de ellas me llevó a la dirección correcta. Acabé liada más de lo que ya estaba.

—Perdona, ¿puedo ayudarte?

Me habló una chica, y al escuchar su voz muy cerca de mí me sobresalté y solté un grito. No me di cuenta de que fui cayéndome contra la farola y que faltaba muy poco para que mi cuerpo terminara en el suelo, pegado al poste. Tenía muchas partes adormecidas, insensibles por el helor que hacía, como los pies. Cada vez me costaba más mantenerme recta, una vez que me paraba.

Había escuchado decir a algunas personas que llevaba varios días haciendo un frío extremo, y que según las previsiones esperaban que las temperaturas se mantuvieran sin subir, hasta mínimo dentro de una semana. El frente frío iba a terminar conmigo.

—No quería asustarte —volvió a hablarme la chica, con una sonrisa tímida y apurada, mientras me ayudaba a incorporarme—. Es que te he visto y… ¿Estás bien? Hace muchísimo frío para estar en la calle. No hay nadie, yo acabo de aparcar e iba casi corriendo para mi casa.

—Yo… —carraspeé varias veces para encontrar la voz, después de tanto tiempo. Me dolió la garganta, pero continué—. Es…toy perdida. —Me temblaron los labios.

—No fastidies. —Agrandó los ojos—. ¿Adónde vas?

Con un gesto lento de la mano le pedí un momento, el que utilicé para sacar de la mochila una botella de agua. Di varios sorbos pequeños y después me metí un caramelo de miel en la boca.

—Perdona —le dije con mejor voz.

—Tranquila —volvió a sonreírme.

—Necesito… encontrar esta calle, por favor. No me aclaro con el mapa y no tengo otra forma de llegar. —Lo levanté—. Y tengo muchísimo frío.

En todo momento hablé muy despacio, casi entre susurros. Saqué del bolsillo del abrigo el papel donde tenía apuntada la dirección de la calle y se lo enseñé.

—Joder. Si estás aquí —se sorprendió.

—¿Cómo? —entreabrí los labios. Me faltó la respiración.

—Que has conseguido llegar a la dirección. Estás en esta calle —sonrió de oreja a oreja, señalándome el papel que le había enseñado—. Solo tienes que buscar el número del edificio al que quieres ir y ya está. Te has perdido con razón porque esta calle cambió de nombre hace unos años, por eso no encontrabas la que tienes anotada en el papel. Solo las personas que se mueven por aquí lo saben, y los vecinos, por supuesto. O sea, yo. —Me hizo un guiño.

Jadeé y me puse a llorar, pero en esta ocasión fueron lágrimas de alegría. No sabía cómo narices había conseguido llegar hasta aquí, así que di gracias por ello y por encontrarme con esta chica tan amable.

—Yo… muchas gracias.

—Por favor, no hay de qué. Ve todo lo rápido que puedas, antes de que te congeles aquí parada. ¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta, pero muchísimas gracias otra vez. Solo necesito saber en qué número estamos y…

—Este edificio es el cuarenta y dos. —Me lo señaló a su espalda.

—Oh —miré hacia la fachada—. Tengo que andar un poco, pero ya no me perderé. —Me tembló todo el cuerpo.

—No lo harás, no. Ya puedes decir que has llegado, que lo has conseguido.

—Gracias —repetí, con la voz muy ronca por la emoción, sin poder controlar el llanto.

—Lamento mucho que lo hayas pasado tan mal. —Hizo una mueca—. Ha sido un placer poder ayudarte —me habló preocupada—. ¿Necesitas algo más?

—No, solo llegar —susurré.

—Pues ve rápido.

—Sí. Adiós.

—Adiós.

No esperé a verla alejarse. Me había salvado en el momento en el que se paró para preocuparse por mí, pero yo no estaba en condiciones de arriesgarme ni un segundo más de la cuenta a la intemperie. Doblé el mapa para guardarlo en la mochila y empecé a caminar con más dificultad que antes de pararme, teniendo mucho cuidado al dar los pasos en el suelo casi helado.

Tuve que cruzar una carretera y en cuestión de lo que me parecieron minutos eternos, me paré frente a la entrada de un edificio, llorando con más intensidad.

—Lo he conseguido —susurré dando un paso tembloroso hacia la puerta —. Por favor, por favor, que esté —comencé a respirar con dificultad.

Apoyé una mano en la pared y la otra la llevé hasta el panel de los timbres, en el que pulsé el que correspondía a…

—¿Sí?

Cerré los ojos con fuerza al escucharla.

—¿Hola? —repitió la voz e hizo una pausa— Joder, ¡no estoy para bromas!

—¡Elisa! —grité.

Encontré de nuevo las fuerzas para hablar más alto de lo normal, por el miedo que sentí por si colgaba y ya no respondía. Si se iba pensando que era

una broma sería lo que sucedería.

—¿Quién es?

—Elisa, soy yo, Ciara.

—¿Qué? —gritó jadeando— ¿Ciara?

—Tengo mucho frío.

—Mierda, mierda…

Colgó de golpe y me recosté en la pared, temblando. No supe cuánto tiempo pasó, no pude controlarlo, a pesar de que Elisa debió tardar segundos en aparecer. Cuando la puerta del edificio se abrió de golpe, lloré sin control al sentir el calor de mi amiga, el de sus brazos y su cuerpo. Intentó calmarme con palabras susurradas, mientras me abrazaba con fuerza y me arropaba como yo había esperado desde hacía muchas horas.

No pude hablarle, solo desahogarme. Utilicé mis últimas energías para subir consciente con ella en el ascensor y para entrar en su piso con su ayuda. En cuanto me sentí segura, protegida, me vine completamente abajo. Elisa me quitó la mochila de la espalda, justo antes de que me desplomara en su sofá.

Solté un gemido por la sensación, mientras la escuchaba decir mi nombre, angustiada. No pude tranquilizarla, su voz fue llegándome cada vez más lejana, hasta que lo último que sentí fue el peso de una manta sobre mí.

Me senté de golpe en la cama, jadeando, sin poder enfocar bien la vista. Me costó ubicarme, darme cuenta de que tan solo había sido un sueño y que lo que acababa de soñar era parte de mi pasado, no de mi presente. Un pasado que ya quedaba muy atrás.

La luz tenue de la lámpara de la mesita de noche estaba encendida.

—Ciara —me llamó Elisa, utilizando el tono de voz que ponía cada vez que no quería asustarme más.

—¿Qué…?

—Estabas hablando en sueños, muy alto, aunque no te entendía. Incluso has gritado. —Hizo una mueca—. ¿Te acuerdas de lo que soñabas?

—Sí. —Me froté la cara y cogí una bocanada de aire, antes de continuar—. Estaba reviviendo el día que llegué aquí, hace seis años.

Agrandó los ojos y abrió la boca, para cerrarla después sin saber qué decir.

—No pasa nada —sonreí en tensión.

—Cariño.

—Estoy bien —la tranquilicé.

—Hacía tiempo que no te pasaba. ¿Quieres volver a la consulta del doctor Suárez?

—No. —Negué con la cabeza varias veces—. De verdad que estoy bien. Acabas de decir que hace mucho desde la última vez que me sucedió, no pasa nada por tener un sueño suelto de vez en cuando —le sonreí—. Forma parte de mi vida, Elisa. Es una vivencia. —Tragué saliva.

—Ya lo sé. —Frunció los labios, conteniendo la emoción—. Pero no quiero que tengas que pasar por eso ni una jodida vez más, ni siquiera en un puñetero sueño. —Soltó un lamento.

Me acerqué a ella para abrazarla. Estaba sentada en el borde de la cama y se encontraba peor que yo.

—Estoy bien —volví a repetirle.

—Ciara…

—Confía en mí. Si vuelven los episodios te lo diré e iré al médico. ¿Vale?

—Vale —susurró—. ¿Con qué parte exactamente has soñado? ¿Con el viaje o con lo que te pasó cuando llegaste?

—La interminable búsqueda en la que no conseguía encontrarte. —Me mordí el labio inferior.

—Que susto me diste. —Me acarició las mejillas.

—Lo sé por cómo te encontré al despertarme en tu sofá, porque antes no fui consciente de nada. Mi cuerpo se apagó, lo único que necesité fue descansar.

—Y comer. —Apretó la mandíbula.

—Fue un viaje demasiado largo —suspiré—. Al menos pude comer algo gracias a…

—A Arturo —terminó por mí, con una sonrisa cálida—. Ojalá pudiera conocerlo, me lo comería a besos.

Sonreí al escucharla.

—Y yo volver a verlo —dije e hice una pausa—. ¿Qué hora es? No he escuchado la alarma.

—Porque falta más de una hora y media para que suene. Son las cinco y cuarto de la madrugada.

—Joder. —Bufé.

—Voy a tumbarme contigo hasta que sea la hora de levantarse para ir a trabajar.

Mientras hablaba iba de rodillas hacia la almohada.

—Elisa, no tengo miedo.

—Pues yo sí —suspiró—. Ahora mismo necesito tenerte muy cerca.

—Ah, vale —le sonreí con cariño.

Elisa apagó la luz de la lámpara y nos metimos las dos debajo del nórdico. Por espacio no era, la cama era de metro y medio de ancho. Yo sola me perdía en ella.

—¿Y Milo? —le pregunté extrañada. No lo había visto.

—Lo he llevado a mi habitación para tranquilizarlo, estaba muy nervioso por ti. Lo he dejado adormilado en mi cama, seguro que no ha tardado nada en dormirse otra vez.

—Sí, ojalá pudiéramos coger el sueño como él.

—Ya te digo —dijo con una risilla.

—El problema va a ser para despertarnos, siendo la hora que es. A ver si no nos quedamos dormidas —comenté con los ojos cerrados.

—Joder, Espero que no, porque comenzar la semana llegando tarde y a la carrera, ya sería el remate para mandar el día a la mierda. Con este arranque que hemos tenido…

Sonreí son abrir los ojos.

—Tengo que advertirle a Ángel de tu lado dramático, para que esté preparado —comenté con diversión.

—Oye, pues sí que estás bien esta vez. No te metas conmigo. —Jadeó.

—Ya te lo he dicho, no me ha afectado como otras veces. Y no me he metido contigo, solo he dicho una gran verdad.

—Ciara.

—¿Mmm…?

—Cierra la boca y duérmete de una vez.

Me reí sin alzar mucho el volumen.

—Gracias por estar a mi lado, Elisa. Siempre —murmuré.

—No digas más cosas como esas porque empezaré a llorar y entonces se me hincharán los ojos, se me pondrán rojos, y me entrará dolor de cabeza. Otros desastres para sumar al lunes.

—Lo pintas estupendamente.

—Es que es verdad.

Fruncí los labios al imaginarla haciendo un puchero.

Me pegué más a ella, porque, aunque le había repetido que estaba bien, lo que no quería confesarle era que estaba haciéndome la fuerte. Necesitaba sentirla cerca para que poco a poco se me fuera la sensación tan desagradable que se me había quedado al despertarme sobresaltada.

Elisa se durmió la primera, yo la seguí al cabo de unos minutos, con su respiración pausada y tranquila de fondo.

La semana había comenzado mal, pero no por ello tenía que ir de esa forma. Un sueño no iba a marcar mi día, ni a fastidiármelo, este y los siguientes. No quería regresar a la consulta del doctor Suárez, pero si era necesario lo haría.

El doctor Suárez fue al que recurrí a los pocos días de llegar a esta ciudad. Me lo buscó Elisa, preocupada por cómo estaba. La verdad era que fue de gran ayuda, pero solo las primeras semanas, después entré en un bucle en el que le daba lo que quería oír. Ni más ni menos.

Había cosas que eran demasiado dolorosas para revivirlas una y otra vez, así que le di a todo el mundo lo que necesitaba, menos a mí. Yo fui sanando por mi cuenta, a mi ritmo. Busqué información en internet y trabajé en mí por muy lento que fuera, y aunque tuviera que poner buena cara sin sentirlo.

Nadie nos conoce mejor que nosotros mismos y cuando quieres cicatrizar heridas que necesitas sanar, sabes de donde debes sacar la energía y lo que te impulsa, para conseguirlo.

No fue fácil, para nada. Todavía, hoy día, seguía luchando contra ello. Sabía que mi pasado me atormentaría cada vez que pensara en él, por lo que, por eso mismo, intentaba vivir siempre en el presente, sin importarme nada más. No iba a retroceder, no podía permitírmelo porque me hice una promesa tiempo atrás e iba a cumplirla hasta el final.

Era yo o el pasado, así que la elección estaba clara: yo.

Capítulo 13

Saqué del bolso una tableta de pastillas y me tomé una. Había ido tan acelerada para no retrasarme mucho en el trabajo, al despertarme con tanta prisa, que se me olvidó tomármela antes de salir del piso. Por suerte siempre llevaba una tableta en el bolso.

Al final Elisa y yo habíamos salido de mi cama demasiado tarde. Durante unos veinte minutos estuvieron sonando mis alarmas, con intervalos de minutos entre cada una de ellas. La fui apagando todas, incluso las repeticiones.

Al principio no fui consciente, lo hice más dormida que despierta, pero después las alargaba intencionadamente, pidiendo entre susurros un poquito más de tiempo en la cama, mientras que Elisa decía que la rompiera para que dejara de sonar para siempre.

¿Resultado? Una carrera de buena mañana y recién despiertas. Corrimos por nuestras habitaciones para arreglarnos y después salimos del piso con el estómago vacío. Ni siquiera nos dio tiempo a bebernos un café rápido, eso sí, a Milo le puse su comida para que no pasara hambre hasta el mediodía que Elisa llegara.

Yo de lunes a miércoles no pasaba por el piso para comer. No me daba tiempo, solo tenía una hora de descanso y prefería tomármela con calma. Me quedaba con Abel y con Asun, los tres comíamos en el bar de Pablo. Este se encontraba en la esquina de la calle, bastante cerca de la empresa. Mari siempre que podía se unía a nosotros.

Lo único bueno del mal despertar que habíamos tenido había sido el ahorrarme de coger el autobús cuando más gente había esperándolo, ya que no me daba tiempo al ir tan justa. Elisa, que iba a su trabajo en coche, me llevó a mi empresa y continuó para ir a la suya.

—Se te ve cansada —me dijo Abel y levanté la cabeza para mirarlo.

—Lo estoy. Me dormiría aquí mismo —me reí negando con la cabeza.

—¿No has descansado bien?

—Tuve un sueño que me despertó y Elisa terminó en mi cama a las cinco y poco de la mañana. El resto puedes imaginártelo, apagué todas las alarmas y después nos tocó correr agobiadas. —Me encogí de hombros.

—Pues ya puedes relajarte del todo, has llegado a tiempo. Me ha extrañado que no vinieras a la cafetería antes de entrar. —Se sentó en el filo de mi mesa, cerca de mí.

—Ojalá me hubiese dado tiempo, tengo el estómago vacío. —Hice una mueca.

—Ahora te voy a por un café.

—No, puedo ir yo.

—Lo sé. —Elevó las cejas—. Pero si me he ofrecido es porque quiero hacerlo yo. Ya de paso te subo un dónut para acompañar al café.

—Oooh… —Hice un puchero, haciéndolo reír.

—Pues ahora vengo con todo y te explico una cosa del trabajo. —Se puso de pie—. Necesito tu ayuda.

—Claro. ¿En qué?

—Paciencia —me sonrió.

Me dio la espalda para ir a su mesa, cogió su abrigo de esa zona y se fue de la planta hacia la cafetería.

Al quedarme sola de nuevo me centré en el trabajo, para adelantar algo, hasta que Abel regresara. Lo que no tardó en suceder porque a esta hora la cafetería debía estar casi vacía, ya que todo el personal de la empresa estaba en sus puestos. Excepto Abel.

—Aquí tienes, preciosa —dijo colocando mi café sobre la mesa, junto al dónut que venía en una caja.

Él se había pedido otro café y se lo llevó a los labios. Yo no perdí el tiempo, prepararé el mío echándole la cantidad de azúcar que me gustaba y le di los primeros sorbos. Me supieron a gloria.

—Te amo, eres el mejor.

Mis palabras lo hicieron reír.

—Disfrútalo. Voy a ponerte aún más contenta, ¿te has fijado en que Fabián no está en su mesa?

—Como para no hacerlo.

—Pues no vendrá y con suerte será para varios días —me contó convencido.

—¿Y eso?

—Me he enterado de que se ha puesto malo. —Me hizo un guiño.

—Pues, aunque me haga parecer mala persona, no lo siento ni un poquito. Y menos cuando me beneficia.

—Tú no parecerías mala persona ni, aunque te lo propusieras. —Arqueó una ceja—. Sobre lo que te he comentado antes del trabajo…

—Ah, sí. Dime —le pedí, antes de darle un mordisco al dónut.

—Te he dicho que necesito tu ayuda porque esta mañana tengo varias reuniones. Van a tenerme ocupado hasta el mediodía, saldré de una y entraré en otra.

—Qué divertido —sonreí de forma exagerada—. ¿Qué quieres que haga?

—Ya he hablado con Enrique —mencionó a nuestro encargado—. Está al tanto y le parece la mejor idea, así que tenemos vía libre. Tengo que ir al banco para hacer algunas transacciones a los proveedores extranjeros y no puedo retrasarlo para mañana. Ya sabes qué proveedores son, los mismos de cada mes.

—Sí —le confirmé asintiendo.

—Enrique me dijo hace unos días que cuando fuese al banco pidiera una simulación de préstamo para la empresa. Si es buena quiere presentársela a al dueño, al jefe general, por si el dinero es el problema de que esté despidiendo a tanta gente seguida. Su idea es buena, su intención más, aunque le he advertido que tenga cuidado.

—Es un poco arriesgado y puede volverse en su contra —dije pensativa.

—Lo es, pero me ha asegurado que guardará la información del préstamo por si todo se complica, entonces considerará si enseñársela o no. Por el momento lo único que quiere es tener la simulación para disponer de un as bajo la manga. Actuará si vuelven los despidos continuos.

—Vale, entonces tengo que hacer las transacciones a los proveedores extranjeros y pedir la simulación del préstamo.

—Así es. Te llevará buena parte de la mañana o quizás no nos veamos hasta la hora de comer. No te agobies, dependiendo de la gente que haya en el banco, hacerlo todo puede llevarte tranquilamente horas. Tienes una parada de autobús a unos metros del edificio.

—Vale. Estupendo.

—Pues perfecto. Gracias, preciosa.

—No me las des. —Puse los ojos en blanco, haciéndolo sonreír.

—Tengo preparada toda la documentación que te pedirán para hacer todas las gestiones. Ahora te las doy. Termina de tomarte el café y el dónut con

calma y pásate por mi mesa para dártelo antes de irte.

—De acuerdo. ¿Cómo se presentan tus reuniones?

—No me las recuerdes. —Bufó y fruncí los labios—. Tengo por delante una mañanita… con decirte que preferiría mil veces dormirme por la mañana, correr, agobiarme y llegar tarde al trabajo —Sacudió la cabeza.

—Ánimo. Podrás con este lunes, no al revés.

—Ya te diré comiendo cómo va el pulso entre nosotros —dijo y nos reímos—. Te dejo tranquila.

Empezó a alejarse, pero se paró para volverse hacia mí.

—No hace falta que te diga que me llames para cualquier duda o si pasa algo en el banco. Serás a la única que atienda para parar las reuniones.

—Tranquilo, todo irá bien.

Se fue a su mesa y yo me terminé el dónut, mientras guardaba en el cajón de mi mesa de trabajo las carpetas que ni siquiera había abierto. También apagué el ordenador.

Tanto el dulce como el café me sentaron de lujo al estómago. No era habitual que comiera bollería, pero de tanto en tanto por una vez no pasaba nada. De ahí que me supiera delicioso. Cuando me bebí el café, lancé el vaso a la papelera y me levanté de la silla, para ponerme el abrigo y la bufanda. Me colgué el bolso cruzado caminando hacia la mesa de Abel.

Acercándome a ella le hice señas a Asun, cuando me preguntó con gestos adónde iba. Normal que se preocupara porque hacía pocos minutos que la jornada había comenzado. Con mis señas me entendió cuando señalé a Abel. No tardaría en preguntarle.

—Ya estoy —le dije a mi amigo.

—¿Cómo te ha sentado el dónut? Estaba pensando que tendría que haberte comprado otra cosa, pero es que sé cómo se te van los ojos cada vez que los

ves en las vitrinas… Quería darte una alegría por cómo ha comenzado tu día, sobre todo, para que te olvidaras de lo del sueño que te ha despertado.

Habló serio, pero yo no pude evitar sonreírle con cariño. Sabía que lo del sueño lo había puesto en alerta, como a Elisa, pero él se había contenido para no hablarme del tema. Por el momento.

—Pues deja de pensar en eso y de preocuparte porque el dónut me ha sentado de lujo. No pasa nada, por una vez al cabo de años o de largos meses. —Me encogí de hombros.

—Supongo… —dijo pensativo—. Aquí tienes.

Deslizó un maletín de piel sobre su mesa, hasta que lo dejó en mis manos. Lo abrí para comprobar que estaba todo.

—No debe faltarte nada, ni siquiera la información que te pedirán para lo del préstamo, pero si hay algún fallo, dime por mensaje lo que necesitas y te lo envío al momento.

—Quieres relajarte, no es la primera vez que voy a un banco para hacer unas gestiones de la empresa —lo miré divertida—. No he hecho nunca estas, ni he ido al banco principal con el que trabajamos, pero ni una cosa ni la otra es algo de otro mundo. —Le hice un guiño—. Además, me has arreglado el lunes porque estaré en la calle. Nos vemos para comer, si no me diera tiempo a llegar te aviso de que comeré por la zona del banco, antes de coger el autobús de vuelta.

—De acuerdo. Ten cuidado —me pidió serio.

—Tú también. —Le saqué la lengua.

Agarré el maletín y me despedí diciéndole que antes de que entrara en la primera reunión hablara con Asun, porque estaba esperando que le contara porque me había ido. Mari no se encontraba en su puesto en este instante.

En el ascensor también me crucé por el pecho la correa del maletín, para tenerlo bien sujeto como el bolso. Evité problemas, no quería perderlo de vista

en ningún momento. Cuando llegué a la recepción me paré un a hablar con Inés.

—Hola otra vez, preciosa —la saludé.

—Hola, Ciara —me correspondió muy animada.

—Los lunes da gusto hablar contigo —le dije e hice una mueca graciosa.

—No te creas —se rio—. Lo que pasa es que al trabajar de cara al público se me da mejor que a ti el aparentar que me encanta madrugar los lunes para ocupar mi puesto de trabajo.

Puso los ojos en blanco y solté una carcajada.

—¿No es muy pronto para escaparte a desayunar? —me preguntó risueña.

—Si fuera por mí estaría en la cafetería el resto del día. —Bufé.

—Joder, yo me uniría a ti como buena compañera.

—Voy al banco —le conté—. Abel no puede, tiene la mañana muy liada con reuniones, así que lo haré yo por él. No sé a qué hora volveré o si ya será por la tarde, dependerá de lo que me hagan esperar en el banco, de lo que se retrasen atendiéndome y lo que tarde con el autobús. —Me encogí de hombros.

—Ah, que buen comienzo de semana. —Me hizo un guiño.

—Pues sí. —Le saqué la lengua haciendo una broma y nos reímos—. Me voy ya que el autobús debe estar a punto de llegar —comprobé la hora en el reloj de pulsera.

—Sí, no vayas a perderlo. Que te vaya muy bien la mañana, preciosa.

—Igualmente, Inés. Nos vemos más tarde.

Le di la espalda y fui hacia la puerta. Al salir a la calle me ajusté la bufanda al cuello y caminé ligera hasta la parada de autobús. Tal y como pensaba el transporte público paró frente a mí unos minutos después. Tenía controlado los horarios.

Capítulo 14

En el interior del autobús ocupé un asiento al lado de la ventana, en la que me apoyé un poco, observando la calle. El día estaba bastante nublado, pero por lo que dijeron en las noticias se mantendría así, sin llover. Al cabo de un rato cogí el móvil del bolso y sonreí al ver un mensaje de Elisa. No me había dado cuenta de que me había escrito hacía rato, cuando llegó a su trabajo.

Elisa: *Joder, menuda mierda. Ya he llegado y ahora mismo estoy yendo a la cafetería para bañarme en café. Tengo la sensación de que hoy no remontaré ni con eso. Espero que tu lunes se enderece. Nos vemos por la tarde, te quiero.*

Ciara: *No lo he visto hasta ahora. Mi día ha mejorado bastante porque estoy fuera de la empresa. Abel ha sido mi salvador. Después de decirle como habíamos comenzado el día, ha bajado a la cafetería para traerme un café con leche y un dónut. Y encima, como él no podía porque tiene la mañana completa de reuniones, me ha pedido que vaya al banco del centro para hacer unas gestiones. Seguramente me lleve gran parte de la mañana, o tal vez toda.*

Elisa: *Adoro a ese hombre, pregúntale si puede pasarse por mi empresa para hacer lo mismo, a poder ser para que me envíe a otro continente. Ja, ja, ja… disfruta del aire libre y de la libertad, pero, sobre todo, tómatelo con calma y no tengas prisa para volver a tu puesto de trabajo. Que te conozco.*

Ciara: *Paso de decirle eso a Abel, porque sé lo que me responderá. Ja, ja, ja… llámalo tú misma o escríbele para proponérselo. Ahora tómate un buen café, bien cargado y acompáñalo con algo más, ya verás como le das un pequeño cambio a tu mañana. No me retrasaré a propósito, pero tampoco voy*

a correr. El tiempo que me lleve volver a la empresa estará bien. Nos vemos por la tarde, te quiero.

Después de leer el último mensaje que me envió guardé el móvil en el bolsillo del abrigo y volví a dirigir la mirada a la ventana, para comprobar por dónde íbamos. Cuando vi que faltaba todavía un rato cerré los ojos, abrazando disimuladamente mi bolso y el maletín.

No llegué a dormirme, pero poco me faltó cuando llegué a mi parada. Me espabilé al bajarme, no me quedó más remedio. Caminé los pocos metros que me separaban de uno de los edificios más altos de la zona, el del banco más importante de la ciudad.

Aquí, aparte de la oficina en la que atendían a los clientes, la que ocupaba toda la planta baja siendo la más grande entre todas las oficinas, también se encontraban las oficinas centrales desde las que se llevaba todo el papeleo. Todo lo importante se concentraba en este edificio, en los pisos superiores.

Parada a unos metros de la entrada, levanté la vista para recorrer toda la fachada. Era una maravilla visual, imponente.

Di los últimos pasos que me llevaron dentro e hice una mueca en cuanto vi la gran cola de personas que esperaban a que las atendieran. Era muy larga, demasiado.

—Pues nada, a este paso me quedo a comer y lo mismo aparezco a última hora de la tarde por la empresa —suspiré.

Me coloqué bien el bolso y el maletín, con los que cargaba, después de quitarme la bufanda del cuello. Esta la dejé colgando de los lados, y me desabroché el abrigo. Lo único bueno era que se estaba estupendamente por la temperatura, si conseguía una silla podía quedarme sin moverme todo el tiempo que hiciese falta.

—Perdone, ¿es la última? —me preguntó una voz masculina.

—Sí —le contesté, girando la cabeza hacia atrás.

Los ojos se me agrandaron de golpe, al mismo tiempo que dejé de respirar. Me puse a temblar, por la sorpresa y la emoción.

—¿Arturo? —conseguí hablar, con la voz tomada y ronca.

Los seis años que habían pasado no le habían cambiado mucho, era imposible no reconocerlo. En cambio, él al principio me miró con curiosidad porque sabía su nombre, no se acordó de mí ni me ubicó. Normal por dos motivos, primero por el tiempo que había pasado y, segundo, porque por aquel entonces yo llevaba el pelo muy corto, no como ahora que tenía una melena.

Su curiosidad fue poco a poco dando paso al reconocimiento. Vi como su expresión cambiaba y cómo me observaba de una forma muy diferente.

—¿Ciara? Eres tú —habló sorprendido, respondiéndose a sí mismo.

—Oh, Dios mío. —Me tapé la boca con las manos.

—Los mismos ojos, la misma mirada y cara… —volvió a hablar.

El cariño que me transmitió y su sonrisa cálida hicieron que no pudiera contener por más tiempo las lágrimas. Comencé a llorar, pensando en que el encuentro estaba siendo tan diferente a los escenarios que había imaginado en mi cabeza… la realidad era muchísimo mejor.

Arturo alargó una mano hacia mí, tan respetuoso como lo recordaba. No lo dudé, le agarré la mano y solté un lamento cuando tiró de mí para abrazarme. Que lo hiciera volvió a romperme porque me trasladé al pasado, a una chica que miraba a todo con miedo y reticencia, a una chica perdida por completo, a una chica a la que ya no le quedaban ilusiones.

Lloré por la emoción del reencuentro con Arturo, pero también por todo lo que fui y por todo lo que pasé.

—Ciara —susurró acariciándome la espalda.

—Lo siento. —Me separé retirándome las lágrimas.

—No te disculpes. —Me apretó la mano. Todavía no nos las habíamos soltado.

—No puedo creerme que esto esté pasando. Yo… he deseado tantas veces volver a encontrarte. —Fruncí los labios.

—Nunca te olvidé, ¿sabes? —me sonrió al verme llorar de nuevo— Cuando alguien te llega bien adentro y de repente te sientes responsable de esa persona, es imposible que desaparezca, se queda como un recuerdo hermoso. Carmen y yo te hemos mencionado en muchas ocasiones durante los seis años que han pasado, yo le he hablado tanto de ti…

—No sé qué decir. —Coloqué la mano libre sobre el pecho y me lo froté —. A mí me pasó lo mismo. Me marcaste mucho, apareciste en mi vida en uno de los momentos que más lo necesitaba y…

—Está bien —dijo cuando me callé, al no poder continuar—. No tienes que forzarte a hablar de ello —me pidió y asentí.

—¿Cómo te encuentras? Te veo estupendamente —le sonreí, mientras buscaba un pañuelo en el bolso.

Mi cara era un completo desastre de lágrimas y mocos, pero lo arreglé enseguida.

—Los años pesan, si cuando nos conocimos ya era mayor…

—Eso no es verdad, estabas perfectamente y continúas igual —lo interrumpí.

—Está claro que siempre me has mirado con buenos ojos —rio—. Tú has cambiado, pero no has perdido la esencia de la chica que conocí.

—Me ha crecido mucho el pelo. —Me lo toqué—. Y he cogido algunos kilos. —Noté que me ruborizaba.

—Cuando te conocí estabas perfecta, pero los años te han sentado muy bien.

—Gracias, eres muy amable con lo de perfecta en el pasado. —Negué con la cabeza.

—Ciara, las personas no se miden por su apariencia, sino por lo que son y transmiten.

—Lo sé. Yo… supongo que el concepto que tengo de mi yo del pasado no es muy bueno —sonreí con tristeza.

—Pues tienes que quererlo porque forma parte de ti y gracias a ese yo de años atrás estás hoy aquí.

—Gracias —susurré con un nudo en la garganta—. Lo intentaré, pero es complicado por muchos motivos. —Bajé la mirada al suelo.

—Tenemos para rato, ¿eh?

—¿Qué? —Busqué su mirada.

—Que tenemos a muchas personas por delante. —Me hizo un guiño.

Cambió de tema para hablarme de la cola que estábamos haciendo. Arturo siempre supo, desde el primer instante en el que me conoció, cómo dirigirse a mí y la mejor manera de hacerme sentir bien y cómoda.

—Sí —suspiré.

Mientras hablábamos habíamos avanzado unos metros, pero quedaban muchos por delante hasta que fuera nuestro turno. Por detrás de Arturo se habían sumado más personas, continuando la larga cola.

—¿Cómo está Carmen? —le pregunté por su mujer.

—Muy bien. Cuando le diga que te he visto… —Sacudió la cabeza—. Se quedará como nosotros al principio y después me chillará —nos reímos.

—Lo mismo le pasará a mi mejor amiga Elisa —le conté divertida—. Le he hablado mucho de Carmen y de ti, pero, sobre todo, de ti. De lo buena persona que fuiste conmigo, de cómo me trataste y de todo lo que hiciste por mí. Sin haberte visto en persona es como si Elisa te conociera igual que yo. Sabes cuál es su frase favorita, te hizo una.

—No sé si quiero saberlo —dijo con humor.

—Va a gustarte. La repite en casi todas las ocasiones que hablamos de ti: amo a Arturo, soy su fan número uno.

Soltamos una carcajada tan fuerte que las personas de nuestro alrededor se giraron para mirarnos.

—Me gusta tu amiga Elisa.

—Se lo diré, estará encantada —le sonreí.

—¿Cómo te va la vida, Ciara? Ya veo que bien, pero me gustaría saber lo feliz que eres.

—Lo soy —afirmé—. Gracias a Elisa, a Abel, a Bea, a Asun, a Mari y a algunas personas más de mi entorno. Los que he nombrado son mis mejores amigos, los que mantienen mis pies en el suelo. Aunque Elisa y Abel son especiales, gracias a ellos soy lo que ves. —Extendí los brazos a los lados.

—No te equivoques.

—¿Qué?

—Puede que te hayan ayudado mucho, que se hayan quedado contigo en todos los momentos, sobre todo en los duros. Es muy importante tener a tu lado a personas tan vitales, pero ten claro que solo a ti te debes lo que veo, lo que eres y en quién te has convertido.

»Cada experiencia personal es una batalla, en menor o mayor medida, para bien o para mal, y tú eres la que más has luchado las tuyas. Que no se olvide nunca que la fortaleza está en ti y, aunque algunas veces hayas necesitado que alguien te ayude, en esos momentos todavía has seguido siendo tú la que encontrabas las fuerzas para continuar.

—Gracias —susurré—. Llegué aquí sin nada y ese primer día no fue muy bueno, pero encontré a mi amiga y vivo con ella desde entonces. También tengo un trabajo hace años que me da un buen sueldo.

—No sabes cómo me alegro.

—Arturo… cuando nos conocimos hiciste muchas cosas buenas por mí, increíbles, me trataste con tanto cariño y sin esperar nada a cambio. Varias veces te di las gracias de la única forma que pude, pero siempre he tenido una espinita clavada porque no pude agradecerte los doscientos euros que me metiste en el bolsillo del abrigo, antes de despertarme para avisarme de que habíamos llegado a esta ciudad. Yo… gracias, por tanto.

—No hace falta, Ciara, volvería a hacerlo ahora mismo también —me sonrió con cariño—. Y no creo que solo quisieras agradecérmelo, apuesto a que hubieras intentado devolvérmelos, a pesar de que no tenías dinero y lo necesitabas.

Me ruboricé asintiendo porque tenía toda la razón.

—Perdona, ¿Ciara?

Al escuchar mi nombre a la espalda me giré, poniéndome al lado de Arturo. Quien me había hablado era un hombre trajeado que me miraba sonriente. Trabajaba en el banco porque llevaba una pequeña placa en la chaqueta del traje.

—Eh, sí. —Fruncí ligeramente el ceño—. ¿Cómo sabes mi nombre?

—Si me acompañas te lo aclararé enseguida —me pidió con amabilidad.

—Yo…

—Ve tranquila —me animó Arturo—. Creo que has tenido suerte, saldrás de aquí mucho más rápido que yo.

—De eso nada.

Agarré su mano y le hice un guiño. Él me observó divertido y agradecido.

—No sé de qué va esto, lo mismo mi compañero y amigo, por el que he venido, ha llamado al banco —dije pensativa—Da igual, si nos sirve para saltarnos la cola pues perfecto. Te vienes conmigo.

—¿Estás segura?

—Claro. —Asentí varias veces—. No voy a dejarte haciendo esta eterna cola. Quien me atienda a mí que lo haga primero contigo, porque lo tuyo será más rápido. Yo tengo que hacer varias gestiones para la empresa.

—Gracias, Ciara.

—Oh, ni se te ocurra dármelas. —Puse los ojos en blanco, haciéndolo reír —. No hay problema, ¿verdad? —me dirigí al hombre que trabajaba en el banco.

Se lo pregunté, pero mi expresión le dejó claro que no era una pregunta y que sin Arturo no me movía.

—Por supuesto que no es un problema, atenderemos al señor antes — confirmó el hombre y sonreí—. Acompáñenme —nos pidió.

Dejamos la cola para seguirlo. Recorrimos la zona principal detrás de él y nos montamos en un ascensor cuando nos ofreció que entráramos primero. Arturo y yo intercambiamos varias miradas divertidas y cómplices.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en la cuarta planta salimos y continuamos por un pasillo, hasta que llegamos al fondo. Ahí giramos hacia la izquierda y nos paramos a unos metros, donde el hombre nos miró sonriente, golpeando con los nudillos una puerta.

—Adelante —dijo otra voz masculina, al mismo tiempo que el que estaba con nosotros abría para darnos paso.

En cuanto el interior de un despacho quedó a la vista, agrandé los ojos al ver de frente a la persona que estaba sentada al otro lado de un escritorio enorme.

—¿Adam?

Mi voz salió tan floja que pensé que no me oyó, pero sí, que asintiera hacia mí me dio la respuesta. Tenía buen oído.

El día estaba siendo… no tenía palabras con todo lo que me estaba encontrándome.

—Ciara, ¿estás bien? —me preguntó Arturo a mi lado.

—Eh, sí, claro —carraspeé.

—Por favor, pasad —nos pidió el hombre que nos había acompañado—. El señor Vera los atenderá.

Capítulo 15

Adam

—Mañana podríamos quedar para comer —me propuso Ángel.

Llevábamos hablando por teléfono unos diez minutos, no lo hacíamos desde que nos despedimos el viernes por la noche, después de salir de cenar del restaurante. Mientras yo trabajaba escuchándolo, mi amigo saltaba de una conversación a otra y me daba opciones para vernos.

A partir de que Ángel iniciara su relación con Elisa, los fines de semana para nosotros se habían terminado. No era algo fijo, me refiero a que hacíamos alguna excepción, pero lo normal era que no nos viéramos los sábados y los domingos.

Nuestros encuentros se habían reducido a quedar algunas tardes de entre semana para tomar algo, o los mediodías que podíamos, de lunes a viernes, para comer los dos o los tres, si a Raúl le iba bien. Los días elegidos para quedar en grupo con Elisa eran los viernes por la noche, pero no lo hacíamos cada semana.

Lo normal cuando tienes que dividirte para llegar a todo. Me parecía perfecto, yo con ver a mis amigos felices y no perder el contacto con ellos, ya lo era yo también. Todo evolucionaba de una forma u otra y cuando llegaban nuevos tiempos, con todo lo que implicaba, solo había que adaptarse a ellos con la mejor actitud.

Raúl, a pesar de parecer el más gracioso y despreocupado de los tres, a él le había costado adaptarse a que nuestro amigo no estuviera disponible siempre

que quedábamos. Con el paso de los días y las semanas, como es lógico, había ido acostumbrándose.

No le había quedado otra, pero una cosa fueron sus propios sentimientos, con los que tuvo que lidiar, y otra muy diferente fue el trato que le dio a Elisa desde el primer día que la conocimos. Sobra decir que tanto Raúl como yo la acogimos como se merecía la mujer que hacía feliz a nuestro amigo.

—Por mí bien —le dije a Ángel, refiriéndome a la comida del día siguiente.

—Perfecto. Cuando colguemos le preguntaré a Raúl y si hay algún cambio te lo digo por mensaje.

—De acuerdo. Imagino que el fin de semana bien, ¿no?

—Sí, tío —me confirmó y sonreí de medio lado porque de la forma en la que me respondió lo dijo todo.

Me separé de la mesa, para apoyar la espalda en el respaldo.

—Para tu información, el viernes por la noche Ciara llegó sana y salva al piso —le comenté, aunque no me hizo ningún comentario al respecto.

—Como si hubieras permitido que fuese de otra forma… —dijo con humor— Gracias, amigo, sé que por ti te habrías quedado a una última copa.

—No pasa nada, lo que dije del trabajo era verdad. El sábado me levanté temprano para ponerme con unos asuntos. Trabajé desde casa, pero no salí de mi despacho hasta casi las dos, para comer.

—Espero que el resto del fin de semana descansaras.

—Sí —le confirmé.

—Bien, entonces.

—El domingo estuve…

—¿Dónde o con quién?

No terminé de hablar, al igual que no le respondí. Mis ojos se quedaron fijos en la pantalla de más hacia la izquierda. Tenía dos sobre el escritorio, de diferentes tamaños. La primera era con la que trabajaba, donde tenía acceso al programa interno de la empresa. La segunda estaba destinada a mostrarme las imágenes en directo, las que grababan las cámaras de seguridad que había en las distintas zonas estratégicas de la oficina de la planta baja.

Veía lo que ocurría en tiempo real, desde varias cuadrículas repartidas en la pantalla del ordenador. Me gustaba tenerlo todo monitorizado, por si surgía algún problema. De esa forma podía actuar lo más rápido posible, sin tener que esperar un aviso de emergencia o de auxilio de mis trabajadores.

Precisamente una de las imágenes en movimiento fue la que captó mi atención y me dejó callado. Me eché hacia delante, para apoyar los brazos en la mesa, mientras me inclinaba hacia la pantalla del ordenador para verla mejor. El ángulo de enfoque de la cámara no daba margen a error, pero aun así acerqué la imagen, ampliándola.

—¿Adam? —me llamó Ángel.

Hizo una pausa esperando a que le dijera algo, pero como no ocurrió, insistió.

—Tío, ¿sigues conmigo? ¿Estás ahí?

—Sí —le respondí después de unos segundos en los que terminé de confirmar lo que me pareció ver al principio—. Y también alguien que conoces.

—¿De qué hablas? Será que no conozco a gente… —se rio.

—Es Ciara.

—¿Ciara? ¿Estás hablando de la mejor amiga de Elisa?

—¿A cuántas Ciaras conocemos los dos para que podamos hablar de ellas? ¿En serio? Pues claro que es la amiga de tu chica y está en la planta baja, ha entrado en la oficina del banco —le informé.

—Qué raro, le pilla muy lejos de su zona. Aparte de que es lunes y a esta hora…

—¿No sabrás por casualidad los datos de la empresa en la que trabaja? —le pregunté, interrumpiéndolo.

—Oh, joder, espera. Elisa me lo dijo la primera vez que me habló de Ciara, me lo comentó de pasada, pero…

Se quedó en silencio mientras intentaba recordar, yo aproveché para poner toda mi atención en la grabación en directo. Fruncí el ceño porque fue justo cuando Ciara se movió, quedándose de cara al enfoque de la cámara. Se giró y se tapó la boca, sorprendida. Fue evidente, incluso diría que se quedó paralizada.

Miré al hombre mayor que estaba frente a ella, pero no pude ver su reacción, como tampoco la expresión que tenía para poder hacerme una idea de lo que estaba ocurriendo. En la cámara de grabación que se encontraba más próxima a ellos él quedaba de espaldas. La única cámara que los pillaba de lado quedaba muy alejada y al ampliar el enfoque se distorsionaba.

No me quedó más remedio que centrarme en Ciara para sacar una conclusión de lo que estaba ocurriendo entre ellos.

Fruncí el ceño al ver llorar a Ciara, pero pronto me di cuenta de que era un reencuentro porque el hombre estiró un brazo para ofrecerle una mano y ella no dudó en aceptarla. Se abrazaron sin que Ciara dejara de llorar, por lo que él intentó consolarla frotándole la espalda. Su desconsuelo me alteró y eso que la observaba a través de una puñetera pantalla.

Después de eso, cuando se separaron, comenzaron a hablar e intercambiaron sonrisas, con miradas y gestos llenos de sentimientos.

—Ah, ya me acuerdo —escuché la voz de Ángel.

Bajé la mirada al móvil, el que sin darme cuenta había dejado sobre el escritorio. Lo cogí para llevármelo a la oreja, para retomar la conversación con mi amigo. Me había olvidado completamente de él mientras Ángel pensaba en la información que le había preguntado.

—Dime —le pedí.

Me dijo los datos de la empresa en la que trabajaba Ciara y centré la vista en la pantalla de trabajo. En la barra del buscador introduje el nombre fiscal que me dijo, aunque no hubiera hecho falta. Al escucharlo supe al instante de qué empresa se trataba y que era cliente nuestra desde hacía muchísimos años.

Golpeé la mesa con los dedos, pensativo.

—¿Qué? —me preguntó Ángel— No me digas que Ciara es clienta tuya —habló con humor.

—Ella no, pero la empresa en la que trabaja sí.

—Ah. Entonces ya tiene lógica que esté ahí, habrá ido a hacer unas gestiones. ¿Y Ciara no te sonaba de nada cuando la conociste en el restaurante?

—¿En serio? ¿Cómo se te pasa por la cabeza que pueda quedarme con todas las caras de las personas que entran en la oficina? —Negué, apoyando la espalda en la silla y volviendo a mirar las imágenes de las cámaras—. Cada vez que me fijo en lo que están grabando las cámaras es para controlar que todo va bien, no me paro en los detalles sin importancia. Las únicas veces que me entretengo en controlar quien entra y sale es cuando espero una visita.

—Ya… He preguntado sin pensar —se rio—. Sería una completa locura.

Cuando vi que Ciara se frotaba el pecho con una mano, para después limpiarse la cara con un pañuelo, descolgué el teléfono fijo.

—Entonces… —comenzó a decirme Ángel.

—Un momento —le pedí, mientras esperaba que descolgara la persona a la que estaba llamando. Cuando lo hizo me dirigí a él—. Javier, quiero que vayas a por una mujer que está haciendo cola en la oficina y que la traigas a mi despacho.

»Se llama Ciara y va vestida con un pantalón de color camel. Se encuentra a la altura de la cuarta cámara y está hablando con un hombre mayor. Pídele que te acompañe, pero no le des detalles. No quiero que sepa

nada, hasta que no me vea. Yo me encargo, la conozco, así que haz lo que sea necesario para traerla.

—De acuerdo, Adam. Voy a por ella.

—Estupendo. Gracias. —Colgué el teléfono del trabajo y le hablé a Ángel por mi móvil—. Ya está.

—Ciara ha encontrado un chollo sin saberlo todavía, porque imagino la cola que hay, ¿no? —comentó divertido.

—Como siempre. Imaginas bien —le confirmé, observando de nuevo la pantalla de las grabaciones de las cámaras.

Ciara continuaba hablando con el hombre mayor y en algún momento se tocó el pelo, como si le estuviera haciendo un comentario sobre su melena. Los vi reír a carcajadas, momento en el que llamaron la atención de los de su alrededor.

Sonreí de medio lado cuando Javier acertó a la primera con Ciara y se puso a hablar con ella. Después de una breve conversación lo siguieron, sí, no venía sola, se traía con ella al hombre mayor. Mejor, pensé, al verlos interactuar me habían creado curiosidad y no entendía el motivo, pero quería enterarme qué eran el uno para el otro.

—La familia de Ciara…

—Que yo sepa está sola aquí, únicamente tiene a Elisa y al resto de sus amigos —me contó Ángel, interrumpiéndome.

—Entonces que sea un familiar está descartado —comenté pensativo.

—¿De qué hablas?

—De Ciara y del hombre mayor que le he mencionado a Javier. Se han encontrado haciendo la cola y por cómo han reaccionado al verse está claro que hay una historia entre ellos.

—Ah. Pues sí, lo de la familia no es una opción. ¿Y ese interés?

—¿Qué interés?

—Vamos, Adam —se rio—. Conmigo no cuela que te hagas de repente el despistado, o el que no se entera —continuó riendo—. ¿Te gusta Ciara?

—Mi interés por ella no va más a allá de querer ayudarla porque la conozco. ¿Para qué va a esperar para que la atiendan, vete a saber cuánto tiempo, cuando yo puedo hacerlo ya? Voy a hacer exactamente lo mismo que haría por ti, por Raúl o por Elisa. Se supone que ahora Ciara también forma parte de mi grupo de amigos y voy a facilitarle lo que ha venido a hacer.

—Amiga —repitió.

—Eso he dicho. ¿Acaso no lo es? Nos la presentaste a Raúl y a mí con ese propósito, para que nos conociéramos y nos acercáramos todos. Es la mejor amiga de Elisa y volvemos a quedar en grupo, digo yo. ¿No?

—Eh, sí. Claro —noté la diversión en su voz, pero fue inteligente porque no dijo nada más al respecto.

—Te dejo. Javier no tardará en picar a mi puerta y quiero estar centrado en Ciara, al igual que en el hombre con el que llegará a mi despacho.

—De acuerdo, tío. Gracias por ayudarla, no hay un amigo más detallista que tú.

—No tientes a tu suerte, hermano —le advertí—. Ahora que te vas te aviso de que lo de amigo con respecto a ella quedará en un segundo plano. Adiós.

Colgué la llamada escuchando sus risas, motivo por el cual sacudí la cabeza, mientras me guardaba el móvil en el bolsillo de la chaqueta del traje.

En cuanto mi empleado Javier golpeó la puerta de mi despacho le di paso. Él no tardó en abrir, dejándose ver junto a Ciara y el hombre. Ella agrandó los ojos sorprendida al encontrarme sentado al otro lado del escritorio.

—¿Adam? —dijo mi nombre casi en un susurro, sin creerse que fuera yo a quien estaba viendo.

Asentí como respuesta.

—Ciara, ¿estás bien? —le preguntó el hombre mayor.

—Eh, sí, claro —le contestó ella, carraspeando.

—Por favor, pasad —les ofreció Javier—. El señor Vera los atenderá —me mencionó por el apellido.

En el momento en el que me levanté despacio de la silla, ella y el hombre entraron en el despacho. Le hice un gesto de agradecimiento a Javier, antes de que se fuera cerrando la puerta.

Rodeé la mesa para saludar a Ciara de una forma más cercana, menos formal, al mismo tiempo que tenía la intención de que me presentara al hombre.

Capítulo 16

Ciara

—Hola —saludé a Adam, al recomponerme de la sorpresa.

Levanté la cabeza sonriéndole, cuando se paró frente a mí.

—No sabía que trabajabas aquí —continué hablando.

—Durante la cena en la que nos conocimos no salió el tema de nuestros trabajos, ni a lo que nos dedicábamos profesionalmente —me dijo—. Yo también me he sorprendido al verte en la oficina, lo que tampoco es que sea raro ya que estamos en un banco, pero…

—Lo sé.

A pesar de toda la ropa que llevaba puesta, sentí un ligero cosquilleo donde su mano hizo contacto con mi cintura, mano que me sujetó con firmeza transmitiéndome su calor, mientras se inclinaba hacia mí para buscar mis mejillas.

Le correspondí a los dos besos que me dio, acalorada de repente porque tuve la sensación de que ambos retrasábamos más de la cuenta el momento de apartarnos, mientras que Adam hacía pequeños círculos con el pulgar en mi cintura. Si intentó que me relajara consiguió todo lo contrario.

No me soltó y su cercanía era… Olía de maravilla y todas las sensaciones que tuve durante la cena que compartimos regresaron con más fuerza.

Cuando separó la cabeza y nuestros ojos se encontraron, a tan corta distancia, la forma en la que me observó terminó por dejarme totalmente fuera de juego, nerviosa y acelerada. No quise darle importancia porque Adam era un hombre intenso, en todas sus formas, o al menos eso me parecía con lo poco que lo conocía y por el tiempo que habíamos compartido.

Era su manera de ser, por lo que yo no tenía nada que ver con la intensidad que desprendía y lo que sus ojos me trasmitían.

—Hola —dijo Adam.

Pude reaccionar al escucharlo, cuando se dirigió a Arturo.

—Hola —le correspondió él—. Gracias por atenderme también. Mi nombre es Arturo.

—Yo me llamo Adam y es un placer. Sentaros, por favor —habló rodeando el escritorio para ocupar su silla.

Hicimos lo que nos pidió, quedándonos sentados frente a él. Mientras colocaba el maletín en el suelo, apoyado cerca de mis pies, noté el interés de Adam por Arturo, por lo que hice una pequeña presentación para sacarlo de dudas.

—Es un buen amigo, una persona increíble que me ofreció muchísima ayuda cuando más la necesitaba —tragué saliva. Capté otra vez la atención de Adam, por completo—. Jamás podría olvidarme de él y lo que representó para mí conocer a Arturo hace seis años —giré la cabeza hacia él y su sonrisa se reflejó en mis labios. Le agarré una mano e hice un poco de presión—. Hoy nos hemos visto después de mucho tiempo, cuando pensaba que no volvería a suceder.

—Yo me siento igual. Ciara…

—No digas nada más que no quiero ponerme a llorar otra vez —le pedí riendo a Arturo.

Asintió sonriéndome con cariño.

—Pues me alegro de que haber contribuido para que se dé vuestro reencuentro—comentó Adam y lo miré sin entenderlo. Me lo aclaró al instante, por lo que volví a sorprenderme—. Soy el dueño de este banco, de cada una de las sucursales y de este edificio. De todo el conjunto.

—El dueño… —repetí en un susurro.

—Sí —me confirmó serio.

—Pensé que eras un trabajador o…

—También lo soy —sonrió de medio lado.

En la puerta no había ninguna placa que identificara a la persona que trabajaba en este despacho, ni el cargo que ocupaba dentro del banco, por lo que no pude anticiparme a nada.

Mientras seguía al trabajador que nos trajo hasta aquí, pensé que nos atendería él mismo, o tal vez algún otro compañero, no la persona más importante del banco. Saber la verdad no tenía que afectarme porque lo que fuese Adam o no, a mí no debía importarme.

Era su vida, la de uno de los mejores amigos de Ángel, la pareja de mi mejor amiga Elisa, y esperaba que nosotros, Adam y yo, también tuviéramos una buena amistad por lo que nos unía. Sería el escenario perfecto, pero la realidad era que el hombre que estaba sentado frente a mí, al otro lado de su escritorio, tenía algo que me alteraba de una forma que no quería averiguar. Fue así desde que lo vi.

Debido a eso, o a algo que se escapaba de mi comprensión, me impresionó mucho saber que él era el propietario del banco y no solo eso, sino también lo que esa información implicaba.

Los ojos se me fueron hacia las pantallas de ordenador que Adam tenía sobre su escritorio. Más concretamente a una de ellas. No fue porque buscara nada, sino porque hice una pasada visual rápida por los nervios, en un intento de esquivar lo que me hacía sentir la mirada fija de Adam. Desviar la atención de él me llevó a encontrar el motivo por el que supo que yo estaba en la oficina del banco, en la planta baja.

Que el trabajador del banco viniera a por mí a la cola y supiera mi nombre no fue cosa de mi amigo y compañero Abel, sino que se debió a que seguía las órdenes de Adam. La pantalla de ordenador en la que me fijé se partía en varios cuadrados, desde los que se veían imágenes en movimiento. Eran de cámaras de seguridad, desde las que se enfocaban las zonas más importantes a las que todas las personas tenían acceso.

—Sí. Te he localizado por ahí —me confirmó con palabras y no me quedó más remedio que volver a mirarlo—. ¿En qué puedo ayudarte? —se dirigió a Arturo.

Él le comentó lo que lo había traído hasta el banco y después de que Adam le pidiera sus datos para acceder al programa del ordenador, este solo tardó unos minutos en volver a hablarle a Arturo, para decirle que ya había hecho lo que necesitaba.

—Muchas gracias, Adam. —Asintió sonriéndole.

—No hay de qué. —Le correspondió con otro asentimiento.

—Ciara, yo me voy ya —me dijo Arturo y me giré hacia él. Se había levantado—. Te dejo tranquila con tu amigo —dio por hecho, al referirse a Adam—, a no ser que quieras que te espere abajo para irnos juntos.

—Me encantaría lo último, pero yo tardaré bastante más que tú. Tengo que hacer varias gestiones para mi empresa. —Hice una mueca—. ¿Podemos intercambiar los números de teléfono? Me gustaría… yo…

—Por supuesto. No iba a despedirme de ti sin saber cómo encontrarte de nuevo.

—Quiero…

—Claro que volveremos a vernos —terminó por mí y le sonreí.

—Nada me gustaría más que quedar contigo y con Carmen, para tomar un café o para dar un paseo. Me da igual para lo que sea. A ella también tengo muchas ganas de verla y ahora que te he encontrado no me gustaría perder el contacto.

—Cuenta con ello. Con todo. —Me apretó un hombro.

Me levanté para despedirme con un abrazo, el que fue muy sentido.

—Gracias —le susurré.

—Sabes que no tienes que dármelas —me sonrió cuando nos separamos—. Cuidar de ti en el pasado, de la forma en la que pude, nos ha traído hasta este momento. —Tragué saliva y asentí—. Voy a aprovechar para hacer otros recados ya que salgo mucho antes de lo que me esperaba, al librarme de la cola. —Me hizo un guiño—. En esta ocasión me has ayudado tú.

—No es nada comparado con lo que hiciste tú por mí. —Negué con la cabeza.

Volví a abrazarlo y cerré los ojos, con un nudo en la garganta.

—No me gusta hablar de mi vida, pero si quieres que…

—No —me interrumpió—. No tienes que contarme nada, Ciara —me acarició la espalda—. Acabas de decirlo, es tu vida, por lo tanto, tu privacidad. Si en algún momento te apetece compartir una parte de ella conmigo, por poco que sea, estaré dispuesto a escucharte y a aconsejarte, si es que necesitas lo último.

»Pero no quiero que te veas forzada a hablarme de tu pasado, ni por compromiso ni porque te sientas en deuda conmigo. En absoluto debes tener esa sensación, tenlo claro. Hoy he obtenido mi recompensa, me has hecho muy feliz y no te imaginas cómo me siento al ver que la chica solitaria y triste a la que me acerqué en aquel autocar que compartimos, al final consiguió reinventarse y encontrar las fuerzas para dirigir su vida por un camino totalmente diferente, uno muy prometedor.

»Es evidente que tu pasado todavía pesa demasiado para ti y que te hace daño, pero mírate, solo hay que ver en la mujer tan increíble en la que te has convertido.

Me moví un poco hacia la puerta, para quedar más hacia ella. Necesité ocultarme un poco de la vista de Adam, no quería que me viera emocionada y retirándome las lágrimas que resbalaban libremente por mis mejillas.

No me sentía cómoda mostrando mis emociones al no poder controlarlas, pero daba igual porque no conseguí ocultarle a Adam mis reacciones y mis gestos. Todo fue muy evidente para él, estábamos en su despacho, frente a su escritorio, así que…

Lo miré de reojo, para encontrarme con su expresión seria fija en mí.

—Dime tu número de teléfono —me pidió Arturo y solté un suspiro entrecortado, antes de dárselo.

Lo grabó en su móvil y me hizo una llamada perdida, para que yo tuviera el suyo.

—Ya está —me dijo y le sonreí—. A partir de ahora ya no seremos solo un recuerdo el uno para el otro.

—Arturo… —susurré.

Como no dejara de decirme ese tipo de cosas, con tanto sentimiento, volvería a ponerme llorar y quizás no podría parar tan fácilmente.

—Me callo —habló riendo al entenderme.

Le sonreí asintiendo y nos dimos un último abrazo, antes de que él caminara hacia la puerta.

—Espera —le pedí, haciéndolo parar.

—¿Sí? —Se giró hacia mí.

—Te debo el dinero que…

—¿En serio? —Elevó las cejas—. Ciara, ni se te ocurra intentarlo si quiera. No hay tema de conversación porque no voy a aceptar que me devuelvas ni un céntimo. Ese dinero del que hablas te lo di con todo mi corazón porque sabía perfectamente que no me dijiste la verdad cuando nos conocimos.

»No tenías dinero, estabas sola y perdida, por esos motivos y por otros que pensé y me reservo, te di una parte del efectivo que llevaba encima, para

que no te vieras sin nada recién llegada a esta ciudad. Tenía que hacerlo. —Se llevó una mano al pecho—. Y tengo delante de mí la recompensa. —Me hizo un guiño—. Nos veremos pronto, Ciara.

Moví la cabeza afirmándoselo, mientras le susurraba un gracias. Arturo me sonrió con cariño, antes de abrir la puerta e irse. Yo me quedé mirando el vacío que dejó, sin atreverme a girarme hacia Adam. Había escuchado y visto demasiado, por la forma tan natural en la que se había dado toda la situación con Arturo.

Capítulo 17

Después de limpiarme los restos de humedad de las lágrimas y de coger una bocanada de aire, me atreví a girarme para ponerme frente a Adam, pero me sobresalté soltando un pequeño grito al encontrármelo demasiado cerca. No escuché ninguno de sus movimientos, los que lo llevaron a levantarse de su silla y a rodear el escritorio, para ponerse a mi espalda.

Levanté la cabeza para poder mirarlo a la cara.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó serio.

Noté un calor repentino e intenso en las mejillas, mientras sus ojos no se apartaban de los míos.

—Eh, sí —le confirmé.

—¿Segura?

—Solo me he emocionado —suspiré—. Gracias por preocuparte.

Se quedó mirándome en silencio, con las manos en los bolsillos del pantalón del traje, y así continuó durante no sé por cuánto tiempo más en el que ninguno de los dos hizo el intento de hablar. Cuando sus ojos se apartaron de los míos fue para recorrer mi cara con ellos. Enseguida noté como se me aceleraban las pulsaciones, lo que empeoró cuando su mirada se quedó fija en mis labios.

Contuve la respiración al sentir sus dedos rozarme la mejilla. Al principio fue muy ligero, hasta que comenzó a acariciármela.

—Todavía la tenías mojada —me informó en tono bajo.

—Gracias —susurré.

El silencio nos envolvió de nuevo y me pregunté qué estaría pasando por su cabeza. Sus dedos seguían acariciándome la cara, cuando ya no debía haber rastro de lágrimas que retirar o secar. Sus ojos miraban a los míos tan penetrantemente que yo hacía un gran esfuerzo por no estremecerme. Su olor se había intensificado porque estaba más cerca.

Me sentía tan desbordada que ni siquiera me había dado cuenta en qué momento Adam había acortado la distancia entre nosotros, obligándome a levantar más la cabeza para no perder el contacto visual con él. Que no me afectara todo lo que tenía que ver con este hombre era muy difícil, imposible, y fui mucho más consciente de ello justo en este momento.

—Creo que tendría que haberle agradecido a Arturo muchas cosas, antes de que se fuera.

—¿Cómo? —Fruncí ligeramente el ceño.

—Por toda la ayuda que te ofreció desinteresadamente cuando lo conociste. —Carraspeó.

—Yo… —Me ruboricé más.

—Lo correcto sería decir que lamento haberme metido en algo tan privado vuestro, haber estado presente, pero no lo siento.

Me dejó sin palabras, no solo por lo que acababa de decir, sino porque cuando quise hablar me colocó un dedo sobre los labios. De esa forma me pidió silencio, pero lo que Adam no sabía era que yo no podía hablar en este instante, por mucho que lo intentara. Necesitaba unos segundos más.

—Fácilmente podría haberos dejado mi despacho para que siguierais con vuestro reencuentro, pero egoístamente he querido quedarme, para enterarme de una pequeña parte de tu vida. Sé que suena raro y que seguramente se te estarán pasando muchas cosas por la cabeza, buscando con qué propósito lo he hecho.

»Lo más lógico por mi parte hubiera sido preguntarte directamente, para que tú eligieras si comenzar a contarme parte de tu vida, pero esa opción me habría llevado a arriesgarme a que no quisieras. Con lo poco que te conozco algo me dice que tu elección habría sido esta última. Tú misma has dicho hace unos minutos que no te gusta hablar de tu vida.

»Te he visto tan afectada con Arturo desde que te he localizado en la cola de la oficina, y después de lo que he escuchado… ¿Me lo contarás bien algún día, Ciara?

—Solo… solo hay dos personas que conocen toda mi vida, pasado y presente. Elisa y Abel. Ella ya sabes que es mi mejor amiga. —Asintió—. Él es un pilar fundamental para mí. Lo normal es que las relaciones como la nuestra se creen y crezcan desde la infancia, o con muchos años de relación, pero Abel y yo nos conocemos desde hace tan solo unos cuantos, lo que no impidió que conectáramos de una forma muy especial. En poco tiempo nos volvimos inseparables.

—¿Cuánto hace exactamente?

—¿Importa? —Fruncí ligeramente el ceño.

—Según se mire.

Eso hacía él, observarme fijamente, y continuó haciéndolo al parar de acariciarme la mejilla. Dejó caer la mano, por lo que al instante lamenté perder su contacto y lo que me hacía sentir. Pero no podía cogerle la mano que ahora volvía a tener metida en el bolsillo del pantalón, como la otra. Levantársela y dirigirla hacia mí como quería estaba descartado, porque no me atreví y porque todavía estaba descolocada con la conversación que estábamos teniendo.

—Yo… mmm… Conocí a Abel al poco de llegar a esta ciudad —dije al fin.

—¿Y en ningún momento hubo entre vosotros algo más, aparte de la amistad? —me preguntó directamente.

—No —le contesté rápido y extrañada, con el ceño ligeramente fruncido —. No sé explicar la conexión que tuvimos desde el inicio, pero encajamos a la perfección. Él consiguió llegar hasta mí, que no era fácil, por eso conoce mis

sentimientos, emociones y experiencias, sobre todo las negativas. —Bajé la mirada hacia el suelo, o más bien a sus piernas porque la distancia que había entre nosotros no me permitía otra cosa—. Abel y Elisa son mi única familia y no lo son de sangre —susurré.

—Déjame cambiar lo que has dicho —me pidió.

Levanté la cabeza para buscar su mirada, de nuevo sorprendida.

—¿Qué… qué quieres decir?

—Has dicho que solo ellos dos te conocen realmente, con tu pasado y tu presente, y seguramente también saben cuáles son tus aspiraciones para el futuro.

—Sí —le confirmé.

—Pues a eso me refiero, a que me dejes cambiar lo de que únicamente son ellos los que te conocen. Me gustaría que me incluyeras, quiero formar parte de ese grupo reducido, aunque sea poco a poco.

—¿Por qué? —Me mordí el labio inferior.

—Porque me interesas. Por ahora es la única respuesta que puedo darte.

Para ser la única me dejó sin palabras. ¿Qué le interesaba? ¿Yo? ¿En qué sentido? ¿Desde cuándo? Lo que pensé me cabreó.

—Si por lo que has escuchado entre Arturo y yo has sentido pena por mí… —dije apretando los puños a los lados de mi cuerpo.

—Precisamente pena no es el sentimiento que he sentido, Ciara. —Ladeó un poco la cabeza.

—Eh… ¿No?

—No —me confirmó serio.

—Ah. —Desvié la mirada, al notar calor en las mejillas.

—Me encantaría escuchar algún día tu historia con Arturo, pero, sobre todo, lo que te llevó a conocerlo.

—Fue en un viaje.

—Ya. Por lo que he escuchado, en un autocar. —Asentí—. Pero no me refería a ese detalle, sino a lo que te llevó a hacer ese viaje en las condiciones en las que estabas.

Evitó mencionar lo de triste, sola y sin dinero, como había escuchado de Arturo. Lo agradecí interiormente porque no estaba preparada para enfrentarme a según qué cosas, y menos hoy que no tenía el día, después de cómo me había despertado por partida doble.

En la frente de Adam se le marcaron levemente unas pequeñas arrugas, las que no eran la primera vez que le veía. Durante la cena en el restaurante, la noche en la que nos conocimos, fue algo que hizo en varias ocasiones.

—Somos amigos, quiero decir… algún día lo seremos más porque hoy es la segunda vez que nos vemos —le sonreí, pero él no varió la expresión—. Coincidiremos a menudo para conocernos, tenemos en común a Ángel y a Elisa, así que podemos…

—No quiero que los incluyas a ellos en esto —me interrumpió.

—¿Cómo? —susurré.

—Estamos hablando de nosotros, más allá de ti y de mí dentro de este despacho, todo está fuera de lugar.

—Pero…

—Cuando te he dicho que me incluyas en tu vida, que me des la oportunidad de conocerte como lo hacen Abel y Elisa, no me refería a que nuestra relación fuese avanzando al ir viéndonos cada vez que quedemos en grupo. —Arqueó una ceja.

—Ah. Yo…

—Ponte cómoda y dime qué te ha traído hasta aquí —me pidió alejándose de mí.

Rodeó la mesa y ocupó su silla, sin apartar la vista de mí. Yo también me senté, manteniéndole la mirada.

—Cuando terminemos te invito a desayunar —me propuso, sorprendiéndome.

—Ya me he tomado un café y un dónut.

—Pero para otro café siempre hay hueco, ¿no? —Comenzó a dar pequeños golpes con los dedos en la mesa.

—Sí, claro —le sonreí—. No quiero rechazar tu invitación, es solo que tengo que regresar al trabajo cuando acabe aquí. He venido en autobús desde la empresa y…

—Tampoco creo que sea un problema. ¿Quién va a saber que tu retraso se debe a que te has tomado un tiempo para ti? Si yo no estuviera aquí, todavía estarías haciendo la cola para que te atendieran.

—Eso es verdad —suspiré.

—Te aseguro que, si descuelgo el teléfono para informarle a tu jefe de tu retraso porque estás conmigo, terminará diciéndome que es totalmente justificado, que no te preocupes por llegar a la empresa a la hora que sea. Como si no vas en todo el día.

—¿Conoces a mi jefe? —le pregunté sorprendida.

—Personalmente no, pero sé que ha preguntado por mí en varias ocasiones. De todas formas, mi nombre me abre muchas puertas —sonrió de medio lado.

—Claro, porque eres el dueño y señor del banco más importante de la ciudad, como poco y, para empezar. —Sacudí la cabeza.

—¿Dueño y señor? —repitió con una pizca de diversión— Pues aparte de serlo, también tengo otros negocios. Con respecto al banco, me he ganado cada

uno de los beneficios de los que disfruto —comentó serio, mientras apoyaba los brazos en la mesa—. Te aseguro que nadie me ha regalado nada, así como tampoco ha sido fácil el camino que he recorrido hasta llegar a tener mi posición, la que conseguí hace bastantes años.

—Imagino que algo tan grande se logra con muchísimo esfuerzo y dolores de cabeza continuos.

—Correcto. Así que, sí, puedo decir que la gran mayoría de los empresarios, por no decir todos, siempre estarán encantados de recibir una llamada mía y se mostrarán de acuerdo con lo que les diga, solo para ganarse mi favor.

—¿Y no te da rabia, ni te aburre? —Fruncí el ceño—. Me parece muy triste que no puedas tener una conversación sincera con las personas de tu día a día, sabiendo que solo te sonríen y te dan la razón por tu poder y por lo que eres capaz de hacer y conseguir.

—Eso puede doler, ¿eh? —Ladeó la cabeza, con una pequeña sonrisa.

La curva de sus labios fue muy sutil y tan solo duró unos segundos, pero igualmente la distinguí.

—Yo no pretendía… —Las mejillas me ardieron— No quería ofenderte, ni molestarte, Adam.

—¿Quién dice que lo has hecho? —Se frotó la barbilla—. He dicho que puede doler, no que a mí me haya dolido. No me afecta nada referente a ese tema y si sucediera es porque las verdades tienen ese efecto. —Se echó hacia atrás en la silla, para apoyar la espalda en ella.

—Lo sé, pero no ha estado bien que yo…

—Ciara, está bien —me cortó—. Si queremos comenzar una amistad más cercana no tienes que disculparte por decirme las cosas como te nazcan. En mi pequeño círculo privado quiero a personas auténticas, reales, porque una de las cualidades indispensables para mí es la sinceridad. Así que no te disculpes nunca por ser tú misma y por decirme lo que piensas.

—Vale —susurré.

—Mi vida se resume en confiar únicamente en las personas que quiero, las cercanas, como mi familia y mis amigos íntimos. Todo lo demás son obligaciones, trabajo y cordialidad. No me preocupa la falsedad de las personas con las que trato en mi día a día, porque yo les correspondo de la misma manera. —Hizo una pausa—. Aunque dentro de este mundo puedo decir que con los años he hecho algunos buenos amigos en los que confío.

—Eso está muy bien. —Comencé a toquetear el bolso, nerviosa.

Lo tenía apoyado en las piernas. Era lo único fuera de lugar porque continuaba con el abrigo puesto, abierto, y la bufanda colgando por cada lado.

—Dime qué te ha traído al banco —me pidió.

—Sí, claro —sonreí en tensión.

Me agaché para coger el maletín, el que abrí para mirar cuál de las dos carpetas tenía que sacar. Empecé por la de los proveedores, que era lo que más urgía. No podía pasar de hoy para hacer las transacciones.

—No suelo hacer estas gestiones, es Abel el que se encarga, pero hoy tiene el día muy liado y esto no puede esperar a mañana —le informé, deslizando la carpeta hacia él.

Adam asintió antes de abrirla. Después de una pasada rápida visual, se puso a trabajar. Abel me había dejado escrito todo lo que tenía que hacer, al detalle, por lo que Adam no tuvo que preguntarme.

No tardó más de quince minutos en terminar con las gestiones de los proveedores extranjeros.

—Hecho —me dijo, devolviéndome la carpeta.

—Gracias —le sonreí.

—¿Algo más?

—Sí —guardé la carpeta en el maletín y saqué la otra—. Necesito que me hagas una simulación de préstamo.

—¿Para ti?

—No, para la empresa.

Dirigió la mirada a la segunda carpeta y tiró de ella, cuando se la acerqué.

—Interesante —comentó.

Moví los labios para preguntarle porque le resultaba interesante que una empresa quisiera solicitar un préstamo. No era el caso porque el dueño de la mía no sabía que iba a pedir la información, pero igualmente era algo muy común en los negocios. Al menos eso creía.

Tal y como abrí la boca, la cerré, quedándome callada. Dejé mi pregunta para cuando Adam terminara de leer toda la información que Abel había metido en la carpeta. Estaba muy concentrado pasando las hojas, mirándolas por ambos lados.

A pesar de que ya era muy atractivo y cautivaba sin la necesidad de hacer nada, en este instante me pareció mucho más de todo.

Capítulo 18

—Ahora que lo tienes todo, ha llegado el momento de desconectar un rato del trabajo. ¿No te parece? —me preguntó Adam.

—Sí, claro —dije aceptando.

—Estupendo.

Bloqueó la pantalla del ordenador y se levantó de su silla. Fue hacia un armario, del que cogió su abrigo, mientras que yo guardaba en el maletín la última carpeta que me había dado. Ya habíamos terminado con todo lo que había venido a hacer. Me llevaba la simulación del préstamo y los pagos a los proveedores extranjeros hacía tiempo que quedaron pagados. Tenía los justificantes y toda la documentación de todo.

Me levanté cuando Adam caminaba hacia mí, tan perfecto como siempre. El abrigo le quedaba genial, aunque ¿qué puñetera ropa no le quedaba bien a este hombre?

Me puse el abrigo que me quité al sentir un poco de agobio, mientras Adam trabajaba en lo del préstamo. Me lo abroché y le di varias vueltas a la bufanda, para colgarme a los hombros después, el bolso y el maletín.

—Dame —dijo quitándome el último, para llevarlo él.

—Gracias.

—No hay de qué. —Me señaló la puerta con la cabeza.

Salimos de su despacho y una vez que cerró con llave, nos dirigimos en silencio hacia el ascensor, en el que no tardamos en estar montados y bajando. Con Adam a mi izquierda, aproveché para escribirle un mensaje a Abel, para que no se preocupara.

Saqué el móvil del bolso y sonreí al ver la llamada perdida de Arturo. Pero esta no era la única, mi amigo se me había adelantado porque me había llamado y enviado un mensaje de texto, ambas cosas hacía unos quince minutos.

Lo primero que hice fue guardar el número de teléfono de Arturo, lo siguiente fue leer el mensaje.

Abel: *¿Cómo lo llevas? ¿Hay mucha gente? Yo estoy con el móvil debajo de la mesa, escondiéndolo para escribirte, mientras hago ver que estoy concentrado siguiendo el hilo de la reunión. Estoy ya hasta las narices.*

Sonreí mientras le respondía.

Ciara: *Tenía el móvil en el bolso y no me he enterado. He terminado justo ahora mismo, ya está hecho todo lo que me has pedido. Me he encontrado con dos grandes sorpresas en el banco, ya te las contaré con calma. Ambas son buenas, no te preocupes. Voy a salir ya, pero no sé a qué hora llegaré porque ahora voy a tomarme un café con el dueño del banco.*

Fruncí los labios al escribir lo último, sabiendo cómo iba a reaccionar mi amigo. Y así fue como me envió un mensaje al instante, como si hubiera estado esperando a que le contestara.

Abel: *¿Cómo que vas a tomarte un café con el dueño del banco? ¿Qué me he perdido, Ciara?*

Ciara: *Ja, ja, ja… es parte de una de las sorpresas. Vas a tener que esperar, voy acompañada y no puedo hablar. Cuando esté en el autobús te escribo para decirte que voy de camino y si puedes hablar, te llamo.*

Abel: *Joder, vale. ¡Qué remedio!*

Sonriendo, me guardé le teléfono en el bolsillo del abrigo. En todo momento había tenido muy presente la presencia de Adam, su cercanía. A pesar de que no había nadie más en el ascensor, estábamos demasiado juntos. La ropa de nuestros brazos se rozaba, pero por suerte él tenía la mano en el bolsillo y yo la mía rodeando la correa del maletín.

No había notado su mirada, pero sentía una sensación extraña porque era como si Adam estuviera muy atento a todo lo que yo hacía. Sentirlo y creerlo me ponía muy nerviosa. A su favor diré que desde que nos montamos en el ascensor y las puertas se cerraron, Adam no había apartado la vista de ellas.

Cuando se abrieron me ofreció que saliera primero y lo hice. Enseguida se puso a caminar a mi lado y comenzó a saludar a los trabajadores con los que nos cruzamos, como también a algunos clientes que conocía.

—Al final de la calle hay una buena cafetería a la que voy entre semana, pero si prefieres ir a otro sitio… —me comentó cuando salimos del edificio.

—Está bien esa cafetería —le confirmé.

—De acuerdo. —Asintió.

Lo seguí y agradecí que caminara despacio porque una zancada suya eran dos mías.

—¿Sueles venir por esta parte de la ciudad? —me preguntó.

—No la conozco mucho. Está bastante lejos de donde vivo, de la zona por la que me muevo —Miré hacia la otra acera.

—Estamos en la más céntrica de la ciudad —dijo mirándome de reojo.

—Hay otras que están igual de bien y en las que encuentras de todo, sin que haya tanta gente. —Me encogí de hombros.

—No te gustan las aglomeraciones —no fue una pregunta.

—No, intento evitarlas —le confirmé, con un pequeño suspiro.

—Tampoco te gusta la noche.

Esta vez la que lo miré de reojo fui yo. Pensaba que ya no se acordaría de lo que dije en la cena en la que nos conocimos, lo de que no salía por las noches. Aunque no mencioné el porqué, él había sacado su conclusión.

Mi silencio le dio la respuesta que era evidente para él. Tal y como me dijo, al final de la calle nos encontramos con una cafetería, era grande y tenía una gran terraza, pero pasamos de largo de ella para entrar en el local, para estar resguardados del frío. Nos dirigimos hacia la mesa libre que había al lado de la cristalera y la ocupamos, sentándonos uno frente al otro.

Después de quitarnos la ropa de abrigo y de que Adam dejara el maletín sobre una silla, y yo el bolso junto a él, una camarera vino a atendernos. Adam le pidió un café con leche descafeinado para mí, como le dije, y uno solo para él. Yo siempre lo tomaba de esa forma y todos los que me conocían lo sabían,

—¿No quieres nada más? —Quiso saber, antes de que la chica se fuera.

—Ahora no tengo hambre, con el café es más que suficiente.

—¿Qué prefieres, un cruasán o una tostada?

—Yo no…

—Trae también un cruasán para ella y para mí la tostada de cada mañana, hoy con jamón.

—Estupendo, Adam —dijo ella, sin perder la oportunidad para dejar claro que sabía su nombre—. Anotado todo —le sonrió.

—No, para mí otra tostada —hablé rápido, antes de que se fuera.

La verdad es que la camarera no tenía mucha prisa por irse, estaba muy entretenida mirando a Adam la mayor parte del tiempo, pero igualmente…

—¿También con jamón? Tienen variedad, puedes elegir entre…

—Me apetece de jamón —lo interrumpí.

Ahora mismo no tenía hambre, pero en cuanto tuviera la comida delante no iba a dejarla. Me la comería como si fuera lo primero del día que me llevaba a

la boca, por eso no quise abusar con el cruasán. Con el dónut que Abel me había traído nada más llegar a la empresa ya había hecho una buena excepción por hoy.

—Entonces dos tostadas con jamón —me habló la camarera.

—Sí, por favor —le sonreí.

—De acuerdo, pues vuelvo enseguida.

—¿No te gustan los cruasanes? —me preguntó con interés Adam, cuando nos quedamos solos.

—Sí, bastante, pero me cuido. Hoy ya me he comido un dónut de buena mañana. —Me encogí de hombros.

—Eso no es nada. Estás más que perfecta, Ciara.

—Gracias —susurré ruborizada.

Me sentía nerviosa por cómo me observaba, tuve que desviar la vista hacia la cristalera porque no podía mantenerle la mirada, por la intensidad que me transmitían sus ojos. Por unos segundos me concentré en observar la calle, en el ir y venir de las personas y de los vehículos.

No, no era más que perfecta como acababa de decir Adam, ni mucho menos me aproximaba a la perfección. Eso estaba muy lejos de definirme, en cambio a él… por eso no entendía el interés que sentía Adam por mí, fuera el fuera. Yo siempre pasaba desapercibida, o al menos lo intentaba porque con Fabián, el compañero que me tocaba las narices en el trabajo no había manera de hacerme invisible para él.

—Aquí tenéis.

La voz de la camarera me sorprendió. Me quedé tan ida mirando la calle que no me había dado cuenta del tiempo que había pasado. Adam me había dado mi espacio, dejándome aislada de todo.

Cuando busqué su mirada la encontré rápido porque ya estaba observándome. ¿Lo había dejado de hacer en algún momento? ¿Cuánto tiempo

llevaba pendiente de mí? No le prestó atención a la camarera, se despidió de ella con un gracias, sin romper el contacto visual conmigo.

—¿Estás bien? ¿Te sientes cómoda?

—Sí —le sonreí—. Perdona, no me he dado cuenta de que me he quedado en…

—No pasa nada —me cortó—. Me gustan los silencios, y más si tengo delante una vista insuperable de la que disfruto.

No supe qué decir ante el halago, porque estaba claro que su comentario iba por mí. Nerviosa, bajé la mirada a la taza de café con leche y me dediqué a echarle el azúcar y a removerlo.

—Mmm… —Reaccioné al dar el primer sorbo.

—Es merecida la fama que tiene esta cafetería —me informó—. Es uno de los mejores lugares de toda la ciudad.

—Lo confirmo. El café es el mejor que me he tomado en mucho tiempo, está muy bueno.

—Por eso vengo aquí cada mañana a desayunar.

—No me extraña, teniéndolo tan cerca…

—¿Cuánto tiempo hace que trabajas en tu empresa? —me preguntó llevándose su taza a los labios.

—Un poco más de cinco años y medio.

—¿Y cómo te va en ella? ¿Todo bien?

—Estoy contenta, me gusta mi trabajo, aunque hemos tenido una muy mala racha que se ha alargado demasiado. Durante meses hemos vivido mucha tensión en la empresa.

—¿Por qué?

—Porque hasta hace poco cada día que llegábamos pensábamos que sería el último.

—¿A qué te refieres? —Frunció el ceño.

—No tenemos ni idea del motivo, pero el dueño cada día despedía a varios compañeros. Así han ido pasando los días, como he dicho, y era un sinvivir porque no sabíamos a quién le tocaría. No sé… —Acaricié el borde de la taza —. Abel ocupa un cargo más importante que yo en la empresa y tiene mucha confianza con nuestro jefe más directo, Enrique, pero ni siquiera este sabe lo que ocurre para tantos despidos.

—¿Hay rumores de que sea por problemas económicos? Lo digo por lo de la simulación del préstamo que te he hecho —comentó pensativo.

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. Lo del préstamo ha sido cosa de Enrique, el dueño de la empresa no sabe nada. —Arqueó una ceja—. Enrique quiere tener lo del préstamo como un as bajo la manga, para presentárselo al dueño si vuelven los despidos masivos.

—Cree que con eso lo frenará si el problema es financiero.

—Supongo —suspiré, haciendo una mueca.

—No lo creo. Es más, ganaría seguro si apostáramos ahora mismo a que los despidos no tienen nada que ver con la liquidez y la solvencia.

—¿Por qué lo dices tan convencido?

—Porque al hacerte la simulación del préstamo he comprobado que tu empresa tiene estabilidad financiera, así que el tema económico queda descartado.

—Pero entonces… No lo entiendo —hablé extrañada.

—¿A cuánta gente ha echado hasta hoy? —Apoyó los codos en la mesa.

—Llegó un momento en el que dejé de contar. —Negué con la cabeza—. Ya era demasiado duro vivir el día a día en el trabajo, como para llevar el control de algo que me ponía nerviosa y triste.

—Hiciste bien. —Tamborileó los dedos en la mesa—. Has dicho que eso sucedía hasta hace poco.

—Sí, desde hace unos días estamos tranquilos. Parece que todo se ha calmado y se nota en el ambiente. Aunque la gente continúa preocupada, poco a poco van relajándose al volver a la normalidad que teníamos con anterioridad a que comenzaran los despidos.

—Imagino que tampoco sabes porque el dueño de tu empresa ha parado de echar a sus trabajadores.

—No.

—Me enteraré de lo que está pasando.

Agrandé los ojos, mientras él echaba la espalda hacia atrás, tan tranquilo.

—No hace falta. —Me incliné sobre la mesa.

—¿Por qué te asusta? No tienes que preocuparte por nada. Puedes y debes estar completamente tranquila porque no se me ocurriría nunca mencionar los nombres que has ido diciéndome. Y por supuesto, tú serás la que más estarás protegida por mí. Esta conversación se queda entre nosotros, pero eso no quita que no vaya a utilizar a mi favor la información que me has dado. Voy a intentar llegar hasta el fondo de lo que está pasando en tu empresa.

—Pero…

—Ciara, déjame a mí. Sé cómo hacerlo y dispongo de los medios. Ya te he dicho antes el efecto que tengo en los hombres de negocios. Si me pongo en contacto con tu jefe sé cómo reaccionará, así que, relájate. Hablo del dueño, no de Enrique.

—Es que ahora está todo muy parado, pero ¿y si lo que hagas resulta que es para peor? Puede removerse todo de nuevo y…

—No seré yo el que provoque más despidos, te lo aseguro. —Elevó las cejas.

—No me refería a eso. No es lo que he querido decir. —Hice una mueca.

—Lo sé. Te he entendido a la primera.

—Vale —solté un suspiro, aliviada.

—Solo voy a informarme, ¿de acuerdo? Llamaré a ese hombre con una excusa creíble, de la que no sospechará nada, y poco a poco lo haré hablar de lo que te interesa, de lo importante. Créeme, sé muy bien cómo hacerlo.

—Está bien —le sonreí—. Gracias por molestarte en…

Me olvidé de hablar e incluso me olvidé de cómo se respiraba, cuando Adam se acercó a la mesa y levantó la mano, pasando el brazo por encima de los platos y de las tazas, para ponerme un dedo sobre los labios.

Me dejó callada de esa manera, con ese simple gesto y roce. El contacto era mínimo, pero lo sentí como si me abrasara la zona de los labios en la que su dedo hacía contacto. Lo noté con una intensidad inesperada y sus ojos… la mirada de Adam, más cerca de la mía, desprendía tanto que me estremecí.

Capítulo 19

Adam

Sin apartar la mirada de la boca de Ciara, retiré muy despacio el dedo, mientras me acercaba a ella lo máximo que podía, con la mesa entre nosotros. La pérdida de contacto duró muy poco, porque modifiqué la postura de la mano para ponerla debajo de su barbilla. Se la agarré con firmeza, empujándosela hacia arriba.

Una vez que tuve su cara como quería, a la altura de la mía, mirándome de frente a muy corta distancia, sin soltarle la barbilla, con los dedos que tenía extendidos por la parte de abajo, enfocados hacia su cuello, comencé a acariciarle el inicio de este. El pulgar lo coloqué sobre su labio inferior, el que le froté con suavidad, recorriéndolo entero, sin poder apartar la vista de lo que hacía.

Los labios de Ciara eran llenos, carnosos, y de uno tono rosado natural precioso. Tenía una boca de pecado, sensual y deseable, y ella no era consciente de ello.

Desde el momento en el que la callé, tocándola, se quedó paralizada. Todavía continuaba igual, en tensión, pero su expresión y sus labios entreabiertos me decían claramente que, aunque se sintiese apurada, avergonzada, su cuerpo lo estaba disfrutando.

Tendría que haberme retirado rápido y vuelto a mi posición en la silla, para mantener la distancia de seguridad, pero una vez que la toqué para que no continuara con su agradecimiento fue imposible que lo hiciera. Sinceramente

al principio actué por instinto, no sabía lo que sentiría al colocarle el dedo en la boca, para que no hablara. Esa pequeña parte de su cuerpo, una muy importante, se había ido apoderando de mí hasta llegar a este momento en el que no podía dejar de acariciarle el labio inferior con el pulgar.

Dirigí los ojos hacia los suyos, sin parar de tocarla, y me encontré con un brillo especial en ellos que fue como leer en su interior todo lo que necesitaba, anhelaba y a lo que se resistía. Ahí estaba, justo lo que buscaba sacar de ella. Me lo estaba dando y lo recibí con satisfacción, sabiendo que solo era el comienzo.

No tenía ni puñetera idea del porqué Ciara me afectaba de una forma diferente al resto de las mujeres que había conocido a lo largo de mi vida. Desde el instante en el que la vi me removió algo por dentro que me dejó tocado y extrañado, a partes iguales.

La noche de la cena, poco a poco, y conforme fui conociendo pequeñísimos detalles de su vida y sus costumbres, por las conversaciones espontáneas que fueron dándose con nuestros amigos, mucho antes de irnos del restaurante llegué a una conclusión que me aportó un poco de luz. Esa claridad me llevó a comprender cómo me sentía con respecto a ella y porqué, por lo que sorprendentemente todo fue encajando. Era algo en lo que no había podido dejar de pensar hasta hoy.

Su aparición en el banco había sido el detonante que me había llevado a tomar una decisión que iba a cambiarnos a los dos, porque no iba a ser yo el único en caer.

—Adam… —susurró.

Mi pulgar siguió el movimiento de sus labios al hablar.

—No vuelvas a darme las gracias —dije con la voz ronca y grave.

—¿Qué…?

—Que no quiero que me agradezcas lo que haga por ti.

Le acaricié el labio inferior con más fuerza, tensándoselo. Tragó saliva como reacción, al mismo tiempo que asentía.

—Voy a apartarme ahora —la informé—. Tienes que hablarme de cualquier tema, el que sea para distraerme y quitarme de la cabeza que te saque de aquí de cualquier forma, para llevarte a otro lugar en el que nadie pueda vernos. —Agrandó los ojos al escucharme—. Hazlo —le pedí, o más bien le exigí, al mismo tiempo que me obligaba a dejar de tocarla.

Me eché de golpe hacia atrás. Apoyé la espalda en la silla y comencé a tamborilear los dedos en la mesa, sin apartar la mirada de la de Ciara.

—Al final el sábado, cuando llegué al piso, mi cachorro estaba muy tranquilo. Lo desperté, pero vino a recibirme —me dijo con la voz temblorosa y asentí—. Se llama Milo.

—Lo sé. Lo mencionaste en la cena —le recordé, sin poder relajarme.

Se me habían activado demasiadas cosas como para tranquilizarme rápido.

—Es verdad, cuando os hablé de él —me sonrió y fijé los ojos en sus labios, de nuevo.

—Empieza a comer. El café ya se habrá enfriado —le pedí, mientras yo cogía mi taza.

Di un sorbo, observando como ella partía la tostada en varios trozos y se entretenía en colocar bien el jamón, en cada uno de ellos. Dio el primero mordisco y la imité para no hacer algo más que la asustara. Con Ciara debía ir con cautela, lo que para mí no suponía ningún problema. Es más, me gustaba y me motivaba porque suponía todo un reto. Llegaría hasta ella como quería, solo necesitaba un poco más de tiempo, aunque no mucho más.

—El mío está templado, pero el tuyo ya debe estar frio —me dijo.

Así era, mi café solo, al ser menos cantidad, hacía rato que había perdido el calor.

—No pasa nada. Me bebo este y pido otro. Tú también.

Me dijo que no hacía falta, pero no lo tuve en cuenta. Llamé la atención de la camarera que nos había atendido, era la misma que solía servirme cada mañana. No dudó en venir rápido hasta nuestra mesa, a pesar de que levanté mi taza y le hice señas para indicarle lo que quería, desde la distancia.

Cuando se paró junto a mí fui rápido al pedirle otro café con leche descafeinado para Ciara y otro solo para mí.

—Enseguida, Adam —me dijo sonriente y asentí.

Tardó unos segundos de más en moverse, esperando a que girara la cabeza hacia ella otra vez, pero como no lo hice, se fue en silencio. Yo tenía la atención puesta en Ciara, el único momento breve en el que la aparté fue para pedirle a la camarera lo que quería, mirándola a la cara.

Le di un mordisco a mi tostada, observando como Ciara no apartaba la vista de la camarera, siguiendo como se alejaba.

—¿Algún problema? ¿Querías algo más? —le pregunté, consiguiendo que se centrara en mí.

—Eh… no. —Negó con la cabeza.

Ladeé un poco la mía, mirándola con la intensidad innata que desprendía cuando algo me interesaba de verdad, cuando lo consideraba importante y toda una experiencia. Ciara al sentirlo se movió inquieta en la silla.

—Que no me digas lo que piensas no significa que yo no lo sepa interpretar —le comenté, sorprendiéndola—. Lo digo para que lo sepas —sonreí de medio lado.

—Es imposible que sepas lo que…

—Tienes la misma expresión que la noche de la cena, cada vez que la camarera del restaurante se acercaba a nuestra mesa. —Arqueé una ceja—. ¿Continúo?

—No. —Volvió a negar con la cabeza, varias veces, ruborizada—. Eres muy consciente de lo que provocas en los demás.

—Ah, ¿sí? —apoyé los brazos en la mesa—. ¿Y qué provoco exactamente?

—Ahora lo verás —susurró y sonreí de medio lado, al notar a mi izquierda la presencia de la camarera.

—Aquí tienes, Adam —me dijo ella.

—Gracias, Bárbara—le hablé sin apartar la vista de Ciara.

—¿Quieres algo más? —insistió.

—Por ahora está todo perfecto. Gracias —le contesté.

—De acuerdo.

Con un suspiro, de nuevo se alejó y nos dejó solos.

—¿Qué te ha contado Elisa sobre mí? —le pregunté a Ciara.

—¿Qué? ¡Nada! —Agrandó los ojos.

—No es creíble siendo tan amigas. —Arqueé una ceja—. Lo que me digas no va a sorprenderme, ni mucho menos a ofenderme. Me encanta Elisa y eso no va a cambiar. Es una mujer espectacular que hace feliz a mi mejor amigo, así que me tiene ganado desde el principio. Si te dijo que…

—Eres un ligón —me interrumpió y conseguí controlarme a tiempo para no variar la expresión al oírla, para no mostrar diversión—. Pero a esa conclusión llegué yo sola. —Se encogió de hombros—. Elisa solo me dijo cosas buenas.

—Elisa no puede decir otra cosa porque desde que nos conocemos la he tratado como se merece. Y creo que contigo no he actuado de manera diferente, por lo tanto, me crea mucha curiosidad esa afirmación y me gustaría saber qué he hecho en el poco tiempo que nos hemos visto tú y yo, para que tengas esa opinión de mí —Ladeé la cabeza.

—Ella también me contó tu historial de conquistas, lógicamente muy por encima. Y con la actitud de la camarera del restaurante y la de aquí…

Desvió la vista, para centrarla en su taza. Hizo una pausa para echarle el azúcar al café con leche caliente y yo aproveché para hacer lo mismo con mi café solo, del que bebí un sorbo antes de que perdiera calor.

—No respondo por las reacciones y acciones de los demás. Lo único que puedo decirte al respecto es que soy un hombre libre, así que, tengo plena libertad para hacer lo que quiera.

—Lo sé. Es lo normal —susurró—. No estoy juzgándote ni echándote en cara nada. Yo no…

—Pues es lo que parece —le confirmé y vi por el borde de la taza como agrandaba los ojos.

Me tomé mi tiempo para darle otro sorbo al café y para dejar la taza en el plato, muy despacio.

—En el único caso en el que podría molestarte es si tú y yo hubiésemos tenido algo, o si tuvieras sentimientos por mí. ¿No?

—No me molesta —dijo rápido y mis labios se curvaron—. Somos amigos, Adam. Tú mismo me has pedido en tu despacho que…

—No.

—¿Cómo qué no? —me miró extrañada.

—Lo de que somos amigos acabas de decirlo tú ahora. De mí no ha salido, yo solo te he dicho que quiero conocerte bien, saber todo de ti, aunque sea poco a poco. Te he pedido que me incluyas dentro del círculo cerrado que forman en tu vida Elisa y Abel, para que algún día tengas la misma confianza conmigo. —Comencé a golpear la mesa con los dedos—. También te he dicho que quiero acercarme a ti, compartir momentos como este, por ejemplo, sin que nadie más esté incluido. ¿Me equivoco?

—No —susurró.

—Al decirte que me interesas no estaba hablando de amistad, Ciara.

—Yo pensaba que después de un rato tú…

—Has querido pensarlo, que es muy diferente a la realidad. —Elevé las cejas—. La amistad es muy importante, en eso estamos de acuerdo. Es una de las bases esenciales porque va unida al conjunto que forma una relación amorosa entre dos personas, pero no tiene por qué llegar siempre primero.

»Conocerse poco a poco también está bien, creándolo todo desde los cimientos. Claro que espero que la amistad esté incluida en el mismo pack, pero no voy a engañarte, ahora mismo mi interés por ti va mucho más allá, en una dirección totalmente diferente a la de la amistad. No quiero ser para ti como Abel, Ciara.

—Hoy es la segunda vez que nos vemos. —Agarró la taza con las dos manos, manteniéndome la mirada.

—¿Cuántas veces se necesitan para saber que tienes delante de ti a alguien que ha despertado tu interés?

—No lo sé.

—Si que lo sabes.

Bebió varios sorbos de su café con leche, pensativa.

—Depende de la gente y de las conexiones —comentó hablando muy flojo. Dirigió la vista hacia la cristalera, para seguir hablando—. Las sensaciones y emociones son instantáneas, solo es necesario un cruce de miradas, un roce casual, o breves instantes robados al tiempo. No se puede determinar cuántas veces se necesita estar con una persona para saber si te interesa, porque en la mayoría de los casos suele ser en el mismo momento en el que la ves, y en otros, se da con más calma y con el tiempo.

—¿Entonces? ¿Qué tiene que ver que sea la segunda vez que nos vemos? Algún día te contaré un secreto que te sorprenderá. —Me llevé la taza a los labios.

Capítulo 20

—¿Un secreto? —me preguntó.

—Me llamaste la atención desde el principio —le dije, ignorando su pregunta—. ¿Por qué te crees que no te dejé irte sola en el taxi?

—Dijiste que tenías que trabajar al día siguiente y que te iba bien acompañarme.

—¿Hubieras preferido que dijera delante de todos, sin esperártelo, que me iba contigo porque prefería pasar un rato más en tu compañía para tenerte cerca, que ir a un *pub* en el que no estarías, ni encontraría lo que quería?

—Adam… —habló con la voz entrecortada.

—Aparte de que necesité acompañarte porque me di cuenta enseguida de que no querías irte sola de noche, aunque dijiste todo lo contrario para tranquilizar a Elisa. No iba a permitir que hicieras el viaje de esa forma. Sí, tenía que trabajar al día siguiente, no era mentira que tenía ocupada la mañana del sábado, pero podría haberlo hecho igual si hubiese llegado más tarde al ir con los demás a tomarme la última copa, o varias más.

—Gra… gracias por estar atento y preocuparte por mí.

—No me las des. —Fruncí el ceño.

—Me has dicho que no quieres que lo haga, pero es lo que se suele hacer y me sale solo.

—Me da igual —le dejé claro.

—Vale —dijo suspirando.

—¿Te ha quedado claro? —Quise asegurarme.

—Sí —susurró.

—Estupendo. —Asentí—. En la cena dijiste que hacía poco que tenías a Milo —cambié de tema, para que se relajara.

—Así es —carraspeó—. No hace ni una semana, a mitad de la pasada me encontró él en la calle.

—Se acercó a ti.

—Sí —me confirmó con una sonrisa sincera y preciosa—. Se había hecho de noche cuando salí del trabajo y llamó mi atención antes de alejarme de la empresa, en el camino de la entrada. Es muy pequeño y tenía una pata herida, dentro de una lata. Abel me llevó a una clínica veterinaria que había a unas calles, donde lo atendieron, lo curaron, lo bañaron y lo vacunaron. Y así supe que no tenía chip y terminé siendo su dueña. —Se encogió de hombros.

—Un bonito gesto por tu parte.

—No podía dejarlo solo —miró hacia la cristalera.

—Porque me da que te viste reflejada en él.

—¿Cómo? —Giró rápido la cabeza hacia mí.

—En algún momento, años atrás, seguramente por la época en la que conociste a Arturo, tú estaba igual que ese cachorro. ¿Me equivoco? Sola, desamparada, en la calle…

—Para —me pidió con un hilo de voz.

—¿Y si no quiero parar? —Apoyé los brazos en la mesa, apretando los dientes— Quiero saberlo todo de ti, Ciara.

—Has dicho que no te importaba tener que ir poco a poco —susurró.

—He cambiado de opinión. Tengo muchas preguntas que hacerte, las que espero que me respondas con sinceridad, pero por hoy he terminado aquí. Puedes relajarte. Vamos a acabarnos los desayunos. —Señalé lo que quedaba de su tostada.

—Ya estoy llena —dijo alejando un poco el plato de su tostada.

—Pues encuentra el hambre porque no nos iremos hasta que dejes el plato vacío. Tú sabrás si quieres pasar las horas aquí, por mí no hay problema. Estaré más que encantado.

—¿Estás demasiado acostumbrado a que se haga lo que dices? —Entrecerró los ojos—. No soy una de tus empleadas.

—Créeme, sé muy bien quién eres.

—No me conoces para decir eso. —Bajó la mirada a su taza de café.

—Te sorprendería saber lo que he llegado a conocerte desde que te conozco. Soy muy observador y analizador, Ciara.

—Ya… —carraspeó.

—¿Te inquieta eso? —Ladeé la cabeza.

—Sí, me pone nerviosa.

—Porque puedo ver a través de la máscara que te pones a veces.

—No sé si lo de quedar sin nuestros amigos es buena idea.

—Sabes perfectamente la respuesta —sonreí de medio lado.

—Solo uno porque ya es tarde, si como más no tendré ganas cuando llegue el mediodía —habló de los trozos de tostada. Solo le quedaban en el plato tres pequeños—. Y porque me da pena dejar tanto.

En vez de decirle que no iba a sobrar nada me quedé callado. De esa forma, en silencio, nos entretuvimos en comer, hasta que sobre la mesa solo quedaron platos y tazas vacías. Yo me terminé mi tostada y las partes que dejó Ciara de la suya.

Después de ponernos los abrigos y de colgarme al hombro su maletín, nos alejamos de la mesa.

—Adam, no hemos pagado —me dijo mientras me seguí hacia la salida.

—¿Estás preparada para correr, para que no nos pillen? —Le pregunté.

Al mismo tiempo, la agarré de la mano, mientras la miraba de reojo. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no reírme al ver su expresión de desconcierto. Había agrandado los ojos y me miraba entre sorprendida y preocupada.

Me paré a unos pasos de la puerta, frenándola conmigo. Tiré de su mano, para tenerla más al alcance. Su aroma me llegó con intensidad cuando a centímetros de mi pecho.

—Nadie nos va a seguir ni a llamar la atención —le susurré al oído—. El único día entre semana que pago es el viernes y me pasan el cargo de toda la semana por la cuenta. —Me separé lo justo para buscar sus ojos y dejar mi cara muy, pero que muy cerca de la suya.

Nuestras narices casi se rozaban y nuestros alientos se entremezclaban.

—Ah.

Lo siguiente que hice fue algo que llevaba tiempo deseando. Poco me importó estar todavía en la cafetería, mientras buscaba sus labios con los míos. No fue un beso como tal, solo unas caricias, mientras nuestros ojos no perdían el contacto. Sus labios se entreabrieron en una invitación clara, invitación de la que ni ella misma fue consciente.

—¿Te he dicho lo que me cuesta controlarme si te tengo tan cerca, o cuando te toco? —le pregunté con voz profunda.

—No —susurró.

—Cada vez más, Ciara. Si antes, sentados a la mesa, te he pedido que me distrajeras hablando en cuanto me separara de ti, ahora mismo no sé si soy capaz si quiera de moverme o de pedírtelo.

Levanté un brazo, para acariciarle con los dedos el contorno de la cara. Le retiré el pelo y se lo coloqué detrás de la oreja, manteniendo mi nariz tocando la suya.

—¿Lo notas como yo?

—Sí. —Cogió una bocanada de aire, temblorosa.

El movimiento que hizo al respirar fuerte provocó que su pecho se moviera rozándose con el mío. Me aparté de golpe, no supe ni cómo lo conseguí, pero lo hice con urgencia, porque cuando comenzara lo que estaba deseando que pasara no tenía la intención de parar hasta quedarme saciado. Por ese motivo la giré delante de mí y cuando la tuve de espaldas, la empujé delicadamente hacia la puerta, mientras la seguía pegado a su cuerpo.

El aire frío de la calle me vino genial para aclarar mis ideas, o más bien para ir apagando de golpe lo que se había encendido en mi interior. Volví a cogerla de la mano, para caminar por la acera.

Ciara no dijo nada, se dejó llevar por mí, pero podía notar perfectamente su nerviosismo e incertidumbre.

—Adam, la parada de autobús —me dijo al cabo de unos minutos, señalándola mientras pasábamos por detrás de ella—. Te he dicho que he venido en ese transporte.

—En el que no vas a volver —le dejé claro.

—Pero…

—Voy a llevarte en coche a tu empresa. Ya sé cuál es y sé dónde está. Pudiendo llevarte en coche no vas a esperar en la parada.

—No hace falta, bastante tiempo has perdido ya por mí —habló apurada.

—Bajo mi punto de vista he ganado en todos los sentidos, así que no he perdido nada. —La miré de reojo.

—Eres demasiado cabezota. —Bufó y enseguida se ruborizó.

Arqueé una ceja, con la cabeza girada hacia ella.

—¿Acaso no lo sabes? —continuó, a pesar de su vergüenza.

—Claro que lo sé, me conozco perfectamente —sonreí de medio lado—. He reaccionado así porque no has visto nada de mí y ya opinas eso.

—¿Nada?

—Efectivamente, solo unas pinceladas de lo autoritario y cabezota que puedo llegar a ser. —Le hice un guiño.

—Estupendo.

Esta vez no me contuve, solté una carcajada por la forma en la que dijo esa palabra: resignada. Me reí con ganas, lo que hacía mucho tiempo que no sucedía. Cuando fui tranquilizándome busqué su mirada y lo que me encontré me encantó. Ciara tenía una sonrisa preciosa en los labios y un color en las mejillas que la hacía adorable.

—Conocerme no será tan malo como suena —le dije.

—Yo no he dicho. —Negó con la cabeza, varias veces—. Además, puede que tú seas el primero en pensar que no te gusta mi carácter, o tal vez te canses de…

—Ahórratelo —la interrumpí—. Todo lo que me digas no va a ocurrir —sonreí de medio lado.

—No lo sabes. No puedes asegurarlo.

—Y tanto que puedo y lo sé.

La dejé callada e hice un poco de presión en el agarre de su mano. La llevé hacia el estacionamiento del banco, donde tenía mi plaza de aparcamiento.

Hasta ella la guie.

—¿Tienes coche? —le pregunté cuando nos montamos en el mío.

Era muy evidente la curiosidad con la que sus ojos recorrían todos los detalles del interior del vehículo.

—No —respondió sonriente—. Pero sé admirar un buen vehículo de alta gama. Es una pasada.

—Me alegro de que te guste —le dije mientras arrancaba.

Tampoco me pasó desapercibida la rapidez con la que buscó el cinturón de seguridad y con los nervios que se lo abrochó, con las manos temblorosas, para ponerse recta en el asiento.

—¿Estás bien? —Frené nada más salir de la plaza, en medio del carril, para observarle bien la cara.

—Eh… sí, claro —volvió a sonreírme, pero en esta ocasión en tensión.

—¿Lo pasas mal en los vehículos o es solo ahora porque estás en el mío, conmigo? Que yo recuerde no vi el viernes por la noche que te alteraras en el taxi y te mueves en autobús.

—Sí, es el medio de transporte que utilizo habitualmente, a no ser que vaya en el coche de Elisa o de Abel. Con ellos ya estoy acostumbrada —dijo ruborizada—. Lo siento, no puedo controlarlo.

—No te disculpes. Son impulsos. —Asintió.

—El viernes por la noche lo disimulé bastante bien porque me preparé mientras esperábamos el taxi, aunque igualmente me sentí inquieta. No te diste cuenta de nada porque dentro del vehículo estaba muy oscuro y teníamos a Raúl entre nosotros. No llevo bien ir en un coche al que no estoy familiarizada. Intento controlar mis reacciones, pero…

—Pero hoy no lo has conseguido porque estás ya sobrepasada con todo lo que estás sintiendo —terminé por ella y acerté de pleno.

—Como puede ser que sepas…

—Ya te lo he dicho, que no me digas lo que piensas no significa que yo no lo sepa interpretar. Aunque te sorprenda se me da muy bien leerte —sonreí de medio lado—. Relájate, te prometo que conduciré despacio y con cuidado.

—Solo es al principio y las primeras veces, después me adapto y me habitúo. —Soltó el aire despacio.

—No tienes coche, pero ¿sabes conducir? ¿Te sucede eso porque ha tenido una mala experiencia?

Aceleré despacio y salí del aparcamiento de la misma forma. Me incorporé a la carretera con suavidad y me tomé con calma el circular, para que Ciara no lo pasara tan mal. La miré de reojo, esperando su contestación.

—Me saqué el carné de conducir al año de llegar a esta ciudad, animada por Elisa y Abel, precisamente para quitarme el miedo. Solo lo hice por eso porque desde el día en el que me bajé del coche con el aprobado, no he vuelto a ponerme frente a un volante —me contó, mirando por la ventanilla.

»Ya ves que no conseguí del todo mi propósito, pero yo lo considero un gran logro porque antes ni siquiera podía montarme en uno —susurró—. Con los transportes grandes no me pasa, por eso me gusta moverme en el autobús.

—No me has respondido a si te pasa por una mala experiencia —le hablé sin apartar la vista de delante.

—Sí. Algún día te lo contaré, si te interesa sab…

—Me interesa. No lo dudes. Mucho.

No dejé que terminara de hablar, mientras mi mente imaginaba todo tipo de escenarios posibles, a cada cual peor para ella.

Aparté todos los pensamientos para no alterarme y me centré en conducir. Unos catorce minutos después, Con Ciara mucho más tranquila, paré junto a la acera, justo delante del acceso al camino que llevaba hasta su empresa.

Capítulo 21

Ciara

Estábamos a punto de separarnos, acabábamos de llegar a mi trabajo y no sabía cuándo volvería a ver a Adam.

La mañana con él me había gustado mucho, demasiado, aunque me sentía constantemente rara.

Me había dejado claras sus intenciones, pero hasta ahí sabía y la incertidumbre no era buena para los nervios.

—Bueno, pues ya toca volver al trabajo —le dije con un pequeño suspiro, mirando hacia el camino asfaltado.

—¿Qué horario haces?

—De lunes a miércoles de nueve a dos, y de tres a cinco y media de la tarde. Los jueves y los viernes son los días que más me gustan porque solo trabajo por las mañanas, hago de ocho a una y media —le informé.

—Tienes poco tiempo libre los mediodías hasta la mitad de la semana.

Se giró hacia mí. Apoyó el antebrazo en el volante y movió la pierna del lado contrario sobre el asiento, para quedarse sentado de cara a mí.

—Me apaño bien —le sonreí—. Hasta el jueves y el viernes no puedo ir a comer al piso, pero de lunes a miércoles voy al bar de Pablo, con Abel y Asun. Ella es otra compañera y amiga, igual que Mari que se une a nosotros cuando

puede. El bar está en la esquina de la calle. —Señalé en esa dirección y miró hacia allí—. Es donde iré hoy.

»Y esa es la cafetería en la que me encuentro con mis amigos y compañeros cada mañana. —Le señalé hacia la izquierda, a la otra acera—. Ahí recargamos energías a primera hora del día con un café, antes de entrar a trabajar. También es donde volvemos a vernos para desayunar a las diez y media, que es cuando tenemos media hora de descanso.

—Al menos estás acompañada siempre.

—Sí —le confirmé sonriendo—. Debo irme, ya te he trastocado bastante la mañana con todas las cosas importantes que debes haber dejado pendientes por mí.

—Tampoco eran tantas y nada que no pueda esperar —me dijo serio.

—Yo…

Agradecí que fuera él quién diera el siguiente paso, por eso me callé. Adam se acercó a mí, para agarrarme de la nuca, y cuando me tuvo bien sujeta, tiró de mí hacia él. Me dejé llevar encantada, me había gustado mucho sentirlo tan pegado a mí en cada una de las veces en las que él había acortado la distancia entre nosotros.

En esas ocasiones había descubierto lo que me provocaba su contacto y sus roces. Echaba de menos sentir lo mismo, lo echaba de menos a él y lo tenía al lado. ¿Cómo podía ser?

—Recuerda todo lo que te he dicho —me pidió, susurrándome a pocos centímetros de los labios.

—Tengo buena memoria —le correspondí de la misma forma.

—Me alegro, aunque no sería un problema que se te olvidara algo. Estoy dispuesto a repetirlo todas las veces que hagan falta —sonrió de medio lado e hizo una pausa, en la que ninguno de los dos nos movimos—. Bésame —me pidió con la voz ronca.

Me extrañó que no lo hiciera él, que no tomara la iniciativa, pero me lo aclaró rápido.

—Ahora no voy a precipitarme contigo, Ciara. Quiero que esta primera vez seas tú la que termines de lanzarte a hacer lo que quieres, porque tengo claro que lo deseas tanto como yo. Demuéstrame que es así porque si no te leyera y entendiera tan bien, no te lo habría pedido.

Hacía tanto tiempo que no besaba a nadie, tantísimo tiempo que no estaba con un hombre en esta situación… Adam debió notarlo porque las caricias que empezó a hacerme en el cuello me tranquilizaron un poco y me la dieron la confianza suficiente para eliminar la poca separación que había entre nuestras bocas.

Rocé sus labios con los míos tentativamente, de manera insegura, pero sin echarme para atrás. Adam no se movió, me dejó libertad para hacerlo a mi forma, a mi ritmo. No se trataba de que no supiera lo que hacía, simplemente era que la última vez que besé marcó un antes y un después para mí.

Cuando lo incité a reaccionar, presionándome contra él, después de succionar su labio inferior, movió mi cabeza para colocarla en otro ángulo, con un gruñido de satisfacción. El sonido me erizó el vello, pero no fue lo único que me afectó.

Adam, después de que yo le diera paso, tomó el control apoderándose de mi boca, mientras su lengua se abría camino hasta encontrar la mía. Jadeé por la intensidad que le ponía a todo, agarrándome a sus brazos. Consiguió que mi necesidad de él aumentara a unos niveles que…

—Joder. —Gruñó apoyando la frente en la mía.

Con las respiraciones alteradas, nos miramos a tan corta distancia.

—No te imaginas el esfuerzo que he hecho para parar. —Apretó la mandíbula.

Coloqué los dedos sobre ella, para acariciársela y relajársela. Conseguí lo que buscaba, poco a poco Adam fue relajándose.

—Yo no me imaginaba que esto llegara a ser posible, que tú… —susurré.

—Eh. —Se separó para tirar de mi cabeza hacia atrás, ligeramente. De esa forma me quedé mirando hacia arriba, hacia su cara porque se estiró y me superó en altura, incluso sentado—. Ten claro que no eres un pasatiempo, Ciara. ¿De acuerdo? —Asentí— Dilo.

—No soy un pasatiempo.

—Ni una distracción pasajera, y mucho menos un juego para divertirme. —Me acarició el cuello y cerré los ojos unos segundos.

—Adam… —susurré y su nombre sonó a súplica.

—Ve a trabajar ya, porque estoy a punto de arrancar de nuevo y de llevarte conmigo —me pidió.

Se apartó para colocarse bien sentado, pero antes volvió a besarme. Fue un beso un poco más calmado, pero igualmente me abrasó su contacto. Desde su asiento, me acarició los labios, para después abrocharme el abrigo. Fui a colocarme bien la bufanda, pero me apartó las manos para hacerlo él.

—Ahora sí —dijo cuando me dejó bien abrigada.

—Gra… vale —me ruboricé, cambiando lo que iba a decir al ver su ceja arqueada—. Hasta otro momento —me despedí.

—Hasta pronto, Ciara.

Asentí sonriéndole, muy acalorada. Me giré hacia la puerta del coche, llevando conmigo el bolso y el maletín. Abrí sin volver a mirarlo, al menos hasta que estuviera fuera de su alcance porque tenía la sensación de que si lo hacía cumpliría lo de llevarme a otro sitio.

Una vez en la calle, me ajusté más la bufanda al cuello, me colgué el bolso y el maletín a los hombros y entonces me volví hacia el coche, para mirarlo por la ventanilla.

—Ten cuidado —le dije, con la necesidad de alargar el momento.

—Lo tendré —me aseguró, con una sonrisa ladeada—. Ve, voy a esperar aquí hasta que estés dentro.

Soltó un suspiro antes de darle la espalda y comenzar a caminar. Dejé la acera atrás y accedí al camino asfaltado, el que recorrí a pasos ligeros, hasta la entrada de la empresa. Desde ella levanté la mano hacia Adam que continuaba en el mismo lugar, como última despedida.

Entré al edificio, agradeciendo el cambio de temperatura porque en el coche con la calefacción había estado muy bien, pero al salir, el poco rato que había estado en la calle…

—Eh, Ciara. Ya estás aquí.

Al escuchar a Inés, mi compañera de la recepción, me desvié hacia ella.

—Hola —la saludé.

—Vaya, qué bien te ha sentado salir al banco.

—Sí —me reí.

—Y llegas justo a tiempo para trabajar un poco y volver a salir. —Me hizo un guiño.

—Nos vemos en un rato, preciosa. Voy a mi puesto.

—Vale. Este mediodía me uno a vosotros para ir a comer al bar de Pablo. Por la mañana he salido de casa sin el recipiente de la comida, se me ha olvidado cogerlo de la nevera.

—No lo dices con mucha pena. —Fruncí los labios.

—¿Pena? Ninguna —se rio—. Hoy tocaba verdura y ya sabes que mi relación con esas plantas comestibles es muy complicada. —Bufó.

—Nula —dije divertida.

—Exacto. —Puso los ojos en blanco—. Así que, decir que se me ha olvidado coger el recipiente es lo mismo a que he salido pitando del piso, antes

de que Santi me lo recordara. Me la preparó él anoche, con carne.

Nos reímos y sacudí la cabeza. Santi era su pareja, vivían juntos desde hacía cuatro años. Él era un apasionado de toda la comida sana, mientras que Inés era todo lo opuesto a él. Se traían cada una que cuando Inés nos las contaba nos tirábamos un buen rato riéndonos.

—Nos vemos dentro de un rato para comer —le dije con un guiño, el que me devolvió.

Me dirigí hacia los ascensores. A esta hora no había mucha gente, por lo que me estuve sola esperando a que llegara a la planta baja. Al cabo de unos segundos noté una sensación extraña y me giré hacia atrás, para mirar lo que había a mi espalda.

Hice un recorrido visual por todo lo que quedaba al alcance de mi vista, pero no vi nada extraño para la sensación que me había asaltado. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, yo todavía continuaba observando a mi alrededor.

—¿Vas a subir?

La voz que me preguntó me sobresaltó. Di un pequeño respingo, al mismo tiempo que me volvía hacia el ascensor. Reconocí al hombre que estaba bloqueando las puertas, esperando por mí. No me había dado cuenta en qué momento había dejado de estar sola.

Reconocí al compañero que me había hablado, pero no recordé como se llamaba. Éramos muchos en la empresa, lo que quería decir que, por lo menos para mí, era imposible saber todos los nombres.

—Sí. Gracias —dije sonriéndole.

Entré en el ascensor y me puse a su lado. En cuando me quedé de cara a las puertas, observé el exterior hasta que se cerraron.

Mi compañero se entretuvo con su móvil, yo en mirar el panel eléctrico, viendo como marcaba las plantas. Me despedí cuando llegué a mi zona de trabajo y salí para ir a mi puesto. No vi a Abel en su mesa, pero a Asun y a

Mari sí. Las saludé con la mano, sonriéndoles, y me correspondieron de la misma forma al verme entrar.

En cuanto me quité la ropa de abrigo y guardé el bolso en el último cajón de mi mesa, me senté en la silla, dejando el maletín de mi amigo a mis pies. Desbloqueé el móvil para escribirle un mensaje, debía estar en la última reunión de la mañana porque por el poco tiempo que quedaba para la hora de salir a comer…

Ciara: *Hola. Ya he vuelto. Acabo de llegar a mi mesa. Todo ha ido muy bien. Comiendo te pongo al día, aunque no sé si de todo lo que querrás saber porque estaremos con más gente y no quiero que nos aislemos de ellas. Inés se nos une a nosotros al mediodía. Sal ya de la reunión, mándalo todo a la mierda.*

Al cabo de unos segundos me llegó su respuesta.

Abel: *¿Cómo qué no? Tengo muchas preguntas que no puedo esperar mucho más para saber las respuestas. Quiero saber qué sorpresas te has encontrado en el banco y, sobre todo, cómo es que has terminado tomándote un café con el dueño del banco.*

Ciara: *Ya veo lo que te preocupa saber cómo me ha ido para hacer las gestiones que me has pedido. Ja, ja, ja…*

Abel: *Eso es evidente que te ha ido bien. Eres una mujer resolutiva, lista y válida para todo, así que no tengo ninguna duda de que todo te ha ido bien.*

Ciara: *Pues por tu insistencia no parecía que confiaras mucho en mí* — añadí una cara sacando la lengua.

Abel: *Joder, porque me sabía mal enviarte a algo que era obligación mía. Aunque visto lo visto… Quiero saber ya cómo te ha invitado el dueño del banco.*

Ciara: *Mmm… ¿Cómo sueles tú invitar a un café o a cualquier otra cosa? Yo solo conozco como ha pasado, me ha propuesto ir a tomar un café y he aceptado. Se acabó.*

Abel: *Se acabó, dice. Ja, ja, ja… gracias porque me estás haciendo muy ameno el final de la reunión, de la que llevo un tiempo sin enterarme lo que dicen. Ciara, que nos conocemos y de normal no tiene nada que tú hayas aceptado una invitación, aunque sea de ese tipo inocente.*

Ciara: *Tiene una explicación y lo entenderás cuando te lo cuente. Te hablé de él.*

Abel: *¿Cómo que me hablaste de él? Me he perdido.*

Ciara: *Han pasado muchas cosas, Abel, todavía estoy que no me lo creo. Yo… no sé. ¿No puedes escaparte ya de la reunión? Si nos adelantamos para ir al bar de Pablo tendremos un poco más de media hora para estar solos. Podemos hablar con calma, antes de que lleguen Asun e Inés.*

Abel: *Prepárate, en unos minutos voy a buscarte.*

Sonreí de oreja a oreja. Como no había encendido el ordenador, me levanté para ir a la mesa de Asun, mientras me guardaba el móvil en el bolsillo.

—Hola, cariño —me saludó—. ¿Cómo te ha ido en el banco?

—Hola. Muy bien —le sonreí—. Abel acaba de salir de la última reunión de la mañana y viene a por mí. Vamos a bajar ya para ir al bar de Pablo, así lo pongo al día de todo lo que me han dicho en el banco. Cuando llegues ya habremos terminado de hablar de trabajo. Te esperamos allí, ¿vale?

—Sin problema. —Me hizo un guiño—. Hoy estás teniendo un lunes de ensueño, ¿eh?

—Sí —le contesté y nos reímos.

La verdad era que lo de no trabajar en horario laboral sentaba de maravilla. Por la tarde cambiaría, pero por el momento… a nuestro jefe de departamento, Enrique, no le importaría enterarse de que Abel y yo habíamos salido antes a comer.

—Inés viene hoy a comer con nosotros, para que pases por la recepción antes de salir de la empresa —le informé.

—Oh. Vale. Pasaré a por ella —me sonrió.

—Estupendo. Pues voy a ponerme el abrigo que Abel debe estar…

—En la puerta. Acaba de aparecer —se rio sin alzar el volumen.

Me giré para ver a mi amigo llegar a su mesa. Se puso el abrigo mientras me observaba, hasta que me hizo un gesto con la cabeza. Me despedí de Asun hasta dentro de un rato y fui hasta mi puesto de trabajo, para abrigarme también y sacar el bolso del cajón. Con todo puesto, cogí por último el maletín.

—Guárdalo —le pedí a Abel, ofreciéndosela sonriente.

—Esa es mi chica. —Me hizo un guiño, cogiéndolo de mis manos.

Pasó por mi lado dándome un beso en la cabeza, para rodear su mesa y dejar el maletín dentro de su cajonera, la que cerró con llave.

Capítulo 22

—Hoy eres la peor amiga del mundo —se quejó Elisa, a través el teléfono.

Abel, a pesar de estar sentado frente a mí, la escuchó perfectamente y empezó a hacerme gestos con las manos, para hacerme reír.

Hacía unos minutos que habíamos llegado al bar de Pablo, el que se encontraba al final de la calle donde estaba nuestra empresa. Después de saludar al dueño, a Pablo, ocupamos una mesa y pedimos dos refrescos. Nos los habían servido con un bol de aceitunas que estaban de lujo. Me encantaba el aliño que tenían, eran un vicio.

Abel me metió una aceituna en la boca, la que no rechacé, divertida. Él me imitó, lanzando la suya al aire. Le cayó dentro sin esfuerzo, tenía una gran habilidad para hacer eso. Yo por más que lo intentaba no me salía, mi aceituna siempre terminaba en cualquier lado menos donde debía, en mi boca.

Y eso era una gran pena, por lo buenas que estaban, por lo tanto, probar suerte para aprender quedaba descartado porque era un desperdicio. Si no había aprendido con el tiempo que hacía desde la primera vez que me dio por intentarlo…

—Lo siento, es que me he despistado —me disculpé con Elisa, sintiéndome mal porque se preocupaba mucho por mí—. Esta mañana ha sido bastante intensa, me han pasado muchas cosas, pero todas buenas. No te preocupes.

—¿En serio? Me dijiste que me enviarías un mensaje cuando estuvieras en el autobús de vuelta al trabajo, y cuando he visto la hora que es… Ya puede ser

bueno lo que te ha pasado porque…

—Te aseguro que sí. Te quedarás de piedra.

—Mmm… joder, ¡adelántame algo! —alzó la voz.

Abel intervino para que su tiempo no pasara, él también estaba deseando enterarse de lo mismo que me pedía Elisa.

—Hola, preciosa —le dijo al quitarme el móvil—. Más tarde podrás hablar con calma con Ciara, te recuerdo que vivís juntas. Yo no tengo ese honor, así que los únicos momentos que tengo para poder hablar con ella con calma, sin nadie más alrededor, es ahora y hasta dentro de unos veinticinco minutos que llegarán Asun e Inés; y cuando lleve a Ciara al piso por la tarde. Hoy puedo ahorrarle el autobús, ya estás avisada. De todo. Hablamos en otro momento.

—¡Eres un cotilla! —Jadeó Elisa.

—Ja, ja, ja… me dijo la cotilla que tiene el primer puesto.

Con esas palabras colgó, pero me dio tiempo a escuchar las risas de mi amiga.

—Estáis fatal, todo por la curiosidad —dije con diversión, negando.

—Lo que tú quieras —se rio Abel, devolviéndome el teléfono—. Ahora cuéntame cómo ha ido tu aventura al llegar al banco y lo que ha pasado dentro de él, para que el dueño termine invitándote a un café. —Arqueó una ceja.

—Cuando he llegado y visto la cola que había…

—Ya. —Frunció los labios—. En ese banco es habitual.

—Pero enseguida me ha dado igual —dije sonriendo—. Me he puesto a la cola, la que por cierto casi no se movía. Estaba tan tranquila, dándome ánimos a mí misma, cuando alguien ha llamado mi atención por la espalda, preguntándome si era la última.

—¿Quién?

—Si no me interrumpes… impaciente —me reí.

—Vale, no voy a volver a abrir la boca hasta que llegues al final. —Levantó las manos.

—No te lo crees ni tú —le dije divertida y el me hizo un guiño.

Le di un sorbo al refresco y me comí una aceituna, antes de continuar.

—Abel, quien tenía a mi espalda era Arturo.

—Arturo… —repitió pensativo.

—Sí. Ese Arturo.

—No jodas. —Agrandó los ojos.

Moví la cabeza afirmándoselo, con los ojos húmedos por la emoción. Mi amigo buscó mi mano por encima de la mesa, para agarrarme la mano. Me dio un ligero apretón, mirándome con cariño.

—Continúa —me pidió.

—Puedes imaginarte como me he quedado. —Tragué saliva—. Ha sido tan emocionante y emotivo. Lo que menos esperaba y lo que tanto he deseado, se ha hecho realidad en el banco. Arturo me ha reconocido rápido, yo con él tampoco he tenido dudas porque está igual. Se nota un poco el paso del tiempo en él, pero es mínimo. Está tal y como lo recordaba, Abel —Fruncí los labios.

—No sabes cómo me alegro de lo que me estás diciendo, cariño —me dijo igual de emocionado—. Sé lo importe que era para soñar con que algún día volverías a encontrarte con Arturo. Y hoy ha sucedido.

—Sí —suspire—. Hemos hablado y nos hemos abrazado, el reencuentro ha sido muy bonito. Él y Carmen, su mujer, están muy bien, y hemos quedado en vernos los tres. No quiero perder el contacto y no pasará porque ahora tenemos los números de teléfono del otro —sonreí y el gesto se reflejó en los labios de mi amigo.

—Estupendo, espero conocer a ese hombre algún día —me dijo con un guiño.

—Claro. —Asentí—. Quiero presentarle las personas que son importantes para mí.

—He llorado tanto —me reí.

—Pero eran lágrimas de alegría.

—Sí. He podido agradecerle bien todo lo que hizo por mí en el pasado, incluso he intentado devolverle el dinero que me dio sin que me diera cuenta, pero Arturo se ha negado. Me ha dicho que ni se me ocurriera, que su recompensa era ver la mujer que soy hoy día.

—Definitivamente tengo que conocer a ese hombre.

—Esa ha sido la primera sorpresa, la segunda me la he llevado junto a Arturo. Estábamos esperando los dos en la cola, cuando ha venido un trabajador del banco a buscarme, directamente diciendo mi nombre.

Frunció el ceño, mientras apoyaba los brazos en la mesa.

—¿Cómo lo sabía? —me preguntó extrañado.

—Ahora lo entenderás —sonreí cogiendo mi lata de refresco.

—Nadie de allí tiene esa información, Ciara —habló serio—. A mí me conocen la mayoría de los trabajadores del banco que atienden en la oficina, pero porque voy cada semana y a final de mes, casi cada día. Pero ¿a ti?

—Relájate, la explicación es muy sencilla.

—Estoy deseando oírla. —Arqueó una ceja.

—Me he llevado a Arturo conmigo cuando ese hombre me ha pedido que lo siguiera.

—Muy bien —dijo serio y me reí.

—Nos ha llevado hasta un despacho y la segunda sorpresa me la he encontrado sentado al otro lado de una gran mesa de escritorio. ¿Te acuerdas del amigo de Ángel, Adam?

—¿Por el que sentiste cosas en la cena? ¿El que te atraía?

—El mismo —suspiré.

—No me jodas que trabaja en ese banco.

—No solo trabaja, él es el dueño —le aclaré.

—Joder, qué casualidad. —Agrandó los ojos y volví a reír.

—Dímelo a mí. —Bufé—. Ahora ya entiendes cómo es que he ido a tomar un café con él, o más bien a desayunar. Ha sido una sorpresa enorme y si el trabajador del banco se ha dirigido a mí por mi nombre y ha venido a buscarme a la cola, ha sido porque Adam me ha visto. Desde su despacho controla con cámaras todas las zonas de la oficina de la planta baja. —Me encogí de hombros—. Así que nos ha atendido a Arturo y a mí, ahorrándonos el tener que esperar.

—Ya veo —sonrió de medio lado.

—Cuando Arturo se ha ido Adam se ha puesto a trabajar en todo lo que le he pedido y al terminar, me ha invitado a un café.

—¿Cómo te has sentido teniéndolo tan cerca de nuevo? —Elevó las cejas, varias veces de forma graciosa.

—Igual o peor que el viernes por la noche —suspiré—. Hoy estábamos solos y…

—Y te palpitaba todo en su compañía.

—¡Idiota!

Riendo, cogí una aceituna y se la lancé. Increíblemente la atrapó al vuelo con la boca.

—Qué rabia me das cuando haces eso. —Negué todavía riendo.

—Si me hicieras caso y practicaras más… —carraspeó—. Idiota, pero con razón, ¿no? —retomó la conversación, haciéndome un guiño.

—Sí —le confirmé con una mueca, provocando que volviera a reírse.

—¿Y dónde está el problema? Solo tienes que disfrutarlo y lanzarte para saber si a él le interesa lo mismo.

—Oh, eso ya lo sé. —Me metí una aceituna en la boca.

—¿El qué sabes? —Entrecerró los ojos.

—Que le intereso, bastante —contesté después de dejar el hueso en el plato—. Me lo ha dicho él mismo, en su despacho. Quiere conocerme, que confíe en él, y bueno… —tosí un poco— Después de una mañana intensa lo he besado en su coche y me ha correspondido.

—Un momento, un momentoooo… —Se echó sobre la mesa—. ¿Me estás diciendo que tú has tomado la iniciativa de dar el primer paso?

—Sí —dije ruborizada—. ¿Tan raro es? —Bajé la mirada al plato vacío.

—Eh. Ciara, mírame —me pidió y lo hice, después de tomarme unos segundos más para mí—. Solo estoy sorprendido, ¿vale? —Asentí—. Es normal porque para mí es raro al estar hablando de ti, por eso me ha chocado. ¿Cuántas veces te he pedido que te relajes para conocer a alguien? Ni siquiera has querido quedar una tarde para tomar un refresco mi compañero del trabajo, del que te hablé hace meses.

—Me dijiste sus intenciones y yo no quería eso. —Me encogí de hombros —. Como tengo mi vida estoy bien, no necesito más.

—Hasta que ha aparecido Adam —sonrió de medio lado.

—Me siento muy rara.

—Eso es bueno porque estás sintiendo emociones a las que no estás acostumbrada.

—Nunca… nunca he querido a alguien como pareja y no sé si podré.

—No digas tonterías —me habló serio—. Joder, claro que podrás, si eres la persona más cariñosa que conozco. A pesar de tus experiencias eres dulce, sentimental, amable y tierna.

—Menos cuando me dices que tengo mucho genio. —Fruncí los labios.

—Es bueno que tengas dentro de ti tu parte de demonio y de ángel —nos reímos.

—He besado a Adam porque él me lo ha pedido. Quería que yo diera el primer paso en ese momento. —Jugué con la lata entre las manos.

—Buena decisión por parte de él —me dijo con un guiño.

—Sí. Supongo —sonreí.

—¿Y qué tal? ¿Cómo te has sentido?

—Al principio tonta porque hacía tanto tiempo que no besaba de esa forma a un hombre… pero poco a poco ha ido a mejor y entonces Adam a tomado el control del beso y me ha dejado temblorosa —suspiré.

—Mmm… me gusta ese tío y vuestra historia. Por cierto, has dicho que lo has besado en su coche. ¿Te has montado con él? —me preguntó extrañado y curioso.

—Sí. Me ha traído hasta aquí en su coche, para que no viniera en autobús —le confirmé—. Tranquilo, he conseguido relajarme bastante —añadí, al ver su expresión.

—¿Y cómo habéis quedado? Porque volveréis a veros y a quedar, ¿no?

—No hemos hablado de eso y ahora que lo pienso, tampoco nos hemos intercambiado los números de teléfono. —Me mordí el labio inferior.

Me arrepentí al instante, al caer en la cuenta de que se me había pasado ese gran detalle.

—Eso no es un problema. Puedes conseguir su número de teléfono por Elisa o Ángel, y él lo mismo de ti. Aparte de que ahora Adam ya sabe dónde trabajas, sin tener que preguntárselo a nadie.

—Ya —dudé.

—Olvídate de eso, porque tiene solución y te aseguro de que volverás a tener otra sorpresita pronto. Tú solo disfruta pensando en lo bien que te ha ido la mañana.

—Sí —le sonreí.

—Voy a tener que mandarte más veces a hacer mis recados, no veas como les ha sacado provecho —comentó con humor.

Soltamos una carcajada, de esa forma nos encontraron Asun e Inés cuando llegaron para unirse a nosotros.

El camarero vino enseguida para tomarnos nota, sabía que no podíamos retrasarnos. Le pedimos la comida y continuamos con el lunes, uno que estaba siendo muy diferente para mí.

Capítulo 23

—Muy buena esa —me dijo Sergio.

—Gracias —le sonreí, retirándome el sudor de la frente.

Llevaba unos cuarenta minutos en el gimnasio, en una sala individual. Sergio, mi entrenador personal, me estaba haciendo sudar mucho más que en las últimas sesiones.

Nos quedaban veinte minutos para continuar enfrentándonos, o más bien para que Sergio me atacara y yo me defendiera, mientras yo intentaba encontrar sus puntos débiles para tumbarlo, antes de que él lo hiciera conmigo. Por el momento solo una vez lo había conseguido. A mi favor diré que él era muy, pero que muy bueno en el cuerpo a cuerpo, así que…

Me estaba haciendo pagar que llevara varias semanas saltándome nuestras citas. La verdad era que, entre unas cosas y otras, o no había tenido ganas de moverme del piso una vez llegaba de trabajar, o simplemente no me había apetecido hacer ejercicio.

Desde cinco años atrás, cuando comencé con estas clases con Sergio, únicamente había fallado en pocas ocasiones. Y mi querido entrenador me estaba aclarando la memoria, para que tuviera claro cuál era el motivo por el que evitaba saltarme sus clases. Le estaba poniendo mucha intensidad a nuestro entrenamiento y el resultado sería mi cuerpo dolorido por el ejercicio y que me acordara de él durante varios días, los que me duraran las agujetas.

Durante los siguientes minutos me faltó la respiración como ya no recordaba, mientras intentaba seguir su ritmo.

—No puedo más —lloriqueé tumbándome en el suelo, cuando dio por finalizada la clase.

—Eso te pasa por ignorarme durante varias semanas —me echó en cara, pero hablándome divertido.

—Te escribí mensajes para avisarte y te contesté a los que me enviaste —suspiré.

—Por supuesto, solo faltaría —se rio—. Pero para decirme que anulabas las clases. —Se sentó a mi lado, con las piernas flexionadas y los brazos sobre las rodillas—. ¿Por qué? —Quiso saber.

—He pasado unos días raros que se han alargado. No me apetecía hacer nada, para lo único que sacaba fuerzas y me obligaba era para ir al trabajo porque no tenía más remedio.

Me incorporé para quedarme sentada a su lado, en la misma posición.

—¿Te ha sucedido algo que tenga que saber?

Giré la cabeza hacia él. Apoyé la cara sobre las rodillas flexionadas, rodeándome las piernas con los brazos.

—Nada en particular —le respondí—. Es lo que te he dicho, me he sentido rara y sabes que en el único lugar en el que me siento segura y a salvo es en el piso, sin moverme de él.

—Podríamos haber quedado para tomar un café en la misma calle en la que vives, a veces no solo van bien las sesiones físicas.

—Lo sé y tienes razón —le sonreí—. La próxima vez te lo diré, te lo prometo.

—Eso espero. —Asintió—. A pesar del tiempo que llevas sin moverte, hoy has estado bien.

—Vaya, gracias, pero no hace falta que me subas el ánimo. No he estado en forma.

—Si te lo he dicho es porque es verdad. —Sacudió la cabeza—. ¿Desde cuándo te doy mérito en algo que no te has ganado?

—Pues es verdad —dije pensativa y terminamos riéndonos.

—Te espero en la calle, pero no corras duchándote.

Se levantó y me ofreció las manos para que hiciera lo mismo. Después de que me ayudara a levantarme, salimos de la sala y nos separamos, para ir cada uno a su vestuario.

Sergio siempre me acompañaba al piso al terminar las sesiones y por ello yo era su última clienta del día. Ya debía estar anocheciendo y él sabía que necesitaba compañía, que la agradecía.

En verano a esta hora todavía quedaban horas de luz natural, pero en la época en la que estábamos los días eran demasiado cortos. Cuando saqué mis cosas de la taquilla y cogí el móvil, comprobé que eran las seis y media.

Fui rápido a la ducha, para no retrasarme mucho. Lo que más tiempo me llevó fue secarme el pelo y cuando terminé fui hasta la mochila para terminar de vestirme. Solo me faltaba ponerme la sudadera y el abrigo, porque antes de ir a secarme el pelo me había puesto la ropa interior, el pantalón ancho de deporte y las deportivas.

Me coloqué la sudadera, el abrigo, la bufanda y me colgué la mochila al hombro, caminando hacia la puerta. Me despedí de las personas que conocía de vista y salí a la calle, donde Sergio ya me esperaba. Apartó la vista de su móvil y sonrió al verme.

—Ya estoy —le dije poniéndome a su lado.

—Pues vamos. —Me hizo un guiño, guardándose el teléfono en un bolsillo —. A partir de ahora volvemos a la normalidad, ¿no?

—Sí. Nos veremos una hora cada jueves y viernes. Estaremos ocupados —le confirmé, cuando comenzamos a andar.

—Perfecto porque ahora que sé que has faltado porque te sentías rara, si llegas a decirme que ibas a hacer otra pausa después de hoy, mañana me habría presentado en tu piso para sacarte como estuvieras, incluso en pijama —sonrió de medio lado, al escuchar mis risas.

Él no sabía toda mi historia, solo las cosas que elegí contarle, pero fueron bastantes y al mismo tiempo suficientes como para que se proclamara mi defensor y se esmerara en enseñarme defensa personal, y algún que otro deporte de contacto. Otro tema diferente fueron mis habilidades para aprender al principio.

Aunque la verdad era que al cabo de unos meses de mucho esfuerzo Sergio conseguí que se me diera bastante bien. Estaba muy contenta con mis logros, el gran problema para mí era que todavía no sabía cómo bloquear el miedo que me paralizaba en según qué situaciones, situaciones que para otras personas podían ser insignificantes. Como consecuencia de ello no sabía reaccionar y el pánico me vencía, sin tener la oportunidad de reaccionar.

Sergio me ofreció su brazo y entrelacé el mío con el suyo, sonriéndole agradecida. Lo consideraba un buen amigo y el sentimiento iba en ambas direcciones. Tanto era así que hacía muchísimo tiempo Sergio me pidió que no le pagara por las clases, porque prefería practicar conmigo y enseñarme como haría con cualquier amigo.

Yo me negué en rotundo porque era su trabajo, se dedicaba a ello y con eso no se jugaba. Así que cada vez que le pagaba me hace algún comentario entre dientes que me hace reír. Debo decir que se quedaba a gusto cuando me invitaba a tomar algo, o cuando planeábamos quedar para comer y pagaba él. Cualquiera le quitaba la intención.

Los días que entrenábamos eran los jueves y los viernes, de cinco y media a seis y media de la tarde, ya que yo solo trabajaba hasta los mediodías y era cuando mejor me venía. Sobre el horario, muchas veces alargábamos el tiempo y terminábamos más tarde de la hora.

—¿Aparte de sentirte rara, como han ido las semanas que no nos hemos visto? —me preguntó— Oye, ¿y lo de los despidos en tu trabajo? En el último mensaje me dijiste que parecía que parecía que estaba calmándose el tema.

—Y así ha sido al final, al cabo de unos días frenaron del todo. Ahora estamos relajados, por suerte porque era un sinvivir —suspiré.

—Me alegro de que la mala racha haya pasado.

—Yo no estoy muy confiada en eso, pero ahora toca un poco de tranquilidad.

—Exacto. Disfruta del momento.

—¿Y a ti cómo te ha ido en este tiempo? —le pregunté.

—En el trabajo como siempre, aunque echándote de menos. —Me hizo un guiño—. En lo personal he conocido a alguien.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —Jadeé.

—Es tu castigo por dejarme solo —dijo riendo y bufé.

—No me lo puedo creer.

—¿Tan feo soy? —me preguntó con humor.

—Lo que eres es tonto. —Le di un golpe en el pecho, haciéndolo reír de nuevo.

No, Sergio no era feo. En absoluto, más bien todo lo contrario y los dos lo sabíamos muy bien. Era un hombre increíble, de una apariencia y complexión envidiable. En el buen sentido para mí, lógicamente. Y no era así porque estuviera en forma por el deporte, ya que este formaba parte de su vida y de su profesión.

Yo había visto fotografías de Sergio de más joven, cuando llevaba otra vida diferente, y siempre tuvo un cuerpo moldeado y esculpido. El deporte entró en su vida más tarde, así que os podéis hacer una imagen perfecta de cómo era desde entonces.

El hombre al que iba agarrada se podía catalogar como perfecto, porque no solo era una cara bonita, atractiva y varonil, y un cuerpo espectacular, sino también una persona empática y cariñosa, simpática, cercana y protectora. Un

amigo en el que siempre podías confiar. Mi amistad con él no llegaba al nivel de Abel, pero igualmente Sergio era parte de mi vida y lo quería, tanto de sentimientos de amistad como de querer tenerlo a mi lado siempre.

—He dicho que no me puedo creer que no vayas a contarme nada más —dije haciendo un puchero.

—Lo conocí hace unos fines de semana, al poco de que tú empezaras a anular las clases. Pasamos un sábado y domingo geniales, después hemos ido quedando días sueltos.

—Oh, no sabes cómo me alegro —sonreí al ver un brillo especial en sus ojos.

—Mañana viernes hemos quedado para cenar en un restaurante y me ha invitado a su casa, para pasar otro fin de semana juntos.

—Genial —dije feliz. Apoyé la cabeza en su brazo.

—Por ahora sí. La verdad es que pensaba que sería una aventura de unos días, pero le veo interesado. La mayoría de las veces que hemos quedado, sobre todo, cuando se acercan los fines de semana, es él que me busca. No sé.

—¿Y tú? ¿También estás interesado?

—Demasiado, diría yo —me contestó y lo miré de reojo.

—¿Eso es malo?

—Depende del grado de implicación que tenga la otra persona contigo, Ciara.

—Ya…

—Puede ser tan malo como maravilloso.

—Tienes razón. A lo mejor este fin de semana aclaráis vuestra relación.

—Tal vez… El problema es que es muy fácil hacerse ilusiones.

—Lo imagino —dije pensativa—. Yo también he conocido a alguien.

Se paró de golpe en medio de la acera y me puso delante de él. Fruncí los labios, viendo divertida su reacción y expresión.

—Quiero todos los detalles. ¿Cómo narices ha pasado?

—Lo conocí gracias a Elisa. —comencé a explicarle riendo. Sergio sabía bien quién era mi amiga—. Fui con ella a una cena de amigos y ahí estaba Adam, es uno de los mejores amigos de Ángel, la pareja de Elisa. Esa noche entre nosotros solo hubo tensión, al menos por mi parte la noté, pero se quedó ahí. El giro lo hemos dado esta semana, al inicio, porque nos encontramos de sorpresa y bueno, una cosa llevó a otra.

—¿Qué cosas? —me preguntó con picardía.

—Mal pensado. —Puse los ojos en blanco—. Solo nos hemos besado una vez. —Me encogí de hombros—. Sucedió el lunes cuando nos vimos, pero desde entonces no nos hemos vuelto a ver.

—¿Tampoco sabes nada de él?

—No me ha llamado ni escrito, si es lo que estás preguntando.

—Aún es pronto, estamos a jueves. Seguro que para este fin de semana aparece en algún momento.

—Durante la semana me ha estado sorprendiendo —sonreí ruborizada, recordando todo los momentos y el alboroto que se formó en la empresa por las ocurrencias de Adam.

—¿Cómo?

—Sabe dónde trabajo y mis rutinas cuando voy a trabajar, incluido cuál es la cafetería y el bar a los que voy a desayunar y a comer. Lo ha utilizado y cada mañana me ha invitado a desayunar —suspiré—. La primera vez que me lo dijo la camarera que conozco, me dejó sin palabras. Adam se encargó personalmente de ir para informar de que, cuando yo fuera, tenían que hacerle llegar mi cuenta a él.

—Joder, qué chollo —nos reímos, yo por los nervios que todavía sentía.

—No se conformó con eso, también me invitó a comer el martes y el miércoles, y a mis amigos y compañeros también porque me acompañan esos mediodías. Y lo que me ha dado más vergüenza es que cuando menos me lo espero me suben un ramo de flores precioso a mi puesto de trabajo.

—¿Qué dices? Debes ser la envidia de toda la oficina. —Soltó una carcajada—. ¿Y te preocupa no haber hablado con él? —Arqueó una ceja—. Ciara, cada día ha ido dejándote claro lo que quiere de ti, varias veces y de distintas formas. ¿Qué más da una llamada o un mensaje? Ese hombre irá a por ti cuando menos te lo esperes.

—No me he quejado de lo último, solo te he informado. —Sacudí la cabeza—. Adam me ha dado mucho desde el lunes.

—Pues sí. —Me abrazó.

Le rodeé el cuerpo con los brazos, apoyando la cara a la altura de su pecho. Él me dio un beso en la cabeza. Continuamos en esa posición sin movernos durante unos segundos, antes de volver a caminar hacia mi piso. Estábamos a unas calles.

—¿Y el imbécil ese de Fabián te ha dicho algo por las últimas novedades? ¿Te ha tocado las narices al ver lo que te llevaban a la oficina? —Quiso saber serio.

Sergio estaba al tanto de mi situación con Fabián. Muchos jueves y viernes desahogaba con él la rabia e impotencia que sentía, dándonos golpes y revolcándonos por el suelo, en una lucha que yo siempre perdía. Me daba igual porque el propósito era aliviar mi carga para tranquilizarme.

—Hoy ha sido el primer día de la semana que ha venido a trabajar, antes ha estado malo. No ha visto mucho, pero sí el ramo de hoy.

—¿Y? ¿Tengo que pasarme mañana por tu empresa?

Me reí, pero no me acompañó en las risas. Ni siquiera sonrió.

—Solo me ha mirado mal. Tranquilo que Abel está teniendo unos días libres de reuniones y no sale casi de la oficina. Con él cerca de mí Fabián se controla.

—Mañana practicaremos más fuerte —me dijo y agrandé los ojos.

—No —jadeé.

—Oh, sí. Ya lo verás. —Me pasó el brazo por los hombros, pegándome a él—. Tengo que asegurarme de que sabes enfrentarte a ese tío sola, y a todos los demás impresentables que se crucen en tu camino.

—Llevo contigo cinco años, entrenando dos veces a la semana, y al principio eran más días. Algo he aprendido, ¿no?

—Nunca es suficiente, preciosa.

Solté un bufido que lo hizo reír, pero no cambiar de idea. Conforme fue diciéndome lo que haríamos al día siguiente en la clase, fui lloriqueándole. Mis intentos no surtieron efecto cuando llegamos al portal de mi edificio, donde me despedí de Sergio con un abrazo y varios besos, hasta el día siguiente que nos veríamos en el gimnasio, muy a mi pesar.

Capítulo 24

—Hola, cariño —me saludó Elisa.

Le puse la mejilla para recibir su beso de buenos días, al que le correspondí.

Por fin era viernes, pero la hora que era no estaba tan bien: las siete de la mañana. Yo podría haber estirado un poco el tiempo para levantarme de la cama más tarde, solo tenía que vestirme, pero mi amiga se iba en unos minutos y me había levantado para tomarnos el primer café del día juntas.

Se sentó frente a mí en la mesa de la cocina, era uno de los pocos momentos en el que la utilizábamos.

—¿Cómo has dormido? —me preguntó.

—Bien.

—¿Has soñado o te has despertado sobresaltada por algo?

—Que yo recuerde no —le confirme sonriendo.

—Guay —suspiró.

—¿Y tú? ¿Has descansado?

—De maravilla.

—Claro, ya se ve —dije al notar su sarcasmo.

Me llevé la taza a los labios, observándola con atención. Elisa tenía ojeras y más sueño del normal a estas horas.

—Anoche discutí con Ángel. —Me dijo haciendo un puchero.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Bueno, en realidad discutí yo sola. —Bufó y arqueé una ceja—. Ese es el problema, que también me he enfadado yo sola. —Puso los ojos en blanco y me lo aclaró al ver mi expresión—. Ángel todavía no ha visto mis mensajes, lo que me ha cabreado más al despertarme —suspiró.

—Pero ¿cómo te has enfadado con él si no habéis hablado? —le pregunté sorprendida.

—Por eso mismo, porque me está ignorando. —Dio un pequeño golpe en la mesa con las manos—. Empecé escribiéndole bien, que si cariño, que si te echo de menos, que si estoy deseando que llegue mañana, que si pásatelo bien… Bla, bla, bla. —Soltó un pequeño grito—. Cuando llevaba media hora haciendo un monólogo comencé a enfadarme y continué escribiéndole, pero en otro tono. Igualmente, no apareció en la conversación, ni siquiera descolgó cuando lo llamé preocupada.

—Seguro que tiene una buena explicación y te has alterado por nada —le dije sonriéndole con cariño.

—La única explicación es que se lo pasó tan bien con sus compañeros del trabajo en la cena, que se olvidó por completo de mí. A saber, a qué hora llegó y cómo. Seguro que bebió y…

—Elisa, Ángel controla mucho. En la cena que compartimos no paró de beber, como Adam, y no se le veía afectado. Seguro que se quedó sin batería en el móvil, o yo qué sé, esperemos que el motivo que le impidió escribirte o llamarte sea cualquiera menos que perdió el móvil.

—¿Me he pasado reaccionando así? —Hizo una mueca.

—Me imagino lo que le pusiste y… ¿Puede que un poquito? —Junté los dedos, a la vez que lo decía.

—Oh, mierda —se lamentó.

Dejó caer la cabeza en la mesa, apoyando la frente en ella, mientras lloriqueaba.

—Venga, anímate —le pedí tocándole el hombro—. Ya verás como dentro de poco sabes algo de Ángel, a lo mejor te sorprende y aparece por tu despacho —sonreí—. Va muchas veces y hoy al ser viernes y después de todo…

—Si no se ha enfadado él conmigo —suspiró.

—Si se ha enfadado tenéis todo el fin de semana para hacer las paces. Estoy segura de que se te ocurrirán muchas ideas para arreglarlo.

—Ya te digo que sí —se rio, poniéndose bien sentada.

—Esa es la actitud. —Le hice un guiño.

—¿Y tú? ¿Estás nerviosa por si Adam se te acerca hoy? —me preguntó con picardía.

Lógicamente Elisa sabía lo que me sucedió con él, desde el mismo día. Cuando Abel me trajo en coche después del trabajo y subí al piso, mi amiga me esperaba detrás de la puerta, impaciente porque le contara lo que me había pasado en el banco, sin saber la sorpresa que también se llevaría ella.

Se quedó igual que yo al descubrir que Adam era el dueño del banco. Tuvo mí misma reacción porque no lo sabía, ni siquiera en qué trabajaba. Ninguna de las veces que ellos quedaron salió el tema de conversación de los trabajos, así que tampoco sabía a qué se dedicaba Raúl.

Y sobra decir lo emocionada que estaba mi amiga, por lo que pasaba entre Adam y yo. Nos había pillado por sorpresa a las dos, aunque Elisa me confesó cuando hablamos que Ángel le hizo algún comentario sobre su amigo Adam el mismo viernes por la noche, cuando se quedaron solos. Elisa se quedó pensativa cuando su novio le aseguró que había visto diferente a Adam, incluso un poco tenso, pero al final ella no le dio importancia porque podía deberse a cualquier cosa.

Esa bomba se la solté la segunda, la primera fue la de Arturo, con la que las dos terminamos llorando de la emoción. Elisa quería conocerlos, a él y a su mujer Carmen.

—No sé lo que hará Adam —contesté a su pregunta.

—Escríbele —me pidió sonriente—. Te di su número de teléfono. Ay —dio una palmada—. Aún no me creo que vayamos a ser las parejas de dos mejores amigos, como lo somos nosotras —se rio, pero después se puso seria de golpe—. Eso si yo todavía tengo novio —susurró.

—Elisa, ¡por Dios! —esta vez me reí yo, con ganas— No seas tan dramática —le pedí entre risas y la contagié.

—Jo.

—Anda, tómate el café con leche antes de que se enfríe y vete a trabajar. Está chispeando, es mejor que salgas cuanto antes con el coche. No quiero que vayas rápido con este tiempo.

—Vale —suspiró, antes de darle un sorbo a su café.

—Oye, ¿de Bea has sabido algo más? Yo le escribí ayer, pero era tarde y no me contestó.

—Le pasa algo —me dijo bebiendo sorbos pequeños—. Todas las veces que la he llamado no lo ha cogido y después siempre hace lo mismo, me escribe un mensaje diciéndome que lo siente, que no lo ha escuchado. A partir de ahí empieza a hablarme por mensajes, para que no la llame otra vez. Pero en los mensajes no transmite la alegría que suele tener. —Hizo una mueca.

—¿Qué narices le habrá pasado? Yo también la he llamado varias veces y también me ha hecho lo mismo.

—No tengo ni idea, pero es desde que salió el viernes por la noche con Cristofer.

—Joder, ¿tú crees? Pero ¿tan mal le fue para tener esa reacción? Porque es lo único que se me ocurre, que la cita saliera fatal y que ella se viniera abajo,

por las expectativas tan altas que tenía. Lo que no me cuadra es que haya sido hasta el punto de querer aislarse, si hubiera sido por lo que he dicho se habría refugiado en nosotras. No sé, está enamorada de Cristofer, pero no creo que fuera tan catastrófico el viernes. ¿No?

—Podemos ir esta tarde a su piso. ¿Qué te parece? —me propuso— Si aparecemos por sorpresa no podrá negarse a vernos.

—Me parece genial. —Asentí—. Espero que no esté tan mal como imaginamos —suspiré.

—Yo también.

Nos terminamos los cafés en silencio, al mismo tiempo. Elisa se fue a su habitación para coger sus cosas para irse al trabajo y yo me senté en el sofá al lado de Milo. Se había subido y estaba adormilado, aparte de precioso. Ya hacía días que tenía la pata perfecta y que no quedaba rastro en él de la mal nutrición que llevó en la calle. Ahora tenía un peso normal para su edad y constitución, y le sentaba de maravilla.

—Me voy —me dijo Elisa, al salir al salón.

—Vale. Ten cuidado.

—Sí. Tranquila —me sonrió.

Se acercó a nosotros para darnos un beso a Milo y se fue del piso, dejándonos solos.

Dirigí la vista a la corredera del balcón. Continuaba cayendo una lluvia fina, pero en cualquier momento podía cambiar porque el cielo estaba muy gris. A esta hora, aunque era temprano, ya tendría que estar amaneciendo, pero todavía parecía de noche por la oscuridad que había.

Solté un suspiro porque, aunque los días así me gustaban, tener que moverme en autobús era lo peor. No me quedaba otra, así que tampoco podía elegir. Me hice otro café que me tomé sentada en el sillón, después de girarlo hacia la corredera de cristal. Me lo bebí observando el exterior, con calma porque me sobraba tiempo.

Cuando terminé le puse la comida a Milo y fui a mi habitación a vestirme. Con el día como estaba tenía claro qué iba a ponerme, ropa cómoda y abrigada, con unas botas. No eran de agua, eran de vestir, pero no calaban por mucho que se mojaran.

Lo cogí todo y me encerré en el baño para arreglarme con el calefactor puesto. Me vestí con un pantalón grueso de pana y un jersey gordo de lana, de cuello alto. En los pies me calcé las botas que he comentado y me recogí el pelo en una cola alta.

Me apoyé en la encimera, frente al espejo, observando mi imagen. No se lo había dicho a Elisa, pero llevaba varias noches despertándome sobresaltada, con malos sueños, los que por suerte no me habían hecho gritar ni hablar en alto. Por eso ella no se había enterado.

Me notaba cansada y sabía cómo terminaría si continuaba como hasta ahora. Las pesadillas de una realidad que quería olvidar se hacían más constantes y me asustaba porque no quería volver al tiempo en el que lo pasé tan mal, luchando por no dormirme. Lo que me pasó factura.

Cerré los ojos unos segundos y cogí una bocanada de aire, pensando en que, aunque lo había querido evitar, debía llamar a la consulta del doctor Suárez. Cuando los abrí y volví a ver mi imagen en el espejo, tomé la decisión de que lo haría para frenar lo que estaba comenzando. El problema era que volvería a medicarme y tampoco me venía bien.

Solté un suspiro, separé las manos de la encimera, me puse recta y asentí con la cabeza hacia mí misma, con la mano en el pecho. Me lo froté con delicadeza, con muchas emociones revoloteando en mi interior, como cada vez que lo hacía.

Fui a la habitación para ponerme la chaqueta acolchada. En esta ocasión dejé el abrigo en el armario porque la chaqueta era impermeable y también abrigaba más. Me subí la cremallera y me enrollé la bufanda al cuello, dándole varias vueltas. También era de lana y cubría mucho.

Por último, me crucé el bolso al hombro y cogí el paraguas, el que me dejé en la mano para llegar a la parada de autobús.

—Milo, me voy ya —alcé la voz—. Hola, juguetón —me reí parándome en el pasillo.

Vino corriendo hacia mí y empezó a darme vueltas. Me agaché para cogerlo en brazos y le di varios besos, mientras continuaba mi camino hasta la puerta.

—Pórtate bien, ¿vale? —Soltó un pequeño ladrido y sonreí— Hoy llegaré pronto como ayer, para comer. —Le acaricié la cabeza—. También saldremos a dar un paseo con el carro, antes de irme a mi cita con Sergio.

Ladró varias veces más, era el efecto que tenía la palabra carro para él. Le encantaba subirse porque significaba que salíamos a la calle, aunque él seguía queriendo bajarse al suelo, como era normal. Sabía que cuando llegara el momento disfrutaría de pisar la calle por él mismo y que no echaría de menos el carro, lo que era de agradecer. No quería que volviera a pasarlo mal por nada.

Me despedí de Milo con un último beso y lo dejé tranquilo en el piso. Mientras bajaba en el ascensor le escribí un mensaje a Abel, para avisarle de que llegaría bastante antes de lo normal.

Ciara: *Buenos días. ¡Venga, arriba, que ya es hora! Ja, ja, ja… Me he levantado pronto con Elisa y como el día está lluvioso y no quiero ir con prisas, por el hay problemas con el transporte público, salgo ya. Estoy bajando en el ascensor, cuando esté en el autobús te aviso con otro mensaje. Si puedes llegar antes perfecto, pero si te va muy mal y tienes que correr mucho, nos vemos a la hora de siempre en la cafetería de enfrente de la empresa. Hasta ahora, te quiero.*

No me hizo esperar por su respuesta, me llegó a los pocos minutos, antes de que saliera del edificio.

Abel: *Buenos días, preciosa. Estupendo, me viene genial porque hace un rato que estoy preparado. Lo que me fastidia es que tenía pensado ir a por ti para ahorrarte el autobús y ya no llego, a no ser que me esperes. También salgo ya.*

Ciara: *No te preocupes. En autobús llegaré perfectamente, a esta hora irá bien de tiempo. Ni se te ocurra venir porque por esta zona hay muchas retenciones cuando llueve y te quedarás atascado. Nos vemos en la cafetería, ten cuidado.*

Me guardé el móvil en el bolsillo de la chaqueta y salí del ascensor, para dirigirme hacia la puerta principal. En la calle, me paré en el pequeño techado para abrir el paraguas. En este momento llovía un poco más fuerte, pero el agua todavía caía muy suave y fina. Dejé la protección del edificio y comencé a caminar hacia la calle, ajustándome bien la bufanda al cuello.

Odiaba la oscuridad, no la llevaba nada bien. Eso ya ha quedado claro. Me habría encantado que Abel me recogiera, pero no podía hacerlo venir hasta aquí porque en días como estos la gente sacaba más sus coches y se notaba. Le haría perder demasiado tiempo y no tenía sentido. Yo tenía que enfrentar mis miedos, porque vencerlos todavía no lo había conseguido.

Solté un suspiro al llegar a la acera y tomé la dirección de la parada de autobús. Estaba cerca, por lo que no tardé en llegar. Me la encontré vacía, no había nadie esperando. Cerré el paraguas y me senté en el pequeño banco que había bajo la protección de la parada.

Los coches pasaban por delante de mí, en ambas direcciones, y me concentré en observarlos para que la sensación que se empeñaba en apoderase de mí no fuera tan fuerte. Cogí una bocanada de aire y fijé la vista en la carretera, hasta que de repente noté una sensación extraña en la nuca y me levanté de golpe, girándome rápido.

Comencé a frotarme los brazos por encima de la chaqueta acolchada, mientras los ojos se me iban hacia todas partes, más allá de la luz de las farolas que solo iluminaban unas zonas concretas. Más allá de ellas la oscuridad ganaba por la hora que era y por cómo estaba el día, aunque se podía diferenciar algo.

Mi sensación continuó y tragué saliva, sintiéndome cada vez peor.

—Menudo día, ¿eh?

La voz a mi lado me sobresaltó y di un pequeño bote en el sitio, volviéndome hacia la persona que había hablado.

—Perdona, no quería asustarte —me dijo un hombre—. Hola.

—Hola —me esforcé por sonreírle—. No pasa nada, estaba distraída. —Negué con la cabeza.

—De acuerdo —me devolvió la sonrisa.

Podía tener perfectamente entre cincuenta y cinco o sesenta años.

—Sí, hace un día para quedarse en casa —le dije, por su comentario del principio.

—Y nosotros aquí a esta hora. No hay derecho —dijo riéndose y sonreí.

Volví a mirar hacia atrás unos segundos, recorriendo la acera y las zonas ajardinadas de los edificios que había a unos metros de la parada de autobús. Seguía sin verse muy bien, pero igualmente pasé la vista por cada pequeña parte.

Cuando me quedé satisfecha porque mi reacción había sido una tontería y desmesurada, me volví hacia el hombre y esperamos juntos, lo que agradecí inmensamente. El autobús llegó puntual, al cabo de pocos minutos. Nos subimos juntos y después de pasar la tarjeta por la máquina, fui a ocupar un asiento, despidiéndome del hombre que se fue más para atrás.

Saqué el móvil para escribirle a Abel, para que supiera que iba bien de tiempo. Así haría un cálculo muy aproximado de la hora en la que yo llegaría.

Ciara: *En el autobús. Puntual.*

Abel: *Perfecto. Estaré en la parada.*

Sonreí, guardé el móvil y dirigí la vista hacia la ventana.

Capítulo 25

Bea: *¿Estás fuera de la empresa? ¿Ya has salido a desayunar?*

Solté un suspiro al leer el mensaje. Por fin Bea parecía que volvía.

Ciara: *Me quedan unos minutos para salir. ¿Cómo estás? Nos tienes preocupadas.*

Bea: *Estoy llegando.*

Ciara: *¿Adónde? ¿Aquí? ¿A mi trabajo?*

Bea: *Sí. ¿Podemos desayunar juntas y solas?*

Ciara: *Claro. Cariño, ¿estás bien?*

Bea: *Tranquila. Nos vemos enseguida. Te quiero.*

Ciara: *Vale. Te quiero.*

Dejé el teléfono en la mesa de trabajo, con el ceño fruncido. Algo grave le estaba pasando porque su actitud y comportamientos no eran normales.

Me di prisa en recoger, aunque todavía faltaban unos minutos para la hora en la que bajaba a desayunar. Dejé la mesa libre, guardando las carpetas y los papeles en varios cajones que cerré con llave, y me levanté para ponerme la chaqueta y colgarme el bolso.

Cogí el paraguas que había metido en una bolsa especial para los días de lluvia y me guardé el móvil en el bolsillo de la chaqueta, mientras iba hacia la mesa de Abel, donde se encontraba mi amigo.

—Hoy os abandono para desayunar —le dije, llamando su atención.

Se giró hacia mí y miró a mi espalda.

—No ha pasado nada con Fabián —le informé y buscó mi mirada.

—Bien. —Asintió—. ¿Entonces?

—Me ha llamado Bea, por fin parece que quiere hablar. Viene hacia aquí para desayunar conmigo, está a punto de llegar.

—Ah. Menos mal —comentó.

Le había contado lo que pasaba con Bea y lo preocupadas que estábamos Elisa y yo desde el viernes pasado, hacía justo una semana. Abel y ella se conocían, mi amigo estaba integrado en mi grupo íntimo porque también formaba parte de él.

—Bajo ya.

—Ve tranquila, hablaré con Asun y Mari para que no se extrañen cuando te veamos en la cafetería y ocupemos otra mesa. —Me hizo un guiño.

—Gracias. Eres el mejor. —Le devolví el gesto.

—Pelota.

Me alejé de él riendo, esquivando su mano cuando intentó alcanzarme. Salí de la oficina y pasé de largo del ascensor, para bajar las escaleras hasta la planta baja, donde saludé a Inés desde lejos.

Una vez en el exterior, me acomodé bien la bufanda y tiré la bolsa del paraguas a la papelera, para abrirlo. Continuaba lloviendo, no tenía pinta de parar, al menos por el momento. Protegida de la lluvia, sonreí al recorrer el camino asfaltado de la empresa, al recordar como encontré a Milo.

Cuando llegué a la acera miré hacia los lados porque no sabía por dónde venía Bea y sonreí al verla por mi derecha. Nos separaban unos metros, pero los recorrió rápido.

El abrazo fuerte que me dio hizo que se me resbalara el mango del paraguas. Nos mojamos durante unos segundos, ya que el suyo lo había bajado al acercarse a mí, pero no fue nada.

—Eh —le dije frotándole la espalda—. Bea, ¿qué te pasa? —tuve la necesidad de insistir.

—Es solo que te he echado mucho de menos —suspiró, mientras se separaba.

Nos tapé con mi paraguas, mirándola fijamente.

—Elisa y yo también a ti —le sonreí—. Vamos a la cafetería, a cubierto.

—Sí.

Me agarró del brazo con el que no mantenía en alto el paraguas y cruzamos la calle, para ir a la cafetería. Bea ya no abrió su paraguas, con el mío teníamos más que suficiente y, además, el camino era muy corto.

Entramos pronto en la cafetería y me siguió hasta una mesa al lado de la cristalera, desde la que veíamos la calle y cómo llovía. Dejé el paraguas plegado y apoyado en la esquina de la pared, a mi espalda, antes de quitarme la ropa de abrigo y sentarme en una silla.

—Hola otra vez, Ciara —me saludó la camarera, sonriente.

—Hola —le devolví el gesto—. ¿Qué quieres tomar? —le pregunté a Bea.

—Un café con leche.

—¿Y de comer?

—No tengo hambre. —Negó con la cabeza.

—A mí tráeme otro café con leche, ya sabes, descafeinado —le pedí a la camarera, quien asintió porque conocía de sobra lo que tomaba—. Y para las dos un par de tostadas, una con jamón y otra con paté, para untarlo.

—Enseguida vuelvo. —Me hizo un guiño, antes de irse.

—Es verdad que no tengo hambre —repitió Bea.

—Te entrará cuando veas la comida —le sonreí.

—Bueno —suspiré—. Pero pago yo.

—Mmm… no tenemos que preocuparnos por eso, por el momento estoy invitada a todo lo que tome aquí —carraspeé.

—¿Cómo? —Frunció el ceño, sin entenderme.

—Te has perdido algunas cosillas que te contaré más tarde. Ahora dime qué te pasa, Bea —le pedí con expresión preocupada. Me quedé en silencio y ella no habló—. ¿Por qué llevas gafas de sol en un día nublado? —le pregunté susurrando— ¿Y por qué no te las has quitado al entrar aquí?

Giró la cabeza hacia la cristalera, pensativa, y le di el tiempo que necesitó. Hasta que volvió a mirarme y se quitó muy despacio las gafas de sol. Solo podía verla yo porque a mi espalda había una pared, así que, si ella no giraba la cabeza pasaba desapercibido lo que dejó a la vista. Siempre y cuando alguien no se fijara desde la calle, si miraba hacia nosotras a través de la cristalera.

Agrandé los ojos y entreabrí los labios, al ver el morado que tenía alrededor del ojo y en el pómulo. Ya comenzaban a cambiar de color.

—¿Qué mierda te ha pasado? —Siseé, poniendo el pecho sobre la mesa— Bea.

—Ha sido el vecino de mi madre —Agrandé los ojos y solté un pequeño jadeo.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

Se colocó las gafas cuando vio de refilón acercarse a la camarera. Esta nos dejó los cafés con leche y las tostadas, y se fue rápido, justo cuando Abel, Asun y Mari entraron a la cafetería. Mi amigo solo tuvo que verme la cara para no acercarse a nosotras. Nos hicimos un gesto con la cabeza y les sonreí a las chicas, cuando levantaron las manos hacia mí.

Eliminé todo lo que tenía a mi alrededor, para concentrarme únicamente en Bea. Se había dejado las gafas puestas y en este instante estaba removiendo su café. Esperé en silencio a que volviera a hablar, mientras endulzaba mi café.

—¿El viernes fue bien con Cristofer? —le pregunté casi en un susurro, sin poderme contener.

—Sí.

Levanté la mirada al notarla emocionada, a punto de llorar.

—¿De verdad? —insistí.

—De la buena. Con Cristofer fue increíble, y después, con lo que hizo… es el amor de mi vida, pero él no lo sabe todavía. —Hizo un puchero.

—¿Qué hizo? Cuéntame que pasó desde el viernes, Bea.

—Primero quiero pedirte perdón —suspiró—. A Elisa también se lo diré cuando la vea —negó—. Hasta hoy no he tenido fuerzas para ponerme delante de vosotras, para hablar. He estado desaparecida porque estaba cuidando de mi madre, ella terminó mucho peor que yo. —Se señaló la cara y agrandé los ojos por la sorpresa—. Y también quería que mi morado no fuera tan escandaloso. —Bufó—. Si no hubiera sido por Cristofer… —Se mordió el labio inferior.

—¿Él está bien o también…?

—Solo tiene algunas marcas en los nudillos, de los golpes que le dio al vecino de mi madre. —Se encogió de hombros.

—Joder. —Me froté la cara—. Quítate las gafas, donde estás sentada no te ve nadie —le pedí porque no tenía que esconderse. No quería que lo hiciera.

Me hizo caso y las dejó en la mesa. Intranquila, se giró un poco hacia la cristalera. La lluvia había comenzado a apretar y caía con más intensidad.

—Como te he dicho la cita del viernes por la noche con Cristofer fue genial —sonrió al recordarlo, con los ojos brillándole más de lo normal.

—No sabes cómo me alegro.

—Sí que lo sé —me agarró una mano por encima de la mesa y le di un apretón—. Me invitó a cenar a un restaurante muy bonito, ya iremos algún día a comer. —Asentí—. Estuvimos muy a gusto, Cristofer me enamoró más, desde que lo vi. Estaba… —Se mordió el labio inferior y sonreí.

—Que te despistas —le dije divertida.

—No es para menos, amiga —se rio y sentí alivio al verla de esa forma—. Después de cenar fuimos a mi piso a tomar una copa y ya no salió en todo el fin de semana. Nos tomamos esa copa y también nos acostamos cuando comenzó a subirnos la temperatura con los tonteos —suspiró.

—Menos mal. Elisa y yo hemos llegado a pensar que te fue muy mal el viernes con él y que por eso estabas desaparecida, porque te afectó.

—Nada de eso. Disfruté de la mejor cita de mi vida, al igual que del sexo. De este último varias veces, antes de caer rendidos en mi cama. —Me hizo un guiño.

—¿Entonces cómo se complicó todo tanto? ¿Qué le pasó a tu madre?

—Fue el sábado. —Resopló—. Cristofer continuaba conmigo, me sorprendió subiendo a mi piso una mochila porque fue a la cena con la intención de no separarse de mí hasta el domingo por la noche. Estaba siendo un fin de semana increíble, Ciara, de verdad, de ensueño, pero la vecina de mi madre me llamó llorando, para alertarme de que su marido se había colado en la casa de mi madre para hacerle daño.

—Qué narices… —Jadeé.

—Mi madre y yo llevamos años intentando que ella se separe de ese monstruo que le hace daño físico y mental, pero todavía no lo hemos conseguido. Le tiene mucho miedo y nunca se ha atrevido a dar el paso, hasta el fin de semana pasado.

»El caso es que el sábado por la noche ese tío llegó muy borracho y pasado a su casa y se portó como siempre, descontrolado. La única diferencia fue que mi madre estaba en la cocina con su vecina porque ninguna de las dos esperaba que él llegara.

—Dios mío. —Fruncí los labios.

—Sí. —Hizo una mueca—. Las pilló desprevenidas porque siempre que sale los viernes de fiesta no aparece hasta días después. La vecina de mi madre le pidió a mi madre que se fuera antes de que la viera, pero igualmente ese hombre la pilló saliendo de su casa.

»Lo mejor era que mi madre desapareciera, lo hicieron bien, pero con la mala suerte de que las pilló. Con mi madre de por medio ese tío se pone mucho peor y fue lo que sucedió. No soporta a mi madre porque sabe que le insiste a su mujer para que lo deje y pida ayuda. Por eso no puede verla.

—¿Cómo está tu madre, Bea? ¿Qué le hizo?

—La golpeó bastante. Muchísimo. Fue duro cómo me la encontré y verla estos días tan…

—Eh —le apreté la mano.

—Pero se está recuperando bien —sonrió, retirándose unas lágrimas de la cara.

—Es fuerte y una luchadora.

—Sí. —Asintió—. No podía separarme de ella, el domingo llamé a mi jefe para pedirle una semana de vacaciones. Le dije que mi madre había tenido un accidente y que necesitaba mi ayuda. Me dio los días libres sin hacerme preguntas, ya sabes cómo es, un amor de hombre, aparte de que confía en mí. —Asentí—. Volveré al trabajo a la mitad de la semana que viene. Por suerte esto ya estará más apagado y con maquillaje lo haré desaparecer. —Se señaló la cara.

—Claro que sí —le sonreí.

—Cuando la vecina de mi madre me llamó casi me da algo. Fui con Cristofer a la casa de mi madre y al entrar nos lo encontramos todo. —Sacudió la cabeza, con los ojos brillantes por las lágrimas—. Mi madre estaba en el suelo, inconsciente, y ese hombre todavía no se había ido. Cristofer se lanzó a por él con una fuerza que no sabía que tenía. Terminó inmovilizándolo y yo llamé a la policía, la que se lo llevó.

—¿Está detenido? ¿Su mujer lo ha denunciado?

—Sí. Por fin ambas cosas. —Soltó el aire despacio.

—No sabes cómo me alegro.

—A ver cómo va. Yo solo quiero que ese tío desaparezca y que mi madre y su vecina puedan vivir tranquilas.

—Seguro que sí, Bea. —Le acaricié la mano que todavía no le había soltado.

—Cristofer se ha quedado conmigo todo el tiempo que ha podido. Ha estado yendo al hospital porque mi madre estuvo hasta ayer ingresada.

—Joder. —Fruncí los labios.

—Era por control. Ya está bien, aunque si la ves no lo parece. Las marcas tardarán un poco más en irse.

—Lo importante es que ella esté recuperada y fuera de peligro, igual que tú. Igual que todos.

—Lo estamos. —Me apretó la mano.

—Si Elisa y yo lo hubiéramos sabido habríamos podido ayudaros —dije con pesar.

Me sentía muy mal por ella y por su madre, por lo que habían tenido que pasar.

—Lo sé, pero necesitaba estar sola. ¿Lo entiendes?

—Y tanto que sí. Lo comprendo perfectamente.

—Debía pasar por esto yo sola.

—Al menos has tenido contigo a Cristofer —sonreí.

—Sí, y se ha instalado conmigo en mi piso —se rio y amplié la sonrisa—. ¿Te puedes creer que se ha empeñado en no dejarme sola? Dice que es para protegerme.

—Me lo creo y me encanta.

—Pues ya sabes porque he estado desaparecida y porque evitaba hablar contigo y con Elisa. Estaba muy flojita de ánimos a veces y si os hubiera escuchado…

—No tienes que justificarte —la interrumpí—. Es solo que estábamos preocupadas.

—Lo imaginaba, por eso os escribía, para que la preocupación no fuera tanta. Pero no podía llamaros. Cristofer me dijo que me diera tiempo y es lo que hice, pasé tanto miedo y nervios al encontrar a mi madre en ese estado.

—Me has dicho que lo de la cara te lo hizo ese tío.

—Oh, sí, la única vez que se escapó del agarre de Cristofer. Se lanzó hacia mí porque yo estaba cerca de la puerta y me derribó para huir, pero Cristofer lo agarró con fuerza y tiró de él hacia atrás, lanzándolo al suelo. Si hubieras visto cómo le pegó entonces, porque me había golpeado a mí —suspiró.

—¿Cuándo es la boda? —le dije en broma, para reírnos.

Lo hicimos, soltamos una carcajada, pero no era tan broma. Lo intuía, sabía que tenía a mis dos amigas junto a dos grandes hombres, aunque hoy Elisa creyera que volvía a estar soltera. Ese pensamiento me hizo sonreír.

—Y ahora que ya sabes todo lo que me ha pasado, lo bueno y lo malo, dime como es que tienes pagado todo lo que te tomes aquí. ¿Quién te invita?

—Uy —tosí varias veces y elevó las cejas, mirándome divertida—. Es un poquito largo de contar, ¿te acuerdas de la cena a la que fui con Elisa, el mismo viernes de tu cita con Cristofer?

—Joder, claro. Anda que no he tenido ganas de preguntaros como fue. —Bufó.

—Pues conocí a los amigos de Ángel y uno de ellos es Adam.

—Ajá —dijo asintiendo— ¿Y? —me preguntó al notar que hice una pausa muy larga.

—Pues que está interesado en mí. No sé cómo ni porqué, pero así es. Yo lo besé, inicié un beso que él terminó de una forma que… resumen, que durante esta semana no ha dejado de sorprenderme. No lo veo desde el lunes, pero me paga lo de esta cafetería, también nos ha invitado a comer a mis compañeros y a mí en el bar de Pablo, y cada día me sorprende con un ramo de flores que me suben a mi puesto de trabajo.

—¿Qué? —Gritó y me reí cuando se tapó la cara, al notar que los de alrededor nos miraban.

Abel debía estar ya tranquilo al vernos porque sabía que él era uno de los que estaban pendientes de nosotras, y no solo ahora, sino desde que había llegado y había visto mi expresión seria y preocupada.

—Lo que has oído —le confirmé—. Así que estoy… pues no lo sé, la verdad —suspiré.

—Coladita por los huesos de ese hombre, el tal Adam. Joder, qué ganas de conocerlo. ¡Qué vamos a hacer pleno las tres!

Comenzó a aplaudir riendo y yo la observé sonriendo. Me encantaba verla así, y más después de lo que me había contado.

Capítulo 26

Miré la hora de nuevo. Había perdido la cuenta de cuántas veces se me habían ido los ojos en la última hora, hacia la esquina de la pantalla del ordenador donde estaba el reloj.

Parecía que el tiempo no pasaba. Tenía tantas ganas de irme, de cerrar otra semana de trabajo, que no veía el momento.

La mañana me había cundido y no solo en el trabajo, también por la conversación con Bea y porque había hablado con Elisa para contarle por encima lo de nuestra amiga. Se había preocupado y echado a llorar al escucharme, pero la había dejado tranquila asegurándole de que Bea estaba bien, al igual que su madre.

Tal y como me pidió Bea antes de irse, le comenté a Elisa que la llamaría a última hora de la tarde, para contarle directamente, ella misma, lo que le había pasado. Por fin pude conocer a Cristofer, cuando me despedí de Bea fuera de la cafetería. Vino a buscarla para llevarla a la casa de la madre de ella. Allí se quedarían hasta la noche, para que mi amiga continuara cuidando de su madre y de paso, para animar a la vecina porque esta estaba muy nerviosa y preocupada con la situación.

Por el momento ambas vivían juntas, la madre de Bea y su vecina. De esa forma se hacían compañía en un momento tan delicado, con Bea y Cristofer por la casa como refuerzos, dándoles confianza cada vez que iban.

Me alegraba y me dejaba muy tranquila saber que Cristofer estaba al lado de Bea, que se separaba de ella lo justo y necesario, únicamente. Él se había

involucrado al cien por cien y yo había podido comprobar en pocos minutos, en el tiempo que había durado nuestro breve encuentro, que ese hombre estaba completamente enamorado de Bea.

Era algo que se notaba, solo había que fijarse en las miradas y en los gestos porque estos hablaban por sí solos, y Cristofer en todo momento ponía por delante a mi amiga. Estaba muy pendiente de ella, pero Bea no se quedaba atrás porque sus sentimientos por él eran muy fuertes.

Como ya sabía, porque lo intuía y lo sentía con fuerza, mis dos amigas habían encontrado el amor con dos hombres a la altura de ellas. Esperaba que Abel tuviera la misma suerte, porque todavía mencionaba de forma casual a Emma, la chica que conoció gracias a su amigo Miguel durante el mismo fin de semana, el pasado, el mismo que parecía que a todos nos había cambiado en algún aspecto.

Lo último que Abel me comentó sobre ella era que estaba pensando si llamarla esta tarde para proponerle salir a cenar. Y algo me decía que mi amigo tenía una cita asegurada porque ella aceptaría sin dudar.

Aparté todos los pensamientos y dirigí la mirada hacia la mesa de trabajo de Abel. Estaba vacía, mi amigo todavía no había salido de la reunión de última hora a la que se había visto obligado a ir. Antes de encerrarse me había dejado claro que no se iría tarde, que terminara o no la reunión al final de la jornada, él igualmente se iría a su hora.

Me había pedido que lo esperara en la entrada de la empresa para llevarme en coche al piso, o más me había amenazado para que ni se me ocurriera irme sin él. Hoy precisamente no iba a rechazarlo porque desde hacía un buen rato llovía con intensidad y lo que menos me apetecía era pasar frío y mojarme. Iba a aprovechar la comodidad de ir en vehículo.

Cuando por fin el reloj marcó la hora de irme, la una y media, ya estaba más que preparada, con la mesa recogida. Me levanté casi de un salto de la silla, para ponerme la chaqueta y la bufanda. Después de abrigarme me colgué el bolso y me despedí desde lejos de Asun y de Mari, deseándoles un buen fin de semana, lanzándoles un beso. Me correspondieron a todo. También fui diciéndoles adiós a los compañeros que me encontré conforme recorría la oficina, mientras salía de ella.

Al llegar a la zona de los ascensores tenía la intención de pasar de largo de ellos, pero justo cuando iba a ir hacia las escaleras, las puertas de uno se abrieron en la planta y vi que había bastantes compañeros dentro. Decidí entrar, pero para mi desgracia no fui la única, otra persona se coló en el último momento: Fabián.

Me aparté disimuladamente todo lo que pude, hasta que poco a poco apoyé el brazo en una de las paredes laterales. El espacio se hizo mucho más pequeño y asfixiante al compartir espacio con ese tío. Mis nervios comenzaron a aumentar cuando el ascensor fue quedándose cada vez más vacío, mientras bajaba demasiado lento para mi gusto. No quería quedarme a solas con él, y menos sin tener una salida rápida.

—Puedo escuchar desde aquí tus pulsaciones aceleradas, cómo te bombea el corazón por el miedo.

Me puse rígida al oír a Fabián a mi espalda, demasiado cerca, y el chasqueo de su lengua me puso el vello de punta. Miré de reojo a los compañeros que quedaban con nosotros. La siguiente parada era la última, la de la planta principal, así que estaba salvada.

—¿Qué dices? Si notaras algo serán las ganas que tengo de salir de aquí porque es viernes —dije con un tono normal de voz, o al menos lo intenté y me pareció que lo conseguí.

—Se te da fatal mentir. Estoy convencido de que huyes de mí, cada vez más. ¿Es cierto, preciosa?

—Sigues sin tener ni idea de lo que dices.

Fijé la vista en la pantalla eléctrica, estábamos a punto de llegar.

En cuanto las puertas del ascensor se abrieron salí lo más rápido que pude, controlándome para no correr. No quería darle más motivos a Fabián para que creyera de verdad lo que había insinuado. Era verdad, pero él no iba a saberlo.

Me largué del ascensor conteniendo la respiración porque las puertas me salvaron de que me tocara. Un segundo antes noté el roce de una de sus manos, pero fue muy breve porque pude moverme hacia delante y escapar.

No sabía lo que pretendía, si su propósito era asustarme o divertirse con algo que solo su mente retorcida podía disfrutar. Escuchar sus pasos detrás de mí me alteró más de lo que me había puesto. Inés no se encontraba en su puesto de trabajo, así que caminé directa hacia la salida, con la esperanza de librarme del incordio de Fabián.

A pesar de las agujetas que tenía de la tarde anterior, por la actividad física con Sergio, estaba claro que hoy iba a desahogarme a lo grande, una vez más por culpa de este idiota que no dejaba de molestarme a la mínima oportunidad que se le presentaba.

Mi entrenador y amigo iba a enfadarse porque no haría falta que se lo contara, lo notaría enseguida en la energía de mis movimientos y los golpes del principio. La clase de hoy sería dura porque sabía que Sergio me llevaría al límite por mi bien. Si ya me avisó ayer…

Mientras recorría la zona principal de la planta baja varios compañeros de la empresa pasaron por mi lado, de los que me despedí con la mano. Yo no pensaba ir más allá de la entrada del edificio, ahí esperaría a Abel, siempre y cuando Fabián se largara y me dejara tranquila. Pero por lo visto era pedir demasiado porque no hizo ni una cosa ni la otra, para mi desgracia.

—Estoy un poco cansado ya de que me ignores.

Solté un jadeó cuando me agarró del brazo para pararme de golpe y tirar de mí hacia atrás. Acabábamos de salir de la empresa.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! —le exigí.

—Ahí está, tu miedo. —Soltó una carcajada y yo otro jadeo, por la fuerza y la agresividad con las que me apretaba el brazo.

Me estaba haciendo daño, dejándome los dedos marcados por la fuerza con la que me sujetaba, y eso que yo llevaba capas de ropa más que suficientes como para hacer muy ligero el contacto y amortiguarlo, junto al dolor.

—Me encanta, pero lo disfrutaré mucho más cuando te escuche gritar en mis manos. Aunque te niegues, lo estás deseando.

—Puedes seguir pensando eso si sigues vivo dentro de unos segundos, para lo que estaré encantado de demostrarte lo equivocado que estás. El único que gritarás serás tú.

Esa voz más grave de lo normal, fuerte y profunda, sonando rotunda, me dejó sin respiración.

Al escuchar las palabras agrandé los ojos y por primera vez, me atreví a girar la cabeza. Me encontré con Adam, pero no con sus ojos. Su mirada estaba fija en Fabián y en la mano de este, que seguía agarrándome con fuerza del brazo.

Adam parecía muy tranquilo, tenía las manos metidas en los bolsillos del abrigo y su postura daba la sensación de ser casual, pero, a pesar de lo poco que lo conocía, sabía que era una fachada muy calculada que enmascaraba cómo se sentía en este momento. La ligera tensión en su mandíbula era prueba de ello.

Su amenaza que acababa de hacerle a Fabián no era vacía, sino una muy real, y tuve miedo de que Adam se involucrara en un problema mío y que pudiera salir perjudicado por ello.

—¿A mí tampoco me has escuchado? Porque ella ha sido la primera en decirte que apartes tu asquerosa mano de su brazo. ¿Te lo repito? Créeme, no te gustará el método tan original que utilizaré la próxima vez, porque no te lo diré con palabras. Te aconsejo que dejes de tocarla ahora mismo, ya. —Me estremecí—. Y de estar tan cerca de ella, si quieres continuar con tu vida.

—¿Quién mierda eres tú?

Fabián se enfrentó a él, girándose hacia Adam. Al moverse me llevó con él e hice una mueca, por su brusquedad.

—Ya has tenido tu oportunidad —dijo Adam.

Me dejó sorprendida cuando fue hacia Fabián. No lo vi venir, lo hizo con una determinación y elegancia que no anticipó la agresividad que utilizó para apartar a Fabián de mí e inmovilizarlo contra la pared de la fachada de la empresa.

—Vuelve a acercarte a Ciara con malas intenciones y será lo último que hagas en tu jodida vida —le siseó Adam—. Por tu bien mantén una distancia de seguridad con ella porque estoy dispuesto a romperte a ti y a tu vida, tal y como la conoces. Te aseguro que puedo hacerlo tan rápido que ni te lo imaginas, con un chasqueo de dedos te quedarás sin nada y no me conformaré con eso.

—¿Quién eres? —repitió Fabián, entre dientes, aguantado lo que le estaba haciendo.

La presión y la fuerza que le estaba ejerciendo en el cuello lo habían dejado paralizado.

No supe que vio Fabián en Adam para agrandar los ojos y entreabrir los labios, entre la sorpresa y el miedo. A él lo tenía frente a mí, a unos pasos, pero Adam me daba la espalda y no pude ver su expresión.

—¿Qué narices sucede aquí?

Nerviosa, me giré rápido hacia mi amigo Abel. Mari y Asun salieron con él y se taparon la boca con las manos, al encontrarse con esta escena.

—Abel… separa a Adam de Fabián —le supliqué con la voz y la mirada.

No podía permitir que, con lo importante que era Adam, se viera involucrado en problemas por mi culpa. Escuché un gruñido de él, una reacción de que no estaba de acuerdo con lo que acababa de decir, pero me dio igual.

—Me ha incordiado y seguido al salir del ascensor—continué hablándole a Abel, con un hilo de voz.

No hizo falta que le aclarara a mi amigo a quién me estaba refiriendo, como tampoco que le contara nada más sobre lo que había pasado. Solo tuvo que ver mi estado de nervios y cómo me frotaba el brazo con energía porque me ardía donde Fabián me había hecho daño. Y si le sumaba que ya sabía que era Adam quien había acorralado a Fabián contra la pared…

Abel fijó la mirada en mi brazo y en mi mano. Con la mandíbula apretada siguió cada uno de los movimientos que hacía al frotarme, para aligerar y calmar el dolor. Cuando buscó mis ojos supo exactamente lo que había sucedido y reaccionó.

Capítulo 27

Adam

Había llegado a la empresa de Ciara animado. Tenía la intención de secuestrarla el fin de semana, para que lo pasáramos juntos.

Sabía que era muy pronto, que habíamos compartido poquísimo, que desde el lunes no nos veíamos y que ese fue el único día en el que estuvimos solos y nos acercamos, aunque eso no me había impedido estar presente en su día a día, de otras formas diferentes.

Le había hecho pensar en mí como quería y deseaba, con cada detalle que había tenido con ella durante la semana. Los momentos compartidos con Ciara me habían demostrado que a veces tenía que ir muy lento y con mucho tacto, y en otras ocasiones debía presionarla para que reaccionara y sacara lo que llevaba en su interior.

Así que, después de todo, continuaban dándome igual los contras que se me planteaban porque los tumbaba al instante. Me había contenido mucho, en el sentido de que había tenido que controlar las ganas de verla, pero esa contención me había servido para que se ilusionara poco a poco. Hoy viernes la tregua había llegado a su fin. Quería pasar tiempo con Ciara y era exactamente cómo iba a plantearle el fin de semana.

Lo que no me esperaba al llegar a su empresa para recogerla, era encontrarme con un tío amenazándola e intimidándola. Ella no me vio acercarme a la entrada de la empresa, por lo nerviosa que salió. Él no me conocía y tampoco se dio cuenta de mi presencia, como tampoco de que fui

acortando la distancia con ellos. Vi demasiada fijación en los ojos de él hacia Ciara, mientras que ella intentaba escapar con expresión de miedo y desconcierto.

Un gran error por parte de ese tío. Había cometido uno abismal porque no sabía dónde se había metido, ni tampoco con quien. Todo el conjunto me cabreó de una manera que hacía muchísimos años que no sentía. Me hirvió la sangre y mientras el desgraciado mantenía a Ciara agarrada del brazo a la fuerza, después de tirar de ella hacia atrás con brusquedad, se me nubló la vista y tuve que echar mano de todo mi autocontrol para no lanzarme directamente sobre él.

Ahora mismo, mientras lo retenía y lo apretaba contra la pared del edificio, presionándole el cuello con el brazo, estaba disfrutando al verlo y sentirlo acobardado, tal y como pretendía tener él a Ciara. Si yo no hubiera aparecido… cerré los ojos unos segundos para borrar los pensamientos que me vinieron a la mente, porque podían llevarme por muy mal camino.

Escuché a mi espalda la voz de un hombre y la de Ciara, por lo que supe pronto que se trataba de su amigo Abel. Ella dijo su nombre.

—Adam —me llamó Abel.

Se dirigió a mí muy tranquilo, hablándome suavemente, con el tono típico que se utiliza cuando quieres calmar a alguien para que se relaje.

—No vale la pena. Yo me encargo —me pidió.

—Esto no va a quedarse así entre tú y yo —le dije al imbécil que sujetaba. Agrandó un poco más los ojos—. Hoy te libras, pero recuerda mis palabras porque no me verás venir antes de tenerme delante de nuevo.

Me separé de golpe de él, momento en el que cogió varias bocanadas grandes de aire, el que le había faltado por mi agarre. Di un paso atrás, sin desviar la vista ni un segundo.

—Gracias —me dijo Abel, poniéndose a mi lado.

—No lo he hecho por…

—Lo sé —me interrumpió—. De todos modos te lo agradezco porque hacerle un bien a Ciara es hacérmelo a mí.

Asentí y carraspeé, para aclararme la voz.

—Desaparece de aquí, Fabián, el lunes te encontrarás con las consecuencias —le advirtió Abel con frialdad, dando un paso hacia él—. Te lo aseguro.

—Y un mierda —soltó el otro con rabia, antes de alejarse de nosotros casi a la carrera.

—Ignóralo —se dirigió de nuevo a mí Abel—. Se ha ido cagado y temblando, tardará en encontrar el valor de acercarse —comentó convencido —. De todos modos, no voy a dejar a Ciara sola. Me presento, soy Abel, compañero de ella y un muy buen amigo. —Me ofreció la mano.

—Encantado, me ha hablado de ti. Yo soy Adam. —Le acepté el gesto.

—Lo imaginaba, a mí también me ha hablado de ti—sonrió—. Y ahora que ya nos hemos dicho los nombres que ya sabíamos —habló con humor y sonreí de medio lado—, ellas son Asun y Mari.

Me presentó a las dos mujeres que habían aparecido con él y las saludé. Al cabo de unos minutos cuando ellas se despidieron y se fueron hacia el camino que llevaba hasta la acera, Abel abrazó a Ciara.

—¿Cómo estás? —le preguntó, frotándole la espalda.

—Bien, tranquilo —le contestó ella, mirándome a mí por encima del hombro de su amigo.

Apoyé la espalda en la fachada, mostrándome lo más relajado posible. Preferí esperar para acercarme a ella, incluso para hablarle, porque así se despedía de su amigo lo antes posible.

Abel me había caído bien. A pesar de que era pronto y de que tenía que conocerlo personalmente, la primera impresión había sido muy buena. Aparte, todo lo que sabía de él por Ciara jugaba a su favor. Pero por muy bien que me

cayera ahora mismo me sobraba su presencia. Quería llevarme cuanto antes a Ciara de aquí y para que eso sucediera él tenía que largarse. No me cabía duda de que no tardaría en irse.

—¿Seguro? ¿Cómo tienes el brazo? —Le preguntó Abel.

Apreté la mandíbula al escucharlo. No se me había olvidado lo que le había pasado, pero traerlo a mi mente con más insistencia elevó mi enfado. Bajé la mirada exactamente a la zona del brazo de Ciara a la que se estaba refiriendo Abel.

—Ya no lo noto casi —le respondió sonriendo.

—Mientes muy mal, cariño. —Le acarició la mejilla, con afecto y delicadeza.

—Pues no me preguntes —suspiró Ciara e hizo una mueca.

—Ya no hace falta que te lleve a casa —comentó él, con tono divertido.

—No, no hace falta —repetí dejándolo claro, antes de que ella dijera algo al respecto.

—Vale. Cuídamela —me pidió Abel y únicamente le di un asentimiento casi imperceptible—. Más tarde te llamo, o mañana.

—De acuerdo —le sonrió ella.

Se abrazaron para completar la despedida y se dieron dos besos en las mejillas, y, aunque Ciara lo susurró, me enteré perfectamente del «gracias» que le dijo a Abel. Él le sonrió con cariño como respuesta y le dio un beso en la frente, antes de separarse.

—La próxima vez que nos veamos será mucho mejor —se dirigió a mí, ofreciéndome la mano.

—Por supuesto. Eres importante en la vida de Ciara y quiero conocerte bien —le agarré la mano.

—Cuenta con ello, igual que espero lo mismo —me dijo y asentí—. Disfrutad de lo que queda de día —nos miró a los dos, con una sonrisilla pícara —. Haz que se olvide de todo —me pidió directamente.

Con esas palabras caminó hacia la izquierda, donde al fondo, a lo lejos, se veía una zona de aparcamiento. Di por hecho que era de la empresa.

Busqué la mirada de Ciara, quien ya estaba observándome. Me separé de la pared, impulsándome, para acercarme a ella con pasos cortos.

—Hola —me dijo y solté el aire despacio.

—Hola —le retiré un mechón de pelo, el que le coloqué detrás de la oreja.

—Gracias por lo que has hecho, pero podrías haberte metido en un grave problema. No tendrías…

Le puse un dedo sobre los labios para callarla, lo que me recordó a la primera vez que le hice lo mismo, días atrás en la cafetería en la que estuvimos juntos al inicio de la semana.

Tuve la misma sensación, pero en esta ocasión pude controlarme y no tuve que pedirle que me entretuviera para que no la acorralarla donde nos encontrábamos. Todavía estaba lidiando con la rabia y las ganas de partirle la cara al que se había largado corriendo.

—Me da igual en los problemas que pueda meterme, según tú —le susurré —. No voy a quedarme de brazos cruzados mientras a ti te pasa algo, sea lo que sea. ¿Preparada para montarte en mi coche? —Le acaricié el labio inferior con el pulgar.

—Sí —susurró.

—Perfecto, pues vamos.

Me obligué a apartarme de ella, cuando en realidad lo que quería era rodearla con los brazos y llevarla pegada a mí todo el tiempo. Lo que me sucedía con Ciara desde el inicio era lo más extraño que había experimentado en mi vida y necesitaba continuar descubriendo hacia donde me llevaba.

Con ella notaba que mi necesidad aumentaba, mientras que mi control se desvanecía. Se esfumaba, a veces poco a poco, otras de golpe, según las situaciones que viviera con ella. Lo que con anterioridad formaba parte de mí de manera natural, el dominio sobre mí mismo y sobre el entorno por el que me movía, desde el viernes de la cena desaparecía a pasos agigantados cada vez que Ciara estaba cerca de mí.

La agarré de la mano y tiré de ella para que me siguiera por el camino asfaltado, yendo hacia la acera.

—¿Adónde quieres ir? ¿Has comido? —me preguntó.

—Para empezar al restaurante de un amigo. No he pensado en comer porque quería recogerte a la salida del trabajo —hice una pausa—. He venido directo del banco y he llamado al restaurante para encargar varios platos que te gustarán. Ahora iremos a recoger la comida.

—He pensado que tu intención era comer en ese restaurante.

—Hoy prefiero estar en un lugar más tranquilo, sin el murmullo de voces ni presencias desconocidas. Iremos a mi casa.

Por la forma en la que lo dije no di margen a otra posibilidad.

—A tu casa —repitió, visiblemente nerviosa.

—Exacto. Ya verás como opinarás lo mismo que yo cuando estemos allí, es el mejor sitio para estar relajados y solos, para poder hablar y conocernos más. ¿No te parece? —La miré de reojo—. Me quedaría en el piso en el que vives, pero Elisa no se va con Ángel hasta que mi amigo vaya a por ella por la tarde. No es que Elisa me moleste, es solo que como te dije quiero que nuestros momentos sean tuyos y míos, únicamente, dejando al margen a nuestros amigos al principio.

Llegamos a la acera y no tuvimos que caminar mucho más para acercarnos a mi coche. Lo abrí con el mando y le mantuve la puerta abierta, para que se montara. Me lo agradeció con una sonrisa preciosa, por lo que no pude contenerme cuando pasó por delante de mí. Le rodeé la cintura con un brazo y la pegué a mi pecho, ante su sorpresa al no verlo venir.

—Quiero comenzar con lo que te he dicho de comer en mi casa y continuar con que te quedes el fin de semana conmigo. —Agrandó los ojos—. O voy yo a tu piso porque Elisa no volverá hasta el final de la tarde del domingo. Como prefieras, me da lo mismo —me incliné hacia ella, dejando la cara muy cerca de la suya—. A no ser que me digas que no quieres, entonces te llevaré hoy al final de la noche a tu piso y me quedaré un rato más contigo. No es mi plan ideal, pero me vale también.

—Milo me necesita. No puedo irme y dejarlo tanto tiempo solo en el piso.

Sonreí de medio lado, satisfecho porque no se negó a pasar el fin de semana juntos, sino que ya estaba pensando en ello.

—No hay problema, contaba con él. Se vendrá con nosotros a mi casa.

—¿Sí? —Asentí—. Te aviso de que hace sus necesidades en cualquier parte. Todavía no puedo sacarlo a la calle y no ha aprendido otra cosa, hasta dentro de unos meses no tendrá todas las vacunas puestas y…

—Ciara, deja de preocuparte. No pasa nada, además, tengo un buen jardín que, para el tamaño que me imagino que tiene Milo, será inmenso y un paraíso para él.

—Oh.

Volvió a sonreír y pensé que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para ver muchas más sonrisas suyas, y en todas sus variantes. Quería descubrirlas todas, ser el que se las provocara y el afortunado de presenciarlas.

Bien merecía que me esforzara para sacarle la felicidad que se reflejaba en su expresión ahora mismo, aunque también me encantaba, al mismo tiempo que me afectaba, el verla nerviosa, al igual que decidida.

—Sí, creo que le gustará mucho —me dijo.

—Pues listo. Entonces lo primero que haremos será ir a tu piso, para recoger a Milo y todo lo que necesites llevarte, tanto para él como para ti. Saludamos a Elisa y después vamos al restaurante de mi amigo a por la comida. La tendrán preparada de sobra, y entonces solo quedará llegar a mi

casa, ponernos cómodos y disfrutar. ¿Te gusta el plan? —susurré muy cerca de sus labios.

La agarré de la nuca y comencé a acariciarle la zona muy despacio.

—Me encanta —comentó.

Levantó más la cabeza y se agarró de mi abrigo con las manos, para buscar mis labios. Como el lunes le pedí, volvió a iniciar nuestro segundo beso. Fue un roce muy sutil al principio, pero después de los primeros segundos, Ciara se aventuró a cubrir mi boca con la suya. Como respuesta pegué su cuerpo más al mío y tomé el control, profundizando el beso y abriéndome paso con la lengua, hasta que me colé en su calor y encontré la suya.

Gimió entre mis brazos y la acerqué todo lo que pude a mí, hasta que nuestros pechos se apretaban el uno al otro, sin dejar ni una mínima separación entre los dos. Devoré su boca y su lengua como llevaba ansiando desde el puñetero lunes, desde que nos separemos por días interminables.

Ciara me correspondió, en la intensidad y efusividad. Me dejó claro que se olvidó de la vergüenza que sintió la primera vez, cuando le pedí que me besara ella y lo hizo, muy tentativamente.

Este beso era muy diferente al primero. No tenía nada que ver, pero ambos los atesoraría de igual modo por el significado que tenían cada uno de ellos, y porque el primero siempre representaría nuestro comienzo, uno de verdad en el que ella aceptó que sucediera y en el que pude hacer realidad mi deseo.

Capítulo 28

Ciara

—No puedo creerme que no le hayas puesto alguna excusa a Adam, para quedarte aquí —me dijo Elisa, hablándome flojito.

Llevaba un rato siguiéndome por mi habitación y ayudándome también, a meter en una mochila lo que iba a llevarme a la casa de Adam. Ni yo me lo creía todavía, así que…

—A ver, ya sé que es difícil resistirse a unos encantos como los suyos, porque con Ángel me pasa lo mismo, pero…

—Elisa. —Me puse recta frente a ella, después de guardar el pijama—. Es tan simple como que me apetece hacerlo. No tengo ni idea de por dónde saldrá lo que me está pasando con él, o si debo ilusionarme o no, pero quiero conocerlo. Aunque sea por una vez necesito dejarme llevar y voy a aprovecharme de la situación, porque todavía no sé cómo ni porque, pero él desea lo mismo. Quiere estar conmigo, cuando yo no…

—No termines lo que ibas a decir, no me hagas enfadar. —Apoyó las manos en mis hombros—. Te mereces lo que te está pasando y eres una mujer increíble, cariño, en todos los aspectos. Créetelo de una vez por todas. Si te vieras como lo hacemos las personas que te queremos… —me sonrió, mientras me echaba el pelo por detrás de los hombros—. Estoy muy feliz por ti, ni te lo imaginas. —Me dio un beso en la mejilla y me abrazó.

—Gracias. Lo sé —susurré, cerrando los ojos.

—No te puedes hacer una idea de lo tranquila que estoy, sabiendo que estás con Adam —suspiró.

—En la cena me dijiste que era un mujeriego. —Arqueé una ceja—. Y lo de estar es mucho decir por el momento. —Negué con la cabeza.

—Mmm… lo de mujeriego lo pensaste tú —se rio y la miré divertida—. Vale, no vamos a negar lo evidente, pero tampoco que era completamente libre para ser lo que quisiera. Ha podido estar con unas y con otras sin compromiso y siendo muy claro con ellas, hasta que tú le has echado el lazo. —Frunció los labios.

—Yo no le he echado nada —susurré.

—Ay, amiga, ya te digo yo que sí. Y lo mejor de todo es que ni te has dado cuenta —volvió a reírse—. No me cabe ninguna duda y no seas negativa —me pidió—. Ahora estás con él, vas a irte a pasar un gran fin de semana a su casa, porque lo será, así que date el privilegio de pensar que sí, que estás con él. Seguramente estos días te sirvan para aclararte las ideas y para saber a lo que atenerte.

—No me has contado como te ha ido con Ángel, aunque ya lo imagino —cambié de tema, para que la conversación se centrara en ella.

En cuanto entré en el piso lo primero que me dijo a gritos, desde su habitación, fue que Ángel había ido a su empresa y que se coló directamente en su despacho. Después salió al pasillo para venir a mi encuentro, para continuar hablándome de ello, pero vio a Adam detrás de mí y se calló de golpe. Aparte de su silencio también fue evidente la gran sorpresa que se llevó, claro. Y más que se sorprendió al contarle nuestros planes, con los que no pudo mostrarse más feliz en cuanto se recuperó.

—¿Se me nota como ha ido? —me preguntó con una sonrisa pícara.

—Sí —le confirmé riendo—. Si continuaras mal con él no habrías podido callarte. —Me encogí de hombros.

—Ese hombre hace conmigo lo que quiere —me dijo haciendo un puchero —. Lo he recibido enfadada y con morros, al verlo casi lo echado del despacho

—suspiró.

—Eso ya lo daba por hecho —comenté con diversión.

Con Elisa siguiéndome, fui hacia el baño del pasillo y cogí un neceser, donde fui metiendo lo básico para llevarme.

—Pero ¿sabes qué?

—Que te ha durado segundos. —La miré de reojo.

—Que bien me conoces. Sí —se rio y sonreí—. Ha ignorado como estaba, se ha acercado a mí y me ha besado de una forma que nos ha llevado a mi escritorio. He terminado sentada sobre él, abierta de piernas —acabó hablando muy flojo, aunque no estaba alzando la voz.

—No. —Jadeé, mirándola a través del espejo.

—Sí. —Frunció los labios y me dio una palmada en una nalga.

—¡Au! —me quejé en broma.

—Ha sido maravilloso, para el recuerdo —suspiró—. Se me ha quitado todo de golpe con el orgasmo que me ha regalado como comienzo de semana. —Se mordió el labio inferior—. Después hemos ido a desayunar y entonces me ha explicado porque me ignoró. —Se encogió de hombros—. De hecho, cuando ha venido a verme todavía no tenía el móvil.

—¿Lo ha perdido? —le pregunté yendo a la habitación.

—No, pero el resultado es el mismo. —Hizo una mueca—. Uno de sus compañeros le quitó el teléfono cuando lo cogió para escribirme y no se lo devolvió. Como Ángel empezó a cabrearse, entre todos decidieron guardar sus móviles en una bolsa y olvidarse de ellos. A Ángel continuó sin gustarle, pero también comprendió porque lo hicieron. Para una vez que salían después de mucho tiempo, pues se adaptó.

—Ya te dije que debía ser por algo justificado —le sonreí.

—Sí. —Lloriqueó en broma y me reí—. Pero es que nunca se sabe —suspiró—. El caso es que cuando Ángel se fue del restaurante, bastante tarde porque lo cerraron para ellos porque es de los padres de uno de sus compañeros, no se acordó de recuperar el teléfono, así que se lo habrán dado al llegar al trabajo. Cuando se dio cuenta ya estaba en su casa y era de madrugada.

—Me alegro de verte otra vez bien. —Le di un beso en la mejilla.

—Ay. —Me abrazó con fuerza y sonreí—. Sé que Adam será como Ángel —me susurró al oído—. Lo que quiere decir que estás y estarás completamente perdida, amiga. En el muy, pero que muy buen sentido.

Cuando se separó de mí me hizo un guiño, pero no dije nada al respecto. Mi opinión era la misma que la de Elisa porque ya me sentía perdida con Adam, y solo habíamos compartido dos besos y breves momentos. No quería ni pensar cómo regresaría al piso el domingo al final de la tarde, cuando él me trajese.

Terminé de preparar la mochila que iba a llevarme y cuando la cerré, salimos de mi habitación para ir al salón, donde nos encontramos a Adam sentado en el sofá, jugando con Milo. Mi cachorro lo había recibido estupendamente, se había lanzado a sus piernas nada más verlo.

Pensaba que le costaría más, pero la verdad era que la seguridad que había cogido desde que lo tenía le había servido para no desconfiar, como cuando lo encontré. De lo que me alegraba porque me habría dado mucha pena que viviera con miedo, o que tuviera mal carácter por ello.

—Ya estoy, solo me queda coger las cosas de Milo —le dije.

—Perfecto. Te ayudo. —Se incorporó.

Elisa le dio una bolsa grande, en la que Adam se encargó de meter doblada la cama. Mientras lo hacía me dijo que en su casa tenía cosas cómodas que Milo podía utilizar, cualquiera básica que necesitara, menos el pienso y la leche, lógicamente.

Por eso me comentó que no hacía falta que me llevara su cama y los cuencos, para no cargar con todo, pero al ser la primera vez que Milo se quedaría en otra vivienda, a pasar varios días, prefería llevármelo todo para que se adaptara mejor. Si no hacía falta, pues estupendo.

Fui a la cocina a por los cuencos, el saco de pienso y el bote de leche en polvo, aparte de coger también un par de los juguetes que más le gustaban a Milo y con los únicos que se entretenía, porque en algún momento dejaría de ir de un lado para el otro y lo querría, para relajarse.

Entre tanto, Elisa bajó hasta su plaza de aparcamiento del edificio, para coger el sistema de seguridad para Milo.

—Disfrutad mucho —nos deseó, despidiéndonos en la puerta.

—Te dejamos comer tranquila —le dijo Adam, inclinándose para darle un beso en la mejilla.

Mi amiga se lo devolvió y después me abrazó a mí.

—Me quedo muy feliz porque cuando me vaya no tendré que pensar en que te quedas sola, aunque estuvieras con Milo. —Me agarró de la cara con las manos—. Me habéis dado una alegría muy grande, parejita —dijo con una sonrisa pícara.

Me ruboricé al instante, pero no me atreví a decir nada, con la esperanza de que Adam no le diera importancia a lo que Elisa acababa de decir. Yo sí que se la di, mucha, demasiada.

—Pero, sobre todo, siento mucha paz y tranquilidad porque sé que no te separarás de ella. —Miró a Adam.

—Puedes darlo por hecho —le confirmó él, ganándose una sonrisa suya de oreja a oreja.

—¿No quieres llevarte el carro? —me preguntó mi amiga.

Por el momento Milo estaba en el suelo porque como en nuestra planta no había peligro, ya que el único perro era él. Tenía colocada la correa que servía

para sujetarlo al sistema de seguridad del coche y se movía con libertad entre nuestros pies.

—No creo que lo necesite. Adam vive en una casa y Milo podrá correr todo lo que quiera, le gustará mucho más que salir a dar un paseo en el carro.

—Es muy espaciosa y con mucho terreno alrededor —añadió él—. ¿Tienes un carro para Milo? —Le hizo gracia.

—Sí, se lo regaló Abel porque le quedan meses para que pueda pisar la calle —le confirmé.

—Va como un rey —dijo divertida Elisa—, y se ve tan mono —se rio y sonreí—. Venga iros, no os entretengo más. Por cierto, no te has dado cuenta, pero te he echado ropa por si te apetece y te animas a ir a lo de Sergio —carraspeó—. Solo por si acaso, ya que después de semanas empezaste ayer.

—No me acordaba —dije pensativa.

—Habla con él. —Me hizo un guiño.

Nos despedimos con otro abrazo y me agaché para coger a Milo. Se quedó quieto al instante, le encantaba estar en brazos. Bajamos en el ascensor y salimos del edificio, todo en silencio, para ir directos al coche de Adam. Mientras él metía mi mochila en el maletero y se sentaba frente al volante, yo preparé la sujeción de seguridad para Milo. Lo dejé rápido bien protegido y enseguida se tumbó cómodo en el asiento.

Le di un beso en la cabeza y fui a la parte delantera, donde ocupé el asiento del copiloto.

—¿Qué ha querido decir Elisa con lo de que te ha echado ropa por si te animas a ir a lo de Sergio? —me preguntó al arrancar—. ¿Quién es Sergio?

—Mi entrenador personal y un buen amigo —le contesté.

—¿Tienes un entrenador personal para el gimnasio? —Sonó un poco sorprendido.

—¿Tan extraño te parece? —le pregunté divertida, mientras se incorporaba a la carretera.

—No —contestó negando—. Me gusta esa parte tuya —sonrió de medio lado.

—Eso quiere decir te gusta el deporte y que lo practicas. A simple vista se ve que te cuidas mucho.

—Sí, ¿eh? —me miró de reojo y noté un repentino calor en las mejillas.

Había hablado con demasiada efusividad, dejando en evidencia que me había fijado muy bien en él.

—Tienes razón, intento cuidarme, pero no te creas que el deporte es algo principal en mi día a día. Me ejercito cuando puedo y me apetece, no tengo una rutina marcada, tampoco me obligo ni saco tiempo extra para ello. Gran parte de como soy es genética, aunque sí que me gusta mirar la alimentación entre semana. Cuando llega el fin de semana es diferente, no me privo de nada que me apetezca.

—Yo no voy al gimnasio para hacer máquinas, ni hago clases en grupo.

—¿No? —Negué con la cabeza— ¿Entonces? ¿Vas a alguna actividad específica tú sola?

—Defensa personal con Sergio.

Después de mi respuesta el interior del coche se quedó en silencio durante unos segundos, por lo que para aligerar la leve tensión que noté, continué hablando después de la pausa.

—De eso lo conozco, ya hace muchos años —le informé—. Ayer retomé las clases con él. Voy los jueves y los viernes porque no trabajo por las tardes. Lo normal es que esté con Sergio una hora, pero muchas veces nos pasamos de la hora y media.

»Como he dicho, ayer fue mi primera clase después de semanas inactiva, las agujetas que tengo me lo recuerdan, aunque no me han servido para acordarme de que hoy también tengo otra sesión con mi amigo. Entre unas

cosas y otras… —Miré hacia delante—. Me estará esperando porque le aseguré de que volvíamos a la rutina de antes de comenzar a faltar.

—¿Por qué?

—¿Cómo?

—¿Es normal que faltes tanto y tan seguido? —me preguntó, concentrado en la carretera.

—No —respondí en un tono más bajo.

—¿Entonces por qué dejaste de ir?

—Comencé a sentirme rara y…

—¿Has estado mala? —me interrumpió.

—No. —Me miró de reojo—. Solo me sentí rara, sin ganas de nada. Para lo único que me esforzaba era para salir del piso para ir al trabajo, porque no me quedaba otra. —Cogí una pequeña bocanada de aire—. Lo que pensaba que serían unos días, al final se alargó demasiado. Sergio no me lo dijo como tal ayer, pero estaba preocupado, a pesar de que hemos ido hablando durante este tiempo.

El interior del vehículo volvió a quedarse en silencio durante más rato que la vez anterior. En esta ocasión fue Adam quien habló interrumpiéndolo.

—¿A qué hora tienes la clase?

—De cinco y media a seis y media.

—Pues vete haciendo a la idea de que irás.

—Pero…

—Dejaremos a Milo en casa y te llevaré. Te adelanto que haré de espectador, durante el tiempo que sea necesario.

—Son clases a puerta cerrada —dije sorprendida y con vergüenza de que me viera en «acción», o más bien derrotada en el suelo la mayor parte de la clase.

—Seguro que a tu amigo y entrenador no le importa que os haga compañía. Por mí no vas a faltar.

Habló totalmente convencido y con mucha decisión, por lo supe que nada de lo que le dijera lo haría cambiar de opinión.

Capítulo 29

—Déjalo para más tarde —me pidió Adam, para que no sacara del maletero las cosas de Milo.

Estábamos en el garaje de su casa, de su inmensa casa. La propiedad era enorme, con todo lo que abarcaba la vivienda y los exteriores. Había mucho césped y árboles colocados estratégicamente para que hicieran de barrera por todos los lados del terreno.

Adam cerró el maletero y se colgó al hombro mi mochila. Me agarró de la mano y lo seguí hacia una puerta lateral. Milo ya correteaba de un lado al otro, y cuando Adam silbó, me hizo gracia porque fue como si lo entendiera. Vino hasta nosotros, para salir del garaje.

—No te preocupes por él —me dijo cuando fui a agarrar a Milo, antes de que se lanzara al interior de la casa—. No importa lo que toque o con lo que se ponga a jugar, tiene plena libertad. ¿De acuerdo? No te apures por nada.

—Vale. Gracias —le sonreí.

—¿Qué te parece? —Quiso saber, después de que apareciéramos en un salón con una amplitud increíble.

—Tienes una casa increíble, Adam.

Los ojos se me iban hacia todas partes, admirando cada detalle. A un lado del salón estaban concentrados dos sofás que eran amplios y se veían muy cómodos, al igual que los dos sillones que les hacían compañía. La alfombra que había en el centro de ellos era de pelo y Milo no pudo resistirse a

revolcarse en ella. En esa zona había una chimenea, varios muebles con una ligera decoración y un televisor que colgaba de la pared.

Hacia el otro lado del salón había una mesa de madera preciosa y rectangular, con ocho sillas a conjunto a su alrededor.

—Me alegro de que te guste. Ven.

Dejó caer mi mochila al suelo y tiró de la mano que no me había soltado, para llevarme hasta la cocina.

—¿Tienes perro? —le pregunté al ver cuencos y una cama el doble de grande que la de Milo.

—No, es para mi invitado —me informó con una sonrisa de medio lado.

—¿Lo has comprado para Milo? —hablé asombrada.

—Claro. Quería darte una sorpresa porque sabía que un día u otro vendríais, así que…

Emocionada por los detalles tan bonitos que tenía, miré todo con atención. Lo había colocado en el suelo, en un lateral. La cocina seguía las dimensiones de la vivienda, así que había espacio más que de sobra.

—Pon la cama donde quieras —me pidió.

—Adam, yo… —tragué saliva— Gracias, pero no solo por esto, sino también por todo lo que has hecho por mí durante la semana —susurré.

Se puso frente a mí y levanté la cabeza, para continuar mirándolo a los ojos. Los cerré unos segundos, cuando colocó la mano en mi nuca y me acarició muy despacio. Ese simple gesto, en apariencia inocente, me caldeó al instante.

—Lo de la cafetería, lo del bar de Pablo, los ramos de flores…

—No he hecho nada que no te merezcas —su voz sonó más ronca—. Me gusta esto, mucho.

—¿El qué?

—Tú, en mi casa, llenando con tu presencia, tu voz y tu olor los espacios solitarios —me habló al oído, inclinado sobre mí.

Contuve la respiración al sentir sus labios apresarme el lóbulo. Se me puso el vello de punta y me estremecí por la sensación que me recorrió de los pies a la cabeza, la que se me concentró en la parte central del cuerpo.

—No tienes ni idea de cuántas veces he imaginado este momento, durante esta semana. —Me acarició al hablar la mejilla con los labios, mientras se movía en la dirección de mi boca.

—Yo… no pensaba que terminaría aquí.

—Lo sé, y por eso me encanta más tenerte conmigo. —Me dio un beso en la comisura de los labios que me dejó con ganas de más—. Ve a colocar la cama de Milo donde más te guste —me pidió mientras se separaba despacio—. No voy a besarte, por muchas ganas que tenga, porque si lo hago no podré conformarme con poco.

Me ruboricé de nuevo, sintiendo lo mismo que él. Adam me dejó en la cocina, para ir al garaje a por el saco de pienso, el bote de leche y nuestra comida del restaurante que habíamos pasado a recoger viniendo hacia aquí.

De todo lo que había traído del piso, Milo solo iba a necesitar la comida. Le llené uno de los cuencos nuevos de agua y lo llamé para enseñárselo. Bebió un poco y me siguió cuando llevé su cama al salón. La coloqué cerca del sofá y de rodillas, lo animé a que se subiera, para que supiera que era suya. Sonreí cuando comenzó a revolcarse. Normal, era muy cómoda y acolchada, y se perdía en ella por su tamaño.

Cuando Adam regresó fui a ponerle de comer a Milo, ya que siempre comía un poco antes de que Elisa y yo lo hiciéramos. Hoy iba con retraso, por la hora que era.

Al mismo tiempo que yo preparaba un poco de leche para mezclarla con el pienso, Adam sacó de varias bolsas los recipientes con nuestra comida. Los metió todos en el horno, menos uno. Abrió el que dejó fuera y lo volcó en una

bandeja. Era una ensalada de marisco con aguacate con salsa que tenía una pinta increíble.

—Me ha entrado hambre —dije y me reí abriendo la boca.

Cogió una gamba y me la dio. Él también se comió una, haciéndome un guiño.

—La comida ya mismo está. ¿Qué quieres beber? —me preguntó yendo hacia la nevera— Espero que no esperes a que te pregunte, tienes libertad para hacer lo que quieras. Ello incluye comer y beber lo que te apetezca.

—Vale —le sonreí—. Agua está bien.

—¿No quieres un refresco? ¿Una cerveza?

Negué y me dio un vaso, el que me llenó de agua. Di un sorbo.

—Ven, voy a enseñarte el resto de la casa. Cuando terminemos la comida estará perfecta para servirla.

Me agarró de una mano y pasamos de largo del salón, donde Milo estaba jugando cerca de la corredera que daba a un lateral del jardín. Pude ver que había un porche, con una mesa, sillas y con varias butacas de jardín. Hasta ahí se veía desde el salón.

Adam me llevó por todas las estancias de la planta baja. Eran muy espaciosas, en total había cuatro, como despacho, biblioteca, zona de juegos, donde no faltaba una mesa de billar, y la última estaba vacía, a excepción por el gran armario que había en una pared.

Ya que estábamos en la parte trasera, salimos al jardín por una puerta que pasaba desapercibida a simple vista. En esa zona del exterior de la vivienda principal había a unos metros de distancia una casa de tamaño pequeño, en comparación. Entramos y me encontré que era un almacén en el que Adam guardaba de todo, desde bicicletas desmontadas, hasta herramientas muy variadas.

Desde esa parte del jardín me enseñó a lo lejos la piscina que estaba cubierta. Esta se encontraba en el lateral que daba al salón y al despacho, lugares desde los que se podía acceder a esa zona de ocio por correderas de cristal.

Cuando entramos en la vivienda me llevó a la planta superior. Admiré el pasamanos de la ancha escalera, conforme subíamos. En la primera planta eran todo habitaciones, estaba la suya que era una absoluta maravilla, por el tamaño, y el baño y el vestidor a los que daba acceso. Hablando de baños, en la planta principal había uno independiente, mientras que arriba cada habitación disponía del suyo propio.

Me enseñó cada rincón y bajamos para volver a la cocina. Adam sacó la comida del horno y entre los dos la colocamos en diferentes platos. Después de poner la mesa en el salón, a lo que le dije que no hacía falta, pero se negó a hacerme caso porque por lo visto compartía la opinión de Elisa, nos sentamos a comer.

Milo venía hacia nosotros, pero no se quedaba mucho tiempo. Se le veía eufórico por tantas cosas por descubrir y tantos metros por los que correr.

Todo iba genial, hasta que Adam sacó el tema de Fabián. Era normal, no habíamos hablado de ello desde que sucedió, pero yo no quería recodarlo.

—Háblame de ese tal Fabián —me pidió y solté un suspiro.

Le debía una explicación, así que comencé a contarle lo que quería, mientras comíamos. Por cierto, toda la comida estaba deliciosa, cada bocado era un deleite para el paladar.

—Fabián es un compañero de trabajo, está en la misma planta que Abel, Asun, Mari y yo. Ha sido siempre así, desde que él entró a trabajar unos meses más tarde que yo. Al igual que su forma de ser es tal y como cuando lo conocí. Es insoportable, pero conmigo se supera. —Hice una pequeña pausa y una mueca—. Nunca me he cruzado en su camino intencionadamente, pero da igual, le gusta buscarme para alterarme.

—¿En qué sentido? ¿Qué te ha hecho, aparte de lo que he visto? —me preguntó muy serio.

—Solo es un incordio con sus comentarios y con sus mensajes instantáneos del sistema de comunicación de la empresa. Es como un chat con el que puedes hablar con cualquier persona de la empresa, incluso con los jefes. —Asintió a mi explicación—. Nunca ha ido a nada más, también es verdad es que, si no estoy con Abel, estoy con Asun o Mari. —Me encogí de hombros—. Aprovecho a moverme sola por la empresa cuando Abel ya no está, o no viene.

—No tendrías que verte de esa forma. —Apretó la mandíbula.

—Ya… bueno, aunque suene mal estoy acostumbrada. Abel lo frena siempre, hace de muro entre Fabián y yo.

—Pero no es suficiente, ya has visto lo que ha sucedido hoy. Y habrá más días en los que Abel no esté a tu lado, y que yo no apareceré. —Tamborileó los dedos en la mesa.

—Te recuerdo que voy a clases de defensa personal —le sonreí en un intento para que se relajara.

—No te he visto muy dispuesta a partirle la cara. —Arqueó una ceja—. Es lo mínimo que se merecía.

—No me ha dado tiempo, has llegado en cuando ha sucedido. Al salir del edificio Fabián me ha agarrado.

—No me convence, Ciara. —Cogió una bocanada de aire.

—Te prometo que puedo pararle los pies cuando quiera. No te digo que no me cueste, pero al menos puedo presentar batalla.

—¿Crees que como ha dicho Abel, ese tío tardará en encontrar el valor para acercarse a ti de nuevo? Lo ha comentado muy convencido.

—No lo sé, no puedo confirmártelo. Pero te aseguro de que Abel será mi sombra durante una buena temporada y si él no puede por reuniones, o porque tenga que salir de la empresa, no se irá sin dejar a Asun y a Mari encargadas de no separarse de mí en cuanto me mueva de mi mesa.

—Está bien. Por ahora.

Continuamos comiendo, hasta que varios de los platos se quedaron vacíos. Yo solté el tenedor sin poder llevarme nada más a la boca, aunque aún quedaba más comida.

—No puedo más —le dije, después de beber un sorbo de agua.

—Para mañana —hizo lo mismo, dejó su tenedor en el plato.

—No me importa cenarlo por la noche.

—Esta noche será algo diferente, para variar.

—De acuerdo.

—Me parece que alguien se nos ha adelantado, más cómodo no puede estar descansando —se refirió a Milo.

Los busqué con la mirada y sonreí al verlo tumbado en la alfombra. Se había quedado dormido. Me levanté para llevarlo a la cama y Adam aprovechó para recoger la mesa. Cuando terminé lo ayudé y, aunque se opuso, al final conseguí ponerme frente al fregadero, a su lado.

No había mucho que limpiar, por lo que al hacerlo junto acabamos muy rápido. Adam me preguntó si quería café, le dije que no y se preparó uno para él. Lo esperé para ir al sofá, cerca del que Milo continuaba durmiendo en su cama.

Nos acomodamos en el sofá, yo mantuve un poquito de distancia entre nosotros, pero Adam la eliminó rápido. Levantó un brazo, pidiéndome que me acercara, y lo hice encantada, a pesar de los nervios.

Sin los zapatos, subí los pies al asiento y apoyé la cabeza en su pecho, mientras él dejaba caer el brazo por mi costado, para apretarme más a él. Me parecía tan increíble como se estaba dando todo entre Adam y yo…

Nos tapó con una manta que tenía a un lado, o más bien me tapó a mí, antes de encender el televisor para buscar una película. Encontró una, pero al

cabo de unos minutos a mí comenzaron a cerrárseme los ojos, y más cuando me animó a que me durmiera para que descansara.

Lo último que escuché fue que tenía tiempo de sobra y que me despertaría con tiempo, antes de irnos para mi clase con Sergio.

Capítulo 30

—Joder —me quejé, colocándome un brazo sobre los ojos.

Tenía la respiración alterada, mi pecho subía y bajaba descontrolado. Sergio acababa de tirarme al suelo otra vez, había perdido la cuenta de cuántas veces iban ya hoy. Había pasado más tiempo tumbada que de pie, para mi vergüenza.

Tener de espectador directo a Adam no me había ayudado, todo lo contrario. Tenía por todo lo alto los nervios, por su presencia y atención, porque él estaba muy pendiente de cada uno de mis movimientos.

Cuando aparté el brazo y liberé los ojos, me encontré con la mano de mi amigo. Se la agarré para que tirara de mí. Entre las agujetas del día anterior y que ya estaba agotada… debían faltar pocos minutos para que la clase finalizara, hoy me negaba a alargarla ni un minuto.

Cuando llegamos al gimnasio Sergio ya me esperaba en la recepción, por lo que me vio aparecer con Adam. Los presenté, se dieron la mano, hicimos algún comentario y mi amigo estuvo encantado de tener a Adam como observador durante la clase.

—Estás muy distraída hoy —me dijo Sergio, con humor.

—Muy gracioso. —Bufé, haciéndolo reír.

—Llevas toda la clase cometiendo errores de principiante. —Elevó las dos cejas.

—Porque me siento intimidada —me quejé.

—No lo dirás por mí —habló en alto Adam, quien nos escuchaba perfectamente.

Estaba en un lateral, sentado en un banco de madera, echado hacia delante y con los brazos apoyados en las piernas. Me miraba con una intensidad que me llegó a lo más profundo. ¿Cómo iba a hacerlo bien, si me hacía temblar a la mínima?

—Nooo… —dije y tanto Adam como Sergio soltaron una carcajada.

El primero se levantó despacio y vino hacia nosotros, con pasos cortos y marcados.

—¿Por hoy es suficiente?

La pregunta de Adam fue para Sergio, pero no apartó la vista de mí cuando se paró delante.

—Yo creo que sí. Gracias por traerla.

—Me duele todo. —Hice una mueca.

—Se te pasará. —Me hizo un guiño mi amigo—. Hoy no me necesitas para irte —sonrió con una pizca de picardía.

—No —respondió por mí Adam.

—Pues os dejo libres ya. —Nos miró a los dos—. Ha sido un placer conocerte, Adam —le ofreció la mano como despedida.

—Igualmente, Sergio. Me ha gustado la clase —le dijo aceptando su gesto.

—Bien —sonrió de medio lado—. Preciosa, descansa y recupérate para el jueves que viene. Tengo que volver a ponerte en forma.

Se rio cuando me quejé y continuó ignorando mi reacción cuando me abrazó. Ambos estábamos sudados, pero como tantas otras veces al final de las

clases, no nos importó el contacto. Total, llevábamos en un cuerpo a cuerpo casi una hora, por un poco más…

—Que vaya bien el fin de semana —le deseé sonriéndole.

—Gracias. —Me acarició la mejilla—. Lo mismo digo.

Asintió hacia Adam, quien le devolvió el gesto. Sergio salió de la sala dejándonos solos, pero no tardamos en seguirlo.

—No tardaré —le dije en el pasillo—. Me ducharé en tu casa.

—Por mí no lo hagas, me da igual esperar.

—Prefiero no hacerte esperar.

—Está bien, como quieras. Estoy en la entrada.

Nos separamos y yo fui al vestuario, para quitarme un poco del sudor de la cara. Me puse una sudadera encima de la camiseta de tirantes y me cubrí con la bufanda y el abrigo que dejé guardados en la taquilla. Como no iba a necesitarlo no había traído bolso.

Sin retrasarme más, salí para ir al encuentro de Adam. Sonreí desde dentro del gimnasio, al verlo apoyado en la barandilla de la entrada. Él no me vio, tenía la vista fija en su móvil. Me había animado en cada caída y fallo, para que me levantara y continuara. La verdad era que, a pesar de los nervios porque había asistido a la clase conmigo, por otro lado, tenerlo ahí, a mi lado, me había gustado mucho y me había hecho sentir genial.

—Ciara.

Me paré para girarme hacia Elena, la recepcionista del gimnasio. Aparte de ocupar ese puesto era la hermana de Diego, el dueño del gimnasio. Era una chica encantadora, simpática y siempre dispuesta a ayudarte en lo que necesitaras.

—¿Sí?

—Perdona, me han dejado esto para ti.

Fruncí el ceño mirando lo que sujetaba en una mano, mientras caminaba hacia mí.

—¿Quién?

—Me ha extrañado que me dijera que era un repartidor porque no lo parecía, pero no me ha dado tiempo a preguntarle mucho. Se ha ido porque tenía prisa por seguir repartiendo.

Cogí el sobre que me entregó y me lo quedé mirando. Estaba plano, con un pequeño abultamiento en una esquina, pero era mínimo.

—Lo siento.

—No pasa nada —levanté la cabeza, para sonreírle.

—Debe ser de alguien que te conoce porque para que sepa que vienes a este gimnasio y que estaba en él.

—¿Por qué dices lo último? —Agarré con fuerza el sobre.

—Porque me ha dicho que te lo diera en mano, antes de que te fueras. —Se encogió de hombros.

Bajé la vista al sobre, otra vez, haciéndome muchas preguntas.

—¿Todo bien?

Al escuchar la voz de Adam me sobresalté. Pegó un pequeño brinco.

Me guardé el sobre en un bolsillo del abrigo, antes de girarme hacia él.

—Sí. Claro —le sonreí.

—¿Nos vamos?

Asentí y me despedí de Elena, hasta el jueves de la semana siguiente. Estaba a punto de abrir la puerta cuando Adam me paró.

—Abrígate bien —me pidió.

Me subió el gorro del abrigo y me tapó la cabeza.

—Estás sudada y puedes coger frío —me habló con la voz más ronca, concentrado en dejarme bien colocado el gorro.

—Gracias —susurré.

Nuestras miradas conectaron a tan corta distancia y vi en sus ojos el mismo deseo que me consumía a mí.

—Llévame a tu casa.

Mi voz sonó con necesidad, pero es que era como me encontraba. Me rodeó los hombros con un brazo y de esa forma salimos del gimnasio, para dirigirnos a su coche.

Una vez estuvimos montados, en cuanto arrancó, puso la calefacción para que no cogiera frío. Estaba deseando llegar para darme una ducha y ponerme cómoda, con el pijama. Con Adam tenía la necesidad y la urgencia de mostrarme tal y como era, como si esperara alguna reacción negativa de él, por cada cosa que descubría de mí. Eso sin contar que a veces pensaba que en cualquier momento se alejaría de repente.

La mente te lleva por unos caminos a cada cual más duro. Yo luchaba contra ella, pero cuando me cogía con la guardia baja, me hacía caer en picado. Durante la semana me había hecho muchos planteamientos, de los que esperaba que la gran mayoría no se cumplieran. Me aferré a la realidad porque era lo único que contaba y era mucho más prometedora.

—Hemos llegado.

Me sorprendió abrir los ojos y darme cuenta de que me había quedado dormida al poco de alejarnos de la zona del gimnasio. Giré la cabeza hacia la puerta. Adam la había abierto, estaba esperando de pie para que yo saliera del vehículo.

—No me he dado cuenta de que me he dormido.

Tuve que carraspear para aclararme la voz.

—Me he dado cuenta —sonrió de medio lado, ofreciéndome una mano.

La acepté y salí despacio. Adam cerró la puerta sin apartar los ojos de los míos.

—Has hecho mucho ejercicio. Te has agotado —me dijo, acariciándome la mejilla por el dorso de la mano—. Vamos, tienes que darte rápido una ducha. Yo me encargo de Milo.

—Gracias. La necesito.

—Pues no se hable más. Quiero que te tomes tu tiempo, ¿de acuerdo? Como si quieres llenarte la bañera.

—No hace falta, con una ducha tengo suficiente —le sonreí, un poco más espabilada.

En cuanto entramos en la casa del garaje Milo vino corriendo hacia nosotros. Me reí cuando intentó trepar por mis piernas.

—Alguien me ha echado de menos, ¿eh? —le hablé divertida, agachada para acariciarlo— Vaya, nos ha dejado unas sorpresitas.

Me referí a que había hecho sus necesidades.

—No te preocupes, tú ve a ducharte.

Mientras lo decía me empujó por el salón, hacia la escalera.

—No insistas —me pidió al ver mi intención de decir algo al respecto.

Nos paramos al inicio de la escalera, conmigo en el primer escalón.

—A no ser que quieras que te suba yo, te encierre en el baño de mi habitación, y me encargue de desnudarte y de ti. Créeme, estaré más que encantado de ayudarte de esa forma.

Me mordí el labio inferior al notar como mi cuerpo vibraba recreando lo que acababa de decir. ¿Cómo era posible? Había pasado años sin estar cerca de un hombre que no fuera un amigo, que no tenía relaciones íntimas con nadie.

Ni siquiera me había parado a pensar en ello porque no me había hecho falta con el paso del tiempo, pero ahora…

Ahora solo quería que Adam cumpliera con lo que acababa de decir, para que se encerrara conmigo en su baño. Pero entonces recordé algo y tomé la decisión de subir los escalones, huyendo de él y de lo que me hacía sentir.

Cuando llegué arriba lo miré. No se había movido del inicio de la escalera, la única diferencia era que en este instante tenía una mano metida en el bolsillo del pantalón y con la otra sujetaba a Milo. Lo había cogido para que no me siguiera, y así me dejara tranquila.

Me obligué a apartar la vista de él y fui a su habitación. Caminé hasta la cómoda en la que Adam vació varios cajones para cedérmelos. No necesitaba tanto espacio para lo que me había traído, pero se empeñó ya que le dije que no iba a entrar en su vestidor con tan pocas cosas.

Saqué una braga, calcetines y el pijama, y me quité el abrigo y la bufanda, para dejarlos sobre una silla e ir casi corriendo al baño. La calefacción estaba encendida, pero aun así conecté el calefactor para evitar pasar frío, ni, aunque fuera un poco.

Enseguida noté la sensación agradable, por lo que abrí el grifo mientras me desvestía para darme por fin la ducha que había retrasado. Antes de meterme en la bañera miré mi imagen en el espejo y asentí hacia mí misma.

Me sentó de maravilla que el agua me cayera sobre la cabeza. Con los ojos cerrados, alargué el momento, disfrutando de la sensación. Después me di prisa en enjabonarme, tanto el pelo como el cuerpo. Cuando terminé me sequé y salí de la bañera con dos toallas, una enrollada en la cabeza y otra a la altura del pecho.

Cerca del calefactor que todavía estaba encendido, me puse el pijama y, por último, me sequé el pelo. Antes de salir del baño me hice un moño suelto. Lo dejé todo recogido, las toallas extendidas, y me puse las zapatillas de estar por casa, para bajar a la planta principal.

Cuando llegué al salón Adam estaba sentado en el sofá y conforme fui acercándome sonreí al ver a Milo tumbado sobre sus piernas. Adam también se

había duchado en otro baño porque todavía tenía el pelo un poco húmedo y se había puesto un pantalón de pijama y una camiseta fina de manga larga.

A sumar a todo lo que me encantó, también estaba la chimenea encendida.

Antes de que diera el último paso, Adam giró la cabeza hacia mí. Difícil explicar lo que sentí por su mirada penetrante e intensa, con la que me observó y me la mantuvo, incluso mientras rodeaba el sofá para ponerme a su lado.

—Hola —susurré, acariciando a Milo.

Estaba dormido y no se despertó.

—Ya ha comido —me dijo con la voz ronca.

—Perfecto. ¿Qué te apetece cenar? Había pensado en hacer unas tortillas.

—Este fin de semana tienes totalmente prohibido meterte en la cocina. Yo me uno a ti, así que lo único que haremos serán los desayunos, por lo demás pediremos comida a domicilio y como mucho la colocaremos en platos, a no ser que prefieras comerla directamente de los recipientes.

—Yo no tengo problema. Con Elisa ceno muchas noches en el sofá, viendo la tele, y comiendo como nos apetece. —Me encogí de hombros.

—Me gusta ese plan. ¿Cómo te encuentras? ¿Te he sentado bien la ducha?

—Bien y sí, genial.

—Me alegro. Pues ve pensado qué variedad de comida quieres cenar. Cuanto antes pidamos, menos tendremos que esperar.

—¿A ti te apetece algo en especial? —le pregunté, pero negó con la cabeza.

—Lo que elijas me parecerá bien.

—¿Japones?

—De acuerdo. Voy a llamar. ¿Te gusta todo? —me preguntó inclinándose hacia la mesa baja de enfrente, para coger su móvil.

—Sí —le confirmé y lo escuché hablar con el restaurante.

Pidió una gran variedad con la que tendríamos hasta el día siguiente, también.

Y pensar que todavía era viernes, cuando me daba la sensación de que el último día de trabajo estaba muy lejano. Todavía teníamos el sábado y gran parte del domingo para estar juntos. Pensar en ello me daba vértigo, pero también un gran subidón, aunque los nervios se me agarraran al estómago.

Capítulo 31

Me moví al sentir unas ligeras cosquillas, pero cuando fui más consciente me di cuenta de que en realidad eran caricias.

En algún momento volví a dormirme en el sofá, acurrucada con Adam. Cenamos la comida japonesa sin movernos del sofá, viendo una película y fue ahí cuando nos quedamos saciados y nos pusimos más cómodos aún. Por eso se me cerraron los ojos.

A mi favor diré que estaba muy cansada, entre que era viernes, después de haber soportado toda la semana de trabajo. Los nervios que había pasado durante el día, por motivos diferentes, pero nervios en sí. Y si le sumaba las agujetas que tenía del día anterior y el ejercicio intenso de por la tarde…

Quería aprovechar al máximo el tiempo con Adam, pero en cuanto me sentía calentita y segura, con él abrazándome, el sueño me vencía y me arropaba como hacía tiempo que no me sucedía. Seguramente era por eso también, porque llevaba noches sin dormir bien y ahora que no me estaba costando conciliar el sueño y que descansaba genial, mi cuerpo aprovechaba todas las oportunidades.

No sabía cómo, pero me había movido hasta quedarme tumbada sobre Adam. Tenía la cabeza apoyada en sobre un cojín, en sus piernas, y las caricias me las estaba haciendo él. Había metido un poco la mano por debajo de la camiseta de mi pijama y me tocaba en círculos la piel del costado, cerca de la barriga.

Abrí los ojos despacio y lo miré. Él estaba atento al televisor, de la pantalla salía la única luz que había en el salón. Parecía concentrado en lo que veía y como no se dio cuenta de que lo observaba, me aproveché de ello y disfruté admirándolo. Era muy injusticia que incluso en pijama, pareciera recién sacado de una revista de moda.

—¿Te gusta lo que ves?

Su pregunta me hizo sonreír, por suerte no me sobresalté. No sabía cómo lo hacía, porque era algo que repetía muchas veces, pero, aunque parecía que no estaba atento, siempre se enteraba de todo lo que le rodeaba.

Bajó la cabeza, buscando mi mirada.

—Hola —susurré.

—Hola —me correspondió.

—Y sí, me gusta lo que veo —le confirmé lanzándome.

Era la primera vez que hablaba tan abiertamente, dejándole claro con palabras que me atraía. El problema era, que demasiado.

Al escucharme dejó de mover los dedos, como si no hubiera esperado mi contestación. Cuando volvió a retomar las caricias las amplió, abarcando más piel. Solté el aire muy despacio.

Cuando fui a agarrarme el bajo de la camiseta del pijama, para estirarla, Adam me agarró de la mano y evitó que lo hiciera.

—No escondas que tienes erectos los pezones —me dijo y contuve la respiración—. Me he dado cuenta desde el principio de que no te has puesto sujetador y no te imaginas lo que me encanta —su voz sonó más grave—. Me has alegrado la vista mientras dormías, porque sí, no he podido ni he querido evitar fijarme bien. No me prives de ver cómo se te marcan los pezones, pero no porque tengas frío, sino porque tu cuerpo reacciona a mí y se excita.

—Adam… —susurré.

—¿Cuánto hace que no estás con alguien?

Me moví inquieta, con mucha necesidad al sentir como su mano iba ascendiendo. Lamenté que se quedara quieta, rozándome un pecho con la punta de los dedos.

—Dime, Ciara —insistió—. ¿Cuánto tiempo hace que no tienes relaciones íntimas?

—Yo… hace seis años, aproximadamente —le contesté con franqueza y vergüenza.

—Mierda —cogió una bocanada de aire.

—Ya sé qué hace mucho, pero…

—Mi reacción no es por lo que estás pensando, ni por asomo —me aclaró y lo miré con el ceño fruncido.

—¿Entonces?

—Es porque estarás muy estrecha todavía y serás mi perdición. ¿Lo notas?

Un calor intenso me cubrió las mejillas, por el sofoco que sentí cuando quitó el cojín entre nosotros y elevó la cadera, para empujar su erección contra mí. Solo de imaginármelo con todo lujo de detalles…

Impulsada por la necesidad, me incorporé, quedándome sentada. No me conformé con eso porque no era lo que quería, así que me subí a horcajadas sobre Adam. Coloqué mi sexo justo encima de su erección, mientras disfrutaba de su mirada oscurecida.

—Quiero que seas tú —le dije, agarrándole de la nuca.

—Ten por seguro que sí. —Apretó la mandíbula—. Puedo ir lento si mantengo la distancia contigo, pero una vez que te tengo al lado siento que no hay límites con respecto a ti. Hasta ahora me he contenido para darte espacio, por todos los cambios, pero a partir de aquí…

—No quiero más espacio ni esperas.

Me eché sobre su pecho, pegando el mío. Nuestros sexos hicieron más contacto, en un roce demasiado bueno. Adam soltó un gruñido, yo un jadeó inesperado.

—Seguro que si te toco estás chorreando, ¿me equivoco?

—No.

Ante mi negativa, que era una gran confirmación, se levantó del sofá llevándome con él. Me agarré con fuerza a su cuerpo, rodeándole el cuello con los brazos y la cintura con las piernas.

Adam me agarró con fuerza a él con una mano, mientras que la otra la utilizaba para coger el mando del televisor. Lo apagó y comenzó a moverse.

—La chimenea… —susurré, viendo como Milo dormía en su cama.

En algún momento Adam lo había colocado en ella. Mi cachorro también estaba agotado, había tenido muchas emociones por los cambios, y había corrido más que ningún día, por el tamaño de la casa en la que estábamos.

—No te preocupes. La chimenea siempre está protegida, pero igualmente bajaré dentro de un rato para asegurarme y esparcir las brasas y lo que quede de los troncos. Entonces subiré a Milo con su cama, a mi habitación.

Coloqué la nariz en su cuello y aspiré su olor, uno maravilloso y excitante.

—Ciara, si haces eso no respondo —me dijo con la voz tomada por el deseo.

Volví a hacerlo y no solo lo olí, sino que pasé la punta de la lengua a lo largo de su cuello, haciéndolo estremecer.

—Joder —siseó.

Me reí cuando comenzó a caminar más rápido, al igual que subió la escalera, pero me callé de golpe cuando sentí sus manos agarrarme de las nalgas. Hizo presión, separándomelas, al mismo tiempo que varios de sus dedos se clavaban por encima de mi entrada. La ropa era un gran obstáculo, pero igualmente gemí.

Me apreté a él queriendo mucho más. Hacía tanto tiempo que no sentía estas sensaciones y emociones…

Cuando Adam entró en su habitación me llevó hasta su cama, pero me mantuvo en brazos.

—Es hora de acostarse, para no salir de la cama hasta bien entrada la mañana del día siguiente —me susurró al oído y me mordí el labio inferior—. O tal vez durante todo el día. No tenemos ninguna prisa.

—No —le confirmé.

—¿Estás segura de esto? —me preguntó serio, agarrándome por detrás de la cabeza— A pesar de lo que hemos dicho, si te lo has pensado mejor…

—Adam, créeme, estoy muy segura de lo que quiero, sino no te habría dado pie en el salón. ¿Tú no quieres?

—¿Qué no quiero? ¿De verdad dudas sobre eso, después de demostrarte lo que te deseo? Me tienes duro, Ciara, al límite del control.

—Puedes perderlo —le agarré del pelo.

—Una parte, pero no del todo. Hace mucho que tienes relaciones y…

—Quiero sentirte con intensidad.

—Mierda, Ciara.

—No te contengas, no quiero ser diferente.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que lo eres?

—Yo…

Me acalló con un beso. Adam se apoderó de mi boca, besándome como si quisiera consumirme. Nuestros labios chocaban entre sí, mientras que nuestras lenguas se tocaban y rozaban, yendo al encuentro insaciablemente. Mi gemido quedó amortiguado, pero me sirvió para que Adam se inclinara sobre la cama, para dejarme caer.

—Preciosa —susurró sobre mis labios, cuando me quedé tumbada bocarriba.

—No sé si…

—Shhh… nada de palabras —me pidió.

Tiró de mi pelo hacia atrás, para levantarme un poco la cabeza. Buscó de nuevo mis labios, para darme otro beso devastador que me dejó temblorosa y mucho más excitada de lo que ya estaba.

Sin dejar de besarme, una de sus manos fue a la cinturilla elástica del pijama, para colarla por dentro, incluso de la braga.

—Mierda, Ciara —siseó—. Estás chorreando. —Soltó un gruñido, deslizando los dedos por mi humedad.

Arqueé la espada, separándola de la cama, ante el contacto abrasador. Mis piernas se abrieron por instinto, dándole más acceso para que llegara a todos los pliegues de mi sexo. Me dio lo que anhelaba, provocándome gemidos y jadeos de placer.

Me agarré con fuerza del nórdico, con las manos, mientras los dedos de Adam me frotaban, acariciaban, pellizcaban y se clavaban en mi interior. Me llevó a lo más alto y a caer en picado, con un orgasmo devastador.

No conforme con eso, se separó de mí, para bajarme despacio el pantalón del pijama. Arrastró también la braga y noté como me ruborizaba cuando se quedó entre mis piernas abiertas, observando mi intimidad.

—Esto es demasiado, preciosa. Eres demasiado.

No reconocí su voz como la suya. levantó la cabeza, para buscar mi mirada, la que encontró al instante. También me dio la sensación de que le gustó lo que vio en mi cara, antes de hacerme gritar, al lanzarse a por mi sexo.

Lamió cada pliegue, recogiendo mi humedad y haciendo un ronroneo de satisfacción, mientras me humedecía más. Me succionó el clítoris, como la entrada, antes de colar la lengua dentro. Creí que desfallecería por la intensidad

con la que se apoderó de esa parte de mi cuerpo que lo necesitaba cada vez más, con mucha urgencia.

Justo cuando me elevó la cadera agarrándome de las nalgas con fuerza, para guiarme mejor hacia su boca, grité su nombre. Desesperada, lo agarré del pelo cuando el segundo orgasmo me alcanzó inesperadamente. Me quedé sin fuerzas sobre la cama, con los ojos entrecerrados.

—Eres deliciosa, cariño. Un puñetero vicio —me dijo con la voz ronca y profunda—. Agárrate —me pidió, casi sin darme tiempo a hacerlo.

Se colocó bien entre mis piernas y me embistió con fuerza, hasta el fondo.

—Mierda —siseó—. Tendría que haber ido más despacio. —Jadeó.

—Estoy bien —gemí, notando un poco de dolor, pero mucho placer—. no pares —le rogué y fue el impulso que necesitó Adam, para continuar apoderándose de mi cuerpo.

Sus embistes eran duros y profundos, enterrándose por completo en mi interior, para salir rápido y repetirlo una y otra vez. Se movía sin descanso y a un ritmo frenético. Intenté seguirle el ritmo, pero me rendí por completo a él.

Me folló como llevaba días deseando, así me lo susurró al oído, varias veces, provocándome más placer. Estaba tan cerca, a punto de dejarme llevar de nuevo, pero algo hizo detenerse a Adam. Ese algo fui yo, al agarrarle la mano con la que intentó levantarme la parte de arriba del pijama.

—Ciara… —sonó a advertencia.

—Yo… no soy como piensas —dije con mucha vergüenza—. Prefiero dejármela puesta —me referí a la camiseta del pijama.

—¿Por qué? —Embestida fuerte y jadeos— Si me convences puede que me lo piense. —Varias embestidas más seguidas y rápidas, para salir después del todo—. Habla —me pidió, clavándose de nuevo en mi interior.

Esta vez se quedó quieto, sin retroceder, llenándome con su miembro duro y perfecto. La sensación era tan buena, tan…

—No tienes que avergonzarte por nada conmigo. ¿Me oyes? —continuó hablando y asentí, pero en mi expresión tuvo que ver que no estaba muy convencida— Cariño, no hay nada que me digas o que me enseñes que vaya a hacerme cambiar de opinión sobre ti. Déjame atender a tus pechos y pezones, están muy necesitados. Mira cómo se te marcan.

Gemí echando la cabeza hacia atrás. Me acarició las puntas por encima del pijama, frotándomelas, para después tirar de ellas con fuerza. La sensación entre el dolor y el placer me creó más humedad entre las piernas.

—Joder, sí —gruñó, al notar como me contraía y le apretaba el miembro —. ¿Te das cuenta?

—Es que…

—¿Confías en mí?

Cerré los ojos disfrutando de las nuevas caricias que me hizo en el cuello y de su cadera rotando, dándome placer enterrado en mí.

—Sí —le contesté sin dudar.

—Pues mantén los ojos cerrados, de esa forma no estarás pendiente en ver lo que no es. Vamos a bloquear a tu mente, para que te centres solo en sentir como voy a adorarte. —Apreté los párpados—. ¿Preparada?

—Creo que sí —susurré.

Me dio un beso en los labios, pero enseguida contuve la respiración cuando comenzó a levantarme la camiseta del pijama, muy lentamente.

Capítulo 32

Adam

Ciara se tensó, su cuerpo se puso rígido justo cuando le subí toda la camiseta del pijama. No me paré, se la saqué por la cabeza, antes de dirigir la boca a uno de sus pezones.

—Adam… —gimió, arqueando la espada.

—Te lo he dicho, perfecta y deliciosa —repetí para que se relajara, y porque era una jodida verdad que necesitaba que se creyese.

Al ver que mis palabras no surtían efecto, para que no pensara, comencé a embestirla otra vez, con la misma intensidad y dureza, mientras me llenaba la boca con su pecho y su pezón. Era una puñetera delicia.

Ciara gimió debajo de mí, moviéndose inquieta y con ansiedad. Le di todo lo que necesitaba, la follé desesperadamente, tal y como necesitábamos los dos, mientras mi boca iba de un pezón a otro, succionándolo y mordisqueándolo, con tirones que la hacían gritar.

Cada vez que lo hacía, notaba una humedad extra en su sexo, la que me hacía resbalar en su interior a una velocidad de infarto. Estaba tan caliente, la sensación era tan buena cada vez que me clavaba hasta el fondo…

Ciara tuvo un nuevo orgasmo, gritando mi nombre y aferrándose a mí, mientras yo continuaba embistiéndola, con más energía que antes. Mi ritmo se volvió frenético en buscar de mi liberación, hasta que lo conseguí. Salí de su interior al límite, para derramarme sobre barriga.

Cuando me quedé relajado y tranquilo, me incliné para comenzar a darle besos por el pecho, más concretamente encima de lo que me había querido ocultar. Ciara se estremeció y se puso en tensión, al notar el contacto.

—Ahora entiendo porque no querías que te viera, aunque todo está en tu cabeza porque te aseguro que para mí no tiene la más mínima importancia. En absoluto —le dije, hablando con mucha seguridad. Apoyé mi peso sobre los brazos, a cada lado de su cabeza—. Ya sé porque te cuidas, porque no bebes alcohol y porque prestas atención a todas tus comidas, esforzándote para llevar una vida saludable… ¿Creías que esto me iba a echar para atrás? ¿Qué iba a verte diferente? ¿En serio? Te he dejado claro que no existe nada que pueda hacerme verte de otra forma a cómo te siento. Ni siquiera tú puedes conseguirlo.

—Es grande y fea —susurró con vergüenza.

—Es perfecta porque es tuya, cariño. —Se le humedecieron los ojos—. No quiero que la ocultes. —Le retiré un mechón, para colocárselo detrás de la oreja—. ¿De acuerdo? —Asintió muy despacio.

—Hago algunas excepciones con la comida y la bebida, aunque son poquísimas —dijo y esperé a que continuara—. Pueden pasar años para darme un capricho. Solo porque soy joven y quiero sentirme normal, ya que durante el resto de mi vida será igual —susurró.

—Ya eres normal, maldita sea —siseé—. No puedes poner tu vida en peligro por querer demostrarte algo a ti misma. —Apreté la mandíbula.

—No me pongo en peligro, tú mismo has dicho que me cuido mucho —suspiró, tocándome la cara—. Como sano, hago deporte, y no me salto nunca la medicación que es lo primordial para tener una vida tranquila.

—¿Te has traído la medicación?

—Siempre tengo una tableta en el bolso. Me queda para varios días, antes de reponerla —me confirmó.

—Ven, vamos a meternos debajo del nórdico. No quiero que cojas frío.

Me separé despacio de ella y cuando se tumbó en mi cama en la posición correcta, fui al baño antes de que se cubriera con el nórdico. Cogí una toalla que humedecí con agua caliente, con la que fui hasta Ciara, para retirarle los restos de mi excitación de la barriga y de entre las piernas, mezclado con su humedad.

Dejó que la limpiara, sin apartar la vista de mí. Cuando me quedé satisfecho, me limpié de pie a su lado. Me pasé la toalla por el miembro, poniendo mucho hincapié en dejarlo limpio y recorrerlo bien, entero, de arriba abajo.

—Me parece que…

—Sí, se está preparando otra vez —le confirmé porque me estaba excitando de nuevo—. Eres demasiado perfecta para que no me suceda —le dije recorriendo con la vista su cuerpo desnudo.

Bloqueé lo que necesitaba y me tumbé a su lado. Nos tapé con el nórdico y la rodeé con los brazos. Me encantaba tenerla pegada a mí.

—Has dicho que tienes que estar toda la vida cuidándote…

—Sí —susurró contra mi pecho—. En la operación solo me arreglaron unas cosas, el problema más grave de mi corazón continúa igual. Necesitaré ayuda de las pastillas hasta que deje de respirar.

—Está bien. —Le di un beso en la cabeza—. ¿Te sientes más cansada de lo normal? ¿Hay algo que tenga que saber?

—Siempre que me tome la medicación me encontraré bien. —Apoyó la mejilla en mi pecho.

—De acuerdo —hice una pausa intencionada

Metí una mano entre nosotros y la colocó extendida sobre su pecho, sobre la gran cicatriz que Ciara tenía en el centro. Las pulsaciones se le aceleraron.

—¿Cuándo fue la última vez que saliste por la noche? En la cena dijiste que hacía años, dejaste claro que no te gustaba.

—Así es, la última fue en esta ciudad, hace casi seis años —me contestó y sonreí de medio lado—. Fue la primera y la última —suspiró, relajada.

—¿Tan mal fue?

—Eh, no. Es solo que yo estaba muy… bastante mal por aquel entonces y solo busqué desahogarme de cualquier manera.

Le pedí que se durmiera y cuando los ojos se le fueron cerrando y el cuerpo se le quedó flojo, me levanté con cuidado, para ir a por Milo y para comprobar que el fuego se había consumido.

Cuando llegué a la planta baja esparcí las ascuas para que terminaran de apagarse los restos del fuego, y cargué con la cama de Milo, con él dormido y tumbado cómodamente sobre ella. Lo dejé al lado de cama en el que estaba tumbada Ciara, para que lo viera si se despertaba, y volví a estirarme a su lado.

La agarré de la cintura, para colocarla casi sobre mí y al cabo de unos minutos, no muchos, con Ciara dormida profundamente, yo también me dejé llevar, teniéndola sujeta a mi lado.

Era bastante más pronto de la hora en la que solía acostarme, pero igualmente me dormí. Por eso precisamente, por dormir más tiempo de la cuenta, me desperté rápido al notar algo raro. Solo se sentía un ligero movimiento, pero la expresión de Ciara no daba opción a que lo dejara pasar.

De madrugada, encendí la luz de la mesita de noche de mi lado, para despertarla del mal sueño que estaba teniendo.

Me sorprendió que chillara y dijera palabras sueltas, de repente, estando dormida, para después relajarse un poco, e incluso que suspirara sin ser consciente de ello. No se despertó, por lo que dudé en despertarla yo. Al final no se alargó y lo dejé estar, al comprobar que Ciara volvía a tener un sueño tranquilo, como si no hubiera sucedido nada.

Si no fuera por la fina capa de sudor que cubría su cuerpo, hubiera creído que el que estaba soñando era yo.

El tiempo fue pasando, hasta que me quedé de nuevo dormido, y como no hay dos sin tres, al cabo de no sé cuánto tiempo unos nuevos gritos me despertaron. Me incorporé de golpe en la cama. Ciara continuaba tumbada, con los ojos cerrados, pero moviéndose sin poder estarse quieta.

—Eh, preciosa —la llamé suavemente, para no alterarla.

Ya era de día, entraba un poco de claridad por la ventana, por lo que decidí despertarla de una vez.

—Ciara —insistí, con el mismo tono de voz.

—¿Qué…? —se sobresaltó.

—Ya está. —La abracé.

Se puso rígida, como si no entendiera que era yo y lo que estaba sucediendo, hasta que se relajó y me abrazó.

—Estás en mi casa, conmigo en mi cama. —Le retiré el pelo de la cara—. Has tenido una pesadilla —le dije y tragó saliva.

—Lo… siento —susurró.

—¿Por qué te disculpas? —Fruncí el ceño— Ni que fuera tu culpa, como si pudieras controlar los sueños.

Cerró los ojos unos instantes y cuando los abrió dirigió la mirada a la ventana.

—¿Y Milo? —preguntó en tono bajo, al no verlo en su cama.

—Debe estar dando vueltas por la casa, buscando donde dejarnos unos regalitos —contesté con humor.

—Sí —se rio y sonreí—. ¿Qué planes hay para hoy? —Quiso saber.

—¿Qué mejor plan que quedarnos aquí? Tenemos todo lo que nos apetezca y lo que nos falte es tan fácil como pedirlo. Mi intención es no salir de casa, pero comprendo que te apetezca hacer algo diferente, al menos por un rato.

—No. Está bien así, de verdad.

—¿Seguro? —insistí.

—Sí.

—Si en algún momento cambias de opinión o te agobias, dímelo —le pedí.

—Lo haré —me sonrió.

Le di un beso en la frente, antes de levantarme. Le dije que iba al baño de otra de las habitaciones para que ella fuese tranquila al mío. Nos vestimos al mismo tiempo, con ropa cómoda, mientras compartíamos miradas cómplices.

Al acabar bajamos a la planta baja, donde nos encontramos con Milo. Estaba jugando con una bolsa y como ya le había adelantado, nos encontramos que había hecho sus necesidades en el salón. Lo llamé caminando hacia la corredera, la que abrí y salí con él. Ciara también vino, pero no se acercó tanto.

Milo salió disparado hacia el césped, así que sabía que durante un buen rato no habría perro. Iba a estar muy entretenido y si quería hacer algo más, tenía terreno de sobra para hacerlo.

Ciara y yo preparamos el desayuno, como también la mesa del porche, donde nos sentaríamos a disfrutar del sol que daba directo.

Hicimos tostadas, zumos de naranja y cafés con leche, el suyo descafeinado. Lo sacamos todo a la mesa del porche, con una variedad de embutidos para acompañar a las tostadas. Comenzamos el día como se merecía, llenando bien los estómagos.

Observé como Ciara se tomaba la pastilla para el corazón y después me sonreía. Iba a encargarme personalmente de que nunca se le olvidara y de que nada fallara para que esa sonrisa preciosa permaneciera en su expresión.

Ahora que la había encontrado y que habíamos iniciado una relación, no permitiría que algo fallase. Debía preguntarle con cuanta regularidad iba al médico, y varias cosas más, para quedarme tranquilo y porque quería acompañarla en todas las ocasiones.

Yo no iba faltar a ninguna revisión, prueba o control, pero este fin de semana no le hablaría de ello. Dejé apartado el tema por ahora, para centrarme únicamente en el momento en el que nos encontrábamos. No quería enturbiar la cara de felicidad que tenía Ciara, porque estaba claro que hablar de su enfermedad le afectaba. Con retrasar la conversación tendría suficiente, por lo que me guardé todas las dudas, para hablar con ella dentro de unos días.

—¿Bien? —le pregunté, mientras pelaba una fruta.

—Sí —me sonrió.

—Ven aquí.

A pesar de que estaba sentada a mi lado, no tenía suficiente. Había demasiada distancia entre nosotros.

Estiré la mano hacia ella, para que me la agarrara. Lo hizo al instante. Se levantó y se sentó sobre mis piernas, de lado, tal y como yo le pedí. Le rodeé la cintura con el brazo y comencé a besarla en el cuello, ignorando sus quejas, en las que me decía que, si no paraba, así no podía comer.

Yo estaba totalmente a favor de los besos, de los roces y de las caricias, de tal modo que seguí calentándola, porque era lo que estaba consiguiendo. Era muy consciente de ello y no perdería la oportunidad de estar pronto enterrado de nuevo en mi interior. Mi miembro ya estaba preparado y dispuesto, dio una sacudida que Ciara notó perfectamente.

Teníamos todo el día para saciarnos el uno al otro, pero un polvo rápido de buena mañana siempre sentaba de maravilla. No teníamos ni que movernos mucho, porque estaba claro que no desperdiciaría ninguna oportunidad con ella. Ni el tiempo.

—¿Quieres? —me ofreció un trozo de manzana y abrí la boca, para aceptarlo—. Mmm… está dulce —dijo al comer uno ella.

—Tú sí que eres dulce —susurré sobre su cuello.

—No —se rio.

—Y tanto que sí. —Le lamí el cuello, haciéndola estremecer—. Siéntate a horcajadas encima de mí, después de haberte quitado el pantalón deportivo y la braga.

—¿Aquí? —Se sorprendió.

—Oh, sí, aquí mismo. —Le retiré el pelo sobre el hombro, al mismo tiempo que le pellizcaba un pezón. Ciara gimió—. Date prisa.

La aparté delicadamente para que se levantara y me bajé el pantalón sentado en la silla, dejando mi miembro libre. Mientras ella se quitaba lo que le había pedido, mordisqueándose el labio inferior, su mirada no se apartó de mi erección. Me estiré para coger una manta, pero no me dio la oportunidad para taparla como había pensado.

Ciara me sorprendió cuando se puso frente a mí, entre mis piernas, y se colocó de rodillas, sobre un cojín para no hacerse daño.

—No tienes que… mierda. —Me puse en tensión.

Con una mano me agarró un testículo y con la otra me rodeó el miembro, ejerciendo presión. Jadeé cuando bajó y subió, deslizándose por todo el largo y parándose a recoger las gotas de excitación de la pequeña apertura del glande.

Pensaba que su intención era tocarme de esa forma, pero cuando agachó la cabeza, dirigiendo la boca a la punta rosada…

—Joder. Tienes una puñetera boca perfecta —gruñí cuando chupó y succionó.

La agarré del pelo y no pude evitar buscar un poco de alivio embistiendo su boca varias veces. Pero no era suficiente. Ciara se concentró en darme un placer enorme, mientras que yo me grababa en la memoria cómo acogía a mi miembro y como este desaparecía en su interior. La sensación era tan buena del calor que me rodeaba, con las caricias de su lengua que no paraba quieta…

Todo el conjunto estuvo a punto de llevarme al orgasmo, después de bastantes minutos disfrutando, pero la aparté a tiempo. La subí sobre mis piernas y la coloqué en la posición perfecta, para embestir en su entrada y

colarme en su sexo. Ambos gemimos ante las sensaciones que nos provocó, en la boca del otro porque la besé.

Ciara botó encima de mí, haciendo desaparecer mi miembro. El primer orgasmo la asaltó a ella primero, gritó aferrándose con fuerza a mis hombros que le servían de apoyo. Me levanté sobresaltándola, en pleno orgasmo, para sentarla en el filo de la mesa y empujar como ambos necesitábamos.

A partir de ahí fue una locura de gemidos y de los sonidos del choque de nuestros sexos. Ciara volvió a correrse mientras le frotaba el clítoris, al mismo tiempo que la llenaba. Yo la seguí al cabo de unos minutos, corriéndome sin poder esperar ni un segundo más.

Le prometí que cada fin de semana sería como este y sellamos la promesa con un beso que hicimos interminable, sin que ninguno de los dos quisiera acabarlo, sentados de nuevo en mi silla.

Capítulo 33

Ciara

Intenté mirar por las ventanas que tenía más alejadas, dentro del autobús, pero estaba tan lleno y yo me encontraba a un nivel más bajo porque estaba sentada, que era imposible que viera algo.

Llevábamos parados un buen rato, pero no éramos los únicos. A nuestro alrededor había una gran cantidad de vehículos, de personas que se habían quedado atrapadas como los que íbamos en este transporte público, sin poder llegar al trabajo en el horario habitual.

Ya le había escrito a Abel para contarle lo que pasaba y mi amigo había informado a Enrique, nuestro encargado. Este le había dicho que no me preocupara, que no llegara nerviosa por el retraso. Abel me había confirmado que no era la única de la empresa que se había visto afectada.

Comenzaba a impacientarme al estar encerrada, mucho, pero no podía hacer otra cosa que tomármelo con calma. Algunas personas le habían pedido al conductor del autobús que abriera las puertas, pero el hombre no lo había hecho todavía.

Giré la cabeza hacia la ventana de mi lado, armándome de paciencia.

—Me va a dar algo —se quejó la mujer que estaba sentada a mi lado.

—¿Se encuentra mal? —me preocupé, llamando la atención de los que teníamos más cerca.

—Ay, no. Perdón —se rio—. Estoy agobiada como todo el mundo, pero ya está. He dicho que me va a dar algo porque ya tendría que haber llegado al piso de mi hija, para quedarme con mi nieta que está mala. Mi hija tiene que irse a trabajar y mi yerno se fue de viaje la semana pasada.

—Ah, entiendo. Siento la situación, pero me alegro de que usted esté bien —le dije.

La mujer me sonrió y cuando iba a decirme algo más, se quedó a medio camino de hablarme otra vez. No llegó a decirme nada, se calló y ambas miramos hacia el frente, para observar el alboroto que se formó de repente en la parte delantera del autobús. Me puse de pie, para intentar ver algo, y conseguí distinguir a un policía.

—Atención —dijo el conductor cuando el agente se fue—. Ahora voy a abrir las puertas para que bajen, la policía no sabe cuándo podrán despejar el tráfico y la calle. Ha habido un accidente en el que se han visto implicados varios vehículos, uno de ellos es una furgoneta que, aunque no debía, transportaba un líquido inflamable que se ha vertido por el asfalto.

»Si tienen que coger otro transporte público porque no pueden llegar a su destino a pie, aunque tarden, les aconsejo que se alejen todo lo que puedan de aquí, para no quedarse otra vez atrapados. Que tengan un buen día.

—Al menos podré llegar —suspiró la mujer de mi lado.

—¿El piso de su hija está muy lejos de aquí?

—Calculo que un poco menos de media hora caminando —me contestó pensativa.

Las puertas del autobús se abrieron y las personas comenzaron a moverse, desesperadas por salir los primeros. La mujer eligió como yo, quedarse para la última. No tenía sentido correr a estas alturas. Yo, desde que me monté en el autobús, había recorrido pocas calles. Estaba muy cerca del piso, lo contrario a lo que sucedía con mi trabajo.

Con el buen fin de semana que había tenido en la casa de Adam, y había comenzado girada la semana.

Me despedí de la mujer, deseándole que tuviera mejor día y que su nieta se recuperara pronto. Al llegar a la acera me paré, pensando en qué hacer. Para no retrasarme mucho la solución era coger un taxi, pero en la zona en la que estaba no pasaban, y con el follón que había en las carreteras estaba descartado.

Me decidí por la segunda opción rápida, la de ir hasta la parada de metro más próxima. Haciendo transbordo era lo mejor. Con esa idea en mente caminé por la acera, ajustándome mejor la bufanda al cuello.

Llevaba andando tranquilamente unos minutos, sin prisas, mezclándome con las personas que iban en la misma dirección que yo, hasta que noté una sensación extraña que no pude pasar por alto. Fue intensificándose y para no pararme de golpe, porque hubiera sido muy evidente, me desvié hacia la derecha. Me puse frente al escaparate de una gran tienda de ropa.

Durante un buen rato aparenté que estaba interesada en varias modelitos. Me moví a lo largo de la pared de cristal, de lado a lado, cuando en realidad estaba pendiente a todo lo que sucedía a mi espalda, por si veía el reflejo de alguien detrás de mí, a cierta distancia.

Los nervios me revolvieron el estómago y me pusieron temblorosa, por lo que intenté disimular para que no se me notara.

Quería largarme de aquí, alejarme cuanto pudiera…

—No puede ser —susurré con los ojos abiertos al máximo, pero con la cabeza caída para que no se viera mi sorpresa reflejada en el cristal.

Igual que yo podía ver a los demás, los demás también podían verme a mí.

Mi temblor aumentó y tuve que esconder las manos en el abrigo, para disimular.

Parado a unos metros de distancia había un hombre apoyado en un árbol, de forma casual. Hacía ver que miraba las páginas de un periódico, mientras mantenía la cabeza hacia abajo. Cabeza que tenía cubierta por la capucha de la chaqueta deportiva que llevaba puesta.

—No, no, no… Joder —Cogí varias bocanadas de aire.

Sin pensarlo si quiera entré en la tienda del escaparate, para continuar disimulando. Lo primero que hice fue ir hasta una zona en la que yo no era visible, pero la calle sí. Observé con atención al tipo ese, el que se mantuvo sin moverse con toda la atención puesta en el periódico.

A mí no me engañaba, por suerte o por desgracia había vivido persecuciones parecidas más veces que las que quería recordar. Al decir por suerte me refería a que, gracias a esas experiencias negativas sabía rápido a lo que atenerme, como también sabía diferenciar las amenazas. El problema era que me había enfriado después de tanto tiempo, ya no estaba habituada a nada de lo que estaba sintiendo.

—Hola. ¿Puedo ayudarla en algo?

La voz de una chica me hizo soltar grito. Mi giré hacia ella, era la dependienta que me sonreía con amabilidad.

—Perdona, no pretendía asustarte —me dijo.

—Tranquila. La culpa es mía, estaba muy despistada.

—¿Te ayudo o estás mirando?

—Estoy mirando —susurré.

—Sin problema. Si necesitas algo avísame —me dijo sin perder el gesto sonriente y asentí.

En cuanto me quedé sola de nuevo volví a dirigir la atención al hombre de la calle. Contuve la respiración al comprobar que se había movido. Ahora estaba parado frente al escaparate y ya no tenía el periódico en las manos. No había rastro de él a la vista. Todavía no levantaba la cabeza, pero ni falta que hacía para saber de parte de quién venía. Estaba convencida.

Tragué saliva y me pegué a la pared, temblando. Busqué en el teléfono información sobre el accidente múltiple que había habido por esta zona y me encontré con la noticia de que un motorista había provocado los accidentes,

haciendo colisionar a varios vehículos, de tal forma que había bloqueado una de las vías más importantes de la ciudad. En el artículo dejaban claro que el causante se había dado a la fuga y que no entendían cómo había actuado como lo había hecho.

Cerré los ojos con fuerza, tan asustada como hacía años que no estaba.

—Perdona —volví a escuchar a la misma chica—. ¿Te encuentras bien? —me preguntó inquieta.

—Desde… desde fuera del escaparate no se ve el interior de la tienda, ¿verdad? No me he fijado.

—Eh, no —me contestó con el ceño fruncido—. Hace espejo en todo, incluso en la puerta. ¿Por qué?

—Necesito que me ayudes —le pedí desesperada, sintiéndome enjaulada porque lo estaba.

—Claro. ¿Quieres un vaso de agua? ¿Sentarte un rato? ¿Estás mareada?

Negué a todo, sin dejar de mirar de reojo al tío de fuera.

—Necesito salir de aquí, pero no por la puerta que da a la calle principal. —Tragué saliva—. Por favor, dime que hay otra salida de emergencia —sonó a ruego y lo fue.

—¿Qué te pasa? —me preguntó asustada, al ver mi estado— Mi jefa está dentro, en el almacén, podemos ayudarte con…

—No. —Negué con la cabeza, varias veces—. Cuanta menos gente mejor. Por favor, solo necesito que me ayudes a salir de aquí y que si entra ese hombre lo retrases todo lo que puedas, sin correr riesgos. —Lo señalé para que supiera de quién estaba hablándole.

Agrandó los ojos mirándolo y entreabrió los labios.

—No quiero meterte en problemas, solo salir de aquí.

—Claro. —Levantó la barbilla. Me cogió de una muñeca con decisión—. Sígueme.

Dejé que las lágrimas corrieran libremente por mi cara, por el alivio tan grande que sentí.

La chica me llevó rápido a la parte trasera de la tienda y antes de llegar a los probadores, nos desviamos a la izquierda.

—Aquí —dijo con una sonrisa de satisfacción—. Esta puerta da a la entrada de un edificio de vecinos, desde aquí se accede a la zona de los buzones, la escalera y los ascensores —me explicó y asentí.

»La utilizamos siempre que no queremos que nos vean desde la calle, así parece que salimos del bloque de pisos. Cuando hacemos inventarios terminamos muy tarde y es una tranquilidad disponer de esta salida. Hace años a una compañera que se fue de madrugada por la puerta principal la asaltaron y aprovecharon para entrar a robar.

—Vaya. —Hice una mueca—. Pues sí que es bueno que tengas otra vía de escape —susurré.

—Sí.

Las dos miramos hacia la entrada principal, a la cristalera del escaparate. El hombre continuaba frente a él, ahora con la cabeza levantada, mostrando unas gafas de sol oscuras y grandes que le tapaban gran parte de la cara. No lo reconocí, pero eso no era un dato importante.

—Muchas gracias —le dije—. No lo olvidaré nunca.

—Por favor, no me las des. Corre, vete, la puerta del edificio da a la otra calle. Aprovecha la ventaja porque no te verá salir, no sabemos si decidirá entrar o cuando lo hará. Te prometo que lo retendré todo lo que pueda, me haré la tonta y mi jefa me ayudará. Ahora la aviso.

Emocionada, le di un abrazo como última muestra de agradecimiento y no esperé más. Corrí saliendo por la puerta, sintiéndome afortunada porque daba a una calle diferente. Fuera del edificio, seguí corriendo muy rápido, girando en

calles sin rumbo fijo, mientras sentía que mi vida se rompía, con lo que me había costado reconstruirla.

Solo de pensar en Elisa, en Abel, en Adam, en Sergio, en Milo, en Asun y en Mari, se me encogía el corazón porque no podía acercarme a ellos en este momento. Y tal vez nunca más los vería. No tenía ni idea de cuánta información habían conseguido de mí, solo que me habían encontrado y habían provocado los accidentes porque estaban en por mi zona.

Por cómo lo habían hecho apostaba a que no sabían exactamente dónde vivía y trabajaba, solo una ubicación orientativa. Por eso lo habían provocado todo para obligarme a moverme por la calle y habían acertado de pleno, en un momento en el que estaba sola, sin ninguno de mis amigos, ni con Adam. Últimamente había estado siempre rodeada de mis seres queridos.

¿Estaba equivocándome? ¿Quizás sabían más de lo que yo quería admitir? ¿Corrían peligro Elisa y Abel? Ya que con ella vivía y con él pasaba largas horas en el trabajo. No quería ni imaginar las respuestas porque me encontraba fatal si las pensaba.

Sería tan fácil descolgar el teléfono, aunque fuera por última vez, para escuchar la voz de las personas que quería. En esta ocasión no tenía adónde ir, ni siquiera Elisa podía ayudarme y acogerme, cuando ya lo hizo. Me negaba a ponerla más en peligro, al igual que a todos los demás.

Cuando llevaba casi una hora corriendo, tuve que pararme para descansar un poco. Me senté para recuperarme en el borde del macetero rectangular de un portal, donde entré para quitarme de la vista.

Saqué el móvil y me quedé mirando la pantalla, pensando en qué era lo mejor que podía hacer. Si iba a ser la última vez que pudiera hablarles a mis amigos y a Adam, quería que tuvieran algo mío, personal. Por eso abrí la aplicación de mensajes, después de poner el modo avión. De esa forma cuando activara el móvil les llegarían los mensajes a todos a la vez, pero a mí ya me habría dado tiempo a escribirles a cada uno de ellos y a salir.

No me dejé a nadie, me despedí de las personas que eran importantes en mi vida, sintiendo que con cada palabra que escribía me desgarraba por dentro.

La herida que se me había abierto y sangraba, aunque no se veía, no volvería a cerrarse nunca.

Cuando terminé y me aseguré de que todos los mensajes se enviaron, no esperé ni un segundo para activar de nuevo el modo avión y apagar de esa manera el móvil. No iba a deshacerme de él, pero tampoco lo utilizaría, a no ser que fuera de vital importancia para mí.

Salí del portal del edificio sin fuerzas y levanté la cabeza para mirar al cielo, permitiéndome volver a llorar. No me había ido, ni siquiera me había alejado, y ya se me hacía insoportable.

Me limpié las lágrimas, me aseguré de que no me seguía nadie, y caminé ligera hacia el piso de Elisa, porque me encontraba cerca y necesitaba ir. Se me partiría el alma cuando viera a Milo, pero no me quedaba otra porque solo llevaba encima para dos días de medicación, para mi corazón. En el piso tenía cuatro cajas completas que me durarían varios meses, después, pues no lo sabía, quizás en ese punto ya había llegado el momento de desaparecer del todo para no causarles problemas a las personas que quería.

El recuerdo de Adam me atormentó durante todo el camino, porque me había hecho vivir en su compañía un fin de semana inolvidable. Había sido tan bonito, tan mágico y maravilloso, que debí saber que era imposible que me durara, como todo lo bueno que me pasaba.

Me tragué el nudo de emociones y corrí los pocos metros que me separaban del edificio donde ya no viviría, al igual que en el piso que había sido hasta hacía unas horas mi hogar.

Continúa en… Un final para nosotros



RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu